



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE HISTORIA

**Mecanismos identitarios entre las noblezas aqueas y sus
continuidades frente a la caída de los palacios**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN HISTORIA

PRESENTA:

JESSICA ISELA SOTO GARCÍA

ASESOR:

MTRO. MIGUEL ÁNGEL RAMÍREZ BATALLA



Ciudad de México, 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIA

A mis queridos padres, quienes siempre me han apoyado incondicionalmente, aun con mi disparatada decisión por estudiar una carrera en humanidades. Porque gracias a la formación personal que con tanto esmero me dedicaron, aprendí a amar al estudio y a sentir gozo por la lectura. Sin dejar de lado, por supuesto, todas aquellas interminables risas, fruto de la confianza y la gran unión que hemos forjado.

A mi Neechan, por todos aquellos innumerables recuerdos, buenos y malos, desde niñas hasta adultas. Compañera de bullying, apetitos y un sin fin de gustos compartidos. Porque aunque la vida nos tiene deparada destinos diferentes, sé que estarás ahí en los momentos importantes.

AGRADECIMIENTOS

El presente trabajo no habría sido posible sin todos aquellos que estuvieron a mi lado, tanto de manera personal como académica, o incluso ambas.

A mi entrañable asesor, Miguel Ángel, porque desde mi primera clase contigo supe que la Antigüedad Clásica era mi camino. La enorme admiración que generaste en mí por tu sabiduría a tan corta edad, provocó que te tomara como modelo a seguir. La amistad que formamos con el tiempo ha sido invaluable para mí, aunque ésta me induzca a peleas y distanciamientos con todos aquellos que te atacan. Y, por supuesto, gracias por todo el tiempo dedicado a este trabajo y a tu confianza en mis capacidades de historiadora.

A mis lectores, el Mtro. Ernesto Gabriel Sánchez Barragán y la Lic. Blanca Luz Mireya Paredes Gudiño, cuyas aportaciones fueron invaluable para que esta investigación finalizara lo más completa posible. Al Lic. Juan Manuel Romero García y la Mtra. Alexandra Peralta Verdiguél, por aceptar revisar mi escrito aun con las limitantes propias del presente tema, porque sus cuestionamientos me orillaron a reflexionar sobre nociones y posturas dadas por sentado.

Al arqueólogo Gerardo Taber, a quien tuve la dicha de conocer en la parte final de la realización de esta tesis. Tu pasión por Egipto y el mundo oriental no hicieron más que confirmarme el camino que había decidido tomar años atrás.

A mis amigos, porque Prepa 8 se volvió inolvidable gracias a la compañía de Joseph, Avril y Humberto, los hijos del rockbanda y el Parque Escondido. Las circunstancias nos han impedido reunirnos, pero jamás olvidaré la verdadera amistad demostrada en aquellos tiempos.

A Daniel, Aki-chan, el mejor amigo que tuve durante mi ciclo universitario. Gracias por todos aquellos momentos frikis que hicieron ameno el paso de los finales de semestre. Amigo no sólo en la excentricidad nipona, también en lo intelectual, porque sólo contigo las discusiones históricas se volvían motivo de disfrute.

A Silvia, por culera y tóxica. Pese a iniciado una amistad relativamente reciente, tu compañía ha sido invaluable. Las penas de la tesis y de la vida las he llevado mejor gracias a tu humor virulento y políticamente incorrecto. Si la mala suerte se me ha de contagiar debido a tu aura infecciosa, que así sea. 🙏

A Mizuki, porque tus miles de ocurrencias siempre me causaban carcajadas. Porque tu superación con el nihongo me motiva a retomarlo y alcanzarte. Y claro, porque fuiste de las que estuvo ahí cuando más lo necesitaba, sin importar que tuvieras obligaciones que cumplir. 貴方がいなくて寂しいです。

A Horacio. La dicha y la desventura que rodea nuestra historia es innumerable como para traerla a colación. Con todo, te agradezco muchísimo por el último tiempo que hemos pasado juntos, lleno de ocurrencias y disparates, y por todo el apoyo incondicional en la culminación de este trabajo. La manía y el estrés que se apoderaban de mí fueron frenados gracias a ti, porque eres quien conoce mis más grandes tormentos... そして、貴方はいつも私の心になりますので。

Por último, pero no menos importantes, a la Sensual, a James y a Loki. Porque una vida es mejor con mascotas que con hijos. 🐾

INTRODUCCIÓN.....	9
Abreviaturas.....	20
Capítulo 1. Problemáticas en torno a la identidad griega.....	21
1.1. Noblezas aqueas y aristocracias homéricas: adopciones identitarias.....	21
1.2. La postura ante el pasado.....	32
1.3. La cuestión homérica.....	36
Capítulo 2. El surgimiento de una civilización: los aqueos.....	43
2.1. Dánaos, aqueos y argivos. Alcances espacio-temporales de los primeros griegos.....	44
2.2. La civilización de las Tumbas de Fosa Vertical. Dinastías Fundacionales.....	52
2.3. La consolidación del aparato palaciego.....	58
2.3.1. Estructura política de los reinos aqueos.....	62
2.3.2. Relaciones de poder entre la élite dirigente.....	72
Capítulo 3. Entre el poder y la guerra: la identidad nobiliaria.....	82
3.1. De carros y caballos. Afianzamiento de prácticas comunes.....	82
3.1.1. La fabricación de bienes de prestigio.....	87
3.1.2. Los contrastes sociales en la vida cotidiana.....	97
3.1.3. La exclusividad de actividades: “el ocio nobiliario”.....	106
3.2. Los símbolos como pauta de fronteras.....	111
3.3. De cantores y gestas. El recuerdo de la épica griega primitiva.....	123
3.3.1. El proceso creativo: los poetas de la corte.....	126
3.3.2. “Por y para guerreros”: la cohesión social.....	130
Capítulo 4. Dinamismo identitario: inclusión, exclusión y apropiación.....	135
4.1. Los estratos inferiores: <i>do-e-ro</i> , <i>da-mo</i> y la milicia popular.....	136
4.2. El extranjero... ¿semejante o diferente?.....	147
4.2.1. De <i>hermanos</i> e <i>hijos</i> : reconocimiento de “iguales”.....	148
4.2.2. Un ajedrez oriental: juego de poderes en la periferia.....	159
4.2.3. La Guerra de Troya: historicidad de contrastes.....	167
4.3. Apropiaciones identitarias ante la caída de los palacios.....	179
CONCLUSIONES.....	194
Tablas Cronológicas.....	200
Mapas.....	204
Bibliografía.....	209

INTRODUCCIÓN.

–¿Así era Troya?- El padre asentía con la cabeza.
–¿Y todo esto se ha destruido, destruido completamente?
¿Y nadie sabe dónde estaba emplazada?-
–Cierto- contestaba el padre.
–No lo creo. ¡Cuando sea mayor, yo hallaré Troya, y encontraré el tesoro del rey!-
Y el padre reía.¹

El sueño de un niño, convertido en su obsesión, lo llevó a descubrir una civilización considerada mera fantasía. La pasión de Heinrich Schliemann logró lo que ningún experto académico había hecho hasta el momento: otorgarle veracidad histórica al relato homérico. La década de 1870 inauguró una serie de excavaciones que fácilmente ampliaron ochocientos años la temporalidad de la historia griega. A la labor del visionario y enamorado de Homero, se sumaron importantes arqueólogos cuyas aportaciones enriquecieron el sustento de esta tradición.² De esta forma, en poco menos de 70 años, muchísimos reinos atribuidos a la imaginación de Homero fueron saliendo a la luz.

Una vez descifradas las tablillas de Lineal B, halladas en diversos emplazamientos de la antigua civilización aquea, los esfuerzos de reconstrucción histórica –apoyados por la épica homérica- iniciaron su labor. Sin embargo, la tarea no ha sido aprobada por investigadores de la talla de Auguste Jardé y Moses I. Finley, quienes condenaron al fracaso los intentos y tentativas de ir más allá de lo que la información económica de los documentos nos brindaba. Sumado a ello, la crítica del estudio del *mythos*, donde el primero de los autores descarta totalmente las bases históricas que pudiera tener³ y, el

¹ C. W. Ceram, *Dioses, tumbas y sabios*, 2ª ed., trad. de Manuel Tamayo, Barcelona, Ediciones Orbis, S.A., 1985, pp. 40-41 (Biblioteca de Historia, 1).

² Los trabajos de Schliemann fueron continuados por su asistente Wilhelm Dörpfeld, tanto en Troya como en Micenas hasta 1981. Posteriormente, Arthur Evans excavaría de 1900 a 1906 los restos del palacio de Cnosos, donde la escuela británica seguiría estudiando el lugar hasta la década de 1950; añadiendo especialistas, además, a los emplazamientos de Argos y Micenas. Los arqueólogos estadounidenses se suman a la labor en Argos, Pilos y Troya entre 1925 y 1960, cuyo principal especialista, Carl Blegen, aporta interesantes hipótesis a los estudios. Por parte de los griegos sobresale Spyridon Marinatos, quien dirigió los esfuerzos de sus colegas en Pilos, Micenas y Dodona hasta 1957. En menor medida, pero igual de significativos, fueron los trabajos en Festos y Santorini por parte de alemanes y franceses, durante la primera mitad del siglo XX. Susan E. Alcock, Robin Osborne (ed.), *Classical Archaeology*, 2ª ed., Chichester, West Sussex, Wiley-Blackwell, 2012, pp. 54-68 (Blackwell Studies in Global Archaeology, 10).

³ A. Jardé, *La formación del pueblo griego*, trad. de Serafín Agud Querol, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1960, p. 58 (La Evolución de la Humanidad, 11). “El único interés de la

segundo, prefiere aterrizarlo en el marco de la sociedad oscura, la que dio vida a los aedos.⁴ El sustento de estos autores se basó en los trabajos que, hasta ese momento, no rebasaban la década de 1950. Hoy los estudios han aumentado. Por una parte, la ciencia de la arqueología se ha perfeccionado y ha producido nuevos hallazgos, por otra parte, nuevas propuestas de interpretación se han enarbolado en concordancia con el avance de los estudios realizados a propósito de los vecinos orientales durante la Edad de Bronce. A diferencia de los estudios que se ocupaban de épocas posteriores, la relación del mundo griego aqueo con los grandes imperios había sido relegada a un segundo plano, cuando, contrariamente como veremos, éstos influyeron notablemente en la constitución de los aqueos del continente.

Muchos estudiosos de la cultura griega dan como punto culminante a la esplendorosa época clásica, y no les falta razón; no obstante, la vida de los griegos, junto con sus creaciones distintivas, llevaba bastante tiempo configurándose; una de éstas, la que guiará gran parte de la presente investigación, es la de la “identidad helena”: cuando Heródoto expone en sus *Historias* aquellas cualidades que unían al conjunto de los greco-parlantes, explicita un proceso que llevaba décadas formándose y que nosotros retrotraemos hasta los mismos albores de la civilización micénica.

El objetivo de este estudio es conocer las formas identitarias que se configuraron entre los griegos de la Edad del Bronce entre los siglos XIV y XIII a. C. –asociados al clímax de la civilización palaciega- y enfocados en aquellos emplazamientos que dejaron mayor evidencia material –entiéndase Pilos, Micenas y Cnossos-. Para lo cual, se ha tomado en cuenta aquellas interpretaciones ofrecidas por estudios modernos al respecto, así como las discusiones detractoras sobre los mismos. El análisis hubo de extenderse hasta época homérica en aras de concretar la manera en que se efectuaron las continuidades y

leyenda es el de enseñarnos cómo se imaginaban sus orígenes los griegos de la época clásica; nada hay que exigirle sobre la realidad de los hechos”.

⁴ Moses I. Finley, *El mundo de Odiseo*, 2ª ed., trad. de Mateo Hernández Barroso, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 209, 211-212 (Breviarios, 158). “La guerra de Homero, la guerra de los poemas y de la tradición es un hecho intemporal que flota en un mundo sin tiempo”. Con todo, ciertas aportaciones interpretativas de estos autores continúan teniendo vigencia y por ello no los dejaremos fuera.

apropiaciones de la identidad aquea y así lograr justificar el análisis interpretativo que propusimos a lo largo de todo el trabajo.

Pero, ¿qué es la identidad? Debemos empezar por entender este concepto como uno de los núcleos constitutivos por medio del cual un grupo de individuos forjará lazos de unión en función de una serie de características que comparten. Estas acciones siempre son sumamente activas, se formulan y replantean hasta de manera inconsciente, porque la identidad no deja de ser un medio fundamental de explicación. La posición que el individuo se adjudica a sí mismo dentro de su realidad, en gran parte se debe a la existencia de mecanismos identitarios para con la gente que lo rodea. En ese camino, las semejanzas entre sectores sociales determinados van a exaltarse en detrimento de las diferencias con un “otro”, una alteridad con la cual diferenciarse.

Es cierto que los griegos nunca conformaron una entidad política, ya que, como si estuviera impregnado en sus venas, siempre vivieron enfrentados entre sí: “éste es el antiguo mal de los griegos, quienes, peleando siempre unos contra otros y queriendo destruir a los que parecían sobresalir, arruinaron Grecia”.⁵ A pesar de ese espíritu en pugna, los greco-parlantes eran conscientes de que tenían “ascendencia común”, legitimada por todo el entramado genealógico que ellos mismos fueron validando, y toda la serie de usos y costumbres que venían compartiendo desde tiempos inmemoriales. Los poemas homéricos, a este respecto, sirvieron para propagar las nociones clave de comportamiento social, político, religioso y, en general, cotidiano. Y junto a ese proceso de reconocimiento se lleva a cabo uno de diferenciación, presente en la propia tradición. Estos poemas que, afortunadamente, pudieron llegar hasta nosotros constituyen, al mismo tiempo que la obra de Heródoto, el culmen de todo un proceso formativo, cuyas nociones de lo “correcto” e “incorrecto” venían integrándose desde la mismísima época de los reinos aqueos y no estando ausentes de cambios y continuidades.

Mientras los griegos de época arcaica enfatizaron la lengua hablada como característica fundamental de integración y exclusión, los aqueos dejaron este elemento en

⁵ Herodiano, *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio*, III. 8.

segundo grado de importancia en detrimento de las condiciones económicas y políticas que definían su realidad social. Justamente, los primeros mecanismos identitarios que fueron enarbolados por los primeros griegos establecieron una clara separación entre un sector y otro a causa del aparato monárquico y jerárquico que les daba sentido. De esta forma, los lazos únicamente referían e identificaban a las élites dirigentes, rodeadas de sus cortejos nobiliarios, en cada instancia de poder. En ese sentido, del soberano partía todo el entramado de relaciones al ser éste el máximo y único dispensador de obligaciones y privilegios. Los individuos que presumían de su linaje, por su parte, se ocupaban de la supervisión de todas las actividades económico-administrativas o bien, se sumaban a las filas del ejército profesional. Precisamente sostenemos que a partir del belicismo y la suntuosidad palaciega se marcaron los contrastes con el “otro”. El crecimiento económico latente de los reinos del continente a partir del siglo XIV a. C. se manifestó en ampliación de ciudadelas, aumento en las fortificaciones y refinamiento de todo tipo de manufacturas, así como en el mantenimiento de símbolos distintivos de poder que integraron a las cúpulas sociales de cada palacio. Desgraciadamente, carecemos de pruebas suficientes que nos permitan abordar las particularidades de cada reino –no debemos olvidar que la falta de uniformidad política alentaría la configuración de identidades regionales-; pero, a pesar de las dificultades, no sólo podemos realizar un análisis en torno a las generalidades propias de la nobleza, sino que también nos podemos abocar al estudio del “otro”.

A manera de hipótesis, dividimos el reconocimiento del “otro” en dos grandes rubros: los no privilegiados, es decir, aquellos que no detentaban una estirpe familiar, y los extranjeros, particularmente, los nobles de los reinos orientales. Acorde a nuestros planteamientos, sostendremos que los primeros constituían el blanco perfecto de la diferenciación vituperable, o sea, a ellos se les adjudicaría la ostentación de usos y costumbres indeseables. Seguramente, la mayoría de la población era hablante de griego micénico –o el dialecto concordante de los documentos-, pero la fuerte estructuración jerárquica sobreponía otro tipo de elementos que hermanaban a sectores específicos; de esta manera, los aqueos no-nobles quedarían excluidos del espectro identitario para integrarse a la imagen contrastante.

En cambio, los extranjeros orientales serían vistos positivamente en diversas ocasiones y, muchas de esas veces, los nobles aqueos hasta buscarían adoptar sus usos y costumbres en aras de parangonarse con ellos. Nuestra conjetura al respecto es clara: cuando los reinos del continente alcanzaron una preeminencia respetable, sus vecinos ya tenían largo rato dominando las esferas de influencia y, proporcionalmente, sus dominios territoriales y despliegue de recursos eran muchísimo mayores al de los griegos. Por ello, éstos conocían perfectamente su lugar en el mundo del Mediterráneo oriental y, en lugar de resignarse a su posición marginal, ansiaron ser reconocidos como “iguales” y potencias temidas.

La dinámica internacional en Oriente y la participación aquea en la misma, constituyeron acontecimientos por demás importantes y, más aún, si tomamos en cuenta que hasta antes de los descubrimientos del siglo XIX, la imagen sobre lo que supuestamente constituía la cultura helena estaba sumamente idealizada. “El milagro griego”⁶ planteaba un total aislamiento de las poblaciones griegas y en ese sentido la grandeza de sus obras tenía como origen la pureza de su raza. Aun con la historicidad que adquirieron Micenas, Tirinto, Pilos, Creta y demás centros de poder, se seguía negando la trascendencia de lo micénico “por el carácter tosco y hasta primitivo de muchos objetos hallados en las tumbas [imposibles de enlazar con el arte de época clásica]”.⁷ Sobre esa línea de pensamiento se interpretaba la ausencia de continuidades entre el periodo aqueo y el homérico, como si la caída de los palacios hubiese sido un fenómeno abrupto, radical y que hubiese aniquilado a la totalidad de la población. Ciertamente, el deceso de la cultura micénica no estuvo marcado por una total discontinuidad. Los paradigmas se adaptaron a las condiciones emergentes que asolaban el continente; de tal manera que, la importancia y solidez de las estructuras del pensamiento aqueo sobrevivían y permearían, en este caso, los posteriores mecanismos de identificación entre los griegos homéricos.

⁶ Ernest Renan en *La Revue des deux mondes*, obra publicada en 1876, fue el primero en introducir la noción de “milagro griego”. Una frase que fue repetida con frecuencia a causa de la aparente “aparición irracional de un fenómeno histórico de primera magnitud” debido al genio innato de un pueblo “milagroso” capaz de ejecutar obras maestras, *vid Jardé, op. cit.*, p. V-VIII.

⁷ Francisco Javier Gómez Espelós, *Memorias perdidas. Grecia y el mundo oriental*, Madrid, Ediciones Akal, 2013, p. 36 (Akal Universitaria. Serie Historia Antigua, 341).

Cabe aclarar que nuestras fuentes se encuentran relativamente limitadas y, muchas de ellas, son problemáticas. El primer gran rubro de éstas lo constituyen los restos materiales y los documentos de primera mano. Ahora bien, pese a que contamos con aproximadamente 3,600 tablillas escritas en lineal B, éstas se localizaron esparcidas por diferentes partes del mundo griego, la mayoría provino de Pilo y Cnossos, y, en menor medida, de Micenas, Tirinto, Tebas, Ugarit y Cidonia [actual Chaniá]. Estos documentos fueron elaborados hacia el XIII a. C. –aunque conservamos unas cuantas tabletas de décadas anteriores- y, como bien sabemos, contienen minuciosos apuntes sobre la economía de los reinos. El panorama parece que se nos pinta desalentador, pero gracias al trabajo de numerosos historiadores, filólogos, arqueólogos y antropólogos expertos en el tema, se ha podido reconstruir con bastante fundamento la vida política, social y cultural de los aqueos porque, además, los restos arqueológicos e iconográficos aportan bastante a los argumentos. Particularmente, no tuvimos ningún autor o autores rectores para la construcción de nuestras reflexiones; aunque concordamos más con unos que con otros, en general tomamos en cuenta las conclusiones que, a nuestro juicio, estaban mayormente fundamentadas, aunque los especialistas no simpatizaran con el estudio que nos compete.

El segundo rubro de fuentes está compuesto por la tradición. El conocimiento de todo aquello que había sucedido antes del siglo VII a. C. estaba plasmado en los *mythoi*, transmitidos oralmente de generación en generación y cuyos orígenes se localizaban en un “tiempo primordial”, es decir, la temporalidad no podía precisarse por la lejanía atribuida a los hechos contados por dichos *mythoi*.⁸ De todo el exorbitante bagaje narrativo, se configuraron dos grandes poemas versados en torno a la Guerra de Troya y al regreso de sus guerreros: la *Iliada* y la *Odisea*. La épica homérica constituye nuestra fuente primaria al ser la más cercana, temporal y culturalmente, a los albores de los palacios aqueos. Más adelante tendremos ocasión de problematizar la cuestión homérica, pero es necesario puntualizar a nuestros lectores que no descartamos la transposición de valores en la

⁸ ¿El relato de la Guerra de Troya es mito o leyenda? Ateniéndonos a una estricta separación entre el *mythos* como narración de los orígenes (*infra*, p. 32) y la leyenda como relato popular que adorna con elementos “fantásticos” un hecho real, no podríamos dar una respuesta tajante. La epopeya contiene ambas conceptualizaciones, imposibles de separar –al menos en este caso- unas de otras. Cfr. Geoffrey Stephen Kirk, *El mito. Su significado y sus funciones en la Antigüedad y otras culturas*, trad. de Teófilo de Loyola, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2006, p. 52-55 e *infra*, p. 131

epopeya; es decir, tenemos perfectamente en cuenta que los hombres del periodo oscuro y arcaico debieron impregnar el legado poético con usos y costumbres propios en aras de justificar algún tipo de estatus social o político, o bien, hasta con fines de protección ante el inminente acercamiento de los persas. Con el objetivo de que estos problemas no nos frenaran, realizamos un esfuerzo concienzudo de reconstrucción histórica de las relaciones políticas y sociales de los reinos, así como de la vida material que los distinguía. De igual manera, en paralelo con diversas estructuras forjadas por los reinos orientales, cuyos documentos son mayores y de diversos temas, analizamos puntos comunes en cuanto al desarrollo político y nobiliario en aras de aplicarlo a la dinámica de los palacios griegos continentales. De esta forma, pudimos rastrear importantes e indiscutibles elementos aqueos en la epopeya homérica.

Cabe precisar una cuestión más en torno al resto de las fuentes clásicas. El ciclo troyano y todas las grandes historias versadas en aventuras heroicas cuentan con un problema mayor para nosotros: su indiscutible configuración en las épocas clásica y helenística. A diferencia de Homero, autores de la talla de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Apolonio, Virgilio, Séneca, Plutarco y Estrabón y tantísimos otros que se inspiraron en las narraciones de antaño para dar sentido a su contemporaneidad, tergiversan aún más el contenido e, incisivamente, proyectan su realidad e intereses particulares en las obras que crearon. Por ello, resulta imposible efectuar un análisis identitario aqueo a partir de escritos que ya tienen una noción totalmente configurada sobre el bárbaro, por ejemplo, o que se definen a sí mismos partiendo de criterios inexistentes para los griegos aqueos y homéricos. A excepción de los compendios mitológicos realizados por Apolodoro, Pausanias e Higino –útiles para referir historias ausentes en Homero-, así como los escasos fragmentos de épica conservados en época arcaica y depurados por el estudioso Alberto Bernabé Pajares,⁹

⁹ La poesía épica del periodo arcaico continuaba el aire de grandeza sobre los hechos del pasado. Asimismo, intentaba sintetizar el mito en aras de darle sentido al orden del mundo de los siglos IX, VIII y VII a. C. Esta poesía servía para legitimar el papel sociopolítico de familias e individuos, o el dominio territorial de unas aldeas y *pólis* sobre otras. La inclusión y exclusión de círculos identitarios –particularmente de los siglos señalados- se ve reflejada en el contenido de estas tradiciones. Cfr. Alberto Bernabé Pajares, *Fragmentos de épica griega arcaica*, 1ª reimp., Madrid, Editorial Gredos, 1999, p. 9-11 (Biblioteca Clásica Gredos, 20). La “Biblioteca” de Apolodoro refiere a una “compilación de varias fuentes; una obra que se caracteriza por hacer un resumen de otras dentro de un tema unitario o amplio”. Sin embargo, no se limitó a copiar sin método ni crítica; el autor confrontó sus fuentes para exponer un relato coherente y exponiendo las diferentes versiones que encontraba, sin tomar partido de forma explícita. La obra fue redactada hacia finales del siglo I o

hemos decidido descartar al resto de los clásicos por impregnar sus nociones de civilización y salvajismo, orden y caos, libres y esclavos, democracia/república y tiranía/monarquía como elementos de identificación y de contraste.

En cuanto a las traducciones de los textos clásicos, nos hemos servido del trabajo de diversos filólogos que directamente del griego hicieron sus traducciones al español. De igual manera que con las obras secundarias, tampoco nos limitamos a un solo filólogo ni a una editorial. Por el contrario, consultamos hasta más de tres versiones diferentes, algunas bilingües, en aras de escoger la mejor interpretación del texto en todas las ocasiones que lo fuimos requiriendo. En el aparato bibliográfico se pueden revisar estas particularidades.

Ahora bien, la presente investigación está dividida en cuatro capítulos y un apéndice imprescindible. El primer capítulo problematiza el concepto de identidad así como su aplicación para el estudio de los griegos aqueos; el desarrollo no se limitó a la mera postulación teórica, se precisaron algunos contenidos históricos y se expusieron cruciales mecanismos de identificación presentes en la epopeya homérica en aras de ejemplificar el estudio que abordaríamos. Si nosotros sostenemos una idea de continuidad entre un periodo y otro, entonces, ¿qué sabían los griegos históricos de sus antepasados aqueos? La problemática del pasado propio, por parte de los helenos de época clásica, fue desarrollada en este apartado teniendo como eje conductor el sentido de “helenidad/identidad” enarbolado por los mismos autores. Éstos y nosotros guardamos algo en común: la utilización de Homero para desentrañar el pasado; la vastedad de la epopeya ameritó un

principios del II. Cfr. Javier Arce, “Introducción” a Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, Madrid, Editorial Gredos, 1985, p. 13-31 (Biblioteca Clásica Gredos, 85) Los relatos de Pausanias no son una simple “guía de viaje”, sino que, en sus propias palabras, “tenía la intención de describir todo lo griego”; y aunque su obra se centra en las regiones centrales del mundo heleno, el autor aporta una serie de conocimientos, tradiciones, leyendas y cuentos populares inmemoriales que aun yacían en la memoria de sus habitantes. Ahora bien, nosotros no recurrimos de manera constante a la obra debido al espíritu de grandeza con que Pausanias impregna su escrito, como bien cabría esperar de un griego intelectual perteneciente a la Segunda Sofística. Cfr. Francisco Javier Gómez Espelosín, “Introducción” a Pausanias, *Descripción de Grecia*, 1 vol., Madrid, Editorial Gredos, 2009, p. XV-XXXII (RBA Coleccionables, 141-144) El contenido de las *Fábulas mitológicas* de Higino no debe malinterpretarse. La “fábula” como relato didáctico, moralizante y con personajes alegóricos no está presente en la obra del autor; estrictamente, serían más “relatos mitológicos”, lleno de genealogías y catálogos. La composición debió hacerse hacia finales del siglo II o principios del III. Cfr. Francisco Miguel del Rincón Sánchez, “Introducción” a Higino, *Fabulas mitológicas*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, 315 p. 8-16 (Biblioteca Temática, 8307).

pertinente escudriñamiento que encaminara nuestro análisis a la más precisa localización de identidades aqueas y valores históricos que lo fundamentaran.

El segundo capítulo se aboca a la reconstrucción histórica de los palacios continentales en función de la jerarquización política y social que prontamente controlan sus proximidades territoriales. A este respecto, únicamente puntualizamos aquellos aspectos fundamentales que daban sentido a la existencia de unos estratos sociales dominantes en aras de incluirlos dentro de los mecanismos identitarios que postulamos. Ahora bien, el modelo monárquico que tratamos no hace exactamente “iguales” a todos los individuos privilegiados, por el contrario, cada uno tiene capacidad de acción limitada que, si bien con los “otros” hay una clara frontera de superioridad y distinción, no así con los miembros que conforman la nobleza. Las diferentes relaciones de poder que se presentan en su interior, particularmente con el soberano, son esenciales para comprender cómo se delimitaron los lazos de identidad entre ellos, los privilegiados del rey.

El tercer capítulo analiza aquellos usos y costumbres propagados por las élites sociales aqueas. Obviamente, existieron peculiaridades entre uno y otro reino, independiente o subyugado –tengamos en cuenta que en emplazamientos conquistados, como Cnossos, debieron fusionarse antiguos símbolos de poder con los detentados por los nuevos sectores dirigentes-, pero fue imposible abordarlas debido a la escasez de fuentes respecto a ellas. De ahí que estableciéramos puntos generales y constatablemente compartidos por todos los griegos aqueos. Estas características apuntaron con fuerza al belicismo: el uso del caballo, el carro de guerra y el armamento posicionaban a ciertos sectores sociales en la cima y, a su vez, eran “internacionalmente” compartidos con las noblezas orientales. De la mano con ello, el establecimiento de fronteras sociales se realizó en la cotidianeidad mediante el consumo diferenciado de alimentos, la utilización de prendas y joyas costosas y la práctica de actividades consideradas como nobiliarias. El grupo élite, además, impulsaba sus lazos e ideales a través de la poesía: el ejército profesional de los reinos eran los protagonistas de esas gestas exaltadas, cuyas acciones servían para reforzar todo sentido de pertenencia.

El cuarto capítulo se enfoca completamente en el “otro”. Primeramente, profundizamos en aquellas condiciones que identificaban al no-noble de los palacios: los individuos eran, principalmente, los registrados en los documentos como *da-mo*, *do-e-ro* y *a-pi-ko-ro*. Las tablillas de Lineal B nos brindaron ciertos datos cardinales que pudimos utilizar como rasgos diferenciales del grupo dominante. Asimismo, en la propia epopeya homérica encontramos ecos guardados referentes a los innobles que en los albores de la civilización palaciega integraban la milicia popular.

En segundo lugar ahondamos en los nobles orientales. Las condiciones históricas que daban sentido al florecimiento de los reinos continentales influyeron notablemente a la hora de valorar al “otro” extranjero. En ese sentido, la percepción inmediata hacia aquellos orientales no parlantes de griego no fue para nada hostil ni denigrante. El noble hitita o egipcio guardaba mayores similitudes con el noble aqueo y, más aún, las cortes de estas potencias eran por de más prestigiosas y ya llevaban tiempo dominando la esfera de influencia del Mediterráneo y el Próximo Oriente. Justamente, a este escenario consolidado desde hace décadas, buscan integrarse los aqueos. Las élites político-sociales emergentes del continente adoptan distintivos propios de sus vecinos extranjeros para ser “reconocidos como iguales”. Este ambiente, totalmente diferente al que se presentó en el siglo V a. C., orilló a que los primeros griegos tuvieran una actitud receptiva, curiosa y favorable frente al noble extranjero –si bien desconocemos el tipo de trato y percepción hacia tribus aledañas-. Ahora, la apreciación de origen no impidió que, a futuro, se marcaran contrastes importantes. La expedición que los aedos narraban hacia las costas de Ilión fueron problematizadas por nosotros, así como la historicidad de los contrastes para con el noble troyano.

Finalmente, el análisis concluye con la fase evolutiva de los mecanismos identitarios aqueos en las sociedades griegas del periodo oscuro. Tomando en cuenta la problemática caída de los reinos, se concretó qué elementos fueron factibles de sobrevivir en función del contexto histórico que rodeaba a los griegos del continente. Posteriormente, se abordó el análisis de los valores que a continuación surgieron en la nueva realidad y cómo éstos se fueron yuxtaponiendo a los viejos. La larga reconfiguración la terminamos a

inicios del siglo VIII a. C., donde los *áristoi* como grupo cerrado se apropian de la tradición y se hacen descendientes de los héroes homéricos. De esta forma, el nacimiento de la *polis* junto a los valores que detenta el nuevo sector dirigente se vuelven totalmente “aristocráticos”, y así, la conformación que consecuentemente será enarbolada a través de la idea panhelénica de pertenencia, tendrá un fuerte tinte nobiliario venido desde los albores de los palacios aqueos.

ABREVIATURAS.¹⁰

AhT	Gary Beckman, Trevor Bryce, Eric Cline, <i>The Ahhiyawa Text</i> , Atlanta, 2011.
ARE	James H. Breasted, <i>Ancient Records of Egypt</i> , I-V, Illinois, Chicago, 1906.
AU	Ferdinand Sommer, <i>Die Ahhijavâ-Urkunden</i> , Munich, 1932.
CTH	Emmanuel Laroche, <i>Catalogue des textes hittites</i> , París, 1971.
EA	William L. Moran, <i>The Amarna Letters</i> , Maryland, Baltimore, 1992.
HDT	Gary Beckman, <i>Hittite Diplomatic Texts</i> , Georgia, Atlanta, 1996.
KH	Albertine Hagenbuchner, <i>Die Korrespondenz der Hethiter</i> , I-II, Heidelberg, 1989.
KN	John Chadwick <i>et al.</i> , <i>Corpus of Mycenaean Inscriptions from Knossos</i> , (5 vols.), Cambridge University Press, 1986.
MY	John Chadwick y Michael Ventris, <i>Documents in Mycenaean Greek</i> , Cambridge University Press, 1973.
PY	Emmett L. Bennett y Jean-Pierre Olivier, <i>The Pylos Tablets Transcribed: Texts and Notes</i> , (2 vols.), Edizioni dell' Ateneo, 1973.
TH	Yves Duhoux y Anna Mopurgo Davies, <i>A Companion to Linear B: Mycenaean Greek Texts and their World</i> , (3 vols.), Peeters, 2008.
TY	José Melena y Jean-Pierre Olivier, "The Tablets & Nodules in Linear B from Tyrins, Thebes & Mycenae", en <i>Suplementos a MINOS num. 12 TITHEMY</i> , 1991.
Urk IV	Kurt Sethe y W. Helck (eds.), <i>Urkunden des ägyptisches Altertums</i> , IV: <i>Urkunden der 18. Dynastie</i> , (22 vols.), Hinrichs, Leipzig, Akademie Verlag, Berlín, 1906-1958.

¹⁰ Los documentos citados a continuación no fueron consultados directamente, a excepción de la obra conjunta de Beckman, Bryce y Cline que puede encontrarse en la Bibliografía. Las abreviaturas que el lector hallará a lo largo de la tesis vienen acompañadas de los textos en donde fueron encontradas. La única abreviatura que dejamos sin apoyo fue "AhT" por las razones mencionadas.

Capítulo 1. Problemáticas en torno a la identidad griega.

Los griegos, según creo, [en tiempos de Homero]
todavía no se distinguían con un solo nombre.

Tucidides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, I. 3. 4.

El proceso de construcción de identidades en la Antigüedad, como cualquier fenómeno histórico, partió de criterios y categorías específicas que respondieron a su inmediata realidad. Aunque la cantidad de fuentes para centrar nuestro estudio en época aquea no es abundante, tampoco resulta imposible rastrear aquellos aspectos de pertenencia que enarbolaron ciertos sectores sociales y políticos, así como la construcción ideológica que los sustentaba y los cohesionaba como grupo. La exclusividad que caracterizará a la identidad que analizaremos se observa a lo largo de la epopeya homérica y se confirma a partir de ciertos elementos arqueológicos rescatados.

La cuestión teórica sobre las identidades que enseguida se abordará, se centrará en los diversos enfoques que son funcionales para la época que nos atañe. Enmarcado en la estructura despótica característica de las sociedades orientales, veremos cómo se refuerza la dinámica de identificación entre la nobleza imperante en contraste con los individuos subyugados. El desarrollo que efectuaremos a continuación vendrá acompañado de ejemplos pertinentes en aras de justificar y hacer asequible la aplicación de las diversas posturas teóricas.

1.1. Noblezas aqueas... aristocracias homéricas: adopciones identitarias.

Grande es la animosidad de los reyes, progenie de Zeus,
pues su dignidad procede de Zeus y el pródigo Zeus los ama.

Homero, *Iliada*, II. 196-197.

En primera instancia, debemos tomar en cuenta que la formación de una identidad en la Antigüedad, se encuentra íntimamente ligada a la percepción que se tenía del entorno, no se puede entender uno sin el otro porque están mutuamente condicionados. De esta forma, en el momento mismo en que el hombre comienza a aprehender su realidad,

independientemente de todos los mecanismos que utilice, es necesario colocarse dentro de esa concepción, se hace una idea de la posición que ocupa en ella con el objetivo de poder controlar las circunstancias de su presente. En palabras de Hernando: "nosotros creamos el mundo en el que vivimos dependiendo de nuestras necesidades de supervivencia en él. Y entre éstas se incluye la más básica: la de saber quiénes somos, la de construir una identidad que nos sirva de orientación en el mundo".¹¹ ¿Quién soy yo? Y, ¿quiénes son ellos? son dos de las preguntas fundamentales que se ha hecho la humanidad a lo largo del tiempo y, si bien el desarrollo teórico respecto a la identidad se ha centrado en las sociedades modernas, no hay razón por la cual descartemos su aplicación y estudio en las civilizaciones antiguas.

En primer lugar, debemos aclarar la relación entre yo/ellos que se da en la Antigüedad a diferencia de la presentada en la modernidad. De manera general, en la actualidad partimos desde un "yo" en aras de identificarnos con un "nosotros" y luego con los "otros"; en ese sentido, el valor del individuo tiene peso propio y a partir de las consideraciones que haga de sí mismo –conscientes o no-, comparte una serie de paradigmas propios de esferas sociales específicas. En las sociedades tradicionales, en cambio, el proceso sucede a la inversa, el "yo" es entendido desde la colectividad, el individuo no vale nada en función de sí mismo; sólo a partir de su integración en la colectividad puede ubicarse en un lugar de la realidad que lo rodea. Precisamente, en esta línea remarcamos el valor de los mecanismos identitarios generados al interior de los diferentes grupos sociales en la Antigüedad.

En línea con lo anterior, la "identidad" queda plenamente definida como uno de los núcleos constitutivos de la orientación humana; es un proceso a través del cual un grupo de individuos se define en función de aquellas características que los unen. Los mecanismos identitarios siempre son ejercicios activos que, necesariamente, van formulándose y replanteándose dependiendo del acontecer histórico que los envuelva. Dicho de otra forma, no estamos ante fenómenos estáticos o dados por naturaleza; sino que, son asuntos dinámicos que implican la asociación de uno mismo con algo o alguien a quien parecerse.

¹¹ Almudena Hernando, *Arqueología de la identidad*, Madrid, Akal, 2002, p. 16 (Akal Arqueología, 1).

Las semejanzas persistentemente van a resaltarse; y, de manera paralela, las diferencias constitutivas de los “otros” van a acentuarse. Ahora bien, los criterios a partir de los cuales van a identificarse los elementos propios de los ajenos, invariablemente serán tanto objetivos como subjetivos. Los intereses políticos, económicos, culturales, sociales, religiosos e ideológicos del sector o sectores sociales en cuestión, determinarán la valoración y apropiación de las características distintivas.¹²

Las características que el grupo determine como “ajenas” estarán peyorativamente estereotipadas. El desprecio hacia lo “otro” facilita el ejercicio de actitudes de diferenciación con aquellos sectores que no comparten los mismos elementos. En ese sentido, a los “otros” se les identificará con rasgos negativos, indeseables, decadentes o despreciables.¹³ Cabe remarcar que, estos rasgos son construcciones imaginarias, son estrategias culturales, son invenciones o creaciones de un grupo social determinado que pretende justificar sus particularidades como algo “dado por naturaleza” y, de manera simultánea, lo ajeno adquiere esta misma legitimidad.¹⁴ Como puede deducirse, esta manera de clasificarse a sí mismos traerá consigo una serie de consecuencias e implicaciones que se manifestarán desde actitudes curiosas hasta modos hostiles.¹⁵

Uno de los enfoques identitarios que utilizaremos será el étnico. Los argumentos constitutivos que hará la colectividad desde esta perspectiva son innumerables. No obstante, podemos englobarlo a partir de la creencia de pertenecer a una misma raza, ya que ello permite imbricar los orígenes a un ancestro particular; el resultado que parte de esa misma raíz determinará el desarrollo de una cultura, una religión y un lenguaje común.¹⁶ A lo largo de su historia, los griegos expondrán estas impresiones elaborando un esquema imaginario étnico a través del cual se reconocían consigo mismos.

¹² Miguel Ángel Ramírez Batalla, “La idea de la Romanidad en la Antigüedad Tardía (161-395)”, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, 2005, p. 13

¹³ Richard Jenkins, *Social Identity*, 3ª ed., Nueva York, Routledge, Taylor & Francis Group, 2008, p. 87.

¹⁴ Leticia Flores Farfán, *En el espejo de tus pupilas. Ensayos sobre alteridad en Grecia antigua*, México, EDITaRTE, 2011, p. 89.

¹⁵ Ramírez Batalla, *op. cit.*, p. 14.

¹⁶ Edward M. Anson, “Greek Ethnicity and the Greek Language”, en *Glotta*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht (GmbH & Co. KG), vol. 85, 2009, pp. 5-6.

En un pasaje del libro VIII de las *Historias* de Heródoto, ya se expresa plena conciencia de lo que significa ser griego, es decir, de aquello que implica la “helenidad”. El de Halicarnaso nos narra la respuesta que los embajadores atenienses ofrecen ante el rey macedonio Alejandro –quien actúa como representante del persa Mardonio- para continuar la lucha contra los persas y afirman que, además del incendio y destrucción de las imágenes y templos de los dioses atenienses, “está el mundo griego, con su identidad racial y lingüística, con su comunidad de santuarios y de sacrificios a los dioses, y con usos y costumbres similares, cosas que, de traicionarlas, supondrían un baldón para los atenienses”.¹⁷ La idea panhelénica no surge en plena época clásica, los orígenes en torno a una conciencia de pertenencia van a remontarse muchos siglos atrás. Si bien, el choque con los persas alimentó la necesidad para definirse explícitamente a sí mismos, los elementos de unión ya llevaban bastante tiempo configurándose y, de manera personal, sostenemos que una de las bases cruciales parten desde época aquea.

Dentro de la definición que anteriormente se expuso en palabras de Heródoto, encontramos la afirmación de la identidad racial y lingüística como un factor inherente localizable en el mito, que justificaba y distinguía las distintas estirpes –derivadas de los dialectos- dentro de la comunidad helena. Evidentemente, la “realidad genealógica” de este reconocimiento es irrelevante, lo que importa es justamente el consenso al cual se llega en aras de adscribirse un origen común. Los antepasados griegos eran los siguientes:

De Deucalión y Pirra nace primero Helén, hijo de Zeus según algunos. [...] De Helén y la ninfa Orseide nacieron Doro, Juto y Eolo. A los llamados griegos los denominó helenos a partir de su propio nombre y repartió el país entre sus hijos. Juto, que recibió el Peloponeso, en Creúsa, hija de Erecteo, engendró a Aqueo y aIÓN, por quienes son llamados así los aqueos y los jonios. Doro, que recibió la región colindante con el Peloponeso, llamó dorios a sus habitantes, y Eolo, que reinó en la región cercana a Tesalia, denominó eolios a los suyos.¹⁸

Los griegos se hacían descendientes de una raza común, a partir de la cual, derivarían distintas ramas genealógicas. Todos estos antepasados comunes supuestamente les heredarían y/o enseñarían determinados usos y costumbres; tales como la agricultura, la artesanía, la forja de metales, la música, la mezcla del vino con agua, entre otros. Ahora

¹⁷ Heródoto, *Historias*, VIII. 144, 2.

¹⁸ Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, I. vii, 3.

bien, dichos distintivos, consecuentemente, se identificarían como las prácticas que un hombre “civilizado” y, por ende, griego. Desde la propia épica homérica localizamos el contraste entre razas, mismo que se nos pinta con una clara valoración de costumbres; en ese sentido, Odiseo no duda en mostrar el desprecio que siente hacia los cíclopes:

Unos seres sin ley [...] que nada siembran ni plantan, no labran los campos [...] no tratan en juntas ni saben de normas de justicia; las cumbres habitan de excelsas montañas, de sus cuevas haciendo mansión; cada cual da la ley a su esposa y sus hijos sin más y no piensa en los otros. [...] Y faltan a aquellos cíclopes las naves purpúreas y no tienen varones que hagan los sólidos buques en que puedan pasar a las muchas ciudades pobladas por humanos.¹⁹

Esta enumeración de cualidades “naturales” hacia el extranjero, el no-parlante de griego, va a cimentar los estereotipos tanto en el periodo aqueo, pero, sobre todo, en el homérico. Dicha categorización se va a encargar de fomentar una serie de prejuicios para distinguir entre lo propio y lo ajeno, hasta desembocar en el carácter vituperable del propio término “bárbaro”. Estas construcciones responden, asimismo, al enfoque cultural con que se aborda el estudio de las identidades y que, a lo largo de la presente investigación, se aterrizará con mayor detenimiento.

Un aspecto que no debemos dejar sin mencionar es que las identidades no son pasivas, el objetivo de supervivencia las lleva a tomar actitudes activas tanto dentro como fuera del grupo. En el caso de la etnicidad, no sólo es que los miembros compartan una historia semejante y crean pertenecer a una misma raza, sino que tendrán, además, propósitos comunes.²⁰ Jonathan Hall sostiene firmemente que los elementos compartidos sirven únicamente para enmascarar las finalidades *reales* que se plantean, es decir, la obtención y el mantenimiento de beneficios políticos, económicos y sociales.²¹ De esta forma, se decretará, de manera directa o indirecta, quiénes pertenecen a determinado grupo humano y las razones para adscribirse al mismo.

Ahora bien, ¿qué implica realmente el “pertenecer a una misma raza”? Más que una categoría biológica, esta afirmación nos introduce al enfoque social que la etnicidad posee.

¹⁹ Homero, *Odisea*, IX, 106-128.

²⁰ Bryan Feuer, “Being Mycenaean: A View from the Periphery”, en *American Journal of Archaeology*, Archaeological Institute of America, vol. 115, no. 4, octubre 2011, p. 508.

²¹ Jonathan M. Hall, *Ethnic Identity in Greek Antiquity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, p. 17.

Las características que definen, confirman y justifican las impresiones del grupo en torno al “descender de una misma raza” son seis primordiales: fomentan un nombre colectivo bajo el cual se unifican, comparten un mito común de ascendencia, enarbolan toda una historia semejante, propagan una cultura representativa, se asocian a territorios específicos y, esencialmente, intercambian un sentimiento de solidaridad.²² De todos estos puntos, únicamente el primero es variable. Hall afirma que ciertos grupos étnicos no se identifican por medio de un nombre colectivo, es decir, no construyen una designación común para llamarse a sí mismos como conjunto; sin embargo, esto no conlleva directamente a la afirmación de una carencia de identidad. De igual manera, el grado y la forma de enfatizar cada uno de los elementos mencionados dependerá de la sociedad a la cual nos estemos abocando. En una civilización piramidal, estratificada y con fuertes distintivos sociales como lo fue la aquea, la cultura, la historia común y los lazos de solidaridad quedarán especialmente resaltados.

Los griegos de época arcaica enfatizaron la lengua hablada como característica natural de distinción; por ello, surge la designación de “bárbaro”, la que identificaba a los parlantes de la secuencia *barbar*, aquellos que tenían un modo de hablar áspero, dificultándoseles la elocución y la pronunciación.²³ A partir de este elemento se fue creando una clara oposición entre griegos y bárbaros. Como parte de nuestras hipótesis rectoras, sostenemos que los griegos de la época de los palacios dejaron a la lengua en segundo término en detrimento de las condiciones políticas y económicas de los habitantes; mismas que fungieron como los verdaderos factores de pertenencia a una o diversas identidades.

Entonces, ¿quiénes eran los aqueos?, ¿quiénes eran aquellos personajes que heroicamente nos retrata Homero? Distinguiremos tres niveles de identificación; el primero de ellos, separará a la nobleza del resto de la población. En efecto, el espectro identitario que analizaremos a lo largo de la presente investigación pertenece, exclusivamente, a un grupo élite. Entre sus integrantes se fomentarán usos y costumbres determinados, creando diversas expresiones simbólicas en aras de, literalmente, marcarlos y diferenciarlos. No

²² *Ibidem*, p. 25.

²³ Francois Hartog, *Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 112.

debemos olvidar que los antiguos no aprehenden su realidad en forma de conceptos abstractos o razones discursivas; por el contrario, las imágenes –convertidas en símbolos– son necesarias para comprender el entorno que los rodea y, en momentos de crisis, éstas cambian en aras de asegurar la supervivencia. En ese sentido, la actualización de los símbolos no es azarosa ni mecánica ni inexistente, sino que se halla en relación con las vivencias de la sociedad.²⁴ La fuerza del símbolo es tal, que su reconocimiento justificará el estatus en el que se encuentra el grupo élite y en el que se localizan los “otros”, es decir, el resto de la población.

El segundo nivel de identificación que apreciaremos será al interior mismo de la nobleza; donde los dirigentes de las huestes combatientes parecen supeditarse ante el resto de los integrantes del grupo élite. Ahora bien, alrededor de ellos existen ciertas condicionantes y problemáticas que dificultan aseverar un aislamiento radical entre unos y otros porque, por ejemplo, nos topamos con administradores, sacerdotes y adivinos que toman las armas y se colocan al lado de los dirigentes listos para entrar en combate. No sabemos cómo funcionaba la división de oficios entre la nobleza, si de origen podían escoger qué tipo de tareas querían desempeñar, si estaban todos obligados a portar las armas, si tenían libertad para saltar de unas actividades a otras o bien, si era necesario una especialización, basada en las aptitudes, para estar catalogado en tal o cual sector. En todas estas situaciones, ¿cómo interactúan los mecanismos de inclusión y exclusión identitarios?, ¿podemos hablar de un “nosotros” en clara oposición con los “otros” sin excepciones al interior de cada uno de los mismos? Para dar respuesta a estas interrogantes iremos de lo general a lo particular.

Abarcado líneas generales, el contraste por excelencia lo encarnarán los campesinos, artesanos y todo aquél personal dependiente localizado tanto fuera como dentro del palacio. En la epopeya homérica, este “otro” es aquel que integra la milicia popular. Los héroes protagonistas tienen un origen nobiliario y sus gestas acaparan toda la atención de los poetas. El “otro” aparece esporádicamente y sólo para remarcar sus diferencias con los

²⁴ Mircea Eliade, *Imágenes y símbolos*, 3ª ed., trad. de Carmen Castro, Buenos Aires, Taurus Humanidades, 1999, pp. 12, 18 y 24.

dirigentes. De esta forma, nos topamos con Tersites, quien “era el hombre más indigno llegado al pie de Troya: era patizambo y cojo de una pierna; tenía ambos hombros encorvados y contraídos sobre el pecho; y por arriba tenía cabeza picuda, y encima una rala pelusa floreaba”.²⁵ La valía de un hombre se reflejaba en su aspecto físico; el reconocimiento de iguales también se enfatizaba por el desprecio hacia los ubicados fuera del círculo. El recurso poético de “lo hermoso” fungía como cualidad inherente de los que, por naturaleza, eran virtuosos.²⁶ Muchos son los guerreros exaltados por su porte, especialmente Aquiles y Héctor, resaltados por su gran musculatura, su juventud, su virilidad y su belleza. En cambio, Tersites, un aldeano llamado a portar las armas e integrar la milicia popular, es totalmente contrario a los grandes héroes de la tradición. Paralelo a ello, Odiseo remarca el distinto origen entre reyes y súbditos:

A cada rey y sobresaliente varón que encontraba, con amables palabras lo retenía, deteniéndose a su lado: "¡Infeliz! *No procede* infundirte miedo como a un cobarde; *sé tú mismo* quien se siente y detenga a las demás huestes. Pues aún no sabes con certeza la intención del Atrida. Ahora nos prueba, mas pronto castigará a los hijos de los aqueos. ¿No hemos escuchado todos²⁷ en el consejo qué ha dicho? Mas al hombre que veía y encontraba gritando, con el cetro le golpeaba y le increpaba de palabra: "¡Infeliz! *Siéntate* sin temblar y *atiende* a los demás, que son más valiosos. Tú eres inútil y careces de coraje: ni en el combate nunca se te tiene en cuenta ni en la asamblea. De ninguna manera seremos reyes aquí todos los aqueos. No es bueno el caudillaje de muchos; sea uno solo el caudillo, uno solo el rey, a quien ha otorgado el taimado hijo de Crono el cetro y las leyes, para decidir con ellos en el consejo."²⁸

Estos ocasionales contrastes seguirán apareciendo a lo largo de los cantos. La definición identitaria que emana a partir del no-noble queda perfectamente clara. Los paladines son reconocibles por su físico, comparten usos y costumbres exclusivos, fácilmente recitan el linaje que los valida ante los demás y la solidaridad que los vincula se trasluce por medio de lazos políticos al interior y exterior de cada centro de poder. Estas relaciones y parentescos excluyen a los “otros”. Seguramente, los individuos excluidos compartían lazos de unión y pertenencia enarbolados por ellos mismos, no obstante, sus alcances son imposibles de dilucidar al no ser tomados en cuenta por la élite rectora.

²⁵ Homero, *Iliada*, II. 216-219.

²⁶ Flores Farfán, *op. cit.*, p. 18.

²⁷ Previamente, Agamenón había citado una sesión de consejo a la cual asistieron los principales héroes aqueos para exponerles su plan. Homero, *Iliada*, II. 50ss.

²⁸ Homero, *Iliada*, II. 188-206.

El siguiente nivel de identificación se da con el extranjero. Cuando el poeta enuncia la conformación del contingente troyano en el “Catálogo de las Naves”, hace especial énfasis en su diversa constitución como claro elemento de diferencia respecto a las huestes griegas. En ese sentido, los aliados se caracterizan por integrar a parlantes de diferentes lenguas; donde los carios son los únicos tildados como “barbarófonos”.²⁹ La acepción peyorativa del “bárbaro” es desconocida por Homero; por lo tanto, su calificativo solamente es utilizado en aras de definir el tipo de lengua que los carios empleaban. La naturaleza del extranjero no es, necesariamente, salvaje y despreciable.

Una de las hipótesis que sostenemos en función de lo anterior es que las noblezas aqueas desarrollaron un importante nivel de identificación con las élites extranjeras. Concienzudamente, además, cuando las cúpulas del continente consolidaron e incrementaron exponencialmente su poder, buscaron parangonarse con las civilizaciones vecinas. Estas actitudes, sin embargo, no determinaron la ausencia de contrastes; la identidad enarbolada a través de la cultura servirá para la pauta de fronteras en el imaginario de las élites aqueas. La poligamia de los troyanos constituye un perfecto ejemplo al respecto, puesto que, a diferencia de los griegos, toman como esposas legítimas a más de una mujer y su progenie adquiere la misma categoría. Príamo y Anténor, los ancianos más distinguidos de Ilión, se jactan por la participación bélica de toda su prole. Un rey griego podía hacerse de concubinas y tenerlas viviendo bajo el mismo techo; tanto para uso propio como para ofrecerlas a guerreros de paso y así, granjearse su apoyo.³⁰ Aunque no era vituperado que un hombre tuviera más de una mujer, al menos sí se comentaba la fidelidad del hombre hacia la esposa legítima, como Laertes que evitó acostarse con su esclava Euriclea por temor a la reacción de Anticlea.³¹ Esta situación responde a motivos político-sociales que tenían lugar al interior de los palacios, donde la inferioridad y la incompetencia estaban lejos de ser rasgos inherentes hacia aquellas mujeres pertenecientes

²⁹ Homero, *Iliada*, II. 867.

³⁰ Sarah B. Pomeroy, *Diosas, rameras, esposas y esclavas. Mujeres en la Antigüedad Clásica*, 3ª ed., trad. de Ricardo Lezcano Escudero, Madrid, Akal, 1999, p. 41 (Akal Universitaria, Serie Interdisciplinar, 7). Personalmente, utilizamos la designación de “guerreros de paso” y no la de “mercenarios” por las condiciones socioeconómicas de estos individuos. La investidura armamentística era tremendamente costosa y sólo el ejército profesional de cada instancia palaciega podía darse el lujo de portarla al estar subsanada por el Estado. Los griegos de esta época no pueden sencillamente desligarse del reino para vender sus servicios; incluso, en caso de expulsión, los individuos son despojados de todo lujo.

³¹ Homero, *Odisea*, I. 428-433.

a la nobleza. La esfera de poder e influencia que podían ejercer se incrementaba al momento de parir porque legitimaban la descendencia nobiliaria y real.³² Los conflictos sobre la sucesión real de los troyanos se comentan en la epopeya y se resaltan como conflictos propios de los extranjeros; y, si bien no son elementos peyorativos, sí son actitudes curiosas marcadas como diferenciación.

El dinamismo identitario depende de cada grupo y de las circunstancias que se le presenten. Hernando acuña dos modos de representación partiendo de la construcción del tiempo y el espacio: metonímicas y metafóricas. La primera coloca una enorme distancia entre uno mismo y la realidad, ya que refieren a modelos racionales de explicación en torno a los fenómenos de la naturaleza; donde el conocimiento se transluce en un control progresivo del ambiente. Esta percepción es, evidentemente, mucho más compleja, pero nos interesa destacar que el dominio del entorno deriva en una disminución gradual de temor hacia el cambio. Las transformaciones, por ello, se reciben y se sienten positivamente, como si éstas realmente fuesen a incrementar la zona de confort.³³ La concepción metonímica, claramente, es propia de la sociedad moderna.

La metafórica, contrariamente, utiliza símbolos y signos que no pertenecen a la realidad para poder explicarla; de ahí que, tienda a ser más estática, y cuando las circunstancias presenten variaciones abruptas, éstas no van a tomarse de manera positiva, de hecho, el cambio será sentido como traición.³⁴ La identidad es un mecanismo de supervivencia donde diversos grupos se acomodan a una forma de vida y entienden la realidad en función de las herramientas vigentes que, en un primer momento, construyeron y dotaron de sentido al entorno. Las variables bruscas fomentarán reacciones hostiles, aun cuando la transformación sugerida signifique una mejora de las condiciones existentes. La animadversión tendrá el propósito firme de impedir que nuevos agentes se incluyan en el grupo o que se altere la actitud hacia el “otro”, en ese sentido, se emplearán los recursos

³² La sucesión al trono era matrilineal. El marido era atraído por la expectativa de heredar el reino del padre de su esposa; en estos casos, se celebraba una competición para obtener la mano de la mujer en cuestión. Pomeroy, *Diosas...*, p. 34. Únicamente cuando el padre no haya podido procrear descendencia legítima, los bastardos adquirirían importancia política. Homero, *Odisea*, XIV. 199-210.

³³ Hernando, *op. cit.*, p. 19.

³⁴ Rik Pinxten, “Identidad y conflicto: personalidad, socialidad y culturalidad”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals. Espacios de la interculturalidad*, núm. 36, 1997, p. 42.

necesarios para preservar la identidad actual.³⁵ Innegablemente, se puede llegar a un punto inoperable donde las circunstancias externas sean cada vez más radicales y sea imposible el mantenimiento de paradigmas, pero, aun así, las transformaciones serán paulatinas y partirán de elementos imperantes y funcionales.

El debilitamiento de la estructura burocrática hacia el siglo XII a. C. y las migraciones de pueblos indoeuropeos fueron las dos principales causas que trajeron consigo la destrucción de los palacios. Las consecuencias fueron innumerables, pero resaltaremos el declive de la jerarquización social. En efecto, la carencia de una estructura que justifique la preminencia de unos individuos sobre otros impide la formación de una identidad exclusiva... y, sin embargo, no hay un “borrón y cuenta nueva”. La evolución de las estructuras de pensamiento no descartarán los mecanismos de unión forjados en los albores de los reinos aqueos.

Ahora bien, los paradigmas definidos y delimitados no garantizan la inexistencia de paradojas o la nula yuxtaposición y superposición de elementos emergentes. El dinamismo identitario permite y obliga a que sucedan ciertos choques a la hora de enfrentar lo semejante con lo diferente. Las genealogías, la lengua, la religión, la cultura y todas aquellas herramientas que puedan ser empleadas como símbolos de distinción no pueden ser enteramente congruentes en todo momento. El surgimiento de formas y figuras responde a una concreta realidad y ésta, necesariamente, va cambiando con el tiempo. La manipulación de los mecanismos se hará en detrimento de la élite que quiere seguir siéndolo, cuyas acciones obedecen a la concepción de “frontera” para definirse a sí mismos.

³⁵ *Ibidem*, p. 43.

1.2. La postura ante el pasado.

Una cuarta raza, en la tierra multinutricia
Zeus Cronida creó, más valiente y más justa,
divina raza de hombres héroes, que semidioses se llaman,
generación que nos precedió sobre la tierra infinita.

Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 157-160.

El pasado más remoto de los griegos estaba edificado bajo una serie de relatos mitológicos en donde las aventuras de los héroes mortales se entrelazaban con la continua intervención de las divinidades. La tradición se enriqueció de numerosos relatos y la comunidad helena los aceptó en su totalidad, sin cuestionarse por la falta de sentido estructural que la innumerabilidad de versiones otorgaba. Los griegos daban por sentado la existencia de los héroes y de todas las acciones que se les atribuían. La Guerra de Troya, la expedición de los Argonautas, la lucha de los Siete contra Tebas, los trabajos de Heracles, las aventuras de Teseo, los viajes de Odiseo, el reinado de Edipo... en fin, historias que no estaban puestas en duda, pero que habían tenido lugar en un pasado muy lejano, tan remoto que hasta sus protagonistas pertenecían a otra raza de hombres.³⁶

En el siglo V a. C. se marca una pauta trascendental en cuanto a la aprehensión del pasado. En efecto, nace la Historia como investigación, como búsqueda de hechos, donde el afán inquisitivo busca cuestionar los datos proporcionados por el mito en aras de someterlos a comprobación y ordenarlos cronológicamente.³⁷ La firme consigna que tienen en mente los primeros historiadores es la historia concebida como cosa de hombres. La investigación es personal, las Musas ya no inspira el genio ni el contenido de las obras.³⁸ Dentro de esta línea de pensamiento, tenemos a tres importantes autores que indagaron en

³⁶ Precisamente, lo que señalábamos en *supra*, p. 14-15. Las historias contaban cómo todo el pueblo heleno llegó a constituirse en todos sus sentidos. Los dioses, además, habían intervenido en la realización de esos esquemas en el tiempo primordial. Y, al mismo tiempo, esos relatos partían de todo el conglomerado legendario presente desde la misma época de los palacios *vid infra*, p. 131-134.

³⁷ José Luis Romero, *De Heródoto a Polibio. El pensamiento histórico en la cultura griega*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1952, p. 39 (Colección Austral, 1117).

³⁸ Heródoto, *Historias*, I. 1. La aparición de esta actitud histórica corresponde a una transformación perceptiva del entorno y a cierta necesidad de ajustar la imagen del pasado a esa realidad nueva para fijar líneas de continuidad. Además, el pensamiento histórico no es un surgimiento aislado, tiene como precedente los cuestionamientos dados por la filosofía y la política. Romero, *op. cit.*, p. 40.

los relatos de la tradición en aras de rescatar datos objetivos para, posteriormente, presentar un discurso coherente que dotara de sentido al pasado de los griegos.

En primer lugar, “el padre de la historia”, Heródoto de Halicarnaso, despliega en sus *Historias* los orígenes de los atenienses cuestionando los famosos relatos fundacionales referentes a los reyes Deucalión, Helén y Doro. El de Halicarnaso validaba históricamente al remoto pueblo de los pelasgos, a quienes calificaba como “bárbaros”, es decir, parlantes de una lengua distinta al griego. Los famosos viajes que realizó el historiador le permitieron afirmar que los pelasgos aún existían y, a lo largo de toda su historia, se fueron mezclando con los helenos. La lengua fue el factor primordial de diferenciación que empleó Heródoto para construir los orígenes de los helenos. Indirectamente, el autor remarca la superioridad griega al ir captando cada una de las sociedades bárbaras, quienes, nunca pudieron efectuar grandes progresos. En ese sentido, el ambiente de los primeros años hasta la unificación del Ática, se vio envuelto por la inestabilidad económica.³⁹

En segundo lugar, Tucídides, en la llamada “Arqueología” de la *Guerra del Peloponeso*, presenta sus investigaciones en relación a la famosa Guerra de Troya. El ateniense toma de las numeras tradiciones una serie de pruebas para tratar de reconstruir la contemporaneidad que rodeó al suceso. De igual forma que su predecesor, el autor hace énfasis en la inestabilidad político-económica que caracterizaba al territorio griego por aquellos años. Tucídides afirma que la debilidad, diversidad y aislamiento eran características inherentes de los pueblos helenos, provocando así, la inexistencia de un apelativo único que identificase a todos los griegos y, paralelamente, la imposibilidad del término “barbaro”.⁴⁰ La identidad necesita un igual a quien parecerse y otro con el cual compararse: sin griegos no hay bárbaros y sin bárbaros, no hay griegos.

En tercer lugar, contamos con los fragmentos conservados de la *Constitución de los atenienses*, obra atribuida a Aristóteles. El estagirita inicia trazando un esquema histórico desde los orígenes de Atenas hasta el presente. Sus reyes míticos,IÓN, Pandión, Erecteo y

³⁹ Heródoto, *Historias*, I. 56-58.

⁴⁰ Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, I. iii. 3-4.

Teseo, fueron dotados de validez histórica y enmarcados en un ambiente de constantes discordias políticas. Las monarquías, para el autor, eran bastante problemáticas y por ello, con el paso del tiempo, fueron suprimidas. Ante ello, el autor trasladó al pasado las instituciones contemporáneas que regían a las *poleis* en aras de explicar el nacimiento de una nueva sociedad, constituida por artesanos y comerciantes.⁴¹

Las herramientas no fueron suficientes para que Heródoto, Tucídides y Aristóteles lograran vislumbrar el esplendor de la Edad de Bronce. La civilización de los palacios y la monumentalidad que la caracterizaba había quedado olvidada por completo. Los grandes pensadores griegos veían austeridad, inestabilidad, escisiones y discordias en el pasado histórico real del territorio heleno... entonces se nos podría cuestionar, ¿dónde está la continuidad entre los reinos aqueos y la sociedad del periodo homérico? El desconocimiento de la lejana grandiosidad no implicó la inexistencia de supervivencias paradigmáticas dentro de la concepción helénica.

A partir del siglo IX a. C. los griegos comenzaron a edificar un sistema de ideales de vida y códigos de conducta que se fue enriqueciendo hasta quedar consolidado a principios de época arcaica. Los *áristoi* comienzan siendo un conjunto social flexible, abierto y donde el mérito era la causalidad que los identificaba como grupo dominante. Cuando el linaje comienza a ganar partida, los espacios se limitan y se frena la integración al grupo de los *áristoi*. El reconocimiento de “los mejores” se reflejaba en privilegios políticos, económicos y sociales; la restricción de los accesos respondía a la clara ambición de mantener estas concesiones exclusivas para unas cuantas familias. Una de las justificaciones ideológicas de este nuevo grupo dominante se halló en la tradición.⁴²

⁴¹ Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, 1-8.

⁴² La definición del mito como narración tradicional es posible cuando los orígenes ya han quedado en el olvido, es decir, cuando literalmente se han vuelto “tradicionales”. En ese sentido, “mito” y “tradición” pueden confundirse como sinónimos a causa de su estrecha e inseparable relación; pero, mientras el primero alude al contenido de la historia que narra, el segundo fundamenta la visión que se tiene de la realidad (relatada por el *mythos*) al dictar todas aquellas normas que los hombres, generación tras generación, deben seguir. Cfr. Richard Buxton, *El imaginario griego. Los contextos de la mitología*, trad. de César Palma, Madrid, Cambridge University Press, 2000, p. 29.

Los protagonistas de todas las narraciones originariamente eran nobles, una condición que sobrevive en la oralidad y será reforzada por la aristocracia que comienza a hacer énfasis en el linaje y transforma el concepto del mérito. En ese sentido, la consideración más reconocida en un individuo era el poder jactarse de antepasados tales como Aquiles, Odiseo, Heracles, Teseo, Jasón... ancestros que no cualquiera podía presumir. Los *áristoi* se forjan un pasado digno, exclusivo, que los identifica y fundamenta como el grupo de “los mejores”, “los más bellos”, “los bien nacidos”, “los buenos”, “los más valientes”. Los aristócratas hicieron *suyas* a las tradiciones, esgrimieron e impusieron *sus* ideales y códigos de conducta tomando como base las herramientas que sus antepasados les heredaron a través de la épica oral. Las narraciones, por ello, no tienen un propósito histórico como tal;⁴³ sino el enaltecimiento de usos y costumbres determinados por un sector social que encontró la manera de verse a sí mismos en los grandes héroes de la tradición en aras de justificar su jerarquía dentro de la comunidad que los rodeaba.

Los usos, costumbres y estructuras sociales y políticas de grupos élite determinados se deben a los *mythoi*: narraciones que, literalmente, “contaban una historia sagrada; relataban un acontecimiento que había tenido lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los comienzos”.⁴⁴ Las acciones de héroes y dioses explicaban cómo la realidad había venido a ser: el principio del cosmos, el cielo, las plantas, los animales... todo aquello sensible a la vista era pormenorizado en las diferentes expresiones literarias que utilizaba el *mythos*.⁴⁵ “Los comienzos” no dejaban fuera al ser humano, todo lo contrario, sus instituciones políticas, económicas, religiosas, sociales y culturales eran aprendidas a través de la historia sagrada y verdadera transmitida en el *mythos*.⁴⁶ Por ello, los griegos realmente creían en todos los sucesos cantados por los aedos; estas autoridades, legitimadas por la población misma, terminarán por cimentar las costumbres aristocráticas como peculiaridades paradigmáticas al rodearlas con un halo de solemnidad.⁴⁷ Así, del inmenso

⁴³ Romero, *op. cit.*, p. 33.

⁴⁴ Mircea Eliade, *Mito y realidad*, 6ª ed., trad. de Luis Gil, Barcelona, Editorial Kairós, 2009, p. 13.

⁴⁵ Carlos García Gual, *Introducción a la mitología griega*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, p. 19 (El libro del bolsillo. Sección clásicos, 1580).

⁴⁶ Eliade, *Mito...*, p. 14.

⁴⁷ No debemos malinterpretar el mensaje. Evidentemente, las actitudes desmesuradas por parte de los grandes guerreros no se extraen de su contexto para ser imitadas a diestra y siniestra. En ese sentido, la arrogancia de Aquiles sería justificable en medida de su enorme valía y capacidad dentro del campo de batalla; y, sin

caudal mitológico, los poetas seleccionaron todo aquello que daba razón de ser al sector aristocrático, catalogándolo como *mythos*, como “historias verdaderas”. Los “falsos relatos”, en cambio, eran puestos a parte en forma de fábulas y cuentos:

Ambas narraciones presentan “historias”, es decir, relatan una serie de acontecimientos que tuvieron lugar en un pasado lejano y fabuloso. A pesar de que los personajes de los mitos son en general dioses y seres sobrenaturales, todos estos personajes tienen en común esto: no pertenecen al mundo cotidiano. Y, sin embargo, [...] son “historias” radicalmente diferentes. Pues todo lo que se relata en los mitos les *conciérne directamente*, mientras que los cuentos y las fábulas se refieren a acontecimientos que, incluso cuando han aportado cambios en el mundo, no han modificado la condición humana en cuanto tal.⁴⁸

Las historias referentes a la vida en comunidad de los aldeanos se dejaban a las fábulas y cuentos. Sus experiencias y todo aquello digno de celebrar no pudo alcanzar la solemnidad de los relatos aristocráticos. No obstante, tampoco es que la clase dominante impusiera coercitivamente su paradigma de la realidad. El conjunto poblacional, independientemente del sector social, hacía circular el *mythos* aristocrático, admirando y alabando las hazañas de los nobles héroes del pasado remoto.

1.3. La cuestión homérica.

[Oráculo sobre Homero en el templo de Apolo en Delfos:]
Dichoso e infortunado, pues naciste para ambas cosas,
buscas una patria. Tienes una tierra natal, pero no una patria.
La isla de Íos es la patria de tu madre, que cuando mueras
te recibirá. Pero vigila el enigma de los jóvenes muchachos.

Pausanias, *Descripción de Grecia*, X. xxiv. 2.

La problemática en torno a lo que se ha denominado como “la cuestión homérica”, ha sido analizada por innumerables especialistas que datan desde la propia Antigüedad.⁴⁹ Reconstruir el proceso de composición de los poemas es una tarea arduamente difícil, de ahí que, los especialistas sigan discutiendo ampliamente sobre los diversos aspectos que

embargo, sufre la muerte de Patroclo como castigo ejemplar ante su reticencia a aceptar las disculpas de Agamenón y reintegrarse a la lucha. Cfr. García Gual, *op. cit.*, pp. 20-21 y 27.

⁴⁸ Eliade, *Mito...*, p. 18. El subrayado es del autor.

⁴⁹ Los eruditos alejandrinos son los primeros en esgrimir el problema, así como una serie de hipótesis al respecto. Para ahondar en esto, *vid* William Tarn y Guy Thomas Griffith, *La civilización helenística*, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, pp. 204-205.

competen a las problemáticas existentes. En el presente apartado solamente se mencionarán aquellas cuestiones y posturas adyacentes pertinentes a la investigación.

Sobre la existencia del propio Homero se han escrito ríos de tinta a lo largo de los siglos.⁵⁰ El poeta fue uno de los tantos aedos depositarios de la tradición heroica, donde el ingenio de cada uno de ellos consistía en colocar un toque personal a los cantos. Ahora, nuestros propósitos obedecen a problemáticas en donde el contenido y la configuración de la épica priman sobre la discusión en torno a la autoría de Homero. Por ello, y para efectos operativos, nos referiremos al poeta como un solo autor.

La datación de esta inmensa y rica tradición oral viene del apogeo de los palacios aqueos, pasa por la época oscura, y culmina su primera puesta por escrito en tiempos de Pisístrato. El contenido fue cambiando y adaptándose a las exigencias emergentes de todos estos años. Tampoco podemos dejar de lado que, pese a partir del mismo estrato histórico, la *Iliada* y la *Odisea* retratan sociedades muy diferentes entre sí. El canto de la cólera de Aquiles es una oda al mundo belicoso, donde la nobleza guerrera desempeña un papel esencial por la supremacía militar que ostenta, y en la que el papel de los “otros”, los no-nobles, constituyen un claro contraste respecto a aquellas actitudes indeseables o vituperables. El canto sobre el regreso de Odiseo, en cambio, ofrece una imagen mucho más detallada de la sociedad que históricamente podemos localizar en los tiempos oscuros; el “otro” amplía sus horizontes hacia los extranjeros y la acepción de los mismos se enriquece y transforman acorde a las nuevas realidades. Entonces, como fruto tenemos, aproximadamente, nueve siglos de historia conglomerados en un total de sesenta y ocho cantos; donde todos los elementos históricos se encuentran yuxtapuestos en un comprensible desorden fáctico.

⁵⁰ En el siglo XVII, Francois Hédelin tildó a la épica de tener tramas mal delineadas, de pobreza en la descripción de sus personajes y de ser éticamente despreciable; además, negaba la existencia de Homero, cuya obra no era más que un cúmulo de rapsodias de otros poetas. En el mismo siglo, Giambattista Vico afirmaba que la *Iliada* y la *Odisea* eran las creaciones de todo un pueblo. En los albores del XIX, destacan los Analistas, quienes interpretaban los textos como combinaciones de poemas o fragmentos anteriores. Mientras que a inicios del siglo XX, los Unitarios veían a la épica tan congruente y elevada que les resultaba imposible que fuera obra de varios autores, para ellos resultaba innegable la autoría de un solo poeta. Walter J. Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, trad. de Angélica Scherp, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 27-28.

Ante el verdadero galimatías que representa la epopeya debemos empezar por señalar aquellos criterios históricos que utilizaremos al momento de acercarnos a las fuentes clásicas; si bien la cuestión homérica será nuestra guía para definirlos –a razón de que Homero será nuestro autor más recurrente–, trataremos de englobar todas las pautas en aras de ubicar qué pasajes pertenecen a uno u otro periodo.

El primer criterio histórico parte de la civilización aquea, cuyo máximo esplendor se localiza hacia el 1400 a. C. y termina por derrumbarse a partir del 1200 a. C. El esplendor de la épica quedó constatado por las excavaciones arqueológicas que iniciaron en el siglo XIX al mando de Heinrich Schliemann. Aunque el poeta y su público no tuvieran conocimiento directo de la materialidad de su pasado, esto se conservó en las narraciones; ningún aedo habría podido inventar cosas que su entorno histórico no le ofrecía. Con todo, el debate en torno a los orígenes aqueos de los poemas ha generado posturas diversas. Son bastantes los autores que defienden y magnifican el “micenismo” de la épica, afirmando que Homero describe con cuidadoso detalle los lugares y objetos, casi negando el cambio y la corrupción que el tiempo debió imprimir en la concepción de los mismos. Por otra parte, están los estudiosos que restan importancia al legado aqueo, reduciéndolo casi al mínimo, o bien, negándolo del todo.⁵¹

La postura recalcitrante de aquellos que condenan al fracaso el estudio del pasado aqueo a través de Homero, no puede negar todos aquellos recuerdos materialmente ostentosos que sobrevivieron en fórmulas verbales y que, sin ser demasiado numerosas, son bastante características, auténticas y, hasta cierto punto, palpables. Muchos autores han localizado en estos tiempos la base de los mitos heroicos porque los lugares descritos coinciden con los antiguos emplazamientos aqueos.⁵² En los poemas se destaca la impresión general de unos reinos poderosos, ricos y suficientemente fuertes como para dirigir un ataque impresionante hacia las costas de Ilión. La disposición de recursos por parte de los soberanos se destaca en el canto IX de la *Iliada*, donde Agamenón busca el

⁵¹ Iglesias nos señala que D. Page y A. Stella pertenecen a la primera corriente; mientras que Moses Finley y su escuela, así como C. Gallavotti, se inclinan hacia la segunda. Cfr. Luis García Iglesias, *Los orígenes del pueblo griego*, Madrid, Editorial Síntesis, 1997, p. 239 (Historia Universal Antigua, 5).

⁵² Francisco Rodríguez Adrados *et al.*, *Introducción a Homero*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1963, p. 66 (Textos universitarios, 5).

perdón de Aquiles ofreciéndole un sinfín de riquezas. De la mano con ello, la magnificencia del entorno se ratifica a través de las menciones de sorpresas empuñaduras de espada, tachonadas de clavos de plata;⁵³ orfebrería con incrustaciones de oro, esmalte y bronce en el escudo de Aquiles, así como la descripción –con ciertos errores- de su fabricación;⁵⁴ los bellos palacios de Príamo, Néstor, Menelao, Odiseo y del rey Alcínoo, con plantas superiores y grandes habitaciones que se abren a vestíbulos y patios; la copa de oro del Néelida;⁵⁵ el trono erigido con marfil y plata de Penélope;⁵⁶ y el sorprendente conocimiento de Tebas tal como era en el siglo XIV a. C.⁵⁷

De manera paralela, contamos con los estudios sobre las diferentes civilizaciones que tuvieron lugar en Oriente Próximo al mismo tiempo que florecían los palacios aqueos, y cuyos paradigmas llegaron a compartirse. En ese sentido, y desde el propio Arthur Evans, se han recurrido a los testimonios egipcios, hititas y ugaríticos como criterios de comparación histórica. El esquema político, social, económico y cultural brindado por estos documentos permite reconstruir, en buena medida, los elementos esenciales de los reinos griegos –claramente, la uniformidad material constatada por la arqueología, que abrazó todo el Mediterráneo Oriental y parte del central, nos posibilitan entablar puntos comunes-. Dicha unidad cultural podemos observarla, al menos, desde el siglo XV a. C. hasta inicios del XII a. C.⁵⁸ Obviamente, no serían los aqueos quienes determinen aquellos códigos de cohesión sino las potencias orientales a razón de su legitimidad antiquísima, pero, principalmente, por su capacidad económica. Al respecto de nuestra investigación, nos interesa remarcar que la grandeza de los reinos de Hatti [=hititas], Misraim [=Egipto], Mitanni y Babilonia, fueron consolidando las diferentes pautas de integración y reconocimiento de “iguales”, mismas que fueron adoptadas por los griegos del continente tanto al interior de sus estructuras como para presumirlas externamente y, así, buscar ser identificados como “hermanos”.

⁵³ Homero, *Iliada*, II. 45; III. 334 y XVI. 135.

⁵⁴ Homero, *Iliada*, XVIII. 474-475.

⁵⁵ Homero, *Iliada*, XI. 632. Misma que guarda similitudes con la hallada por Schliemann en la Tumba IV del Círculo A de Micenas. Geoffrey Stephen Kirk, *Los poemas de Homero*, trad. de Eduardo J. Prieto, Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1986, pp. 115-116.

⁵⁶ Homero, *Odisea*, XIX. 55.

⁵⁷ Homero, *Iliada*, IX. 381-383.

⁵⁸ Walter Burkert, *Religión Griega: arcaica y clásica*, trad. de Helena Bernabé, Madrid, Abada Editores, 2007, pp. 25 y 36.

Posteriormente, adviene el periodo oscuro u homérico, que va desde la caída de los palacios aqueos hasta el surgimiento de la *polis*, esto es, de mediados de siglo XII a. C. hasta inicios del VIII a. C. El derrumbamiento de los reinos tuvo por causas el debilitamiento interno de la estructura palaciega y la invasión de pueblos parlantes del griego, principalmente dorios. Las consecuencias de los portentos podemos esquematizarlas en tres fases: aquellos lugares donde la caída se produjo de manera violenta y abrupta, cuya zona principal está conformada por el Peloponeso; regiones que vivieron el suceso de manera paulatina, tales como Argos, Tesalia, Beocia y la Fócida; y aquellos emplazamientos con reinos menores que no sufren de manera directa las invasiones ni conflictos internos, pero que acogerán a los sobrevivientes aqueos de otras instancias, estos fueron Arcadia, el Ática, Eubea, Jonia y Chipre.

Los registros arqueológicos de estos lugares apuntan a un claro descenso económico que afecta todos los niveles de vida. En ese sentido, todas las viviendas se muestran modestas, hay una ausencia palpable de objetos suntuarios y armas opulentas y los enterramientos dejan de ser espectáculos a la vista. Si bien este escenario contó con algunas particularidades en todas las regiones del mundo griego y, además, se presentó en distintas temporalidades, podemos afirmar cierta uniformidad austera en la cotidianeidad de los griegos homéricos; misma que imposibilitó la preponderancia de tajantes y exorbitantes jerárquicas político-sociales y, paralelamente, cedió a la pericia del varón sobre aquellas actividades valoradas como nuevo patrón de reconocimiento e inclusión identitaria. Precisamente, serán estos nuevos factores los que explicarán la alabanza del trabajo, el valor en el campo de batalla y el habla en el consejo como inherencias en el carácter de los héroes homéricos. De ahí que, en estos acontecimientos, el canto heroico se desarrollara plenamente como registro de un pasado glorioso; enriqueciéndose, ampliándose y adaptándose, acuñando nuevas fórmulas y admitiendo nuevos temas.⁵⁹

Las características que, sin lugar a dudas, emergen de este contexto son la presencia de dorios en Creta;⁶⁰ la imagen fantástica y remota de tierras antes bien conocidas;⁶¹ la

⁵⁹ Cecil Maurice Bowra, *Homero*, trad. de Marc Jiménez Buzzi, notas de Hugh Lloyd-Jones, Madrid, Editorial Gredos, 2013, pp. 72-73.

⁶⁰ Homero, *Odisea*, XIX. 176.

jactancia que hace Odiseo de saber labrar la tierra y realizar correctamente actividades ligadas al campo; las relaciones de poder entre Aquiles y Agamenón, donde el primero se coloca como un igual ante el segundo; así como el desconocimiento de la escritura, descrita como "luctuosos signos, grabados en una tablilla doble";⁶² sin dejar de lado la usanza de carros de guerra como medios de transporte. Aunque materialmente no encontramos tantos elementos referentes al periodo, socialmente sí que los tendremos y, justamente, ello dotará de validez la aprehensión que los griegos posteriores harán de los mecanismos identitarios que antaño sus antepasados esgrimían.

Por último, la tercera época alude a principios del periodo arcaico, abarcando de inicios del siglo VIII a. C. hasta mediados del siglo VI a. C. Para los griegos, la emergencia de la *polis* tuvo repercusiones en todos los niveles; el modo de entender la realidad, su presente y su pasado, estuvo fuertemente determinado por la estructuración de la misma. De ahí que, las instituciones políticas y la concepción del espacio de época arcaica se entremezclen con las narraciones que, originalmente, tenían órganos políticos diferentes y con un palacio que aglutinaba todo el poder. Afortunadamente para nosotros, estas características yuxtapuestas son, hasta cierto punto, menores si las comparamos con las suscitadas en los periodos precedentes.

Ahora bien, en la narración poética observamos peculiaridades arcaicas tales como la riqueza del santuario de Apolo en Delfos⁶³ que, si bien siempre tuvo fama de poseer grandes recursos, hasta ahora no hay elementos arqueológicos suficientes como para datarlos a tiempos precedentes; la indudable aparición de la falange hoplita: "fortificando asta con asta y escudo con escudo unidos por la base. Se apoyaban broquel en broquel, casco en casco, hombre en hombre. Los empenachados cascos se tocaban con los brillantes crestones al menear la cabeza: ¡tan apiñados unos con otros formaban!".⁶⁴ Y, claro está, la incidencia momentánea de Asambleas y de la Boulé.

⁶¹ Homero, *Odisea*, III. 319-320.

⁶² Homero, *Iliada*, VI. 169-170.

⁶³ Homero, *Iliada*, IX. 404-405.

⁶⁴ Homero, *Iliada*, XIII. 130-133. La fórmula se repite en XVI. 215-217.

Los distintos estratos culturales e históricos plasmados en los poemas explican, de manera paralela, la presencia de diversos dialectos en su composición. Como R. Adrados bien explica, encontramos formas eólicas, jónicas tempranas y tardías, y hasta áticas; otras veces, nos topamos con arcaísmos atribuidos tanto a un dialecto como a otro en su fase antigua. Además, hay un gran número de palabras que únicamente fueron comunes en Arcadia y Chipre. En suma, la poesía está plagada de una gran variedad de formas concurrentes y que, con frecuencia, resultan contradictorias lingüísticamente.⁶⁵ Esta mezcla de peculiaridades es propia de la lengua creada a través de los años por los aedos, un lenguaje específicamente perfilado para sus propósitos y que también tenía por objetivo ser comprensible en diversos lugares, de forma independiente al dialecto preponderante. Y así, gradualmente fue creándose una épica que partía de varias fuentes, de diferentes dialectos y de la adaptación artificial de la poesía existente para satisfacer las exigencias métricas.

Es preciso no perder de vista que las culturas orales tienen como propósito lograr una reciprocidad particular con su público. Los narradores cantan viejas historias e introducen nuevas situaciones en la tradición conocida; por ello es que tenemos tantas variantes menores de un mismo mito. La ausencia de la escritura, exigía del aedo la conceptualización y expresión verbal de todos sus conocimientos, apoyándose indirectamente de la realidad que lo rodeaba. Bajo esa línea, nos topamos ante una oralidad que propicia cierto tipo de estructuras de personalidad, de comportamiento, que se vuelven comunitarias y son exteriorizadas.⁶⁶ Al ser de carácter aristocrático, el arte de Homero, va a conformarse como un sistema específico de identificación, proliferando aquello constituido como “ideal” y enmarcado a distintos individuos pertenecientes a la comunidad. Un proceso que, sin duda, irá evolucionando hasta cimentar aquellas bases que los griegos posteriores tomarán en aras de diferenciarse de los persas.

⁶⁵ Para un análisis puntual de fórmulas, *vid* Francisco Rodríguez Adrados, *Historia de la Lengua Griega. De los orígenes a nuestros días*, Madrid, Editorial Gredos, 1999, pp. 48-60.

⁶⁶ Ong, *op. cit.*, pp. 48 y 73.

Capítulo 2. El surgimiento de una civilización: los aqueos.

Razón es que el villano conduzca al villano,
que siempre junta un dios al igual con aquel que le iguala

Homero, *Odisea*, XVII. 217-218.

Los alcances del mundo griego siempre han ido más allá de la mera zona continental. La civilización de los palacios comenzó en la Grecia central y, posteriormente, se expandió hacia buena parte de las Cícladas, ocupó la isla de Creta y fundó nuevos reinos en la costa de Asia Menor y al sur de la península itálica. Los incipientes reinos fundados por individuos parlantes de griego y poseedores del caballo, evolucionan hasta convertirse en verdaderas potencias dentro del Egeo; con el paso de los años, el esplendor va decreciendo y la estructura palaciega se debilita. La irrupción y conjunción de determinadas crisis traerían consigo el colapso de la civilización aquea a partir del 1200 a. C.⁶⁷ Ahora bien, la ausencia de fuentes nos orillan a centrarnos únicamente en aquellas instancias que nos dejaron suficiente evidencia material y cuya temporalidad principalmente abraza los siglos XIV, XIII y XII a. C.; con todo, será posible hacer ciertas precisiones cruciales que acontecieron en años precedentes.

El ejercicio interpretativo que desarrollaremos a lo largo de los siguientes capítulos estará condicionado por el tipo de fuentes que sobrevivieron: la material, emanada por los propios palacios, y la épica, heredada por sus descendientes homéricos. El primer rubro de pruebas parece indicarnos una separación consciente entre la élite política, militar, administrativa y religiosa con respecto al resto de la población. En ese sentido, el espectro identitario abrazaría al rey, a los integrantes del ejército profesional, a los sacerdotes del palacio y a los principales delegados encargados de supervisar y controlar los distritos que conformaban a cada reino. El problema viene con el segundo rubro de pruebas. La épica únicamente enfatiza a la élite guerrera porque la sociedad homérica que la reproduce depende de los enfrentamientos bélicos para su supervivencia. La inestabilidad de los siglos XI, X y IX a. C. fue el perfecto escenario para la propagación de cantos orales encargados de magnificar la lucha, la valía y la muerte en el campo de batalla. Estas herencias podrían

⁶⁷ John Chadwick, *El mundo micénico*, 6ª ed., trad. de José L. Melena, Madrid, Alianza Editorial, 1993, pp. 24, 34 (Alianza universidad, 204). Feuer, *op. cit.*, p. 510.

darnos la falsa impresión de que sólo el ejército profesional tenía importancia dentro de la estructura palaciega. El recuerdo del sector burocrático queda olvidado casi al cien por ciento debido a que su continuidad, aquí sí, fue insostenible al desaparecer todo el aparato administrativo. Dicho de otra forma, el legado guerrero nobiliario fue factible debido al ambiente inseguro de los años oscuros que primaba los enfrentamientos constantes y, a través de los cuales, se configuraron una serie de valores que incluso dieron origen a un nuevo sector social: los *áristoi*.

¿Identidad o identidades? La hipótesis que sostendremos es que, efectivamente, los lazos de identificación no sólo abrazaron al ejército sino que se extendieron a las cúpulas administrativas, cuyo ejercicio garantizaba la estabilidad política y económica del reino. No sería nada raro que entre ellos se forjaran, a su vez, mecanismos propios. Empero, sólo nos centraremos en la identidad que fue forjada a través de la actividad guerrera tanto por las fuentes que conservamos, como por el mismo énfasis que la nobleza de los palacios hacía sobre esta práctica. En efecto, la belicosidad de estos primeros griegos no deja de ser una de las principales características constitutivas que dieron forma a toda una civilización.

2.1. Aqueos, dánaos y argivos. Alcances espacio-temporales de los primeros griegos.

Al marido perdí, mi león animoso, aquél héroe
Señalado entre todos los dánaos por prendas sin cuento,
Cuya fama ha llenado la Hélade y las tierras de Argos.

Homero, *Odisea*, IV. 724-726.

Los griegos se han distinguido desde antaño de acuerdo a su dialecto y etnia, categorías que van de la mano y que llegan incluso a confundirse. La puesta en manifiesto de la etnicidad se fue llevando a cabo a través de genealogías nobiliarias, mismas que se enriquecieron y modificaron paulatinamente en aras de integrar nuevas familias como parte del grupo exclusivo. En efecto, se crea una imagen que justifique el presunto “origen común” y se adscriben a un territorio particular. En ese sentido, Carla Bocchetti nos invita a abordar la geografía homérica desde un punto de vista espacial, más que temporal; es decir, propone una lectura que hace énfasis en el sentido de pertenencia de los guerreros y sus tierras de

origen.⁶⁸ Estos nexos son generadores de una identidad que une a semejantes en contraparte con los “extranjeros”, con “los de fuera”: los *xénos*, los *ke-se-nu-wo* de las tablillas.⁶⁹ En esta construcción poética de la identidad cultural se describen guerreros excelsos, provenientes de esplendorosos reinos, pero los sentimientos de pertenencia únicamente responden a la élite que conforma al ejército profesional.

La efectiva comunicación entre los diferentes reinos aqueos propició el intercambio y reforzamiento de paradigmas, ideas, usos y costumbres propios de las élites dirigentes. En efecto, únicamente la nobleza tenía la capacidad de viajar a otras instancias de poder y convivía con sus “semejantes” al interior del palacio. Ahora bien, cabe preguntarnos si estos griegos poseían designaciones específicas para identificarse o distinguirse unos con otros. Homero, por ejemplo, emplea tres designaciones para nombrar a los griegos que asediaron la amurallada Troya; ¿es posible que el poeta se base en algún criterio lingüístico/territorial para su utilización? La región continental, además de extensa, envolvía un gran número de tribus y el aedo únicamente selecciona “aqueos, dánaos y argivos”. ¿Podemos suponer que los primeros griegos decidieran reconocerse bajo uno o diversos nombramientos? Una particularidad que se nos puede escapar es el hecho de que los motes de “aqueos” y “dánaos” estaban en desuso ya desde el propio periodo oscuro. El reconocimiento de los términos “helenos” y “Héllas” como meros artificios territoriales⁷⁰ confirman la inexistencia de yuxtaposiciones interpretativas. La fórmula de “aqueos, dánaos y argivos” efectivamente sobrevivió a la caída de los reinos, pero, ¿cuáles eran sus sentidos originales?

Comencemos con los *achaiós*, los “aqueos”. A pesar de que este apelativo no se ha podido localizar en las tablillas, parece ser que su uso estaba fuertemente extendido. En los documentos hititas figura repetitivamente el reino de Ahhiyawa. En la década de 1920, el estudioso Emil Forrer asoció a los griegos de Homero con este topónimo, argumentando

⁶⁸ Carla Bocchetti, *La Geografía de la Iliada: una perspectiva cultural*, México, Universidad Nacional Autónoma de México–Instituto de Investigaciones Filológicas, 2011, pp.12-13 (Supplementum III Nova Tellus).

⁶⁹ John Chadwick y Lydia Baumbach, “The Mycenaean Greek Vocabulary”, en *Glotta*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, vol. 3/4, 1963, p. 224. Las diferencias entre griegos y extranjeros como mecanismos de identificación, se abordarán en el último capítulo.

⁷⁰ La Hélade como una región de Tesalia próxima al reino de Ftía en Homero, *Iliada*, II. 527-535 y 683.

que era el modo hitita de escribir el nombre griego *Achaiwia*, una forma arcaica de *Achaia*.⁷¹ Cierta correspondencia ha llegado hasta nosotros, referente al establecimiento de relaciones diplomáticas o bien, enfrentamientos bélicos, entre los soberanos hititas y los reyes de Ahhiyawa. Ahora bien, esta designación se esgrime como una unidad conceptual generalizada con un estatuto similar al de los otros grandes reinos de la Edad de Bronce: Egipto, Babilonia, Asiria y Mitanni.⁷² Por ende, no está del todo claro qué tipo de entidad se está describiendo, si geográfica, étnica o política, y si ésta misma refiere a la Grecia continental o a los emplazamientos localizados en las islas o en la costa de Asia Menor. A pesar de este inconveniente, tenemos la constancia de al menos un concepto que reconoce una suerte de unidad en torno a los reinos aqueos.

En la epopeya, el término de “aqueos” es el más utilizado por el aedo y, aunque “dánaos y argivos” también son aplicados para distinguir a todo el contingente griego, resulta revelador el manejo de la siguiente fórmula: “Paladines del bando panaqueo”.⁷³ Con ella, se intenta abrazar a todos los dirigentes de cada etnia griega. En estos casos, podemos afirmar que, de manera plenamente consciente, los aedos buscan unir las diferencias en una sola designación, tal como en su contemporaneidad se esgrime bajo el calificativo de “helenos”. De esta forma, confirmamos que la expresión de “dánaos, aqueos y argivos” es, originalmente, una acotación que refiere a etnias, lenguas y/o regiones.

Genealógicamente, los “aqueos” deben su nombre a Aqueo, hijo de Juto, hermano de Ión y nieto de Helén.⁷⁴ La tradición que recoge Apolodoro era la más extendida en el mundo griego y, como puede verse, es una evidente creación posterior a la existencia de los reinos, debido a que Helén se coloca en el primer estrato de ascendencia en una época donde la comunidad griega estaba indiscutiblemente agrupada bajo el término de “helenos”.

⁷¹ Actualmente se ha vuelto una convención que “Ahhiyawa” aluda a algún reino aqueo; no obstante, las discusiones fluctúan por menores certezas en torno a lo que sería la capital: desde Mileto, pasando por el continente –Micenas o Tebas-, hasta alguna isla del Egeo –incluyendo Rodas-. Cfr. Louis Delaporte, *Los hititas*, trad. de Luis Pericot García, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1957, p. 80 (La Evolución de la Humanidad, 9).

⁷² Trevor Bryce, *El reino de los hititas*, trad. de José Luis Rozas López, Madrid, Editorial Cátedra, 2001, pp. 85-86 (Historia Serie Menor) y Sarah Pomeroy *et al.*, *La Antigua Grecia. Historia política, social y cultural*, trad. de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Editorial Crítica, 2002, p. 56.

⁷³ Homero, *Iliada*, II. 404; VI. 73, 159, 327, 385; IX. 301; X. 1 y XXIII. 236.

⁷⁴ Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, VII. 3.

Dionisio de Halicarnaso, por su parte, presenta a Aqueo como hijo de Larisa y Posidón;⁷⁵ un indicio probable de que esta versión sea más vieja es por el importante papel que “el agitador de la tierra” fungió en los palacios de la Edad de Bronce. Este autor, además, localiza geográficamente a los “aqueos” en Acaya, al norte del Peloponeso.⁷⁶ En Homero, la “Acaya de bellas mujeres” solamente aparece tres veces⁷⁷ y se enfatiza como hogar de diversos reinos, de ahí que en el “Catálogo de las naves” no aparezca como entidad política guerrera. De sus menciones, las dos primeras quedan enmarcadas durante el enfrentamiento de Paris y Menelao, quien, de vencer, podría regresar junto con sus huestes a “Argos, pastizal de caballos, y a Acaya, de bellas mujeres”. La tercera alusión la refiere Néstor, de cuando se estaba llevando a cabo la recluta de tropas por toda “Acaya, nutricia de muchos”; región que el Néstida resalta por la calidad de sus combatientes. Pero, inexplicablemente, Homero ignora a estos guerreros durante el desarrollo de la guerra, lo cual nos lleva a plantear una segunda posibilidad: el término de *Achaia*, muy probablemente, fue exclusivo de aquellos griegos emplazados en la península de Anatolia. Sobre esto regresaremos una vez terminado el análisis de las tres designaciones.

La tradición coloca a Argo, hijo de Niobe y Zeus, como el primer regente de todo el Peloponeso; de ahí que todo el lugar recibiera la designación de “Argos” en su honor.⁷⁸ Diversas cuestiones apuntan a menciones regionales en la epopeya; entre las más importantes se encuentra la de Crises, quien le expresa a Aquiles su miedo: “Creo que voy a enojar al hombre más poderoso de todos los argivos y a quien los aqueos obedecen”,⁷⁹ lo cual resulta ser una clara alusión de que Agamenón ejerce su poder desde Micenas, abarcando parte considerable de la zona argiva. En efecto, en esta ocasión, Homero utiliza la locución específica de “argivos” para los griegos dependientes del Atrida. Aunque la tradición no pierde esta referencia de antaño, sí la confunde, de tal forma que el dominio de todo Argos es atribuido a Agamenón;⁸⁰ obviamente, el poeta tenía en mente la delimitación histórica de la Argólida –un griego aqueo, en cambio, habría entendido que el Atrida regía

⁷⁵ Dionisio de Halicarnaso, *Historia Antigua de Roma*, I. xvii. 2.

⁷⁶ Dionisio de Halicarnaso, *Historia Antigua de Roma*, I. xxv. 5.

⁷⁷ Homero, *Iliada*, III. 75, 258 y XI. 770.

⁷⁸ Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, II. 3-2.

⁷⁹ Homero, *Iliada*, I. 78-79.

⁸⁰ Homero, *Iliada*, II. 107-108: “Tiestes se lo dejó a Agamenón [el cetro fabricado por Hefesto] para que lo llevara y fuera el soberano de numerosas islas y de todo Argos”.

todo el Peloponeso histórico-. Más adelante, Diomedes es presentado como cabecilla del contingente de Argos y Tirinto, localidades señaladas como independientes de Micenas desde sus orígenes.⁸¹ Mientras que, los Ayantes, “príncipes de los argivos”, aparecen al mando de Salamina, isla al costado de la propia Argos y hacia quienes Agamenón no puede mandar, pues éstos ejercen su autoridad por cuenta propia.⁸² Retomando la escena del enfrentamiento entre Paris y Menelao, la otra región mencionada es “Argos, pastizal de caballos”. En efecto, estamos ante la segunda jurisdicción espacial que integra al contingente griego y que asienta gran parte de su peso en los reinos emplazados al noreste del Peloponeso, en donde las ciudadelas de Micenas, Argos, Tirinto, Nauplia y Midea se hallan identificadas por la arqueología, como los primordiales centros de poder de la zona.

El último mote guarda estrecha relación con los egipcios. El mito se encargó de remontar la estirpe hasta Dánao, gemelo de Egipto, engendrados por el faraón Belo y la náyade Anquínoe. Dánao se refugia en la Grecia continental y termina por desplazar el linaje de Argo.⁸³ Dentro de los estudios arqueológicos es factible encontrar ecos históricos en aras de otorgarle fundamentación al mito. En el templo funerario del faraón Amenhotep III se registran pueblos y reinos emplazados hacia el norte del Delta, donde destaca la tierra de *Danja/Tanja (tnjw)*. Ciertamente, se han formulado diversas hipótesis en torno a la presente inscripción, pero una de las que contiene mayores fundamentos es la correspondiente a los “dánaos”. Las relaciones diplomáticas entre Danaja y Egipto se remontan hasta el siglo XV a. C. ya que, durante el reinado de Thutmosis III, el faraón recibe como regalo un vaso de plata y coperas con asas de plata de clara manufactura micénica.⁸⁴ Ahora bien, las referencias no corresponden a los cretenses porque ellos tenían en *keftiu*⁸⁵ su propio apelativo; además, ya para el siglo XV a. C. los reinos aqueos se

⁸¹ Homero, *Iliada*, II. 559-568 y XXIII. 470-472. Se recuerda una expedición que Tideo, el padre de Diomedes, llevó a cabo en contra de Tebas, quien buscaba una alianza con Atreo; evidentemente, ambos son retratados en condiciones de igualdad política, dirigentes de reinos independientes. Cfr. Homero, *Iliada*, IV. 370-377. Posteriormente, el Tíida es diferenciado del resto de la tropa y circunscrito en el espectro argivo. Homero, *Iliada*, V. 1-3.

⁸² Homero, *Iliada*, IV. 285-287.

⁸³ Higino, *Fábulas mitológicas*, CLXV. 1-3 y Apolodoro, *Biblioteca Mitológica*, II. i. 4-5.

⁸⁴ Joachim Latacz, *Troy and Homer: Towards a Solution of an Old Mystery*, trad. de Kevin Windle y Rosh Ireland, Oxford, Oxford University Press, 2004, pp. 130-132.

⁸⁵ Las relaciones comerciales entre la civilización minoica y la egipcia datan desde el inicio del Reino Medio con la XI Dinastía. Sin embargo, la identificación más antigua de los cretenses como “keftiu” se presenta

habían apoderado de la isla de Creta. El príncipe de Danaja, entonces, era el rey de Micenas, Argos o Pilos: centros de poder tremendamente poderosos y que contaban con flotas navales. La necesidad que los griegos sintieron por establecer relaciones diplomáticas con sus vecinos en aras de ser reconocidos como iguales, explica la presencia de regalos dirigidos al faraón.

Joachim Latacz ha sugerido la existencia de un imperio de Danaja, cuya capital podría localizarse en Micenas y que estaría encargada de controlar todos los palacios del continente.⁸⁶ No es necesario profundizar ya sobre las condiciones independientes de los centros de poder griegos, ahora sabemos que nunca existió un único “reino de Grecia” ni una cercana unificación política. Con todo, podemos rescatar parte de la hipótesis formulada por el alemán ya que la alusión de *Danaja* seguramente refería a un reino poderoso emplazado en el continente, y el hecho de que Homero lo conozca y lo integre como parte de la fórmula “aqueos, dánaos y argivos”, implica su fuerte extensión y hasta su origen micénico, más no egipcio. De esta forma, podemos afirmar que algunas formas derivadas de la designación *danaja* fueron empleadas por micénicos, argivos o pilios para nombrarse a sí mismos. El término no se halla en las tablillas, pero su ausencia no implica su inexistencia, únicamente no había necesidad de registrarlo en unos documentos enfocados a la observación de materias económicas; incluso para nombrar a alguien se hacía de manera particular, mas no colectivamente.⁸⁷ Por ello, tampoco es ninguna casualidad que los documentos egipcios sigan empleando la designación de *keftiu* para identificar a los cretenses, con o sin conquista.

Ante el choque regional de “aqueos, dánaos y argivos”, proponemos una interpretación propia, sustentada en el análisis de este apartado. El espacio territorial entre dánaos y argivos tendría claras delimitaciones geopolíticas y, por supuesto, estaría controlado por las instancias gobernantes correspondientes. ¿Quién tendría acceso a esta

hacia el 1463 a. C., en la tumba de Senenmut, uno de los funcionarios más sobresalientes durante el reinado de Hatshepsut. Cfr. *Infra*, pp.154-155.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 133.

⁸⁷ Chadwick, *El mundo...*, p. 90: “Al menos el setenta y cinco por ciento de las palabras asentadas en los documentos micénicos son nombres de persona”. El resto de las designaciones corresponde a los sectores administrativos que integraban el reino.

información? La nobleza, grupo social del cual emana la creación de narraciones poéticas, mismas que se heredaron de generación en generación hasta consolidar la tradición heroica de la cual partiría Homero. Precisamente, es en la epopeya donde aparece el único territorio ocupado por los dánaos: el reino de Fera,⁸⁸ un emplazamiento costero ubicado en la zona de influencia pilia. Aunque este centro únicamente hace acto de presencia en tres ocasiones, no sería ninguna coincidencia que la zona suroeste del continente fuese exclusiva de los “dánaos”. Sumado a ello, el registro arqueológico comprueba la prosperidad del reino de Pilos que, posiblemente, fuese hasta más poderoso que el de Micenas;⁸⁹ la ausencia de murallas es una señal casi contundente del dominio hacia los alrededores. Un centro con estas magnitudes entablaría relaciones diplomáticas con Egipto y, fácilmente sería reconocido como “igual”. Ahora bien, Homero identifica y nombra a los “pilos” a partir de la dependencia con el palacio “Pilos”, pero nosotros no debemos guiarnos enteramente por el desconocimiento de ciertas cuestiones. En el periodo oscuro se difuminó el recuerdo de la totalidad del reino Danaja por haber sido una de las zonas rápidamente afectadas ante el declive de las estructuras. Y, sin embargo, “dánaos” perduró en la fórmula tripartita gracias a su datable importancia; los poetas desconocían la grandeza del antiguo reino de Danaja, del cual solamente quedaba reminiscencia de su capital, el palacio de Pilos y, por asociación, sus guerreros y sus dominios únicamente quedaron circunscritos a través de este centro de poder.

Teniendo en mente el análisis previo, podemos concluir que ninguna de las tres expresiones era exclusivamente recurrida para nombrarse a sí mismos, como único pueblo; es decir, no encontramos paralelo alguno que coincida con el posterior uso de “helenos”. La denominación *Achaioi* es la que mayormente utilizan los aedos para identificar al pueblo griego de antaño, debido al peso que ésta tenía en la poesía y, por ello, muchos especialistas

⁸⁸ Homero, *Iliada*, V. 542-552: “Los excelentes dánaos Cretón y Orsíloco, hijos de Diocles, habitantes de la bien edificada Fera [...] Diocles procedía del linaje del río Alfeo, que cruza con su ancho caudal la tierra de los pilios [...] Cretón y Orsíloco, expertos ambos en todo tipo de lucha. Al llegar a la juventud, siguieron a los *argivos* Agamenón y Menelao”. En VI. 133-135. Néstor menciona que la ciudad costera de Fera, emplazada al norte del río Alfeo, se vio envuelta en un enfrentamiento contra pilios y arcadios. En IX. 151-153 y 293-294: “La muy divina Fera [...] próxima al mar, en los confines de la arenosa Pilos”.

⁸⁹ Homero, *Iliada*, IV. 251-264. Agamenón reconoce a Idomeneo, el dirigente de Cnosos, como “dánao”... ¿acaso es una prueba del dominio de Pilos sobre la isla cretense?

se han decantado porque éste haya sido el nombre común de todos los griegos. Ahora bien, nosotros ofrecemos otra interpretación ante tal coyuntura.

Recapitulando, los textos hititas únicamente nos hablan de los *Ahhiyawa*, mientras que los documentos egipcios exclusivamente aluden a los *Danaja*. ¿Por qué los egipcios no registraron nunca relaciones diplomáticas o bélicas con los aqueos y, de manera paralela, los hititas con los dánaos? La política exterior de los griegos estaba fuertemente definida: mientras los del continente mediaban con los egipcios, los asiáticos hacían lo propio con los hititas. No hay casualidades al respecto de la temporalidad, los *Ahhiyawa* y los *Danaja* aparecen registrados hacia el siglo XV a. C. e incrementan sus relaciones en las siguientes décadas; la expansión griega explica perfectamente el creciente poderío de los reinos continentales y asiáticos, cada cual con su respectiva área de influencia porque eran independientes entre sí. Así, confirmamos la teoría de que ambos términos eran exclusiva e históricamente designaciones regionales que lograron sobrevivir, y, si los aqueos adquieren mayor preponderancia, esto es entendible por la simple y lógica consecuencia de que la tradición poética tuvo un sólido desarrollo en Jonia, en los antiguos emplazamientos de los *Ahhiyawa*. De ahí que, el esfuerzo de los aedos al identificar bajo un sólo término a sus antepasados haya sido el de “panaqueos”, y no “panargivos” o “pandánaos”.

Ahora bien, los lazos identitarios iban más allá de la mera inexistencia de un nombre colectivo –como apuntábamos en el capítulo precedente-. En empresas colectivas contra un enemigo común se agrupaban utilizando como criterio la territorialidad. De esta forma, adquiere sentido la supervivencia de “aqueos, dánaos y argivos” como grandes bloques identitarios. Sin dejar de lado, por supuesto, los epítetos por excelencia distintivos del contingente griego: “broncíneas túnicas” y “broncíneas grebas”. Estos calificativos únicamente tienen razón de ser en la Edad de Bronce y, al ser las grebas exclusivas de los aqueos, se marcaban como imagen distintiva en contraposición de sus enemigos troyanos.

2.2. La civilización de las Tumbas de Fosa Vertical. Dinastías fundacionales.

En cuanto a los pelasgos, casi todos los autores están de acuerdo en que se trata de una antigua tribu que poblaba toda la Hélade, en particular en las proximidades de los eolios de Tesalia.

Estrabón, *Geografía*, V. ii. 4.

Los primeros asentamientos en el continente se remontan hasta el VII milenio, tribus que en la tradición han sido designadas como “pelasgos”. Hacia el 2100 a. C., arriban pueblos parlantes de griego y se asientan en los hogares de los nativos y, aunque no hay claridad sobre lo que pudo ocurrir con la población originaria, seguramente algunos fueron absorbidos dentro de la nueva sociedad y otros, sometidos por los invasores.⁹⁰

Dentro de la historia de los primeros años únicamente podemos mencionar a los minias, una raza o tribu numerosa cuya uniformidad trascendió dentro de la tradición. Justamente, Schliemann los identifica como la gran dinastía del norte e interpreta la trascendencia de su asentamiento acorde con ello. Ahora bien, no sabemos cómo los minias se nombraban a sí mismos, pero seguro llegaron dentro de las primeras oleadas, se establecieron en Tesalia y, posteriormente, fundaron lo que sería el primer gran reino del continente: Orcómenos. La cerámica miniana se vuelve característica de la zona y va extendiéndose por todos sus alrededores, alcanzando incluso el sur de la península Calcídica.⁹¹ Precisamente, los minias destacan en el mito por las diversas exploraciones efectuadas al norte del mar Egeo, asentándose en Lemnos y brindando sus conocimientos para la misión de los Argonautas.⁹² El sustento de la tradición probablemente sea verídico, sin embargo, tendrá que pasar mucho tiempo para que los diferentes reinos y dinastías de Tesalia empiecen a incursionar en el mar.

La historia de los primeros años también quedó registrada en las diferentes escenas grabadas de los círculos de tumbas de Micenas, donde el elemento bélico aparece a la

⁹⁰ Leonard Palmer, *Mycenaeans and Minoans: Aegean Prehistory in the Light of Linear B Tablets*, Londres, Faber and Faber, 1961, p. 211. Gordon Childe, “El nacimiento de una civilización europea” en Massimiliano Marazzi, *La sociedad micénica*, trad. de Manuel Bayo, Madrid, Ediciones Akal, 1982, p. 29.

⁹¹ Emily Vermeule, *Grecia en la Edad del Bronce*, trad. de Carlos Villegas, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, pp. 96-97 (Sección de Obras de Antropología).

⁹² Heródoto, *Historias*, IV. cxlv. 2-4.

menor provocación. Asimismo, la riqueza de los ajuares funerarios indica el crecimiento político-económico de una élite gobernante que empezó a acrecentar sus dominios a costa de los nativos. El pequeño reino de Micenas se fortalece y erige sus primeras murallas, aunque la monumentalidad no tiene punto de comparación con las construcciones posteriores, de todos modos, estos primeros trabajos requieren amplios recursos y una fuerza de trabajo y planeación significativa. En ese sentido, ya podemos hablar de la existencia de una sociedad jerarquizada que enfatizará los contrastes que separan a los dirigentes de los dirigidos a través de los enterramientos.

Hacia el siglo XVII a. C. se vuelve latente la monumentalidad de las llamadas Tumbas de Fosa Vertical. En el Peloponeso tenemos enterramientos en la localidad de Hagios Ioannis; en Mesenia se localizan en la costa de Samikron; en el norte del Ática se construyeron en Afidna; y en Micenas se hallaron dentro de la ciudadela. La clara homogeneidad entre las formas de los diferentes emplazamientos mencionados es evidente, y al no existir ningún tipo de precedente, se ha llegado a la conclusión de que toda la estructura y simbolismo edificante de las tumbas sea netamente aquea.⁹³ Afirmamos que los artefactos encontrados al interior⁹⁴ constituyeron indudables marcadores étnicos y/o sociales por la exclusividad de las circunstancias que los rodeaban. En efecto, estos enterramientos requerían una enorme cantidad de trabajo y planeación porque de no efectuarse los cálculos correctamente, la tumba corría el riesgo de derrumbarse y aplastar el cadáver junto con todo el ajuar funerario; además, era usual que los familiares fueran reposando en la misma excavación y, ante ello, los peligros de demolición se incrementaban.⁹⁵ Estas circunstancias constatan que no cualquiera recibía este tipo de atenciones ante la muerte, solamente aquellas familias de prestigio podían costearse tal cantidad de lujos.

⁹³ La característica esencial de las Tumbas de Fosa Vertical era la profundidad con que se hacían y su posterior recubrimiento. Usualmente se aprovechaba el suelo rocoso para obtener mayor resistencia; sobre la roca se excavaba un pozo rectangular que alcanzaba una oquedad de hasta cuatro metros y, posteriormente, se sellaban con paredes artificiales. Cfr. Vermeule, *op. cit.*, p. 106.

⁹⁴ El atuendo funeral del cadáver recibía toques finales con piezas labradas en oro y ricas ofrendas a su lado, entre las cuales destacan el armamento de bronce, joyería, vasijas con metales preciosos y alimentos como el aceite, vino, carne y ostras. Aunque todo esto tiene un tinte de monumentalidad y esplendor, la cantidad es poca y la manufactura de la mayoría de los objetos es local, salvo un par de excepciones que sin lugar a dudas provienen de la todavía independiente civilización cretense. Cfr. Pomeroy, *Historia...*, p. 50.

⁹⁵ Vermeule, *op. cit.*, p. 114.

Afortunadamente, en el palacio de Micenas sobrevivieron algo más que las tumbas: el círculo más pobre y más antiguo es el B y de los 24 sepulcros, 14 constituyen verdaderos trabajos de fosa vertical. Aunque relativamente modestas en comparación con el círculo A, las tumbas no dejan de tener considerables dimensiones y ser ciertamente monumentales. Situadas en las proximidades de los primeros recintos amurallados, se hallan en claro contraste con los diversos agrupamientos de fosas utilizadas para depositar los restos de muchas generaciones de hombres que, seguramente, conformarían al pueblo llano al ser construcciones visiblemente más simples y con ajuares insignificantes. Estas fosas fueron emplazadas al pie de las ciudadelas, o sea, en estrecha colindancia con las aldeas que sostenían el aparato palaciego.⁹⁶ La sola distribución y contenido de los dos grupos de sepulturas, apuntan a la formación de un linaje privilegiado que ha consolidado su poder y estructurado un sistema social jerárquico que los coloca en la cima.



Figura 1. Estela funeraria del Círculo B, Tumba Gamma, en Micenas.

En la fig. 1 podemos observar la estela correspondiente a la Tumba Gamma. La representación es de grandes bestias que se atacan mutuamente y, a su vez, éstas son cazadas por el hombre. Se ha logrado ver que dos leones abordan a un toro; uno de los hombres yace lastimado y el otro, en el lado opuesto, ha herido al león.⁹⁷ Los micénicos, y aquí nos estamos refiriendo de manera regional, parecen haber investido a estos dos animales con una significación especial relacionada con el poder real. Esta estela muestra su valor al ser el primer vestigio que tenemos sobre las constantes representaciones de escenas de cacería dentro del mundo aqueo, una actividad

⁹⁶ G. Bockisch y H. Geiss, “Origen y Desarrollo de los Estados Micénicos”, en Marazzi, *op. cit.*, pp. 51-52.

⁹⁷ Vermeule, *op. cit.*, p. 120.

exclusiva de aquellos con alcurnia y que en repetidas ocasiones estará apareciendo tanto en la iconografía como en la epopeya; por ejemplo, Odiseo señala en un par de ocasiones que el gusto de cazar es propio de la nobleza.⁹⁸ Las prácticas mortuorias junto con las creencias que pudieron acompañarlas se extendieron por todo el ámbito Egeo aunadas a símbolos propios que identificaban a las cúpulas jerárquicas de estos primeros reinos. Los significados de estos últimos lo dejaremos para el análisis de los siguientes capítulos.

Independientemente de las adopciones o influencias que estos griegos pudieran o no recibir, el hecho es que consolidan su poder y forjan vínculos familiares entre sí, donde la práctica de la endogamia pudo ser una actividad frecuente en aras de garantizar la autoridad del pequeño grupo dominante. En la mitología, por ejemplo, Alcínoo contrae nupcias con su hermana y ambos enraízan su linaje a Posidón;⁹⁹ Eolo, quien tiene seis hijos e hijas, los esposa unos con otros.¹⁰⁰ Esta singularidad no debería de extrañarnos al repetirse en diversas civilizaciones análogas a la aquea, tales como la hitita.¹⁰¹

El segundo momento esplendoroso de las Tumbas de Fosa Vertical se localiza hacia finales del siglo XVI y principios del XV a. C. El ajuar del Círculo de Tumbas A nos anuncia la presencia de una fuerte sociedad militar. Aunado a ello, buena parte de la impresionante riqueza es de clara manufactura minoica. Este hecho le brindó a Arthur Evans la justificación necesaria para afirmar que los griegos del continente habían sucumbido al poderío de Minos, pero como bien sabemos, la situación fue a la inversa. El crecimiento de los aqueos coincidió con las catástrofes de Tera¹⁰² y al cabo de unos años, a

⁹⁸ Homero, *Odisea*, XIX. 428-466 y XX. 1-3.

⁹⁹ Homero, *Odisea*, VII. 50-70.

¹⁰⁰ Homero, *Odisea*, X. 5-10.

¹⁰¹ Jenny Damanville y Jean-Pierre Grélois, “Los Hititas hasta el final del Imperio” en Pierre Lévêque (Dir.), *Las primeras civilizaciones. De los despotismos orientales a la ciudad griega*, trad. de Eduardo Bajo Álvarez, Madrid, Ediciones Akal, 2012, pp. 349-350 (Akal Universitaria, Serie Historia Antigua, 335).

¹⁰² El apogeo de la civilización minoica tuvo lugar entre el 1700 y 1550 a. C., años que abrazan desde la construcción de los “Segundos Palacios” y el fortalecimiento del aparato real, hasta los estragos causados por la erupción del volcán de Tera. Todos los especialistas coinciden en que el suceso partió de la presencia de fuertes terremotos en la zona –que orillaron a la población de Akrotiri a abandonar el palacio- hasta concluir con la terrible erupción que destruyó la mitad de la isla. Los maremotos y el esparcimiento de las cenizas asolaron Creta, cuyos habitantes vieron gravemente afectadas tanto sus cosechas y como sus costas. Ahora bien, la datación de estos sucesos sigue siendo objeto de debate. Por una parte, están los vulcanólogos y oceanógrafos que defienden el 1628 a. C. como fecha exacta gracias a las pruebas realizadas en los troncos de los árboles cercanos, que sugieren que su crecimiento se vio interrumpido en ese año, así como la ceniza

razón de su debilitamiento económico –y probablemente político- la civilización minoica es absorbida y pasa a ser un satélite de Pilos o Micenas. Antes de adentrarnos en los cambios, refuerzos y simbiosis que propició el contacto más cercano con esta cultura insular, debemos analizar el aspecto identitario que vino de la mano con la expansión griega.

En la estela del círculo A de la fig. 2 observamos a un individuo que guía un carro de dos ruedas en una carrera, apresurando al caballo; un hombre a pie se yergue frente al carro con una maza o estaca de tamaño considerable. Parece ser que ambos personajes van desnudos, tan sólo calados con una gorra o casco; el auriga sostenía una espada y un látigo o cuerda para espolear al animal. Algunas interpretaciones al respecto sugieren de inmediato que estamos observando a un guerrero aqueo en el momento justo de abalanzarse contra su enemigo. No obstante, la escena parece más bien señalar a dos miembros de la nobleza en un juego funeral: hay que poner atención a la ausencia de lanzas, escudos y por supuesto, más guerreros. Además, la estrecha relación con el caballo será uno de los distintivos tanto en la vida como en la muerte de los guerreros aqueos.¹⁰³ La tumba y los ritos asociados al enterramiento formaba parte del “ser micénico”, siendo éste uno de los primeros motivos latentes que conformarán la identidad nobiliaria-guerrera; hipótesis que deja de ser especulativa en el momento mismo en que observamos todo el empeño que se congregaba en la celebración de estos funerales.¹⁰⁴

volcánica de Akrotiri. Por otra parte, los arqueólogos e historiadores establecen el 1500 a. C., sustentando sus argumentos en la fructífera proliferación de cerámica minoica, sin problemas ni contratiempos, a lo largo de todo el Egeo, del 1700 hasta el 1550 a. C. Precisamente, el punto de quiebre lo ubican cuarenta años después, cuando las exportaciones de objetos suntuarios minoicos disminuyen notoriamente frente al arte de la cerámica aquea. Consecuentemente, y ante el debilitamiento económico de Creta, los griegos se lanzarían hacia su conquista. De ahí que, no sea casualidad, los incendios que acarrearón la segunda destrucción de los palacios –Cnosos, Festos, Gournia, Hagia Triada, Tiliso, Paleocastro, Psira, Kato Zakro, Mochlos, Malia y Nirou Khani- hacia el 1450 a. C. y la posterior reconstrucción de algunos en el 1400 a. C., pero ésta última ya con clara influencia cultural micénica. Para mayor detalle de los debates y sus sustentos *vid* Susan Wise Bauer, *Historia del mundo antiguo. Desde el origen de las civilizaciones hasta la caída de Roma*, trad. de Vanesa Casanova, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2008, pp. 224-232 (Magnum, 3), J. D. S. Pendlebury, *Introducción a la Arqueología de Creta*, trad. de Margarita Villegas de Robles, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, pp. 258-260 y 269-270 (Sección de Obras de Antropología), Chadwick, *El mundo...*, p. 27-32 y Pomeroy, *Historia...*, p. 47-48, 53 y 56.

¹⁰³ Vermeule, *op. cit.*, p. 119. Aunque, ciertamente, también podría tratarse de un “acoso” al rival que huye.

¹⁰⁴ Feuer, *op. cit.*, p. 513.



Figura 2.
Estela
funeraria
número 5,
Tumba V,
Círculo A,
en
Micenas.

En la [fig. 3](#) la estela muestra una escena de caza. En la parte inferior podemos observar a un león cazando una gacela; de igual forma, en la zona superior tenemos un carro que muy probablemente acompañaba la caza del animal. El uso de estos aparatos parece que se ha vuelto recurrente por la practicidad que otorgarían; no obstante, es claro que no cualquier persona disponía de esta herramienta ni contaba con el tiempo necesario para ejercer correctamente esta práctica. La exclusividad de la cacería mencionada anteriormente, parece ser que se consolida ya para estos años como una de las fronteras que separa a la nobleza de los “otros”.



Figura 3.
Estela
funeraria
número 1,
Tumba V,
Círculo A,
en
Micenas.

Los primeros atisbos aquí presentados, parece ser que evolucionaron en todos los reinos poderosos del continente a la misma velocidad que en Micenas. Justamente, por la trascendencia de esta entidad política, la “micenidad” se ha consolidado como concepto moderno. Pero, ¿qué entenderemos por este término? La creación cultural cortesana como fruto de la consolidación política de toda una élite gobernante que, en estricto sentido, dejó de lado al resto de individuos étnicamente micénicos. Dicho de otra forma, desde las invasiones de pueblos parlantes de griego hasta el auge de los palacios en el siglo XVI a. C., únicamente un sector privilegiado de toda la gama de familias que arribaron al continente se consolidó como la clase gobernante. Los usos, costumbres, prácticas y toda la rica materialidad que compartían es lo que estamos identificando como “micenidad”.¹⁰⁵ Desgraciadamente, no contamos con mayores elementos para analizar el ascenso de los dirigentes y si éstos lo hicieron “pacíficamente” o bien, eliminando a sus contrincantes. Con todo, las expresiones iconográficas que sobreviven en este primer lapso de edificaciones indican la necesidad de establecer fronteras entre las clases privilegiadas y las sometidas en aras de justificar el orden social.

2.3. La consolidación del aparato palaciego.

Quedan partes de la muralla y la puerta sobre la que están unos leones.
Dicen que ésta es obra de los Cíclopes, que construyeron la muralla de Tirinto.
Entre las ruinas de Micenas hay una fuente llamada Persea
y cámaras subterráneas de Atreo y sus hijos, donde estaban sus tesoros.

Pausanias, *Descripción de Grecia*, II. xvi. 6.

La pauta que marca un antes y un después en la historia de los palacios del continente es la aparición de las “tumbas de colmena”, los famosos *tholoi*; a diferencia de las Tumbas de Fosa Vertical, son más complejas y monumentales. Su origen ha intentado datarse a los enterramientos minoicos y siriacos, pero ni las tumbas redondas construidas encima del suelo en Creta, ni los rectangulares debajo de la tierra en Siria son claramente

¹⁰⁵ La “micenidad” como tópico es empleado desde el propio H. Schliemann. Si bien todos los especialistas no explicitan detalladamente qué se entiende por “lo micénico”, todos dan por sentado que lo que ha llegado hasta nosotros del mundo aqueo es sólo la cultura material e intelectual de las élites dirigentes.

contundentes.¹⁰⁶ Sea como fuere, una vez que se construyen hacia el 1500 a. C., reemplazan las antiguas formas y se convierten en el estilo de entierro por antonomasia de las familias reales; una tradición que no dejará de tener características regionales pero que, de manera uniforme, durarán hasta finales del siglo XIII a. C.¹⁰⁷ El alto costo que implicaba su mantenimiento provocará que dejen de emplearse una vez que los reinos comienzan a debilitarse política y económicamente.

Ahora bien, ¿qué podemos decir en torno a la evolución de las tumbas? La construcción de los *tholoi* marca la consolidación política de nuevas élites gobernantes. Se perciben rastros de disputas al interior de las ciudadelas más antiguas de diversos reinos; Micenas y Tebas, por ejemplo, muestran serias destrucciones e incendios dentro de sus respectivas acrópolis hacia principios del siglo XVI a. C., seguidos de modificaciones arquitectónicas y nuevas fortificaciones al interior de los palacios que aparecen como consecuencia de las disputas.¹⁰⁸ Aunque los estudios arqueológicos no nos permiten saber quiénes fueron los protagonistas, sí revelan una posterior estabilidad que se vería reflejada en un incremento descomunal de riquezas. Casi todos los *tholoi*, por ejemplo, se construyeron como si intentaran diferenciarse de los antiguos gobernantes enterrados en las, ahora, considerablemente inferiores Tumbas de Fosa Vertical.

Los nuevos enterramientos se convierten en un símbolo indiscutible de poder porque denotaba un límite claro frente a aquellos que no podían gozar de un descanso excelso. Uno de los reyes en Salamina, por ejemplo, no tuvo escrúpulos en destruir parte de las aldeas de Peristeria para mandar erigir el *tholos* en el cual sólo él y su descendencia descansarían.¹⁰⁹ En Mesenia los *tholoi* estaban emplazados en pares, en la Argólide los agruparon en conjuntos de tres, mientras que en el Ática y en Creta se localizaron aislados. La propia epopeya magnifica la dimensión de los túmulos de Patroclo, Aquiles y Antíloco

¹⁰⁶ Vermeule, *op. cit.*, p. 150.

¹⁰⁷ James C. Wright, "The Formation of the Mycenaean Palace", en Sigrid Deger-Jalkotzy e Irene S. Lemos (eds.), *Ancient Greece. From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, Edinburgh, Edinburgh University Press Ltd, 2006, p. 16 (Edinburgh Leventis Studies, 3).

¹⁰⁸ Moses I. Finley, "El mundo Egeo", en Elena Cassin, Jean Bottéro y Jean Vercoutter (eds.), *Los imperios del antiguo Oriente. II. El fin del segundo milenio*, 25ª ed., trad. de Mercedes Abad, México, Siglo Veintiuno Editores, 2004, p. 292 (Historia Universal Siglo XXI, III).

¹⁰⁹ Vermeule, *op. cit.*, pp. 153-154 y 156.

para que “fuesen de lejos visibles en el mar a los hombres hoy en vida y a aquéllos que vivan en siglos futuros”.¹¹⁰ Estas consideraciones ni siquiera se contemplan para el resto de la hueste que ha perecido ante las murallas de Troya. Por ello, ante el deceso de cada generación de gobernantes, los restos van apilándose en estas nuevas tumbas que los fundadores de sus dinastías enarbolaron como símbolo de poder real y familiar.

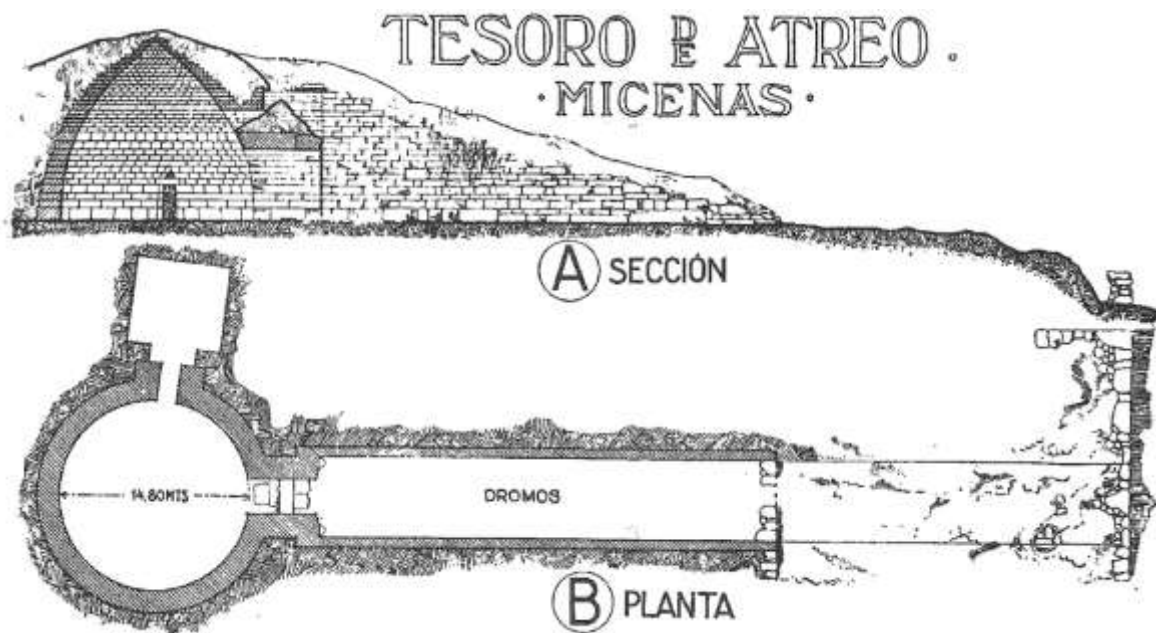


Figura 4. *Tholos* de Micenas, conocido como “Tesoro de Atreo” por H. Schliemann. Una de las últimas tumbas que se edificaron en el continente, a mediados del siglo XIII a. C.

Únicamente el territorio que controlaría el reino de Micenas presenta nuevas edificaciones en los dos siglos siguientes, muy probablemente, el auge de riquezas permitió y motivó a los nuevos reyes edificarse enterramientos personales en aras de parangonarse o distinguirse de sus antepasados. Sin dejar de lado, por supuesto, el afán de emular la grandeza de los gobernantes egipcios e hititas, tengamos en cuenta que, gracias a las excelentes comunicaciones entre las civilizaciones del Bronce Reciente, seguramente los monarcas de Micenas sabían la admirable parafernalia que caracterizaba a las honras fúnebres del *per-aa* [=faraón] y el *hassu* [=Gran Rey Hitita].

El advenimiento de estas nuevas dinastías se reflejó también en la construcción de las conocidas “murallas ciclópeas” en aras de delimitar los nuevos territorios conquistados,

¹¹⁰ Homero, *Odisea*, XXIV. 80-84. *Vid* la majestuosidad que acompaña el túmulo de Patroclo en Homero, *Iliada*, XXIII. 245-248.

donde Micenas y Tirinto son un claro ejemplo de ello. Aunque las posturas se han decantado por afirmar la ausencia de fortificaciones en Pilos, los trabajos del arqueólogo Carl Blegen al norte de la ciudadela concluyeron con la presencia de delimitaciones fronterizas cuya datación se remontaba hasta el siglo XVI a. C. Estos años parecieron haber sido cruciales para la historia de Pilos ya que, el emplazamiento más importante hasta ese momento –el palacio de Enyalios/Englianos- es destruido.¹¹¹ La historiadora francesa Emily Vermeule utiliza el recuerdo de la tradición en aras de explicar la lucha de poderes acaecida en la zona de Mesenia. De esta forma, Neleo llegaría al Peloponeso como consecuencia de sus disputas con su hermano Pelias en Yolco;¹¹² independientemente de la veracidad de la tradición, la relativa rapidez con que se invade Englianos y construye Pilos, habla de la capacidad y efectividad que los invasores traían consigo, es decir, no eran tribus desconocidas, sino griegos pertenecientes a las cúpulas dirigentes de sus reinos.

La construcción de nuevos palacios y el remozamiento de los antiguos, vinieron acompañados de una influencia minoica más remarcada y en un incremento comercial a causa de las conquistas de reinos menores y de los propios emplazamientos cretenses: reflejo directo de una estabilidad interior que no podría más que indicar la consolidación de familias dinásticas. Además, las huellas arqueológicas de enfrentamientos bélicos ahora se trasladan a las zonas periféricas de cada reino y la tradición misma guarda ecos de éstos. En efecto, las diversas campañas de los argivos contra Tebas, la ocupación de Acarnania por el argivo Alcmeón, las luchas de Néstor con epeos y eleos al noreste de Mesenia, el saqueo de

¹¹¹ Wright, *op. cit.*, p. 16. El palacio debe su designación al dios *E-nu-wa-ri-jo*, es decir, el Ares *Enyalios* de Homero. Davis y Bennet afirman que este asentamiento era la Antigua capital del reino de Mesenia. Cfr. Jack L. Davis y John Bennet, “Making Mycenaeans: Warfare, Territorial Expansion, and Representations of the Other in the Pylian Kingdom”, en *Polemos. Le Contexte Guerrier en Egée A L’âge du Bronze*, Austin, Université de Liège, abril 1998, p. 106.

¹¹² Neleo y Pelias son remembrados como hijos de Posidón, y así, la tradición coincide con la fuerte adhesión que ambos emplazamientos tuvieron para con el dios. Sumado a ello, las enormes semejanzas arquitectónicas entre Tirinto y Pilos vinculan estas regiones tan distantes entre sí. Igualmente, debemos reafirmar que el conjunto de las tumbas de Kakovatos y Triphylya fueron identificadas por Dörpfeld, el discípulo de Schliemann, como los sepulcros de los Nélidias; la veracidad de la tradición sigue siendo motivo de debate, pero al menos podemos asegurar que éstos eran los enterramientos de las siguientes familias reales. Cfr. Vermeule, *op. cit.*, pp. 160, 161, 195 y 308. Palmer en *op. cit.*, p. 148 va todavía más allá de las especulaciones y conecta la fundación del reino de Mileto con las dinastías de Pilos a razón de la expedición de Neleo a tierras asiáticas, por conexiones artísticas entre ambos emplazamientos y la constancia de “nombres heroicos” en las tablillas del lugar.

Afidna por parte de Cástor y Pólux y los enfrentamientos entre Sición y Tebas,¹¹³ revelan los constantes intentos para hacerse de cuantiosos botines o bien, conquistar reinos enemigos.

Las nuevas dinastías guerreras salieron del continente en aras de asaltar y fundar nuevos establecimientos,¹¹⁴ pero eso no garantizó su longevidad. La tarea más difícil no es conquistar sino mantener los dominios y manejar con inteligencia la entrada y salida de recursos. En ese sentido, se explica la adopción del sistema político-administrativo minoico en aras de reforzar sus propias instituciones. Muy probablemente, una remarcable clase de letrados cretenses instruyeron a la creciente burocracia griega. La adopción del sistema gráfico del Lineal A y el destino común en forma de botín que sufrían los vencidos, apuntan a que administradores y artesanos minoicos vaciaron sus conocimientos al interior de los reinos aqueos.¹¹⁵ Afortunadamente, toda esta estructura político-económica la podemos percibir en las tablillas de Lineal B.

2.3.1. Estructura política de los reinos aqueos.

“... Y que se someta a mí, por cuanto que soy rey en mayor grado”

Homero, *Iliada*, IX. 160.

La datación del grueso de las tablillas de Pilos, Cnossos, Tirinto, Micenas, Cidonia [actual Chaniá] y Tebas, se localiza durante los años 1400 al 1250 a. C.; evidentemente, la organización político-social perceptible no era exactamente la misma que cien o doscientos años antes, porque los reinos aqueos no eran ni estáticos, ni rígidos, ni resistentes al

¹¹³ Los recuerdos más antiguos sobre la lucha de “los Siete contra Tebas” se conservan en Homero, *Iliada*, IV. 385, 405 y V. 800. Sobre las acciones de Alcmeón, hijo de Anfiarao *vid* Éforo de Cumas, *Fragments*, 5 y 123. En cuanto a las luchas lideradas por Néstor Nérida *vid* Homero, *Iliada*, XI. 670-762. La batalla librada entre Afidna y los Dióscuros es recuperada en *Ciprias*, Fragmento 10B= Escolio A *min.* A *Iliada*, III. 242. Acerca del ataque del rey Lico de Tebas al palacio de Sición *vid* Pausanias, *Descripción de Grecia*, II. vi. 1 y Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, III. v. 5.

¹¹⁴ Palmer, *op. cit.*, p. 213. Concretamente, será en el 1400 a. C. cuando Cnossos sea saqueado, junto con los palacios de Mallia y Festos. En el puerto de Ugarit se ha descubierto un posible “barrio micénico” al encontrarnos con 60 establecimientos que resguardaban importaciones aqueas; muchos de estos objetos incluso fueron imitados para venderlos al interior de Mesopotamia. Cfr. Wise Bauer, *op. cit.*, pp. 274 y 521.

¹¹⁵ Martín S. Ruipérez y José Luis Melena, *Los griegos micénicos*, Madrid, Hermanos García Noblejas, 1990, p. 98 (Historia, 16), Chadwick, *El mundo...*, pp. 27-32 y Gordon, *op. cit.*, p. 30.

cambio; de igual forma, debieron existir variables regionales en función de necesidades específicas. Aunque el sustento de paradigmas estaba destinado a durar eternamente –como todos los reinos orientales vecinos–, debía adaptarse relativamente ante los momentos de crisis.¹¹⁶ En ese sentido, la base de la estructura palaciega del siglo XIII a. C. muy probablemente se conservó de manera íntegra. A continuación, abordaremos con brevedad la configuración política para posteriormente analizar las diversas relaciones de poder que se dieron al interior de este grupo dominante, en aras de especificar qué tipo de identidad se configuró dentro de estas sociedades.

Todos los reinos independientes contaron con un centro de poder que aglutinaba cada aspecto de la vida política, militar, social, económica, cultural y religiosa. El sustento de cada instancia palaciega dependió del desarrollo de la agricultura, ganadería, minería, artesanía y comercio; por ello, el control fue tan específico que resulta impresionante el contenido de las tablillas de Lineal B. Este tipo de organización respondía al llamado modo de producción asiático o despótico. El análisis del historiador Jean Chesneaux insistiría en la necesaria articulación a nivel local de los productores junto con la autoridad central del Estado, donde los dirigentes explotarían a las comunidades aldeanas al mismo tiempo que las dirigían. Los campesinos eran dependientes sin ser verdaderamente libres ni esclavos tampoco, pero las instancias gobernantes contaban con todo el derecho de apropiarse de su trabajo; en ese sentido, los subyugados no quedaban más que con el mínimo indispensable.¹¹⁷

Precisamente, el modo de producción asiático fundamenta la clara delimitación entre “nosotros” los nobles dirigentes, frente a los “otros” encargados de producir y trabajar para sustentar las necesidades del reino y de la autoridad que lo dirige. Por supuesto, no está de más remarcar la intensa jerarquía que caracterizaba a la sociedad: sectores piramidales fuertemente anquilosados y reticentes a la movilidad interior o a los cambios medianamente bruscos. El nacimiento y el linaje de sangre determinaban por completo el futuro de las nuevas generaciones. La identificación de unos con otros fue posible al

¹¹⁶ John A. Wilson, *La cultura egipcia*, trad. de Florentino M. Torner, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 108 (Breviarios, 86).

¹¹⁷ Pierre Lévêque, “Introducción”, en Lévêque, *op. cit.*, p. 19.

interior del grupo élite. Con el paso de los años, se fueron delimitando y reforzando mecanismos de unión que cohesionaron a sus integrantes. Los “otros” que estaban fuera de la cúpula sirvieron activamente como elemento de contraste de tal forma que encontramos más diferencias entre griegos nobles y no-nobles que entre griegos y extranjeros.

A la cabeza de toda instancia estaría el rey. El consenso unánime para su designación recae en el *wa-na-ka* de las tablillas. El *wanax* detenta el principal mando político tanto al interior como al exterior: él es la única figura de todo el corpus documental que literalmente aparece como la “máxima autoridad”.¹¹⁸ Diversas series en Pilos y Cnossos¹¹⁹ confirman su ejercicio en los rituales más importantes así como las enormes cantidades de recursos que destinaba especialmente para las ceremonias de Zeus y Posidón. Dentro de la esfera militar la evidencia es mínima, pero suficiente: el *wa-na-ka* posee las armaduras, carros de guerra y caballos más esplendorosos y, por lo tanto, costosos, de toda la producción; además, los enormes caracteres de su nombre al frente de divisiones de infantería y arquería, lo colocan como el comandante del ejército.¹²⁰ El adjetivo formado sobre su nombre, *wa-na-ka-te-ro*, significa “de factura regia” o “propio de un rey”, lo cual nos enlaza directamente a su desempeño económico-administrativo: el soberano también es la máxima autoridad en este campo al controlar una cantidad impresionante de instancias productivas –todos los talleres textiles, de aceites y algunos encargados del armamento le rinden cuentas directamente-; se le asignan enormes parcelas de tierra sagrada, *te-me-na ko-to-na*, y delega a los dignatarios del palacio y gobernadores provinciales.¹²¹

Al igual que su homólogo *hassu* en el reino hitita, es probable que el *wanax* micénico dirimiera en calidad de juez las infracciones cometidas por la nobleza.¹²² Los integrantes de la nobleza palaciega no guardaban grandes distancias jerárquicas entre sí; por ello, no sería nada raro que al presentarse cualquier tipo de conflicto, sea la cabeza del reino quien se encargue de solucionar estos problemas, pues su sentencia sería incuestionable.

¹¹⁸ PY Ta 711: Chadwick, “The Mycenaean...”, p. 249.

¹¹⁹ PY Un 2, 219, 718, 853, 1426; Ta KN F 51 en Thomas C. Palaima, “*Wanaks* and Related Power Terms in Mycenaean and Later Greek”, en Deger-Jalkotzy, *op. cit.*, p. 64.

¹²⁰ PY Wr 1480; KN Vc 73; Vd 136 en Palaima, *op. cit.*, pp. 67-68.

¹²¹ KN Lc 525; PY Er 312,880; Na 334, 1356; TH Z 839; TY Z 29 en Chadwick, “The Mycenaean...”, p. 172.

¹²² Damanville, *op. cit.*, p. 355.

Finalmente y, de la mano con los documentos citados, el control del rey viene acompañado de tributos en especie hacia su persona –cilantro, vino, aceites, miel, granos, quesos y carnes-, así como de trabajadores exclusivamente a su servicio –artesanos especializados, ganaderos, campesinos, fabricantes de armas y personal doméstico-.

Inmediatamente por debajo del *wánax* tenemos al *lawagetas*, designado en las tablillas como *ra-wa-ke-ta*. Su figura es un tanto oscura y ampliamente discutida en comparación con la del rey. Ciertamente, aparece en la celebración de algunos rituales, se le adjudican tierras sagradas, *te-me-na ko-to-na*, alimentos similares a los del soberano y personal a su servicio –todo en menor proporción-.¹²³ Sus funciones no son nada seguras, pero estos elementos constatables revelan cierto grado de importancia ya que no a cualquiera se le otorgaba parcela de este tipo, ni siquiera a la casta guerrera y administrativa del palacio; sólo los *lawagetas*, el rey y las diversas divinidades gozaban de tal privilegio.

El papel militar del *ra-wa-ke-ta* es desechado por algunos especialistas al carecer de un registro explícito en torno a su movilidad en el campo de batalla. Sin embargo, existen puntos sesgados que nos permiten confirmar que, efectivamente, estamos ante el “conductor del pueblo en armas”. “*Lawagetas*” está compuesto por el sustantivo *laós*, “la hueste”, y el verbo *hegéomai*, “conducir”.¹²⁴ Además, los documentos apuntan una serie de individuos a su servicio: artesanos especializados en la fabricación de armas, ruederos y aurigas personales. El filólogo Cornelis Ruijgh explica la necesidad de un segundo al mando en materia militar ante la imposibilidad que reyes como Príamo, Peleo o Laertes tendrían para combatir en los enfrentamientos bélicos, de la mano con la evidente existencia de una clase militar muy desarrollada.¹²⁵ La centralización y el aglutinamiento de funciones por parte del aparato palaciego obligaban o provocaban la inevitable necesidad de contar con un individuo casi tan importante como lo era el mismo rey, una segunda personalidad del estado.¹²⁶ Aunado a ello, los lingüistas expertos en los dialectos

¹²³ KN E 1569; PY An 724; Ea 132; Na 245; Un 718 en Chadwick, “The Mycenaean...”, pp. 200 y 216.

¹²⁴ Ruipérez, *op. cit.*, p. 138.

¹²⁵ Palaima, *op. cit.*, p. 54.

¹²⁶ M. Lejeune, “El <Damos> en la Sociedad Micénica”, en Marazzi, *op. cit.*, p. 109.

indoeuropeos¹²⁷ han concluido que el *ra-wa-ke-ta* micénico no remonta sus raíces en alguna institución común; todo lo contrario, parece ser que fue una invención original que justamente concuerda con la estatalización del espectro militar.

Si negáramos la trascendencia del *lawagetas* no podríamos explicar la supervivencia de sus tensas relaciones de poder con el *wánax*; por ello, defendemos la hipótesis de su delegación política y militar. De ahí que, cuando se presentasen operaciones belicosas fuera del reino, el individuo mejor capacitado dirigiría las expediciones y el otro se quedaría en calidad de soberano. La potestad de este segundo al mando seguramente reincidía en algún familiar del *wa-na-ka* en aras de reducir los posibles conflictos entre una familia y otra. No es ninguna casualidad que la tradición conserve el recuerdo de ambos personajes cuyos lazos políticos y de sangre son recíprocos entre sí; tales son los casos de Peleo-Aquiles, Príamo-Héctor y Agamenón-Egisto. De igual forma, resulta interesante que la misma reminiscencia se presenta en torno a diversos golpes de Estado perpetuados que involucran a aquellos personajes designados como *lawagetas*.¹²⁸

Alrededor del *wa-na-ka* y el *ra-wa-ke-ta* había un sector social integrado por la más alta nobleza. La cúpula no sólo abrazaba a la familia real, también incluía a los más importantes dignatarios, ostentadores de funciones administrativas, militares y sacerdotales; con quienes, muy probablemente, se compartían relaciones de parentesco. En los distritos de Pilos y Cnosos es posible observar cierto grado de autoridad entre mandatarios y ayudantes; no obstante, los encargados de dirigir todas las actividades económicas, políticas, bélicas y religiosas se muestran un tanto oscuros en las tablillas que resulta imposible apreciar el total funcionamiento de cada uno de estos individuos. Con todo,

¹²⁷ Bernard Sergent, “Los indoeuropeos. Génesis y expansión de una cultura”, en Lévêque, *op. cit.*, pp. 429-430.

¹²⁸ En el caso del *lawagetas* Egisto, éste residiría en Micenas en representación del *wánax* ausente. En ningún momento asumiría toda la titulación real puesto que los integrantes del reino –o al menos todo el personal político y administrativo– saben que Agamenón se encuentra liderando una incursión bélica en el extranjero. En ese sentido, Egisto asume temporalmente las responsabilidades propias del rey, pero jamás se “convierte” de manera oficial en el siguiente *wánax*. De ahí que, a la llegada de Agamenón, el *lawagetas* planea, junto con la reina, el golpe de estado que lo convertiría, ahora sí, en el soberano en turno. El papel que posiblemente tendría la reina en las relaciones de poder rebasa nuestros objetivos, al respecto puede verse el análisis comparativo en Damantville, *op. cit.*, pp. 349-352.

nuestro trabajo no tendrá por objetivo desentrañar cada elemento sino el de generalizar al más alto estrato social en aras de rescatar los mecanismos identitarios que compartían.

Dos características cruciales envuelven a la nobleza burocrática: en primer lugar, se les otorgan tierras tipo *ki-ti-me-na* en cantidades medianamente proporcionales entre uno y otro cargo porque el objetivo era garantizar su comodidad material; de ahí que, también se les asignaran trabajadores para cultivar sus parcelas.¹²⁹ En segundo lugar, el cumplimiento de obligaciones se reforzaba mediante el intercambio de regalos suntuosos. Finley describe perfectamente esta institución, donde el presente generalmente era una copa, un trípode o un caldero de oro o bronce, y, más que el valor utilitario, tenían una función simbólica de prestigio que directamente implicaba una suerte de honorario, premio, recompensa o soborno a cambio de un bien o servicio. En ese sentido, el regalo no era otorgado como mero gesto afectivo sino que, implícitamente, conllevaba un “dar a cambio”, un “contra-regalo” que se traslucía en el cumplimiento de obligaciones políticas, burocráticas, militares o religiosas.¹³⁰

En el vocabulario clásico griego hay una serie de términos utilizados para la designación de diferentes tipos de regalo; el más destacado es *Χάρις*, traducido como “regalo de agradecimiento”, “favor” o “servicio”.¹³¹ La raíz del término más recurrente en época clásica se encuentra en el *ke-ra* del griego micénico, utilizado siempre en posesivo, ya que refería al “regalo de honor” que el *wánax* otorgaba a manera de contrato.¹³² Los presentes no eran para nada modestos, los objetos enlistados estaban elaborados con oro, plata, marfil, vidrio, textiles y piedras preciosas, así como animales de gran valor económico. De hecho, existen ciertas especificidades que apuntan a la fabricación exclusiva

¹²⁹ Todos los habitantes del reino estaban obligados a pagar tributo. Las cantidades y las excepciones dependían de la benevolencia del rey. Cfr. Ruipérez, *op. cit.*, p. 135.

¹³⁰ Finley, *El mundo...*, pp. 74 y 76. El autor ubica esta institución en época oscura, pero las pruebas arqueológicas aunadas a la constancia en registros orientales –analizados en el cuarto capítulo–, nos orillan a poder afirmarlo perfectamente en la época de los palacios.

¹³¹ Beate Wagner-Hasel, “Gift Exchange: Modern Theories and Ancient Attitudes”, en Deger-Jalkotzy, *op. cit.*, p. 263.

¹³² KN X 984; PY Eb 149, 338, 416, 495, Ep 617, 704 en Chadwick, “The Mycenaean...”, p. 180, Chadwick, *El mundo...*, p. 105 y Thomas Webster, *From Mycenae to Homer*, Londres, Methuen & Co. Ltd. Rowman and Littlefield, 1958, pp. 12 y 22. El ejemplo por antonomasia al respecto se encuentra en Homero, *Iliada*, IX. 157-161: en busca del perdón, Agamenón promete numerosas riquezas al Pelida; ténganse en cuenta el uso contractual que el Atrida deja implícito en la acción si Aquiles acepta.

de “regalos para huéspedes”: *ke-se-nu-wi-ja*, cuya evolución en *kseinéion*¹³³ queda completamente clara en la epopeya. En efecto, la precisión lexical referente a la mención de regalos durante el acto hospitalario no sólo anuncia una continuidad sino que confirma la importancia de esta institución durante la época de los palacios¹³⁴ al ser “concebido y vivido como un sistema de equilibrio, de intercambio, donde los individuos devuelven al soberano la contrapartida de los dones [que él les ofrece]”.¹³⁵ Ahora bien, estas “individualidades” no deben entenderse de manera literal. Efectivamente, el rey podía forjar una alianza o contrato con un particular, pero esa relación sólo podía adquirir razón de ser si dicho individuo estaba respaldado por un grupo de prestigio, en este caso, si se jactaba de haber nacido en el seno de una familia de abolengo. Y, siguiendo esa línea, en el fondo serían esas colectividades las que se comprometerían unas con otras, las que establecían normas de responsabilidad unas con otras.¹³⁶

De ahí que, cuando el rey llena de beneficios a los integrantes de la nobleza, forja una relación especial con ellos; inexistente con los aldeanos y el resto del personal explotado. Los mecanismos identitarios van creándose directa e indirectamente por esta situación que, claramente, marca fronteras; el círculo que rodea al rey se convierte en una especie de extensión de sus poderes, porque solamente ellos pueden ejercer cierto grado de autoridad, tanto al interior como al exterior de los dominios. Para nosotros, aquí se encuentra el principal eje articulador que define al “nosotros” de los “otros”: el *wánax* en sí mismo sólo es un individuo, pero todo el inmenso poder que *de facto* y *de iure* le es adjudicado, aunado a la concepción sagrada de su mando, legitiman el valor de reconocimiento identitario exclusivo que las relaciones de privilegio y la delegación de responsabilidades traen consigo.

¹³³ KN Ld 573, 574, 585; PY Cn 286, Fr 1231, 1255 en Chadwick, “The Mycenaean...”, p. 224. Homero, *Iliada*, IX. 155 y 297; *Odisea*, IX. 267 y XI. 344.

¹³⁴ Wagner-Hasel, *op. cit.*, p. 264: el autor añade el término homérico de *dootine* en alusión al regalo que implica una disposición contractual, una alianza, una obligación o un pacto. Sus estudios, además, siguen el análisis de los franceses Marcel Mauss y Émile Benveniste.

¹³⁵ Esta situación también aplicaría con los aldeanos y el personal de servicio, sin embargo, los dones ofrecidos son distintos y la relación contractual es percibida de manera diferente; justamente, ello enfatiza las distancias entre unos y otros. Cfr. Lévêque, *op. cit.*, p. 19 y Jean Pierre Vernant, *Los orígenes del pensamiento griego*, trad. de Marino Ayerra Redin, Madrid, Ediciones Paidós, 2011, p. 39 (Paidós Orígenes, 80).

¹³⁶ Marcel Mauss, *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, trad. de Julia Bucci, Buenos Aires, Katz Editores, 2009, p. 74-75.

Y bien, ¿quiénes eran estos privilegiados? En el ámbito administrativo destacan tres figuras primordiales: los *te-re-ta*, los *ko-re-te* y los *pa-si-re-u*. Los primeros se desempeñaban al interior del palacio; no sabemos con precisión las obligaciones que tendrían pero Chadwick les adjudica funciones religiosas sin que, necesariamente, implique que fueran sacerdotes especializados.¹³⁷ Eran los burócratas más importantes de todo el reino porque la longitud de sus parcelas era mayor a la del resto de la nobleza. Los *ko-re-te* controlaban cada uno de los distritos administrativos que conformaban los dominios, fungiendo como terratenientes locales. Durante el apogeo del posible reino de *Danaja*, su extensión territorial abarcaba cerca de 2,200 km² y contenía más de doscientas aldeas, divididas en dieciséis “comarcas” o distritos.¹³⁸ Los gobernadores contaban con un ayudante, el *po-ro-ko-re-te*, auxiliar en la distribución de materias primas, en la recepción de productos manufacturados y tributo en especie.¹³⁹ Estos distritos se subdividían en diversas dependencias, a cuyo cargo estaban los *pa-si-re-i*, personajes que establecían relaciones de dependencia para con los cargos supeditados al suyo.

Las extensiones territoriales más lejanas como Creta o Chipre posiblemente también eran administradas como distritos. Sin embargo, no sabemos si los regentes de estos lugares respondían a los títulos previamente abordados. Idomeneo de Creta, Cíniras de Sición y Equepolo de Chipre¹⁴⁰ son recordados como reyes, pero bien sabemos que estas instancias no eran independientes. Las especificidades burocráticas no pudieron sobrevivir ante la caída de los palacios, no obstante, independientemente de la designación que se les hubiese adjudicado, también con estos nobles se entablaban concesiones y obligaciones a través de la institución del don-contradón.

¹³⁷ Chadwick, *El mundo...*, pp. 102-103 y 105.

¹³⁸ Francisco Javier Gómez Espelosín, *Historia de Grecia Antigua*, Madrid, Ediciones Akal, 2001, p. 35.

¹³⁹ Ruipérez, *op. cit.*, p. 134.

¹⁴⁰ Homero, *Iliada*, XI. 20-28 y XXIII. 295-299. Las obligaciones y privilegios de Idomeneo son por demás conocidas. Cíniras, en cambio, le otorga a Agamenón una coraza como regalo de hospitalidad y Equepolo hace lo mismo con el presente de una yegua para cumplir con el requisito de recursos –ya que no aportan naves con soldados- ante la expedición panaquea.

La esfera sacerdotal estaba dividida por sexos: *i-je-re-u* eran los varones e *i-je-re-ja* las mujeres, los *hiereús* y las *hiéreaia* en el griego clásico.¹⁴¹ A diferencia de lo que ocurre en civilizaciones vecinas e incluso con los propios minoicos, en la aquea no es claro el peso que estos oficiantes tendrían. Las tablillas son confusas al respecto porque no se sabe con certeza si las tierras tipo *te-me-na* y el personal asignado son para beneficio personal o dirigido directamente a la deidad que servían. Además, resulta extraño que los nombres de los sacerdotes no posean el tinte nobiliario que para el resto de los burócratas sí se remarca.¹⁴² Con todo, su papel al interior de la estructura palaciega debió tener un fin de justificación religiosa de la autoridad. La arqueóloga e historiadora estadounidense Susan Lupack concluye que los edificios destinados a la ejecución de ceremonias religiosas eran extensiones políticas del rey debido al claro control de recursos materiales y humanos destinados para la celebración de cualquier evento religioso.¹⁴³ El papel sacerdotal del *wánax* no consistía en la ejecución de simples rituales, sino que se colocaba como el máximo intermediario entre dioses y hombres. Los frescos conservados de Pilos, Cnossos y Tirinto representan al rey y su cortejo sacerdotal, en la celebración de festividades y procesiones religiosas, realizando sacrificios cruentos y banquetes al aire libre.¹⁴⁴

La parte militar quedaba en manos de los *e-qe-ta*, los integrantes del ejército profesional. Su nombre está formado sobre una vieja raíz indoeuropea que significa “seguir”; eran, pues, los “seguidores”, “acompañantes”, “camaradas”, los *hetairoi*¹⁴⁵ de la epopeya homérica. Webster¹⁴⁶ los compara con la Gran Familia Hitita porque *hassu* también otorgaba tierras y recursos al nuevo integrante del ejército para que su única obligación fuera el adiestramiento bélico, la protección de la familia real y la dirección de

¹⁴¹ KN Fh 5467, Fp 363, X 1447; PY Ae 303, An 218, Ea 756, Eb 297, En 74, 609, 659, Eo 247, Ep 539, Un 1189 en Chadwick, “The Mycenaean...”, p. 205.

¹⁴² Rui Pérez, *op. cit.*, pp. 199-200.

¹⁴³ Susan Lupack, “Redistribution in Aegean Palatial Societies. A View from Outside the Palace: The Sanctuary and the *Damos* in Mycenaean Economy and Society”, en *American Journal of Archaeology*, vol. 115, no. 2, abril 2011, pp. 209-210.

¹⁴⁴ Davis, *op. cit.*, p. 115.

¹⁴⁵ La raíz *sekw* – *swe* es el tema de las palabras griegas *étês*, “aliado, pariente”, y *hetairoi*, “compañero”. Aunque el terreno no deja de ser especulativo, parece ser que el “compañero” era exclusivo del seguidor en el combate, fuera del parentesco propio, mientras que el “aliado” sería un término más general. Cfr. Émile Benveniste, *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*, revisión y notas de Jaime Siles, Madrid, Taurus Ediciones, 1983, p. 214 (Ensayistas, Serie Mayor, 200).

¹⁴⁶ Webster, *op. cit.*, pp. 12-14.

unidades o regimientos militares. Las tablillas de Lineal B especificaban a las agrupaciones de soldados utilizando el nombre del comandante en turno y el territorio donde estaban emplazados. Las designaciones de todos los *e-ge-ta* venían seguidas siempre del mote de sus padres, como una especie de confirmación de sus linajes. En el caso de las levas o los “soldados a pie”,¹⁴⁷ en cambio, su registro sólo representaba cifras que era preciso apuntar para controlar el impacto que se presentaría ante la disminución de las fuerzas productivas.

A propósito de lo anterior, es preciso hacer una aclaración en torno a la noción que empleamos cuando nos referimos al “ejército profesional”. La idea actual de “ejército” como institución estatal, cuyos miembros se alistán voluntariamente y reciben un salario específico por sus servicios, es bastante diferente del “ejército” aqueo. De nuevo, enfatizamos la oscuridad que rodea la elección u obligación de la nobleza al respecto de las actividades militares, políticas, administrativas y religiosas. En ese sentido, tan sólo nos queda aseverar que ciertos miembros de la nobleza se dedicaban a la profesionalización de las armas, gracias a la cual adquirirían las capacidades pertinentes para desempeñarse como dirigentes de las tropas. Parte del “pago” por sus servicios ya venía incluido en toda la serie de privilegios con que, de entrada, eran dotados por su condición nobiliaria; y, seguramente, el *wánax* pudo ofrecer alicientes extra si el guerrero resultaba ser un excelente estratega. Empero, la profesionalización no respondía a necesidades de supervivencia porque no eran mercenarios. Los dirigentes, entrenados por voluntad u obligados por criterios de casta que desconocemos, iban más allá del mero adiestramiento al exaltar todas aquellas actividades derivadas de la guerra como verdaderas dignidades “cortesanías” de las cuales sólo unos pocos podían darse el lujo de desempeñar. Justamente, éstos engrosan las líneas de lo que seguiremos llamando “ejército profesional”.

Otro dato que no confirman las tablillas pero que, indudablemente, debió existir, abraza aquellos puestos cuyos integrantes venían de noblezas relegadas o familias de menor rango. La oscuridad que los envuelve nos impide añadirlos a un sector u otro al carecer de certeza para con sus funciones y jerarquía social. Únicamente extenderemos el alcance identitario hacia las cúpulas desarrolladas tanto por la claridad como por los testimonios en

¹⁴⁷ Palmer, *op. cit.*, p. 133

torno a los mecanismos de identificación que dejaron plasmados material y poéticamente; dando forma a la “micenidad”, a la expresión cultural de élite, una creación que era el resultado de los mismos procesos políticos que culminaron con el surgimiento de los palacios aqueos más esplendorosos.¹⁴⁸ La “micenidad” identificaría a aquellos individuos privilegiados directamente por el rey pero, ello no significa que fueran “iguales” entre sí. En efecto, la fuerte jerarquización de la sociedad estructurará una serie de relaciones de poder necesarias para el mantenimiento del aparato y los beneficios de sus integrantes.

2.3.2. Relaciones de poder entre la élite dirigente.

¡Mirmidones, camaradas del Pelida Aquiles!
 ¡Sed valientes, amigos, y recordad vuestro brío guerrero!
 Honraremos así al Pelida que es el mejor argivo que hay
 en las naves, como lo son sus belicosos servidores.

Homero, *Iliada*, XVI. 269-272.

La monumentalidad de murallas, esculturas, fortificaciones, puentes y caminos es quizá la característica inmediata que contrapone a los griegos de los cretenses. Sin embargo, un



Figura 5. Vista aérea de la Acrópolis de Micenas.
 Estructura hacia fines del siglo XV a. C.

distintivo que puede pasar desapercibido, pero que en realidad era el espacio más importante de todos los palacios aqueos a diferencia de los minoicos, fue el *mégaron*. La habitación real articulaba toda la estructura palaciega: físicamente era el centro de la ciudadela y

¹⁴⁸ Davis, *op. cit.*, p. 114.

simbólicamente era el lugar de donde emanaban todo tipo de regulaciones por ser los aposentos exclusivos del *wánax* (figs. 5 y 9). Algo similar pasaba en Egipto, donde la concepción de “gobierno” no existía sino que toda la teoría política quedaba aglutinada en el término de *per-aa*,¹⁴⁹ título que originalmente refería a la residencia real y que, posteriormente, pasó a significar a la autoridad misma, al faraón que conocemos, por ser este personaje la fuente pura de poder.

Los súbditos del palacio, entonces, no dependían directamente del Estado a diferencia de lo que ocurriría en las *poleis* posteriores cuyas magistraturas se encontraban validadas por el aparato gubernamental y no por un individuo particular. En los reinos aqueos como en el resto de las monarquías orientales, la soberanía tenía razón de ser gracias al *wa-na-ka*. En ese sentido, las investigaciones de Klaus Kilian¹⁵⁰ fueron pioneras en el desarrollo de la ideología que legitimaba al rey y, al mismo tiempo, ésta integraba a la nobleza que lo rodeaba en aras de cohesionar la pirámide jerárquica a través de mecanismos identitarios. Ahora bien, la estratificación claramente impedía que todos los nobles fueran exactamente iguales unos con otros. El hecho de que este sector se haya diferenciado del resto, no significaba que en su interior los grados se diluyeran o que cualquiera se asemejara a la máxima autoridad. Así como no era lo mismo un *te-re-ta* que un aldeano, no era igual un *ko-re-te* que un *wa-na-ka*. La pertinencia respecto al análisis de las diferentes relaciones de poder es necesaria en la medida que éstas explicarán el dinamismo de los lazos que unen a este círculo social.

La epopeya funge como nuestra fuente principal, más allá de si los personajes fueron o no reales; por cuestiones operativas trabajaremos a partir del cargo político que la tradición les solía otorgar. Los caudillos que dirigen el enfrentamiento en los suelos de Ilión eran reyes y segundos al mando dentro de sus respectivos reinos. Los *wánax* que emprendieron el viaje fueron Agamenón de Micenas, Menelao de Esparta, Néstor de Pilos, Diomedes de Argos, Odiseo de Ítaca y Menesteo de Atenas. Mientras que los *lawagetas* más importantes fueron Aquiles de Ftía, Ayante de Lócride y Áyax de Salamina. El resto de

¹⁴⁹ Wilson, *op. cit.*, p. 125.

¹⁵⁰ Wright, *op. cit.*, p. 8.

los personajes cuya mención en la poesía era significativa, como Patroclo, Fénix, Idomeneo y Macaón, estarían identificados dentro de los *e-qe-ta* y como parte de la más alta nobleza.

En primer lugar, se pone en manifiesto el origen sagrado de la autoridad. La tierra sobre la cual se construyeron los diferentes centros de poder era de índole sagrada, era *te-me-na ko-to-na*. En el *mégaron* estaba prohibida la violencia porque era un lugar de asilo para los nobles, era donde el rey ejercía el poder judicial; y, paralelamente, fungía como sala de banquetes donde el soberano recibía fastuosamente a los huéspedes, mismos que podían ser burócratas y/o militares nobles. Por un lado, la epopeya ratifica estas acciones al interior del *mégaron* de Alcínoo: caudillos y gobernadores, *e-qe-ta* y *te-re-ta*, libaban con copas a Hermes para, posteriormente, centrarse en el banquete.¹⁵¹ Por otro, la arqueología ha reconocido en cada habitación restos de hogueras y animales sacrificados en torno a lo que algunos especialistas han identificado como el “caldero inagotable” de los pueblos indoeuropeos.¹⁵² En el área circular que identifica a las habitaciones, el *wánax* ejecutaría los ritos pertinentes en cada ocasión.

Los reinos aqueos entran perfectamente en la categoría de despotismos orientales por la autoridad absoluta que el rey ejerce gracias al favor de las divinidades. Sin embargo, el *wánax* no era un dios en la tierra como el *per-aa* egipcio; la condición soberana del griego se asemejaba más a la del *hassu* hitita en tanto que su poder tiene solamente un respaldo divino. Los dioses tutelares otorgan amplios beneficios a los reyes y a cambio, éstos deben cumplir con su papel sacerdotal, así como efectuar una rendición de cuentas durante cada cantidad determinada de años. La conservación de documentos nos permite dilucidar esta situación con mayor claridad en el caso hitita, donde el *hassu* se hacía enteramente responsable del bienestar de sus dominios. Eventualidades como pestes, inundaciones, sequías, tormentas y demás, debían ser atacadas mediante la ejecución de

¹⁵¹ Homero, *Odiseo*, VII. 85-139. La descripción de Odiseo coincide con la grandeza y complejidad arquitectónica de todos los palacios aqueos.

¹⁵² Sergent, *op. cit.*, pp. 430-431.

rituales presididos por el rey, quien le preguntaba a los dioses en sus oraciones qué falta se había cometido para que se presentase tal calamidad.¹⁵³

Agamenón, la máxima autoridad del contingente aqueo, atrae desgracias a la hueste por la retención de Criseida, hija de Crises, sacerdote privilegiado por Apolo; y, posteriormente, por su disputa con Aquiles. Las consecuencias de ambas decisiones son catastróficas ya que reducen el contingente de manera impresionante. Cuando el Atrida medita sobre la situación, se da cuenta que cometió errores decisivos a causa de la “ofuscación divina”;¹⁵⁴ es decir, se asume indirectamente el carácter sacro de las acciones del rey provocada por las divinidades. La falta puede o no ser, necesariamente, religiosa, pero el peso de las consecuencias está determinado por ser el *wánax* que detenta mayores responsabilidades. La inmensa autoridad que se le otorgaba a su juicio conllevaba un sinnúmero de secuelas de las cuales invariablemente era el causante directo. La inherente necesidad de una confirmación sagrada de su soberanía se conserva en el mito de Minos, quien debía acudir al altar de Zeus, en la caverna del monte Ida, cada ocho años en aras de legitimarse.¹⁵⁵ El mito alude al regente cretense, no obstante, es bastante probable que las prácticas se sincretizaran.

En línea con el argumento precedente insertamos una versión poco conocida del mito de la Esfinge de Tebas. Acorde con tal interpretación, Esfinge sería una hija natural de Layo a la que su padre confió una especie de “profecía” o “secreto” que sólo los reyes debían conocer si es que eran merecedores de dicho honor. Dado que Layo tenía muchos hijos ilegítimos, cada vez que uno osaba reclamar su derecho al trono, Esfinge lo interrogaba sobre el “secreto” confiado y, como nadie contestaba acertadamente, porque no habían “nacido para mandar”, los mataba. Edipo, contrariamente, no tuvo problemas al dar con la respuesta correcta.¹⁵⁶ A diferencia del trágico destino sofocleo que abrazaba el

¹⁵³ Damerville, *op. cit.*, pp. 350-351. Esta legitimidad religiosa implicaba que el rey era amado por los dioses, por lo tanto, sólo él gozaba con el privilegio de conocer designios futuros. De esta forma, el pueblo se comprometía a obedecerlo a cambio de que éste brindara todo tipo de seguridades a la vida de sus súbditos. Vid Mario Liverani, *Mito y política en la Historiografía del Próximo Oriente Antiguo*, Ed. y notas introductorias de Zainav Bahrani y Marc van de Mieroop, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2006, pp. 60 y 119.

¹⁵⁴ Homero, *Iliada*, IX. 115-120.

¹⁵⁵ Homero, *Odisea*, XIX. 178-179.

¹⁵⁶ Reconstrucción de la *Edipodia* de Cinetón por Alberto Bernabé Pajares, *Fragments...*, pp. 50-51.

parricidio, el incesto y la brutal ceguera, en la epopeya se recuerda que Edipo sigue reinando sin problema alguno.¹⁵⁷ Aunque el trato del mito nos recuerda al método evemerista, ciertamente podemos distinguir la connotación sagrada del trono tebano. En ese sentido, y como hipótesis personal, sostenemos que detrás de la relación entre Layo y su hija Esfinge, se incrusta la concepción de un poder real “dado por naturaleza”, es decir, que la capacidad de ejercer la soberanía en Tebas estaba condicionada por un previo conocimiento de ciertos “secretos de Estado” delegados al hombre desde su nacimiento. Dicho de otra forma, y de manera literal, “la divinidad señalaba al varón que había nacido para mandar”.

La reconfiguración de valores que se presentó en el periodo posterior modificó enormemente la potencia que ejercía la figura real. En efecto, la lectura peyorativa que en diversas ocasiones recibe el mando de Agamenón es a causa de ello. Debemos considerar que el valor en el campo de batalla fue la característica primordial de los *áristoi* en época oscura; el hecho de que el Atrida rehúya ciertos enfrentamientos siendo el máximo comandante del contingente panaqueo, resulta deplorable para muchos nobles guerreros. Ahora bien, si “nunca [osaba] armarse para el combate con la hueste ni ir a una emboscada con los paladines de los aqueos [porque] eso [le parecía] que [era] la propia muerte”,¹⁵⁸ era porque su tarea primordial se avocaba a la dirigencia, no a la temeridad. El favor y la protección de las divinidades tenían más relación con las decisiones y la ejecución de los ritos pertinentes por parte del rey. La jerarquía determinada por el linaje impedía que individuos inferiores cuestionaran la falta de valor del rey como si eso determinara su ejercicio soberano.

En línea con lo anterior, se nos presenta el reto de Héctor en el séptimo canto. La provocación de éste incita a Menelao, pero, prudentemente, Agamenón lo detiene reconociendo cuán mejor combatiente es el Priamida, “que incluso Aquiles en la lucha que da gloria al guerrero siente escalofríos de enfrentarse a él”, y asegurando que el acto de

¹⁵⁷ Homero, *Odisea*, XI. 271-280. Justamente, la muerte de Edipo acontece en Tebas, reinando y defendiendo sus dominios... no en Atenas desterrado por su propia voluntad. Cfr. Homero, *Iliada*, XXIII. 679-680. Hesíodo, *Trabajos y días*, 161-164.

¹⁵⁸ Homero, *Iliada*, I. 226-228.

valentía de Menelao, más que aplaudible, es insensato ya que “nada [le] obliga a tal desatino”.¹⁵⁹ Posteriormente, ante el deceso de Patroclo, Menelao vuelve a meditar si enfrentarse a Héctor en defensa del cadáver del Meneciada, pero decide retirarse seguro de que nadie se lo reprochará al no estar al nivel para la lucha.¹⁶⁰ La valentía que rayaba en la temeridad era crucial para el *áristos* de época homérica; la prudencia de Menelao habría sido tomada como digna de un guerrero mediocre, alguien que por nada del mundo podría continuar detentando el título aristocrático. En el periodo aqueo, sin embargo, esta acción debió haber sido tomada más como una correcta deliberación, una prudencia inspirada gracias a la óptima comunicación que el rey tendría con las divinidades.

El *wánax*, entonces, ejercía una autoridad absoluta por la naturaleza sagrada de su mando: él era el único capaz de comunicarse plenamente con la divinidad. Los sacerdotes podrían estar, en la práctica, mayormente especializados en el ejercicio ritual, pero sólo los reyes remontaban su estirpe a las divinidades y directamente eran aprobados por ellos. La potencia sagrada de los soberanos hititas y aqueos era menor a la de los faraones egipcios, no obstante, eso no impidió que se jactaran de tener genealogías divinas. En consecuencia, los *wa-na-ka* se legitimaban de la manera más contundente posible ante el resto de la población: “sea uno solo el caudillo, uno solo el rey, a quien ha otorgado el taimado hijo de Crono el cetro y las leyes”.¹⁶¹

Justamente, uno de los símbolos que servían para “hacer ver” la detención del poder era el cetro. El objeto distinguía inmediatamente a aquellos que lo portaban; por ello, “los reyes portadores de cetro” era una fórmula repetida constantemente en la epopeya mas no empleada indiscriminadamente. Durante concejos y asambleas sólo los *wánax* y *lawagetas* podían tomar el cetro en aras de fundamentar sus deliberaciones. La acción resulta aún más clara cuando los heraldos son dotados de autoridad por parte de Agamenón y Príamo: Taltibio e Ideo interrumpen el combate entre los *lawagetas* Héctor y Ayante poniendo en

¹⁵⁹ Homero, *Iliada*, VII. 109-116.

¹⁶⁰ Homero, *Iliada*, XVI. 89-105.

¹⁶¹ Homero, *Iliada*, II. 204-206 y XXI: 184-199. La importancia jerárquica también se manifestaba en la “calidad” del linaje: Aquiles, en su enfrentamiento contra Asteropeo, descendiente del río Axio se jacta de descender del mismísimo Zeus y se enfatiza que ninguna divinidad, ni siquiera Océano o Posidón, son capaces de enfrentar al padre de dioses y hombres.

medio de ambos los cetros. Inmediatamente, la atención se vuelve hacia los *ka-ru-ke* pues comunicarían una deliberación real y absoluta.¹⁶² El mito que narra el origen de la dinastía de los Atridas igualmente es emblemático a este respecto:

El poderoso Agamenón se levantó empuñando el cetro, que Hefesto había fabricado con esmero. Hefesto se lo había dado al soberano Zeus Cronión; por su parte, Zeus se lo había dado al mensajero Argicida. El soberano Hermes se lo dio a Pélope, fustigador de caballos, y, a su vez, Pélope se lo había dado a Atreo, pastor de huestes. Atreo, al morir, se lo había dado a Tiestes, rico en corderos, y, a su vez, se lo dejó a Agamenón para que lo llevara y fuera soberano de numerosas islas y de todo Argos.¹⁶³

El origen divino del cetro indica la naturaleza sagrada que la realeza ostenta y las relaciones de sangre que eran necesarias para la trasmisión del poder. Homero nos narra el cambio de cetro entre Atreo y Tiestes, donde resalta el dominio de Micenas sobre “numerosas islas” –posiblemente Creta y algunas de las Cícladas-, cuya garantía se vería reflejada en la posesión física del objeto sacro. De ahí que la desobediencia al sistema implicara cuestionar el orden del mundo, la rebelión era recubierta inmediatamente bajo el espectro del sacrilegio porque la ideología que legitimaba las diferentes formas de vida era tremendamente fuerte y coherente.¹⁶⁴

Los privilegios de unos y la explotación de otros era un factor explícito que definía la identidad de un sector social en contraposición con aquellos que no podían integrarse a ese círculo. En ese sentido, la formación de mecanismos identitarios ni siquiera puede ponerse en duda ante la necesidad de explicitar materialmente las distancias entre la nobleza y el resto de la población. Empero, este entramado no deja de ser un arma de doble filo, porque la complejidad del sistema constituye su mayor fortaleza al mismo tiempo que su principal debilidad. El modelo fácilmente permitía acabar con un grupo de campesinos rebeldes; los *e-ge-ta*, como miembros del sector privilegiado defenderían el orden de las cosas sin cuestionarse sobre la situación. No obstante, si la situación involucraba a un noble las tensiones al interior del grupo podían ocasionar un efecto dominó que concluiría con destituciones dinásticas e incluso hasta en peores escenarios. Las versiones en torno a las

¹⁶² PY Fn 187, Un 219 en Chadwick, “The Mycenaean...”, p. 210. Para las situaciones en la tradición *vid* Homero, *Iliada*, I. 233-234; II. 46, 86, 186, 197, 205, 275; VII. 274-282 y *Odisea*, VIII. 40.

¹⁶³ Homero, *Iliada*, II. 100-108.

¹⁶⁴ Lévêque, *op. cit.*, pp. 19 y 21.

constantes disputas al interior de la estirpe de los Atridas son tan sólo un ejemplo de los diversos conflictos que se debieron haber presentado dentro del seno de la familia real.

La jerarquía del *ra-wa-ke-ta* no lo parangonaba en igualdad de condiciones frente al rey. En el momento justo en que Agamenón ordena: “Id a la tienda del Pelida Aquiles, y asid de la mano y traed a Briseida, la de bellas mejillas. Y si no la entrega, yo mismo iré a por ella *llevando más gente*; y eso será todavía más estremecedor para él”,¹⁶⁵ remarca el respeto que merece y, particularmente, afianza su capacidad para mover soldados. En ese sentido, la cobardía era asimilada de manera distinta a la época oscura: “ir con más” era la constancia propia de su soberanía y no tanto porque el Atrida tema enfrentarse al Pelida ya que la mera connotación de “enfrentar” a Aquiles refiere al carácter autoritario, más no a la fuerza. La valía o la capacidad física quedaban supeditadas al rango y la nobleza. Entonces, teóricamente, Aquiles no debería cuestionar constantemente la autoridad del rey de Micenas porque, jerárquicamente, las distancias que los separan son impresionantes.

Las tensiones disminuían en el sector que conformaban los *e-qe-ta*. La disminución de autoridad por parte del ejército profesional y el constante intercambio de regalos debieron fortalecer las lealtades entre soldados y dirigentes.¹⁶⁶ En la epopeya podemos encontrar diversas manifestaciones puntuales al respecto: cuando Agamenón prepara un nuevo ataque contra los troyanos, urge a su hermano en la búsqueda de los hijos de Néstor e Idomeneo, o sea, Antíloco y Meriones, pues sólo a ellos obedecen el cuerpo de guardias que resguardan el campamento.¹⁶⁷ Otro ejemplo lo encontramos en la actitud exteriorizada de los mirmidones, quienes desean unirse al resto de la tropa en el campo de batalla; no obstante, jamás cuestionan la decisión de su superior, Aquiles, sino que obedecen silenciosamente hasta que éste les dé la señal para reincorporarse a la lucha.¹⁶⁸ Las

¹⁶⁵ Homero, *Iliada*, I. 322-325.

¹⁶⁶ Homero, *Iliada*, XIII. 640-642: “La ensangrentada armadura del cuerpo le arrancó el intachable Menelao, se la dio a sus camaradas y a meterse volvió entre los primeros guerreros”. El Atrida prescinde de un bien merecido botín de manera totalmente voluntaria. En Homero, *Odisea*, XIX. 225-234 y VIII. 84. El héroe epónimo describe un manto púrpuro de gran calidad que únicamente pudo haber sido el regalo de un compañero *-hetairon-*.

¹⁶⁷ Homero, *Iliada*, X. 54-59.

¹⁶⁸ Homero, *Iliada*, XVI. 220-209 y 269-274.

aspiraciones gloriosas que pudieran resguardar en su interior se supeditaban a las decisiones ejercidas por sus dirigentes.

La importancia del linaje era una característica reconocida en cualquier instancia palaciega. Las alianzas y pactos que se efectuaran bajo cualquier circunstancia asegurarían su cumplimiento mediante diversas relaciones nobiliarias. En ese sentido, debió haber sido relativamente común que algunos hijos de nobles se incorporaran a otros centros de poder criándose en calidad de pupilos, los cuales pasarían a integrar el grupo de los *e-ge-ta*, forjando y compartiendo lazos de inclusión con la nobleza local.¹⁶⁹ Patroclo y Fénix, por ejemplo, no eran nativos de Ftía sino que por diversas eventualidades terminaron sirviendo en el reino de Peleo desempeñándose en calidad de camaradas por su noble estirpe. Ambos aconsejan a Aquiles y llegan incluso a reprenderlo sin temer ser apaleados¹⁷⁰ como en su momento lo fue Tersites al cuestionar las acciones de Agamenón.

Con todo, la autoridad debía remarcar en todo momento, porque el ejército profesional constituía una fuerza importante capaz tanto de proteger el reino como de rebelarse ante él. Esta hipótesis podemos sustentarla en diversas especificidades que registran las tablillas, donde los *e-ge-ta* no eran dueños de sus propios carros de guerra, sino que el uso de estos aparatos estaba puntualmente controlado por el rey.¹⁷¹ En el siguiente capítulo puntualizaremos el contexto que rodeaba a esta poderosa arma, porque, en efecto, si algo caracterizaba a los ejércitos de la Edad de Bronce, eran sus victorias dadas en gran parte por el manejo del carro de guerra. De ahí que los reyes aqueos los regulen celosamente en aras de disminuir las posibilidades de un ataque sorpresa en contra del monarca en turno.

Difíciles, pero certeros atisbos, podemos percibir en torno a las relaciones jerárquicas de la nobleza de los palacios. Lejos de estar libres de contradicciones, podemos concluir que sí existió un efectivo reconocimiento entre el sector político y burocrático; sin

¹⁶⁹ Homero, *Iliada*, XV. 436-441: Licofrón, hijo de Mástor, llegado de Citera a la casa de Ayante y Teucro, es criado como pupilo y camarada; ante su muerte, los dos guerreros se encolerizan.

¹⁷⁰ Homero, *Iliada*, IX. 446-605; XVI. 21-45 y XXIII. 84-90.

¹⁷¹ Damanville, *op. cit.*, p. 368.

ser plenamente “iguales” ni estar exactamente “a la par” entre sí; sus mecanismos de unión se forjaron en contraparte de los “otros”, los no-nobles que por nada del mundo podían integrarse en este círculo. A partir de la figura real, se fueron configurando usos y costumbres que solamente compartiría el sector privilegiado de los reinos y, dentro de éste, se marcaron matices por la inherente estratificación de la sociedad.

Capítulo 3. Entre el poder y la guerra: la identidad nobiliaria.

Néstor a todos supera en talento y justicia;
Refieren que ha llegado a reinar sobre tres sucesiones de hombres,
Y al mirarlo cual dios inmortal se me muestra a los ojos.

Homero, *Odisea*, III. 243-246.

La extensión de las redes de comunicación a partir de la expansión intercontinental, fomentará la creación y consolidación de una serie de códigos de conducta y símbolos de poder homogéneos entre los distintos reinos. La praxis cotidiana va a reforzar la frontera entre nobles y no-nobles; esta línea divisoria debe ser explícita para ambos círculos porque estructura el paradigma de su realidad. El papel de unos y las tareas de otros son aprehendidos como algo “dado por naturaleza”, donde la poesía jugará un papel crucial como fenómeno propagador de usos y costumbres.

3.1. De carros y caballos. Afianzamiento de prácticas comunes.

“Monta en mi carro y verás qué
expertos son los caballos de Tros en recorrer la llanura
raudos de acá para allá, tanto para perseguir como para huir”.

Homero, *Iliada*, VIII. 105-107.

Dos símbolos casi inseparables y que determinarán cierto número de códigos conductuales serán el caballo y el carro de guerra. Ambas herramientas serán de uso exclusivo debido al costo que implicaba su obtención y manutención. Claramente hay personal dedicado a la producción y cuidado de los artefactos pero, en calidad de trabajadores sometidos, no como beneficiarios de los mismos.

Cuando el caballo penetra en el continente griego, tenía cercanamente la altura de un poney actual –medida que compartían las diferentes especies caballunas de cada pueblo indoeuropeo-; sin embargo, tiempo después, el grupo especializado en materia militar fomentó la crianza de una raza de equinos superiores al promedio, cuyas atenciones se

inspeccionaron con suficiente ahínco.¹⁷² De hecho, hasta se tiene el registro de la introducción de este animal en Creta; en la fig. 6 observamos un sello que data del 1400 a. C., donde un corcel aparece en pie sobre un navío. Los buenos pastos de la isla ocasionaron que estos ejemplares se reprodujeran rápidamente, al grado de que las tablillas de Cnossos apuntan mayores cantidades que las de Pilos.¹⁷³

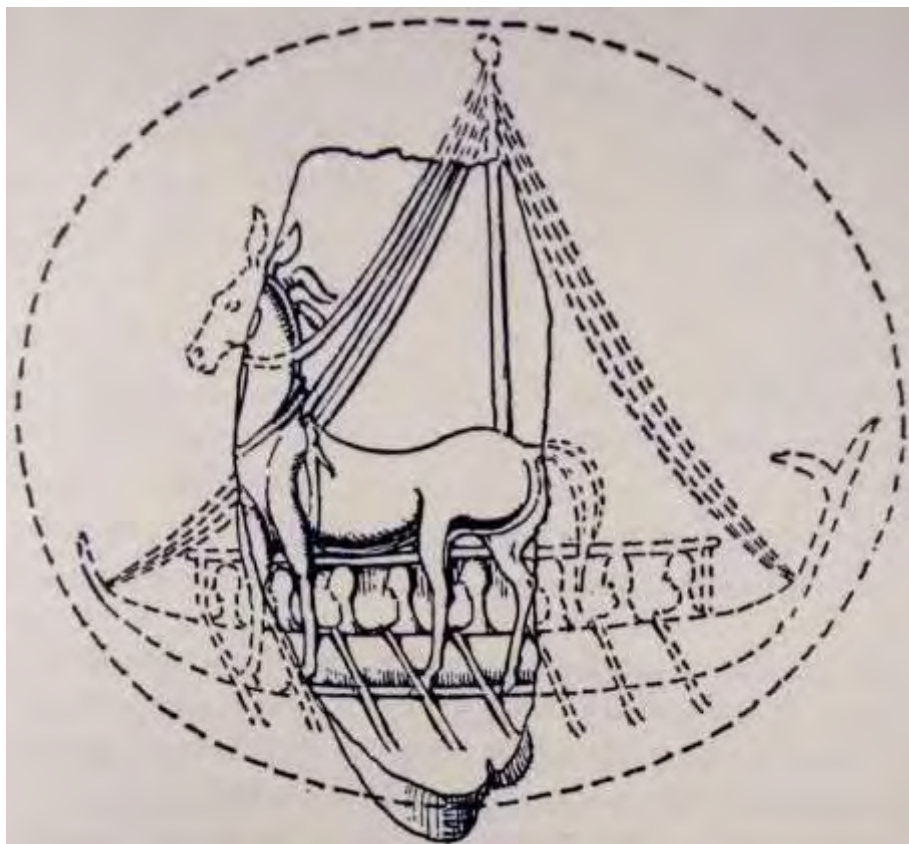


Figura 6. Boceto de L. Palmer a partir de un sello proveniente del Palacio de Cnossos, aproximadamente del siglo XVII a. C.

Al ser los caballos la herramienta más dispendiosa, tendremos a varios funcionarios encargados de grandes parcelas de tierra en donde criaban esmeradamente estos animales.¹⁷⁴ Los individuos aludidos reciben la designación de *qo-uko-ro*, término que de manera laxa podemos traducir como “vaquero”; cuya presencia, además, es exponencial en las tablillas clasificadas dentro de la ganadería, alcanzando cifras de hasta 90 vaqueros

¹⁷² Oliver Dickinson, *El Egeo. De la Edad de Bronce a la Edad del Hierro*, trad. de María José Aubet, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2010, p. 68 y Chadwick, *El mundo...*, pp. 163, 209-208.

¹⁷³ Vermeule, *op. cit.*, p. 304. Ruipérez, *op. cit.*, p. 164.

¹⁷⁴ Chadwick, *El mundo...*, p. 163.

anuales.¹⁷⁵ Con todo, habrá que introducir estas cantidades en el espectro general económico, ya que la crianza de caballos está por debajo del de las ovejas, cabras, cerdos y vacas.¹⁷⁶ En efecto, su escalafón es el más bajo, lo cual, en un primer momento, podría refutar la importancia que se le está otorgando. Pero es todo lo contrario, ya que, a diferencia de las grandes cantidades de ovejas y cabras, los caballos reciben mayores atenciones y cuentan con mayor personal delegado a su cuidado. Ahora bien, las dimensiones presentes en Cnosos, Pilos y Micenas ya se explicarían en contraste con civilizaciones vecinas, tales como la hitita y la egipcia.

No sabemos hasta qué punto los *go-uko-ro* y los *e-qe-ta* estaban involucrados mutuamente, tampoco si los segundos desempeñaban tareas conjuntas con los primeros. Sin embargo, al menos nos parece correcto deducir que el “vaquero” se encargaría del correcto crecimiento del potro hasta que tuviera edad necesaria para su entrenamiento en la equitación y cacería. En esta segunda parte, el *e-qe-ta* asumía la responsabilidad del caballo, los motivos poéticos en torno a la afectividad y magnificencia de los animales son diversos: Héctor, por ejemplo, les da comer “delicioso grano y el vino mezclado para beber”;¹⁷⁷ Antíloco y Menelao “dialogan” con sus corceles exitosamente;¹⁷⁸ Néstor, por su parte, revela la condición “extraordinaria” de sus yeguas, criadas por Neleo, que conservaron su vigor durante las juventudes de ambos combatientes.¹⁷⁹ Ciñéndonos a los reales y estrictos datos de tiempo de vida de un corcel promedio, la esperanza difícilmente rebasaría los treinta años; es decir, que las “yeguas néleas” ya deberían estar muertas para estos momentos. Por ello, es más sorprendente aún el hecho de que se preparen para ser la montura de Antíloco en los certámenes funerarios de Patroclo. El Nestórida cuenta con sus propios caballos, jóvenes por cierto, pero utiliza los de su padre en un evento con grandes magnitudes y como un palpable indicativo que, de continuar vivas, pasarían a él por la estirpe y experiencia adquiridas.¹⁸⁰

¹⁷⁵ Ruipérez, *op. cit.*, p. 163.

¹⁷⁶ Moses I. Finley, *La Grecia Antigua. Economía y Sociedad*, trad. de B. D. Shaw y R. P. Saller, Barcelona, Editorial Crítica, 1984, p. 227 (Serie General: Estudios y Ensayos, 137).

¹⁷⁷ Homero, *Iliada*, VIII. 184-190.

¹⁷⁸ Homero, *Iliada*, XXIII. 410-419 y 442-447.

¹⁷⁹ Homero, *Iliada*, VIII. 99-104 y XI. 597.

¹⁸⁰ Homero, *Iliada*, XXIII. 300-318.

Encaminándonos con lo anterior, no debe sorprendernos que dentro de la tradición se conserve la mención de algunos corceles de estirpe divina; motivo por el cual hasta reciben nombres propios.¹⁸¹ Fuera de ser una yuxtaposición posterior, las propias tablillas confirman que diversos palafrenes eran identificados bajo un apelativo similar. En Tebas, por ejemplo, están apuntados los nombres de Xanthos, Podargos, Zephyros y Pedasos; en Micenas, los dos primeros se repiten y se añaden el de Aithon y Lampos.¹⁸² Nombres que sorprendentemente coinciden con las mitológicas yeguas Janto, Podargo y Lampón, pertenecientes a Diomedes, rey de Tracia;¹⁸³ así como el famoso corcel emanado de la sangre de Medusa, Pegaso. Belerofonte, en lomos de Pegaso, destrozó a la Quimera de Licia, combatió y venció a sólimos, licios y amazonas sin ayuda de nadie. La destreza del guerrero evidentemente es celebrada por Yóbates, no obstante, al público escucha le es bastante claro que fue gracias a Pegaso que Belerofonte no necesitó de refuerzo alguno en cada una de sus empresas.¹⁸⁴ Arión no se nos escapa, este excelso ejemplar, hijo de Posidón y Deméter, nacido en Beocia, fue entregado como regalo por parte de su padre a Copreo, rey de Haliartos. Tiempo después, Arión fue obsequiado al huésped Heracles y, pasados los años, nuevamente, fue dado como don a Adrasto. Gracias a este magnífico equino, Heracles venció en diversas carreras de caballos, y, el hijo de Tálao, fue el único que pudo salir con vida en la fallida expedición que los argivos efectuaron contra Tebas.¹⁸⁵ Evidentemente, el rey de Argos evitó el deceso más por Arión, literalmente “el mejor”, que por la pericia de sus agilidades.

¹⁸¹ Homero, *Iliada*, II. 763-767. Los caballos del Fereciada Eumelo fueron criados por Apolo. En *Iliada*, V. 265-272 los corceles de Eneas son dados a Tros por Zeus, en pago por su hijo Ganimedes. Más adelante, en XVI. 148-154 y XIX. 397-424, los caballos de Aquiles, Janto y Balio, inclusive hablan con él empleando voz humana y le comunican que su destino es perecer en Troya. Acerca de la estirpe de Axio *vid* XXIII. 346-348.

¹⁸² D. H. F. Gray, “Mycenaean Names in Homer”, en *Journal of Hellenic Studies*, The Society of Promotion of Hellenic Studies, vol. 78, 1958, pp. 45-46.

¹⁸³ Higino, *Fábulas mitológicas*, XXX. 9. Como parte de los doce trabajos de Heracles, el héroe estaba encargado de asesinar a las cuatro yeguas del rey por devorar carne humana.

¹⁸⁴ Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, II. iii. 2.

¹⁸⁵ *Tebaida*, Fragmento 4B= Escolio AB *Iliada*, XXIII. 346. Su hermana, Despoina, una de las diosas de misterios de Eleusis (cuyo nombre no acostumbran decir los iniciados, *vid* Pausanias, *Descripción de Grecia*, VIII. xxv. 7-8), se ha relacionado con *u-po-jo po-ti-ni-ja*, *da-pu-ri-to po-ti-ni-ja* y *Po-si-da-e-ja*, antiguas formas de divinidades micénicas relacionadas con el caballo y Posidón. En menor medida, dichas diosas son asociadas con Démeter y Perséfone. Cfr. Chadwick, *El mundo...*, p. 124-128 para las discusiones en torno a la Diosa Hippias en Arcadia y Pilos y José María Blázquez, Raquel López Melero y Juan José Sayas, *Historia de Grecia Antigua*, 4ª ed., Madrid, Ediciones Cátedra, 2015, p. 180-182, quienes relacionan el culto a la diosa con la “muerte y resurrección” típicas de los rituales agrícolas, más que de la guerra.

De manera paralela, podemos mencionar al célebre corcel de Lerna, quien era visiblemente adorado por el *wánax* regente, ya que se hizo acreedor de un brindis funeral ofrecido por treinta y siete admiradores; honra que usualmente recibían los guerreros profesionales ante la muerte.¹⁸⁶ Los resquicios que menciona la tradición no son invenciones fruto de la imaginación de los poetas, sino que, efectivamente, tienen un marcado fundamento que podemos comprobar gracias a la arqueología.

A este perceptible acercamiento religioso, hay que aunarle el registro de ciertas cantidades de *cyperus* a *Iqo*. El primer término alude a una planta aromática empleada para la elaboración de perfumes y que usualmente se ofrendaba a los dioses. Esta divinidad tendría que ser *Iqo*, que, en efecto, dicha designación significa “caballo”. Todo parece indicar que *Iqo* podría fungir como una especie de dios patrono del *Ra-wa-ke-ta*, quien estaba encargado de la ejecución de sus ceremonias. La traducción de una sección de estas tablillas no puede ser más clara: “*Wa-na-ka*; recibe 170 unidades de *te-me-na ko-to-na*; su divinidad es *Pa-ki-ja-ne*. *Ra-wa-ke-ta*; recibe 130 unidades de *te-me-na ko-to-na*; su divinidad es *I-qo*”.¹⁸⁷

La naturaleza caballesca de Posidón difícilmente se somete a discusión, incluso desde la propia Antigüedad, Pausanias recuerda que los arcadios son los primeros en darse cuenta de los orígenes cabalunos del dios.¹⁸⁸ Con todo, se ha venido especulando que detrás de esa condición acecharía un dios más viejo: el *I-qo* que aparece en las tablillas. Incluso se ha llegado a proponer un pensamiento más profundo en relación a esto, y es que al ser *Hippos* una divinidad primordial entre los aqueos, que pronto se transformó o mezcló con Posidón y Zeus, pudo haber sobrevivido detrás del mito del caballo de Troya, gracias al cual logran salir triunfantes los combatientes griegos.¹⁸⁹

¹⁸⁶ Vermeule, *op. cit.*, p. 346.

¹⁸⁷ Palmer, *op. cit.*, p. 96.

¹⁸⁸ Pausanias, *Descripción de Grecia*, VIII. xxv. 7-10.

¹⁸⁹ José Carlos Bermejo Barrera, Francisco Javier González García y Susana Reboreda Morillo, *Los orígenes de la mitología griega*, Madrid, Ediciones Akal, 1996, pp. 104-105 (Akal Universitaria, Serie Interdisciplinar, 179). Palmer, *op. cit.*, pp. 130-131.

3.1.1. La fabricación de bienes de prestigio.

Como don para ti, yo he hecho que te traigan tres minas de auténtico lapislázuli
Y cinco pares de caballos con cinco carros de madera.

Cartas de Tell el Amarna, EA, 9, 15.

Como parte de la delimitación de fronteras, las autoridades palaciegas se encargaron del control de una serie de economías distintivas de los *unos* y los *otros*. El modo de producción asiático se caracterizó por la “combinación de la actividad productora colectiva de las comunidades aldeanas y la intervención económica de una autoridad estatal que explota a estas comunidades al tiempo que las dirige”;¹⁹⁰ es decir, tenía el total monopolio de las actividades productivas. Ahora bien, controlar efectivamente las economías dependientes del reino debió tener márgenes de errores comprensibles; especialmente en aquellas zonas regionales más alejadas del palacio central. No ahondaremos en estos problemas, sólo nos interesa mencionar que las autoridades pusieron especial atención en aquellas industrias destinadas a la fabricación de los principales bienes del reino. Dentro de éstos encontramos materiales de prestigio que físicamente diferenciaban a las clases sociales palaciegas. Precisamente, los sectores dedicados a la fabricación de carros de guerra, armamento militar, producción de alimentos y tratamiento de textiles; son los que a continuación desarrollaremos.

Desde mediados del tercer milenio, el carro existía en Oriente Próximo, pero los minoicos lo desconocían. Comenzó siendo una herramienta pesada con cuatro ruedas macizas, tirado por asnos o bueyes y sin apenas capacidad de maniobra. Con el paso del tiempo, comienza a hacerse bastante popular en las civilizaciones vecinas gracias a su empleo como medio de transporte; aún con la tosquedad que conllevaba su manejo, el coche brindaba mayores velocidades en el traslado. Tenemos que esperar hasta los siglos XVII y XVI a. C., para encontrar registrado el primer tratado de hipología en la historia, escrito en hitita y hallado en Hattusas.¹⁹¹ En primer lugar, reemplazan a los asnos y bueyes

¹⁹⁰ Lévêque, *op. cit.*, p. 19.

¹⁹¹ CTH, 284 en Heinrich Otte, “Hititas, hurritas y mitanios”, en Cassin, *op. cit.*, p. 109. El mérito de la innovación se pelea entre hititas y hurritas, que por estas fechas, los segundos se instalan en Asia Menor. La exitosa expansión de su pueblo se debe a la efectiva aristocracia militar –indoeuropea-, conocida como

por caballos, sometiéndolos a un estricto régimen de vida para incrementar su resistencia. En segundo lugar, logran dar mayor velocidad y firmeza el carro al reducir su tamaño, empleando sólo dos ruedas y colocándole resistencias al frente. En efecto, así llegamos a la tercera modificación, de ser un medio para trasladarse pasa a ser crucial en el campo de batalla, cuya maniobra fundamental consistió en cargar contra el enemigo y, mientras un escudero protegía al auriga que conducía, un tercer acompañante disparaba flechas. De esta manera, los hititas expanden el uso del ahora carro de guerra.¹⁹²



Figura 7. Fresco de Pilos, siglo XIII a. C., Museo Nacional de Arqueología, Atenas.

Las innovaciones no abandonan al mundo Egeo. Durante la excavación del palacio de Pilos (fig. 7), se ubicaron diversos frescos con carros de bronce, tirados por caballos y guiados por aurigas y guerreros; de igual forma, se reconocieron casi de inmediato algunos talleres especializados en la fabricación del

carro de guerra y cuyo emplazamiento se ubica en la zona noreste del reino.¹⁹³ En la mitología –y en torno a su uso como medio de transporte- contamos con la supervivencia

maryannu. Aunque el texto se halla en Hattusas, el vocabulario técnico de términos se encuentra en hurrita, de ahí la confusión.

¹⁹² Damanville, *op. cit.*, p. 359.

¹⁹³ Robert Schon, “Redistribution in Aegean Palatial Societies. By Appointment to His Majesty the *Wanax*: Value-Added Goods and Redistribution in Mycenaean Palatial Economies”, en *American Journal of Archaeology*, Archaeological Institute of America, vol. 115, no. 2, abril 2011, p. 220. Aunque Arthur Evans homologaba la civilización minoica con la micénica, se percató de la introducción del carro de guerra. El cual tenía un contorno rectangular de la caja, un eje debajo del centro del cuerpo, rodeado por dos ruedas de cuatro radios. Y la extremidad posterior tenía una especie de poste, probablemente para absorber el choque. Cfr. Vermeule, *op. cit.*, p. 119 y Chadwick, *El mundo...*, pp. 172-176.

de las divinas yeguas Bronte y Estéope, “Trueno” y “Relámpago”,¹⁹⁴ y los caballos Eo y Etíope, encargados de guiar el carro de Helios que hacía transcurrir el día, la noche y las estaciones. Este coche, a su vez, había sido fabricado de oro acrisolado, esmeradamente detallado por Hefesto.¹⁹⁵

Ahora bien, en lo que respecta a su empleo como arma, los griegos sólo rescataron al cochero y su arquero y así, nos es factible afirmar que al menos una de las especializaciones de los *e-ge-ta* sería la arquería. No obstante, este hecho transmutará casi por completo en la tradición. El ideal heroico que se forjará en época oscura excluye ciertas actividades indignas de un “verdadero guerrero”; en este caso, la arquería estaría incluida. De ahí que Diomedes no se canse de vituperar la cobardía de Paris al temer “luchar como hombre”, cuerpo a cuerpo, en lugar de esconderse cual vil mujer tras los disparos del arco; así mismo no es casualidad que numerosos disparadores de flechas se encuentren del lado troyano.¹⁹⁶ Empero, al poeta se le escapan resquicios de la antigua especialización que los *e-ge-ta* tendrían: diferentes *hetairoi* son destacados por su particular habilidad con el arco.¹⁹⁷

Además, los estudios arqueológicos juegan en nuestra contra al revelar que sólo los pueblos indo-iranios –aquellos emplazados al norte y este de Asia Menor-, hicieron uso del arco. Los parlantes de griego optaron más por el uso de espadas y lanzas, de ahí que el vocabulario al respecto, no haya sufrido mutaciones con el pasar de los años.¹⁹⁸ La solución que nosotros podemos ofrecer obedece a dos rubros: en primer lugar, la innovación bélica del carro se le atribuye a hititas/hurritas, cultura con un origen indo-iranio, que otorga un papel crucial a la arquería a la hora de cargar contra el enemigo. La maniobra se extiende

¹⁹⁴ *Titanomaquia*, Fragmento 3A= Escolio T *Iliada*, XXIII. 295. Una posible conexión entre el significado de estos nombres y su relación con el Sol puede reflejar una suerte de explicación de los fenómenos naturales. En efecto, el ruido emitido por truenos y relámpagos bien pueden ser los cascos de los caballos al cruzar el cielo.

¹⁹⁵ Mimmermo de Colofón, Fragmento, 11.

¹⁹⁶ Homero, *Iliada*, II. 824-826, a las órdenes del arquero Pándaro, hijo de Licaón, iban los de Zélea; en IV. 87-104, Atenea logra “ofuscar” al “insensato Pándaro” para lanzar cobardemente sus flechas hacia Menelao; en V. 49-58, se habla de Escamandrio, arquero temeroso que huye de Menelao y muere en el intento; en X. 316, Dolón, un espía troyano y cuya especialidad era el arco, es descrito con feo aspecto pero hábil corredor; en XIII. 581-587, Heleno, otro hijo de Príamo experto en el tiro de flechas; en XI. 369-395; II. 827 y 848-850. Los peonios –un pueblo de origen tracio o ilirio- eran arqueros aliados de los troyanos;

¹⁹⁷ Pomeroy, *Historia...*, p. 64 e *infra*, p. 90-93.

¹⁹⁸ Sergent, *op. cit.*, p. 434.

hacia los vecinos, en donde cada uno la adaptará acorde a sus circunstancias. Cronológicamente, la expansión de dánaos y argivos se llevará a cabo un siglo después a esta adaptación de la innovación. A consecuencia de ello, hay un claro incremento de relaciones diplomáticas hacia los siglos XV y XIV a. C., fecha que, en efecto, coincide con la aparición de arqueros en las tablillas.

A partir de lo anterior, podemos deducir que la especialización en la arquería fue un elemento que comenzaron a fomentar, si no todos, al menos algún reino del continente. Lógicamente, la práctica conlleva al ensayo y error; de ahí que las palabras designadas para “arquero” y “arco” no sean uniformes en las tablillas de Lineal B si las comparamos con las de “espada” y “jabalina”.¹⁹⁹ A estos datos hay que sumarle otro más, relacionado con el distrito administrativo de Pilos ubicado en la costa de Mesenia: la totalidad de éste se encontraba adjudicada a un arquero –perteneciente a la nobleza o quizá hasta parte de la familia real-, quien, al momento de morir, recibió andanadas de flechas disparadas al interior de su *tholos*, a manera de un saludo final honorífico.²⁰⁰ Y, por supuesto, no hay que olvidar la talla poética que grandes arqueros llegaron a adquirir, a tal grado que sobrevivieron en la poesía y se revistieron, posteriormente, bajo la tilde heroica de tiempos homéricos. A continuación presentaremos algunos ejemplos emblemáticos.

Una de las grandes figuras, Heracles, cumple con todas las características propias de un guerrero aqueo: “Heracles había sido instruido en la conducción del carro por Anfitrión, a luchar por Autólico, a disparar el arco por Éurito, a combatir con armas pesadas por Cástor, a cantar al son de la cítara por Lino, que era hermano de Orfeo”.²⁰¹ Eurito, el rey de Ecalia –centro emplazado en Tesalia-²⁰² era un consumado disparador de flechas, quien enseña al joven Heracles técnicas y estrategias. Posteriormente este mismo rey ofrecerá a su

¹⁹⁹ La lanza de bronce aparece atestiguada en una sola tablilla (KN R 1815). La arrojadiza, en cambio, es más constante y su nombre (*pa-ta-ja* / *paltaiā*) sufrió cambios mínimos en su evolución al griego clásico. La espada abunda en los registros y es distinguida por tamaños, la grande, *qi.si-pe-e* (*ksiphos*) y la pequeña, una especie de daga o puñal, *pa-ka-na* (*phasgana*). Para el arco, en cambio, tenemos escasas menciones de las flechas (*pa-ta-ja*), un logograma en forma de arco de una sola pieza, y materiales en Cnossos que podrían estar destinados a la fabricación de un arma compuesta (Serie KN Mc). Cfr. Ruipérez, *op. cit.*, p. 207-209.

²⁰⁰ Vermeule, *op. cit.*, p. 346.

²⁰¹ Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, II. iv. 9 y 11: Heracles recibe de “Hermes la espada, de Apolo el arco y las flechas, de Hefesto una coraza de oro y de Atenea las túnicas”.

²⁰² Homero, *Iliada*, II. 730.

hija Yola como recompensa de quien logre vencerlo en una competición de tiro con arco. Para estos momentos, Heracles había multiplicado sus habilidades después de desempeñar exitosamente sus famosos “doce trabajos”. Al enterarse del reto de su antiguo preceptor, acude a la competencia y logra ser el único en derrotar a Eurito.²⁰³ A pesar de que la *Odisea* conserva el recuerdo de que el vencedor fue más bien Apolo,²⁰⁴ nosotros optamos por la de Heracles debido a las condiciones históricas que rodean el suceso y que a nosotros nos competen. En ese sentido, sería perfectamente comprensible que un *wánax* propusiera una suerte de competencia entre la nobleza que pretendiera la mano de su hija. La parafernalia que rodearía la situación, así como el tipo de práctica que debe efectuarse, no es más que un enorme acto que pone de relieve, en todos los sentidos, la posición exclusiva que goza el grupo élite. Dicho de otra forma, Eurito, en este caso, no está retando a los campesinos sino a individuos que, si bien no son “iguales” jerárquicamente –la condición de *wánax* lo hace inmediatamente superior-, sí lo son en tanto habilidades, conocimientos y códigos que sólo ellos son capaces de *hacerlos suyos*.

El progenitor de Eurito, Melaneo, igualmente es reconocido por su habilidad con el arco; cuyo padre, a su vez, es el mismísimo arquero por excelencia: Apolo. Desgraciadamente, no sabemos gran cosa acerca de Melaneo, salvo el destino de su armamento. Apolo le regala un excelso arco elaborado de oro, herramienta que pasa de generación en generación hasta llegar a Ífito, hijo de Eurito y compañero de Jasón en la expedición de los argonautas como amigo de Heracles, según algunas versiones. Finalizada la expedición, Ífito tiene un encuentro hospitalario en Mesenia con Odiseo, en la casa de Ortíloco en donde el Eurítida “el arco le donó”, mientras que el Laértida le entregó una espada cortante y una lanza robusta “en señal de amistad y hospedaje”.²⁰⁵ Esta situación nos presenta diferentes situaciones relacionadas con las identificaciones con los otros en diferentes niveles. En primer lugar, la situación de la estirpe apolínea de los reyes de Ecalia, en segundo lugar, las habilidades y las enseñanzas que al interior de este círculo se

²⁰³ *Toma de Ecalia*, Fragmento 3A= Escolio a Sófocles, *Traquinias*, 272 y Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, II. vi. 1.

²⁰⁴ Homero, *Odisea*, VIII. 224-228.

²⁰⁵ Homero, *Odisea*, XXI. 30-35.

efectuaron con sus integrantes que permitieron que todos pudieran disparar con la herramienta dada por el dios sin ningún problema.

Siguiendo lo anterior, Odiseo también era reconocido por su habilidad con el arco, no olvidemos el reto final hacia los pretendientes, quienes fracasan al intentar disparar con el arco del Laértida al ser una práctica digna de reyes. A esa fama se suman otros héroes de los que sólo queda el recuerdo de sus capacidades, tales como Teucro, quien lucha valientemente lanzando certeras flechas mientras su hermano, Ayante Telamonio, lo protege con su enorme escudo; el grueso de los fieles *e-ge-ta* que acompañan al Olíada; el guerrero Filoctetes, depositario del arco de Heracles, dirigente de todo un contingente profesional de arqueros provenientes de Metone, Taumacia, Melibea y Olizón y asesino del culpable de la guerra, el troyano Paris; por último, el concurso con el arco como motivo de los funerales de Patroclo, una actividad a la altura de la nobleza combatiente y que funge como una de las prácticas cohesionadoras del grupo dirigente.²⁰⁶

Los guerreros antes mencionados quedan enmarcados en el contexto de los reinos aqueos, su desempeño en la arquería debió ser más importante de lo que podríamos imaginar. Los valores y los códigos de identificación a través de la práctica de esta actividad, debieron ser bastante importantes a juzgar por lo que hemos podido rescatar. Desgraciadamente, el cambio generado por la caída de los palacios ocasionó que este tipo de acciones fueran velándose y calificándose como peyorativas ante las preminentes formas de combate. De esta forma se explica el vituperio que recibe Paris, el cobarde extranjero por excelencia, al destacar únicamente por su habilidad con el arco.

Con todo, es un hecho la adopción del carro de guerra, sus prácticas adyacentes y la exclusividad de su uso. La construcción de esta herramienta requería grandes inversiones económicas: materias primas como la madera (para el marco, sistema de tracción, yugo, ejes y ruedas), el cuero (para el suelo, pantallas, frenos, riendas y uniones), pieles de animales (para riendas, correas, soportes y alforjas) y el bronce (para reforzar la rueda, el

²⁰⁶ Higino, *Fábulas mitológicas*, XXXVI. 5; CXII. 4 y Homero, *Iliada*, II. 716-728; VIII. 118-120, 264-285; XIII. 650-651, 709-718 y XXIII. 850-880, Diomedes y Meriones saben utilizar hábilmente el arco aunque la especialidad de ambos sea la lanza y la espada.

mecanismo de control y elementos de fijación y decoración), eran necesarios; además de materiales como el oro, la plata, piedras preciosas y el marfil a manera de adornos. En adición, la industria de los carros empleaba trabajadores, supervisores y administradores; las tablillas aquí son bastante ilustrativas, puesto que registran a todos los trabajadores. Para la financiación de la industria, se emplearon diversos mecanismos: recogiendo tributos en forma de materias primas y rotando a trabajadores y artesanos especializados.²⁰⁷ Aunque sea una obviedad, debemos recalcar que la construcción y la reparación de los carros involucraba a personal dependiente, es decir, los propietarios de esta herramienta –los *hetairoi*- no se ensuciaban las manos en estas actividades.

Ahora bien, si comparáramos el destacamento de carros de guerra que un solo reino aqueo podía convocar con el de cualquier Imperio de Oriente Próximo, las cifras son destacablemente opuestas: 200 carros registrados en las tablillas de Pilos no le hacen ninguna competencia a 3,500 notados en los registros hititas, por ejemplo.²⁰⁸ Independientemente de las cifras, lo que el carro está confiriendo es prestigio. Hemos estado analizando que ya desde hace un par de siglos, los aqueos han ido demostrando su creciente poderío en el continente; sus recientes dominios en el mar Egeo y ciertas costas del Mediterráneo Oriental, sumadas a las expansiones territoriales, los comunicarán directamente con los grandes reyes de Asia y Egipto. El carro de guerra se convierte en un símbolo crucial de poder entre estas civilizaciones y, si los griegos querían hacerse notar para ser reconocidos como iguales, debían adoptarlo aunque fuera en menor proporción.

Las armas y la armadura son bastante bien conocidas gracias a los restos materiales conservados, su registro en las tablillas, su representación en las artes plásticas y, como vimos un poco, los remanentes en la tradición. El equipo completo empezaba por integrar un casco de cuero que llevaba unas tiras cosidas de bronce y por las medidas apuntadas, claramente éste cubría la frente y la parte trasera de la cabeza. Venía enseguida de una cota de malla, hecha con metales horizontales, respaldadas por cuero y techa acolchada, suspendidas de los hombros por piezas curvas, también de bronce. Así como una coraza y

²⁰⁷ Schon, *op. cit.*, pp. 115-116.

²⁰⁸ Pomeroy, *Historia...*, p. 65.

amplias bandas circulares destinadas a cubrir el abdomen y las ingles; sin dejar de lado, por supuesto, las grebas de bronce.²⁰⁹ Las pruebas arqueológicas sobre las cuales se apoya esta información, datan desde el inicio hasta el final de la curva del poder de los reinos, el espacio geográfico y temporal, denotan una plena uniformidad armamentística entre el ejército profesional.

El armamento, por otra parte, presenta mayores diferencias entre cada uno de los emplazamientos. Las espadas de bronce siempre tendrán en común el empleo de materiales; sin embargo, sus formas variarán dependiendo de las necesidades de empleo, así como del reino al cual nos estemos refiriendo. Aunque no ahondaremos en detalles, tengamos en cuenta que las lanzas parecieron ser el instrumento bélico favorito de aqueos, dánaos y argivos. No es común la representación iconográfica de espadas y, cuando suelen presentarse, aparecen en la cintura o como arma secundaria. En ese sentido, cuando quedaban imposibilitados de usar la lanza o la formación de ataque se rompía, se recurría al empleo de cualquier tipo de espada.²¹⁰

Para el escudo, generalmente, se empleaban pieles de vacas o bueyes sobre un armazón de madera, mismo que podía tener forma de torre, circular o de ocho. El primer tipo es reproducido notoriamente por algunos sellos de Micenas y grabados en las espadas; igualmente, dentro de la epopeya es famoso el escudo de Ayante en forma de “torre, bronceo, que le había fabricado Tiquio con esmero, el mejor con mucho de los curtidores, que habitaba en Hila y que le había hecho el tornasolado escudo con siete pieles de nutridos toros y una octava lámina de bronce por encima”.²¹¹ En este caso, si el referente tiene una base real, debemos pensar que el uso de pieles de toros debió ser aún más exclusivo. De

²⁰⁹ Chadwick, *El mundo...*, p. 178, Pomeroy, *Historia...*, p. 63 y Gómez Espelosín, *Historias...*, p. 39. Arqueológicamente tenemos constancia de que solamente el escudo sobrevive a la caída de los palacios; el casco de bronce, la coraza, la cota de mallas, el recubrimiento de cuero o piel y las grebas de bronce desaparecen completamente. Tendremos que esperar hasta el fortalecimiento de los *áristoi* para volver a tener certeza de protección armamentística. Cfr. Webster, *op. cit.*, p. 100.

²¹⁰ Las formaciones de ataque han sido deducidas a partir de diversas representaciones; de esta forma, se concluye que la línea de ataque usualmente era a distancia. La lanza y el escudo vendrían a ser las armas primarias de los guerreros profesionales; dejando la espada para cuando se dieran combates singulares, *vid* Barry Molloy, “Swords and Swordsmanship in the Aegean Bronze Age”, en *Archaeological Journal of Archaeology*, Archaeological Institute of America, vol. 114, no. 3, julio 2010, p. 410.

²¹¹ Homero, *Iliada*, VII. 219-223 y XVI. 358-363.

cualquier manera, este estilo cayó rápidamente en desuso antes de la guerra de Troya. Las formas restantes, se extendieron espacial y temporalmente; particularmente en Cnossos y Pilos. Acorde al análisis de diversos especialistas, parece ser que el escudo circular era mayormente empleado en el campo de batalla, mientras que el de ocho, tenía funciones más bien decorativas y vistosas; de ahí que lo veamos como parte de la decoración de los palacios cretenses.²¹²



Figura 8. Armadura de bronce, Tumba XII, Dendra, 1400 s. C.

La famosa armadura de Dendra, además de confirmar la información que nos proporcionan las tablillas de Lineal B y los murales, ha permitido el desarrollo de otras interpretaciones. Por ejemplo, muchos han querido ver aquí la vestimenta recurrente por todos los

militares profesionales, cuestión que nosotros vemos un tanto irrealizable por el casco de dientes de jabalí que supuestamente todos portarían. Si bien no dudamos de que este tipo de lujosa indumentaria la portaran exclusivamente el *wanax*, el *lawagetes* y posiblemente algunos *hetairoi* dirigentes, sería improbable que todos vistieran armamentos tan costosos. Más allá de que el reino pudiera o no prestar los recursos para que esto pudiera volverse realidad, hay que tener en cuenta los riesgos que conllevaría si el guerrero caía en el campo de batalla y un combatiente enemigo se hiciera con su armamento a manera de botín.

²¹² Molloy, *op. cit.*, p. 412. Además, Emilio Crespo en Homero, *Iliada*, XVIII. 478-482, p. 379, nota 299, señala que la forma del escudo de Aquiles quizá toma como modelo los largos escudos cilindricos hallados en los palacios de Cnossos, Pilos, Tirinto y Tebas.

Las pérdidas materiales serían mayores y perjudiciales a gran escala. Sólo los dirigentes podrían poseer un yelmo de estas dimensiones por su destreza pero, sobre todo, para remarcar su posición dentro del ejército. No es casualidad que sea Meriones, el segundo al mando del contingente cretense, quien le proporcione el famoso casco de colmillos de jabalí a Odiseo:

Meriones dio a Odiseo un arco, una aljaba y una espada; y en la cabeza se caló un morrión fabricado de bovina piel. En su interior, múltiples correas muy prietas lo tensaban; por fuera, blancos colmillos de jabalí, de albos dientes, se sujetaban densos aquí y allá, con pericia y destreza; y el fondo estaba forrado de fieltro.²¹³

El detalle quisquilloso puesto por el poeta no es mero cumplimiento de fórmulas, sino que rescatan la especificidad requerida por sus antecesores. Recordemos la uniformidad armamentística, misma que se realza como un elemento común entre los griegos y como factor de contraste frente a la milicia popular y sus enemigos troyanos.

Elementos aunados a la esplendorosa materialidad se conservan en los mitos como fruto de intervención divina. Dicho de otra forma, únicamente aquellos guerreros de ilustre talla, poseerán armas fabricadas o dadas por los mismísimos dioses. Aunque tenemos diversos ejemplos, sólo quiero concentrarme en Aquiles. Antes de que Hefesto le construya la famosa armadura del canto XVIII, Patroclo toma sus armas “mortales” para dirigir a los mirmidones en un contrataque panaqueo. El guerrero es uno de los más capaces del lado griego, sin embargo, es incapaz de blandir la enorme lanza de Aquiles: “Ningún otro de los aqueos podía blandirla [...] se la trajo Quirón a su padre, de la cima del Pelión, para que fuera matador de héroes”.²¹⁴ Lanza que es bien conocida por su excepcionalidad: “Quirón, tras haber arrancado un rozagante fresno, lo preparó para una lanza. Dicen que Atenea la pulió y Hefesto la guarneció. Con esa lanza Peleo destacaba en los combates y después de él, Aquiles”.²¹⁵ Nuevamente vemos repetida la situación de herencia de cierto tipo de armas, cuya utilización solamente la pueden efectuar unos cuantos guerreros. La cuestión jerárquica constantemente se atraviesa para dejar claro a través de un elemento material tan importante como lo es la lanza, *quienes* son efectivamente los dirigentes. Patroclo puede

²¹³ Homero, *Iliada*, X. 260-265.

²¹⁴ Homero, *Iliada*, XVI. 140-144.

²¹⁵ *Ciprias*, Fragmento 3= Escolios A y *min.* A *Iliada*, XVI. 140.

hacerse pasar por el *lawagetas* de Ftía, pero su condición de inferioridad se hará notar al ser incapaz de utilizar la lanza de la familia reinante.

3.1.2. Los contrastes en la vida cotidiana.

Néstor a todos supera en talento y justicia;
refieren que ha llegado a reinar sobre tres sucesiones de hombres,
y al mirarlo cual dios inmortal se me muestra a los ojos.

Homero, *Odisea*, III. 243-246.

El consumo de alimentos como factor de diferenciación ha sido estudiado, desde hace algunos años, por numerosos arqueólogos e historiadores de la Antigüedad Egea en el contexto palaciego.²¹⁶ Afortunadamente, en las tablillas de Pilos y Tebas se encuentran registros específicos de banquetes reales, donde solían asistir entre 2 y 3 mil comensales del reino. En estas recopilaciones destacan, sobre todo, la gran cantidad de carne preparada; dotada por bueyes, ovejas, cabras, cebones, moruecos y cerdos. Hay frutos como aceitunas e higos; cantidades considerables de cebada y bebidas a base de vino puro, mosto, adicionados con miel, *cyperus* y agua.²¹⁷

Los datos mencionados carecerían de relevancia si no logramos contextualizarlos. En la actualidad nos hallamos sumamente acostumbrados al consumo constante de carne. La industrialización y accesibilidad de medios de consumo han permitido cierta uniformidad en la adquisición de productos alimenticios; no obstante, en pleno periodo clásico griego, los propios *eupátridas* no podían darse tal lujo. La ingesta de carne en la Atenas de Pericles únicamente se daba en la celebración de fiestas cívico-religiosas –y, dependiendo de los organizadores, también en banquetes privados-. Con motivo de la ejecución de sacrificios cruentos, el ciudadano griego se alimentaba de carne solamente en estas ocasiones en aras de confirmar su participación e integración como miembro activo de la *polis*. No sería de extrañar que en la Edad de Bronce aconteciera una situación

²¹⁶ Christoph Bachhuber, “The treasure deposits of Troy: rethinking crisis and agency on the Early Age citadel”, en *Anatolian Studies*, Ankara, British Institute at Ankara, vol. 59, 2009, p. 4.

²¹⁷ Ruipérez, *op. cit.*, p. 140.

semejante, sólo que con mayores restricciones ante el carácter jerárquico que distinguía a esta sociedad.

De manera general, las comidas principales de los palacios –consumidas por el común de los administradores–, consistían en carne de carnero, cabra y cerdo –el ganado vacuno no era recurrente–.²¹⁸ Específicamente, las dietas micénicas y pilias contaban con especias, atoles, panes de cebada y trigo, quesos, leche, higos, uvas, peras, grandes cantidades de mieles y aceites, y bebidas como vinos y cerveza procedente de Anatolia. Durante el auge material, se registran diversas edificaciones de talleres destinados a la especialización de estos productos. De esta manera, sus cantidades comienzan a aumentar exponencialmente; de forma particular, las de vinos y aceites perfumados.²¹⁹ Al respecto de este último recurso, es necesario enfatizar la importancia que el *wánax* le dedicaba: las tablillas de Pilos y Cnossos dejan constancia de que el rey, personalmente, supervisaba los talleres especializados encargados del tratamiento de todo tipo de aceites.²²⁰ El valor que se les asignaba a estos bienes es irrefutable y ello también determinaba los destinatarios que se beneficiarían con tal privilegio.

La importancia social de estos artículos se percibe a través de su distribución en recipientes suntuosos y, además, su destino está claramente definido en las tablillas: sus receptores son exclusivamente los miembros integrantes de las áreas política, administrativa y bélica profesional. De manera paralela, se apunta el tributo que los campesinos debían otorgar al reino; lo cual representaba la casi totalidad de sus cosechas. Aunque se les dejaba el mínimo indispensable para ellos y su familia, éste no incluía carnes, vinos, aceites, mieles e higos para su consumo diario.²²¹ Inclusive en la celebración de banquetes, la calidad de los productos es marcadamente menor, donde el porquerizo

²¹⁸ Finley, *La Grecia...*, p. 227.

²¹⁹ Yannis Hamilakis, “Food Technologies/Technologies of the Body: The Social Context of Wine and Oil Production and Consumption in Bronze Age Crete”, en *World Archaeology*, Taylor & Francis, Ltd., vol. 31, no. 1, junio 1999, p. 48. En una de las salas más grandes del palacio de Pilos –empleada para la celebración de banquetes entre la nobleza– se han encontrado huesos de vacas y ciervos. John Bennet, “Representations of Power in Mycenaean Pylos. Script, Orality, Iconography”, en *Archäologische Forschungen zwischen Nil und Istros*, Phoibos Verlag Wien, 2007, num. 65, p. 14, sostiene que estas celebraciones eran exclusivas puesto que las cantidades de vino y carne no alcanzarían a alimentar a más de 600 hombres.

²²⁰ Haskell, *op. cit.*, pp. 153-155.

²²¹ Schon, *op. cit.*, p. 222.

Eumeo nos lo deja perfectamente claro: “Come, huésped [a Odiseo disfrazado de vagabundo], ahora el manjar que compete a los siervos, los lechones; los cerdos cebados consúmelo esos pretendientes sin pizca de honor ni piedad en sus almas”.²²² Dejando de lado la desaprobación, hay una evidente distinción en cuanto a calidad y cantidad de la carne. El Eumeo “aqueo”, vendría a formar parte del personal especializado adjudicado al cuidado de los cerdos del rey, puesto que es el “porquerizo real”. En ese sentido, su calidad de vida podría tener ventajas menores frente a la del campesino dedicado a las tierras de los administradores subordinados. Sea cual fuere aquí el grado de dependencia del “otro”, lo crucial es la evidente separación material reflejada hasta en aspectos cotidianos como la mera ingesta de alimentos.

Ahora bien, mientras la arqueología constata la diferenciación material de los productos y el destinatario de los mismos, la poesía nos explica ciertas razones de tal separación. La dupla de carnes y vinos especiados de gran calidad²²³ como parte de los banquetes palaciegos se explica a partir del juego de don-contradón. Los dirigentes cuentan con una serie de privilegios a cambio del óptimo cumplimiento de sus obligaciones. De ahí que, no sea ninguna sorpresa la jactancia y exigencia expuesta en palabras de Sarpedón, hijo de Zeus y jefe de los licios:

¿Para qué, Glauco, a nosotros dos se nos honra más con asientos de honor y con más trozos de carne y más copas en Licia? ¿Para qué todos nos contemplan como a dioses y administramos inmenso predio reservado a orillas del Janto [...]? Por eso ahora debemos estar entre los primeros licios, resistiendo a pie firme y encarando la abrasadora lucha, para que uno de los licios, armados de sólidas corazas, diga: “A fe que no sin gloria son caudillos en Licia nuestros reyes, y comen pingüe ganado y beben selecto vino, dulce como miel. También su fuerza es valiosa, porque luchan entre los primeros licios”.²²⁴

Como puede verse, no sólo la monumentalidad y la ejecución de cierto tipo de prácticas distinguen a la nobleza; resulta igual de necesario marcar estas distinciones en la cotidianidad. De ahí que la alimentación funja como herramienta necesaria en aras de colocarla como frontera entre lo que consumimos “nosotros” y lo que ingieren los “otros”.

²²² Homero, *Odisea*, XIV. 80-82.

²²³ Homero, *Odisea*, III. 479-480 y IX. 4-10. Las mesas de Néstor y Menelao están repletas de carne, pan y vino selecto. Para el énfasis colocado sobre el “purpúreo licor de los nobles” *vid* Homero, *Iliada*, XI. 630-641 y *Odisea*, XIII. 7-9.

²²⁴ Homero, *Iliada*, XII. 310-321.

En línea con lo anterior, la vestimenta resulta igual de importante. La calidad de las prendas de la clase dirigente –junto con la joyería que las acompañaba– era superior a la de artesanos especializados, personal dependiente y campesinos. Los talleres textiles encargados de producir los hermosos atuendos de la nobleza se localizaban muy cerca de las habitaciones reales; su fácil acceso tenía por objetivo el control de entrada y salida de materiales, así como la supervisión de tejedores e hiladores.²²⁵

Los *e-qe-ta* se distinguían por la portación de una vestimenta especial: las “capas dobles”: teñidas de rojo con jugo de múrice y rematadas con bordes o mechones blancos.²²⁶ Desgraciadamente, no se indican mayores especificaciones al respecto, por ello, carecemos de certeza para afirmar si esto iba acompañado de algún discurso que privilegiaba a la clase guerrera o simple y sencillamente era una especie de uniforme necesario para la práctica de sus tareas. Por su parte, el resto del cuerpo administrativo portaba prendas en colores blanco, amarillo y azul.²²⁷ Aunque sería interesante especular la posición jerárquica que ocuparía el sector burocrático a partir de las tonalidades de sus prendas, tan sólo contamos con la iconografía brindada por los frescos restaurados y un par de menciones en las tablillas de Cnossos y Pilos, sin descartar la posibilidad de variantes al interior de cada instancia palaciega.

Contamos con mayores evidencias en relación a las prendas de las diferentes familias reales. Personalmente, sostenemos que estos pequeños sectores políticos sí estaban consciente e ideológicamente distinguidos del resto de los habitantes del palacio. La prueba está en los tonos purpúreos que rodeaban sus figuras y habitaciones. La yuxtaposición de épocas no nos genera mayores problemas; si bien es atribuido a los fenicios las grandes producciones textiles de color púrpura, la proliferación de ropas con estas coloraciones son perfectamente ubicables en la Edad de Bronce. Schliemann fue el primero en reportar la

²²⁵ PY Cn 655, Aa 240, 695, 770 y Ab 210 en Schon, *op. cit.*, p. 223. De hecho, los talleres textiles estaban relacionados con los del tratamiento del aceite; este último era utilizado como suavizante de prendas y las dotaba con un brillo particular, aunado al olor con que las impregnaba. Cfr. Haskell, *op. cit.*, p. 152.

²²⁶ Cn L 471, 474: Chadwick, *El mundo...*, p. 101. Vermeule, *op. cit.*, p. 213.

²²⁷ Ruipérez, *op. cit.*, p. 171.

primera evidencia arqueológica de conchas púrpura en Troya.²²⁸ Posteriormente, se siguieron llevando investigaciones y excavaciones para averiguar el uso específico de estas conchas, así como el tipo de producción desarrollado en torno a las prendas purpúreas. Durante todo el siglo XX, se fueron localizando restos de *murex* en Kouphonisi y Paleocastro, ambos emplazados en el este de Creta y con una antigüedad que iba hasta el 1700 a. C. Es posible que, particularmente en Paleocastro, se haya desarrollado toda una industria del tinte púrpura, precediendo al primer centro de fabricación en Tiro.²²⁹

Aunado a lo anterior, encontramos particularmente importante encontrar una profunda conexión entre el *wánax* y la *po-pu-re-ia* real. En efecto, todo parece indicar que el rey tenía el monopolio exclusivo de los talleres textiles dedicados al tratamiento de prendas purpúreas. Este primer testimonio escrito ha generado diversas hipótesis en torno a los préstamos que tomarían los fenicios; en efecto, el tratamiento más antiguo de las conchas *murex* lo efectuaron los griegos de Cnosos.²³⁰ No resulta pertinente seguir ahondando en estas actividades comerciales; lo que nos concierne es la omnipresencia de una realeza que determina la estructura piramidal del reino aqueo y, para distinguirse, se engalana con prendas vistosas que sólo le corresponden a él y su familia. Así se nos presenta Telémaco, vistiendo “pliegues de capa púrpura”, y el *mégaron* de los palacios de Menelao y Alcínoo, atascados de cobertores purpúreos.²³¹

Nuevamente, no hay que perder de vista la cotidianeidad en la Antigüedad. Actualmente, también estamos acostumbrados al aseo diario del cuerpo y la vestimenta; cuando en estos tiempos, la propia nobleza tenía limitaciones, ya ni imaginarnos la situación que sucedía con los campesinos. Para empezar, el aseo no podía ser diario,

²²⁸ Heinrich Schliemann, *Ilios. The City and Country of the Trojans. The Results of Researches and Discoveries on the Site of Troy and Throughout the Troad in the Years 1871-72-73-78-79*, prefacio, apéndices y notas de Max Müller *et al.*, Nueva York, Harper & Brothers, Franklin Square, 1881, p. 115: “In the excavations at Troy were found: *Murex trunculus* y *Purpura haemastoma* [...] have probably served for the manufacture of purple [...] the knowledge of purple among the Greeks goes back to a very remote period, as is proved by numerous passages in the Homeric poems”.

²²⁹ Robert R. Stieglitz, “The Minoan Origin of Tyrian Purple”, en *The Biblical Archaeologist*, vol. 57, no. 1, marzo 1994, pp. 50-51.

²³⁰ Halford W. Haskell, “*Wanax* to *wánax*: Regional Trade Patterns in Mycenaean Crete”, en *Hesperia Supplements*, The American School of Classical Studies at Athens, vol. 33, 2004, p. 152.

²³¹ Homero, *Odisea*, IV. 154, 298 y VII. 337.

usualmente se encontraba condicionado por la celebración de grandes fiestas religiosas y, en el caso de las élites, también por el recibimiento de delegados o huéspedes de otras instancias de poder. Paralelamente, las ropas se usaban por varios días, exponiéndolas a la suciedad y generación de malos olores; sólo la realeza tenía el privilegio de cambiarse con mayor continuidad.²³² A esto hay que sumar las tareas a desempeñar: el ejercicio político-administrativo no ensuciaba igual que el trabajo en la siembra y la cosecha, el moldeamiento del barro y materiales similares, la manufactura de todo tipo de herramientas, la forja de metales o el cuidado de rebaños.

Estos elementos pueden parecer bastante insignificantes pero no lo eran, fungían como claros distintivos de diferenciación social en la vida cotidiana. La primera impresión que genera una persona frente al “otro” que tiene de frente, condicionará de manera inmediata el trato y, por supuesto, su identificación o no como un “igual”. En principio, “ver” y “saber” son una misma cosa, “el conocimiento se interpreta y expresa a través del mundo de la visión. Conocer es, pues, una forma de ver”.²³³ Claramente, Vernant aterriza su análisis en la sociedad griega homérica, aquélla que desconoce el pensamiento filosófico que vendrá con la llegada de los filósofos (o físicos) jonios. Con todo, esta aprehensión de la realidad no se limita al entorno de la Grecia oscura, el claro contraste físico constatado arqueológicamente en las sociedades de los palacios aqueos nos permiten retraer el análisis. Las continuidades en el pensamiento son difíciles de arrancar aún con la destrucción material de los reinos. No hay que dejarnos llevar y caer en el error de señalar un “error y cuenta nueva” por el colapso de los mismos. Las rupturas paradigmáticas son mucho más complicadas de efectuarse, primordialmente en estas sociedades tradicionalistas en donde el cambio se acepta solamente en aquellas conductas que definitivamente no pueden continuar, y, pese a todo, este siempre ocurre de manera paulatina.

²³² Homero, *Odisea*, VI. 51-65: Los hijos de Areté y Alcínoo “gustan de vestir ropa limpia” siempre que hay alguna reunión con los próceres. Ruipérez, *op. cit.*, p. 14. El nombre para la bañera de arcilla cocida está atestiguada en las tablillas (*a-sa-mi-to*), misma que fue adoptada de los modelos minoicos. En efecto, las bañeras rescatadas de los palacios cretenses, y emplazados en la habitación de la reina, son anteriores a las que después se colocaron a un costado del *mégaron* en los reinos del continente.

²³³ Jean Pierre Vernant *et al.*, *El hombre griego*, trad. de Pedro Bádenas de la Peña, Madrid, Alianza Editorial, 1995, p. 22.

“Ver” y “saber” constituyen dos importantes categorías a través de las cuales podemos analizar comportamientos y actitudes por parte de la nobleza palaciega. Aun antes de presumir nombre, familia y hasta genealogía divina, el primer factor de reconocimiento era la visión de unas prendas limpias y costosas. Sólo así se explican dos acciones interesantes por parte de Penélope. En un primer momento, le otorga al todavía vagabundo Odiseo, vestidos limpios que le ayudarán a conseguir pan y bebida por todo el pueblo de Ítaca, haciéndose pasar por un burócrata llegado de Creta.²³⁴ Porque, en efecto, la jactancia nobiliaria carecía de sentido si el individuo estaba acicalado de manera impropia. En un segundo momento, cuando finalmente Odiseo revela su verdadera identidad, siendo reconocido por Telémaco, Eumeo y Euriclea, Penélope duda conscientemente de que el ser que tiene frente a ella sea su marido porque lo ve “sucio y en tan malos vestidos”.²³⁵ No importa si las personas de su “confianza” afirman tal o cual sentencia, la visión del físico del “otro” se sobrepone con creces. En ese sentido, Penélope *sabe* que el hombre que tiene enfrente bien podría *no ser* su marido. El recuerdo que posee de *él*, el certero conocimiento que ella *sabe* de él, no se corresponde para nada ante la visión sucia y desarreglada que le ofrece Odiseo en esos momentos. De esta forma, no es sino hasta que el guerrero logra bañarse que Penélope reconoce en él al varón tal cual “era al partir de la costa itaquea”.²³⁶

El impacto visual proporcionado por la vestimenta también se percibe en Héctor. Cuando el Priamida va a cumplir su destino luchando contra Aquiles, Andrómaca busca exhibir las prendas de su marido ante los troyanos con el objetivo de que todos contemplen su calidad, una calidad que confirma materialmente la dignidad y grandeza de Héctor. Posteriormente, Andrómaca las entrega al fuego para que nadie pueda volver a usarlas.²³⁷ En ese sentido, la armadura, los vestidos y todas las joyas identificaban, a primera vista, la excelencia del individuo que las portaba; y tal era su importancia que, por ello, en la escena citada, la misma destrucción de las prendas del Priamida era el símbolo de la muerte del *lawagetas* de Troya. Evidentemente, la excelencia de las prendas no valía por sí misma,

²³⁴ Homero, *Odisea*, XVII. 558-559.

²³⁵ Homero, *Odisea*, XXIII. 95, 115.

²³⁶ Homero, *Odisea*, XXIII. 175-176. La siguiente prueba que Penélope le hace a Odiseo se relaciona directamente con la valorización del trabajo en época oscura. Por ello, sólo resaltaremos aquél mecanismo propio del periodo precedente.

²³⁷ Homero, *Iliada*, XXII. 508-514.

sino que se encontraba supeditada al grupo que validaba la importancia del vestirse de tal o cual forma. El reconocimiento a través de la materialidad va a estar presente en las narraciones mitológicas desde sus orígenes.²³⁸

En línea con lo anterior, destacamos la fabricación de una belleza física propia de los dirigentes, es decir, la construcción de paradigmas que rápidamente identifican a un hombre como “bello”. Al respecto destaca la musculatura y el color tostado de la piel; de ahí que, cuando Laodamante vea llegar al vagabundo Odiseo, se confunda por su contextura: “recios pies, recios muslos, las manos entrambas fornidas, es robusto su cuello, respira vigor, ni le falta juventud”.²³⁹ Justamente, la “hermosura” del Laértida necesita suprimirse por obra divina en aras de poder pasar inadvertido en Ítaca:

[Atenea:] “Te voy a cambiar de tal modo que no te conozca ningún hombre [...]” [y] de su cutis ajó la hermosura en sus miembros flexibles, desnudó su cabeza del blondo cabello y en torno todo el cuerpo cubrió con la piel de un anciano provecto; pitañosos le puso los ojos nublando su brillo; le vistió de una capa andrajosa y un sucio vestido con desgarros y manchas de tizne de humos; encima, de un gran ciervo el pellejo le echó muy gastado y sin pelo y le dio una garrota y un saco averiado y deforme que sirviese a colgarlo del hombro.²⁴⁰

Los distintivos en sí mismos no constituyen o forjan una identidad común, son los integrantes del grupo quienes los determinan, en su mayor parte de forma inconsciente, en aras de explicitar las fronteras que excluyen a los “otros”. En ese sentido, los nobles no solamente son vigorosos y visten con prendas ilustres, sino que lúcidamente se jactan de ello. Las fórmulas de “broncíneas grebas” y “largas melenas” son un claro remanente del griego micénico. La dualidad de apelativos diferenciaba a griegos de extranjeros, un elemento que, como muchos, nunca fue fruto de la imaginación estilística de Homero, sino un claro y verídico recuerdo de la poesía que antaño cantaba las gestas de los *e-ge-ta*. El antiguo adjetivo que determinaba la longitud de las melenas era, paralelamente, un

²³⁸ Bernabé Pajares, *Fragmentos de épica...*, pp. 47-48. Pisandro, *Fragmentos*, 10. Yocasta, por ejemplo, se entera del asesinato perpetuado por Edipo gracias a que reconoce el hermoso cinturón de su marido.

²³⁹ Homero, *Odisea*, VIII. 134-137.

²⁴⁰ Homero, *Odisea*, XIII. 397-438. Por otra parte, cuando Odiseo se presenta en el ágora de Alcínoo su grandeza fue magnificada, *vid* Homero, *Odisea*, VIII. 18.23. Laertes aún conserva su “noble” figura a pesar de la senectud y la suciedad suscitadas en su retiro en el campo, *vid* Homero, *Odisea*, XXIV. 249-253 y 373-374.

apelativo para alardear, ufanarse y enorgullecerse.²⁴¹ De ahí que sea tan recurrente a la hora de identificar al contingente panaqueo.

Los contrastes pueden aplicarse, en este aspecto, con el “otro” femenino. Las actividades de las mujeres de la corte estaban claramente delimitadas y, a su manera, también se distinguían del resto de las féminas. Sin adentrarnos en especificidades, únicamente remarcaremos que la exigencia de sus tareas se refleja directamente en su apariencia física. La palidez característica de sus pieles se debía al resguardo del ajetreo externo, en clara oposición a los vivos colores rojizos que iluminan la tez de los hombres. Además, el aedo puntualmente diferencia las *kárê komôntes* de *êukómoto*: ambos significan “largas y hermosas melenas”, pero la narración los separara conscientemente, adjudicando la primera fórmula solamente a los hombres y la segunda, para la descripción de mujeres y diosas, como si el tipo de cabello y los cuidados que uno y otro tendrían fueran lo suficientemente diferentes para los griegos, de manera que la distinción se volviera necesaria.

Como hemos podido ver, la producción de bienes de prestigio y su adjudicación a individuos específicos, se convirtió en una estrategia significativa para la delimitación de fronteras. Carros de guerra, armamento especializado, productos alimenticios y prendas suntuosas no eran sólo un requisito banal que la clase dirigente solicitaba, todo lo contrario, tenía un fin pragmático claramente delimitado: materializar el discurso identitario.²⁴² En la fig. 9 podemos apreciar cómo en el espacio físico se controlaba el almacenamiento de los productos mencionados; así como la efectiva relación que el *wánax* debía guardar con la actividad administrativa.

²⁴¹ La fórmula es *κάρη κομόωντες* [*kárê komôntes*]. Cfr. José Pabón, *Diccionario bilingüe: manual de griego clásico*, 27ª ed., Barcelona, Vox, 2014, p. 352.

²⁴² Schon, *op. cit.*, p. 223. Aunque el autor analiza menos industrias y su interpretación va más encaminada a la confirmación de un grupo élite, nosotros encauzamos parte de sus conclusiones para nuestros propósitos.

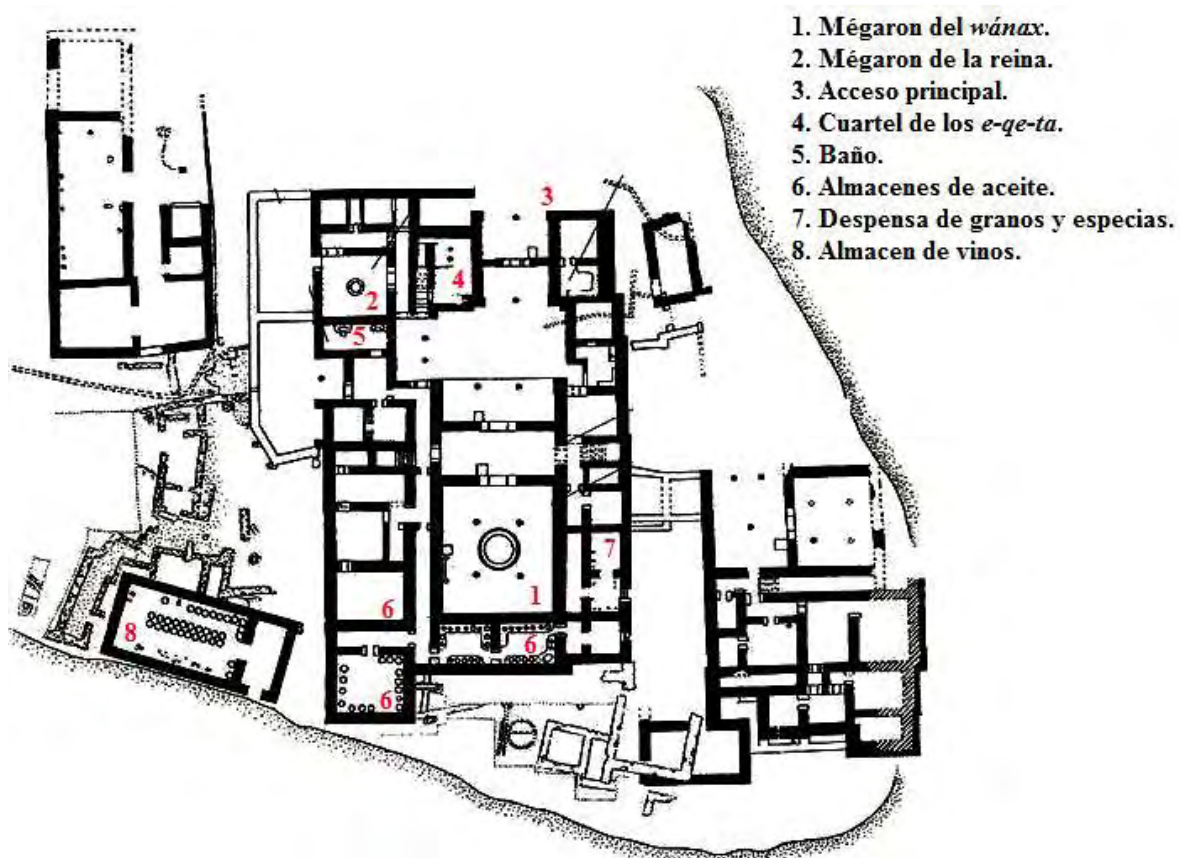


Figura 9. Plano del Palacio de Pilos. Hacia finales del siglo XV a. C.

3.1.3. La exclusividad de actividades: “el ocio nobiliario”.

Al igual que un jinete que monta muy bien a caballo cuatro de ellos escoge entre muchos y atados los cuatro a la ciudad veloces los manda desde la llanura por el ancho camino, y lo admiran muchísimos hombres y mujeres, y él salta entretanto, sin darse reposo, de uno a otro, y aquéllos avanzan volando.

Homero, *Iliada*, XV. 679-684.

Una de las principales actividades que van a distinguir a la nobleza guerrera de los palacios es la práctica de los juegos fúnebres. El ceremonial de Patroclo ejemplifica perfectamente la parafernalia que rodeaba esta celebración, así como qué tipo de individuos eran partícipes de ello. La erección del túmulo comienza con la recolección de madera de los leñadores, quienes aguardan sentados lejos de la ceremonia una vez cumplido su trabajo.

Aquiles da la orden a los mirmidones para vestirse con las armas y preparar el carro que llevaría el cadáver. De manera paralela, los caudillos y aurigas que acompañarían el trayecto se transportarían, también, en carros de guerra: “Iban éstos al frente y *detrás una turba muy grande de soldados a pie*. En medio de ellos llevaban el cuerpo de Patroclo *los suyos*, cubierto con las cabelleras que se habían cortado en su honor”.²⁴³ El lugar de los “otros” queda bien diferenciado: ellos no participan activamente en los funerales. “Los suyos” son los *e-qe-ta*, los compañeros pertenecientes al ejército profesional. El sustento histórico de esto ha podido confirmarse gracias a la tarea de los arqueólogos. En las puertas y en los *dromoi* de los *tholoi* de Mesenia se alcanzan a ver profundas huellas de carros de guerra de la época; distinguiéndose, además, dos tipos: uno de carga, empleado para transportar el cuerpo del difunto y otro de transporte, destinado para la comitiva nobiliaria.²⁴⁴

Efectivamente, la pantomima de los funerales no solamente honraba al difunto, sino que los vivos participantes se “reconocían” mutuamente. Los juegos que acontecen en el palacio de Alcínoo a la llegada de Odiseo tienen particularmente este objetivo. Euríloos acusa al Laértida de “no entender los juegos que suelen tenerse entre hombres [denotándolo como vil pirata] al no tener nada de atleta”.²⁴⁵ ¿Odiseo podía abstenerse de participar sin importarle las acusaciones infundadas del noble? Claramente su actitud demuestra que esto ni siquiera era una opción; por ello, el guerrero inmediatamente toma parte en las competencias. Los “incapaces” solamente podían ser los no-nobles, aquellos que de ninguna manera sabrían cómo ejecutar con maestría las pruebas atléticas que se exigían.

En estas celebraciones había recompensas cuantiosas para los ganadores de cada competencia, otorgados por algún familiar o compañero en armas del difunto. La costosa parafernalia del evento destaca la importancia de aquellos que gozaban de este privilegio: sólo la muerte de los “varones de pro” propiciaba este tipo de competiciones. En ese sentido, las dimensiones estaban estrechamente ligadas a la grandeza que el muerto haya

²⁴³ Homero, *Iliada*, XXIII. 123-136, 155-165 y XXIV. 660-666.

²⁴⁴ Vermeule, *op. cit.*, p. 346.

²⁴⁵ Homero, *Odisea*, VIII. 158-164.

adquirido en vida: al deceso de un *wánax* o *lawagetas* le acompañaban unos magníficos juegos fúnebres.²⁴⁶

La trascendencia de esta manifestación une a las noblezas locales de cada reino porque se ponen de relieve los diferentes códigos de conducta compartidos, reafirmando su posición jerárquica tanto con los dirigentes de otras instancias como asumiéndose por encima de los que no participan de sus fiestas. Durante las campañas bélicas realizadas en conjunto frente a un enemigo extranjero, esta eventualidad adquiriría mayor significado al mostrar explícitamente las diferencias con este “otro” extranjero. Desde la perspectiva de los griegos, únicamente *ellos* realizan juegos fúnebres ante la muerte de reyes o camaradas. Cada pueblo y civilización extranjera ejecuta las correspondientes honras fúnebres, pero sólo la nobleza aquea patrocina toda una parafernalia que conlleva, además, el conocimiento de los ejercicios que los identifican: carreras con carros y caballos, adiestramiento en la arquería y destreza profesional para saber pelear durante el pugilato.

Ante cada pueblo con el que se topan Jasón y los Argonautas, no hay ejecución de juegos fúnebres. Homero tampoco hace alusión de su realización en suelo troyano. Los pocos fragmentos que se conservan de la épica que continuaría la historia de la *Iliada*, enlazaran directamente la acción: “Honraban los troyanos al sepulcro de Héctor. Mas llegó la Amazona, hija del magnánimo Ares, matador de hombres”.²⁴⁷ En ese sentido, ni siquiera podemos decir que los fragmentos estén perdidos, simple y sencillamente nunca existieron porque desde la perspectiva griega, los extranjeros no honraban a sus muertos de manera similar a como ellos lo hacían. Otro factor que firmemente sostenemos y desarrollaremos con más detalle en los siguientes capítulos es la postura frente al forastero. En un primero momento, los griegos de la Edad de Bronce no parecen calificar al noble de fuera de manera peyorativa –a diferencia de lo que ocurriría desde la mismísima época oscura-; y, en ese sentido, si esta proyección fuera posterior, seguramente en boca de algún rey se

²⁴⁶ Homero, *Iliada*, XXIII. 629-642. Néstor narra una competición entre pilios, epeos y etolios ante la muerte del rey Amarinceo en Buprasio. Otros certámenes similares pueden apreciarse en los funerales de Edipo en Tebas y acorde a la importancia del individuo en Homero, *Iliada*, XXIII. 679; *Odisea*, XXIV: 43-84 y 86-89.

²⁴⁷ *La Etiópida*. Fragmento 1= Escolio T A *Iliada*, XXIV. 804.

expresaría el desconcierto o hasta el desprecio hacia el extranjero por no celebrar una actividad tal como lo fueron los juegos fúnebres en su momento.

Enlazamos así la práctica de la equitación: un ejercicio que debió de estar bastante extendido dentro de la nobleza. Y, aunque algunos niegan su existencia por la supuesta falta de potencia y resistencia de la raza de caballos griegos;²⁴⁸ en ocasiones la tradición revela la realidad de su ejecución. De ahí que, Ayante se nos muestre como un hombre habilidoso montando a caballo y, además, haciendo alarde de su conocimiento en tal práctica.²⁴⁹ Las condiciones económicas de época oscura imposibilitaban casi al ciento por ciento, la posesión y crianza de caballos, y ya no digamos tener el tiempo necesario para la ejecución de esta actividad. Es impresionante toparnos con los estudios pertinentes a la economía de los palacios y percatarnos de que, aún más que la fabricación y mantenimiento de los carros de guerra, el costo fuerte de los reinos era por mucho la crianza de caballos.²⁵⁰

De ahí que la equitación sea, efectivamente, un remanente de antaño y que probablemente hasta originara el epíteto de “domador de caballos”. Este calificativo que, como bien sabemos, también era propio de los troyanos. Los datos arqueológicos confirman la gran actividad equina en el noreste de la península de Anatolia. Más que los troyanos, hititas y mitannos eran conocidos por su gran pericia en la equitación y, a su vez, eran los que criaban las mejores razas de caballos.²⁵¹ No sería ninguna sorpresa que los dardánidas aprovecharan estos contactos para ellos destacarse, aunque sus dependencias e integración dentro de mentalidad griega ya las analizaremos en otro momento.

Dos tablillas de Pilos registran la caza de ciervos por los 16 distritos administrativos en que se encontraba dividido el centro de poder pilio; mientras que, en Creta, se anota la caza de cabras montesas. Las pieles, cuernos y tendones obtenidos eran empleados para la fabricación de carros de guerra.²⁵² La exaltación de la cacería como “deporte” está constatado en la poesía y en la iconografía, donde los nobles son representados en escenas

²⁴⁸ Chadwick, *El mundo...*, p. 209.

²⁴⁹ Homero, *Iliada*, XV. 679.

²⁵⁰ Ruipérez, *op. cit.*, pp. 201-202.

²⁵¹ Vermeule, *op. cit.*, p. 304.

²⁵² Ruipérez, *op. cit.*, p. 167.

dramáticas en aras de magnificar las habilidades de los cazadores. Ahora bien, salta a la vista la ausencia de luchas contra mantícoras, dragones y todo tipo de seres fantásticos, en detrimento de animales “reales” tales como leones, toros, ciervos y jabalíes. A diferencia de los griegos homéricos, éstos tenían sus horizontes mentales mucho más extensos y la hostilidad hacia el exterior era muchísimo menor.

No sería extraño, siguiendo la línea anterior, que las célebres hazañas de Teseo, Heracles y Jasón originalmente se trataran de cacería de animales reales o, a los menos, no tan fantásticos. El propio Pausanias comentaba al respecto de esta fabulosidad: “Tenía la Hidra una sola cabeza, me parece, y no más. Pero Pisandro de Camiro, para que el monstruo pareciera más temible y su poema llegara a ser más importante, en vez de esto presentó a la Hidra con muchas cabezas”.²⁵³ De manera similar, al propio Pisandro se le atribuiría la introducción del célebre enigma de la Esfinge de Tebas; en un primer momento, entonces, el combate de Edipo sería por medio de la fuerza. El testimonio de Corina, una poetisa beocia, considerada más cercana a tradición originaria, le atribuye a Edipo la lucha con las armas en contra de la zorra de Teumeso.²⁵⁴ Con estas particularidades, pretendemos generalizar los límites narrativos que tendrían las gestas de época aquea.

Ahora bien, la exaltación de la cacería tampoco se reduce al mínimo. En la iconografía, por ejemplo, es bastante común encontrar hombres con apenas una lanza y sin mayor protección corporal; también los hay en parejas y usando coches y perros entrenados para cumplir el objetivo. Claramente, estas representaciones exclusivamente aluden a los guerreros del palacio y no al personal dependiente, pues no sólo la vestimenta y el lujo de los instrumentos lo señalan, sino también el objetivo implícito perceptible. Dicho de otra forma, estas prácticas religiosas o lúdicas no tenían un fin económico; las tablillas no registran la entrada de estos bienes, por el contrario, esto es algo que se plasma en los murales en aras de glorificar al grupo que efectúa esta actividad.

²⁵³ Pisandro de Camiro, *Heraclea*, Fragmento 2 y Pausanias, *Descripción de Grecia*, II. xxxvii. 4.

²⁵⁴ Reconstrucción de la *Edipodia* de Cinetón por Bernabé Pajares, *Fragments de épica...*, pp. 42-43 y 49. Pseudo-Homero, *Epígonos*, Fragmento 2= Focio y *Suda*, *Teumesia* y Corina, fragmento 19.

3.2. Los símbolos como pauta de fronteras.

Héctor marchaba entre los primeros, ufano de su brío;
Como cuando un perro a un jabalí o a un león persigue con ágiles patas
Y por detrás va mordiéndole ancas y nalgas, aunque atento está por si vuelve,
Así hostigaba Héctor a los aqueos de melenuda cabeza,
matando sin tregua al rezagado; y ellos huían de miedo.

Homero, *Iliada*, VIII. 337-342.

La creación de símbolos de poder es una constante en diversas civilizaciones, presente en los reinos vecinos de los aqueos y, por supuesto, en ellos mismos. A grandes rasgos, podemos observar que las diferentes instancias palaciegas enarbolaron una serie de símbolos a partir de elementos materiales y naturales como claro contraste con la población innoble de sus emplazamientos o bien, como dominación y sometimiento de antiguas figuras reinantes. Los estudios pertinentes a las ideologías de los grandes reinos de la Edad de Bronce así como los propios de los pueblos indoeuropeos, señalan ciertas coincidencias en torno a la propagación de símbolos relacionados con la práctica guerrera y el poderío de las bestias en estrecha concomitancia con el aparato real.²⁵⁵ Desgraciadamente, la ausencia de fuentes al respecto nos impide abordar cada caso específico y, por ello, en el presente apartado nos concentraremos en el león, una bestia característica de los reinos del continente, particularmente de Micenas; así como ciertas inclusiones al respecto de otros animales importantes que antaño tuvieron vigencia y, posteriormente, se sincretizaron bajo dominación griega.

El canto X de la *Iliada*, “La Dolonía –como los escolios alejandrinos lo titularon-, ha sido motivo de debate entre filólogos y literatos por diversos motivos. En primer lugar por el desfase abrupto que se presenta con respecto a las escenas precedentes; en segundo lugar, por la ausencia de continuidad para con los capítulos subsiguientes y, en tercer lugar,

²⁵⁵ Jean-Jacques Glassner, “Mesopotamia hasta las invasiones arameas del fin del II milenio”, en Pierre Lévêque, *op. cit.*, p. 280. Mesopotamia y Egipto se suman a la política expansionista y consecuente ideología bélica a causa de los estragos causados por los reinos de Mitanni, Asiria e Hitita. En línea con ello, Sergent, *op. cit.*, p. 437 recupera a Georges Dumézil para señalar el paulatino surgimiento de “sociedades secretas” de guerreros al interior de los pueblos indoeuropeos. Estos grupos sociales fueron separándose del resto de los integrantes, afianzándose como la clase política dominante; causalidades que orillaron, necesariamente, a la creación de símbolos como pauta de fronteras político-sociales.

por los valores poco heroicos²⁵⁶ y el uso de materiales extravagantes como complemento armamentístico. Debido a estas causalidades, los contenidos del canto X han sido calificados como claras interpolaciones llevadas a cabo en época oscura. Ahora bien, nosotros abrimos el debate al preguntarnos si realmente estas secciones son de un tiempo posterior a la de los palacios, ya que nos encontramos con bastantes elementos que nos orillan a afirmar todo lo contrario: en efecto, los contenidos vertidos en el canto décimo son de los más antiguos en toda la epopeya y que caben en el presente apartado.

El uso de pieles animales como complemento armamentístico es una constante entre los diferentes guerreros de origen indoeuropeo: muchos se cubrían de pies a cabeza con forrajes y colmillos de las bestias abatidas en aras de caracterizarse a sí mismos con un semblante terrorífico y asustar al enemigo.²⁵⁷ Solamente en “La Dolonía” se reproducen estas acciones; en efecto, observamos cómo los principales dirigentes del contingente panaqueo cavilan estrategias cubiertos con pieles de leones ardorosos (Agamenón), leopardos moteados (Menelao), leones fogosos y corpulentos (Néstor) y montaraces bueyes (Diomedes), mientras el resto de la hueste duerme.²⁵⁸ Asimismo, el troyano Dolón es enviado por Héctor a espiar al bando enemigo y, obediente, el hijo del heraldo Eumenes “se terció sobre los hombros el tortuoso arco, se vistió por encima con la piel de un canoso lobo [y] se caló un morrión de piel de marta”.²⁵⁹ Sumado a ello, tenemos la aparición del casco de dientes de jabalí, objeto que por mucho tiempo fue considerado un mero fruto de la

²⁵⁶ Homero, *Iliada*, X. 435-441. “La Dolonía” nos presenta a Reso, un típico rey aqueo, aliado de los troyanos: “Reso, hijo de Eyoneo, tiene los caballos más bellos y altos que yo [Dolón, hijo de Eumedes] haya visto: ¡más blancos que la nieve y como los vientos en la carrera! Su carro está bien labrado de oro y plata. Con armas áureas, monstruosas, ¡una maravilla para la vista!, ha llegado. No corresponde en absoluto a los mortales hombres llevar esas armas, sino a los inmortales dioses”. Precisamente, la acción más cruel y menos heroica de todo el poema viene cuando éste y sus *hetairoi* son asesinados a manos de Odiseo y Diomedes mientras están plácida e indefensamente durmiendo. El heroísmo de época oscura es perfectamente asequible y se rige bajo parámetros perfectamente delimitados por el ideal glorioso: Héctor y Aquiles fungen como arquetipos porque, sabedores de su destino, se niegan a huir del combate para salvar la vida. La gloria se logra cara a cara, en una competición justa... no atacando al otro mientras duerme. En esa línea argumentativa, sostenemos que sólo la sociedad aquea pudo haber permitido y aplaudido que el Laértida y el Tídida se lanzaran en secreto para sorpresivamente acabar con todo el contingente tracio.

²⁵⁷ Sergent, *op. cit.*, pp. 436-437.

²⁵⁸ Homero, *Iliada*, X. 23, 29-30, 155 y 177-178. Recuérdese la advertencia que hace Néstor a Agamenón: “[Es obligación] no dormir toda la noche al tener en sus manos las decisiones, a quienes están confiadas las huestes y a cuyo cargo hay tanto” en Homero, *Iliada*, II. 24-25.

²⁵⁹ Homero, *Iliada*, X. 333-335.

imaginación del poeta, pero que causó un gran impacto al encontrar un ejemplar similar en la tumba del emplazamiento de Dendra.

La tradición puntualiza que sólo la caza de bestias peligrosas brindaba forrajes dignos de portar para efectivamente propiciar el impacto visual esperado. Más allá de la interpretación civilizatoria que posteriormente adquirieron la caza del jabalí del Calidón y los leones del Citerón y Nemea,²⁶⁰ parece ser que, en un primer momento, el objetivo era adquirir sus pieles para complementar el armamento y así, generar terror en el “otro” que nos enfrenta.

Las especificidades señaladas competen a la sacralidad característica de los pueblos antiguos que dotaban a la guerra con significaciones religiosas. La iconografía aquea preserva numerosas escenas de cacería de animales salvajes, acompañada por los característicos símbolos de la realeza adoptados de la civilización minoica: la doble hacha, los cuernos de la consagración y la flor de lis. Entonces, no sería nada raro que una de las obligaciones sacerdotales del *wánax* y *lawagetes* implicara el empleo de magia simpática en pleno campo de batalla. Aunque no existen mayores elementos que nos indiquen la profesionalización mágica de algunos guerreros, sí podemos asegurar que su semblante terrorífico buscaba generar una reacción. Si lo “semejante produce lo semejante” imitando o poniéndose en contacto con un objeto concreto,²⁶¹ las pieles bestiales contagiarían su esencia al excelso portador que fue capaz de enfrentarse a la fiera y vencerla.

Ahora bien, la civilización aquea se regía bajo parámetros de linaje y no de mérito: reyes y segundos al mando no estaban condicionados a demostrar su valía para desempeñar unos cargos que eran vitalicios y hereditarios. No obstante, las relaciones de respeto y

²⁶⁰ Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, I. viii. 2 y II. iv. 10-11 y Pisandro de Camiro, *Heraclea*, Fragmento 1B= Pseudo Eratóstenes, *Catasterismos*, 12. Si bien el uso de pieles animales también cumplía con la finalidad de hacer menos pesado el escudo del guerrero y brindar protección extra al combatiente, aquí estamos especificando el hecho de que estas pieles se dejaban a la vista con toda la intencionalidad de provocar pánico en el enemigo, tanto por la imagen del ataviado guerrero como por la demostración implícita de aquellas capacidades que permitieron la caza de la bestia.

²⁶¹ James G. Frazer, *La Rama Dorada. Magia y Religión*, 2ª ed., trad. de Elizabeth y Tadeo I. Campuzano, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, pp. 33-34. Ambos principios forman parte de la magia simpática, definidos como ley de semejanza y ley de contagio. En este caso, los usaremos indistintamente al validarse mutuamente en los pasajes poéticos que se irán citando.

lealtad pudieron verse reforzadas si el dirigente demostraba su competencia bélica al traer una piel de león, toro o jabalí.²⁶² Si la ejecución de rituales antes de entrar en combate eran imprescindibles, posiblemente el empleo de magia simpática también al alimentar la confianza entre la hueste que se comandaba y, de paso, aterrorizar al “otro”, al enemigo. La visión de un guerrero cubierto con la piel de un león y un casco hecho con sus fauces tendría el objetivo de asemejarse con el animal, dando la impresión de tener que plantarle cara a la bestia misma.



Figura 10. Fresco de los guerreros, siglo XIII a. C., Pilos.

La iconografía conservada en el palacio de Pilos nos muestra una serie de combatientes vestidos con pieles animales y para nada implica un elemento extravagante o salvaje, ya que los portadores están constituidos por la propia nobleza que conforma al ejército profesional. En la fig. 10 observamos tres guerreros que llevan un casco de colmillos de algún animal –de león, toro o jabalí–, una falda blanca o calzón corto y empuñando una daga hacia su contrincante, cinco enemigos que sólo tienen una piel como protección. John Bennet afirma que existe un contraste espectacular reforzado por la colocación espacial que simétricamente los separa. Bajo esa línea, los pilios

estarían sometiendo a tribus “bárbaras” y salvajes.²⁶³ No obstante, si nos

fijamos con atención en la imagen, las distinciones no son tan radicales como se ha querido

²⁶² Sergent, *op. cit.*, p. 433. El autor sostiene que en diversos pueblos indoeuropeos se llevaban a cabo pruebas iniciáticas relacionadas con la caza de un león, toro o jabalí.

²⁶³ Davies, *op. cit.*, p. 516.

ver; trasladar las nociones clásicas contrapuestas de “griegos y bárbaros” resulta incorrecto. Obviamente los pilios buscarían representar la sumisión hacia otros pueblos, pero éstos no necesariamente son asumidos con tildes vituperantes. El portar pieles bien podía ser signo de reconocimiento hacia una nobleza a la cual lograron someter y, así, el discurso sobre el “otro” pasa de ser peyorativo a tener un reconocimiento como “igual”.

Nos es imposible ir más allá de esta funcionalidad a causa de que sus continuidades se mezclaron con tintes despectivos. La posterior reconfiguración de valores acentuó la negatividad del extranjero a través de la figura de Paris. El despreciado por excelencia ejecuta prácticas y usos extravagantes que antaño eran comunes a aqueos y troyanos. Al respecto ya apuntamos el carácter peyorativo que fue adquiriendo el ejercicio de la arquería y ahora, de manera paralela, la vestimenta de Alejandro se aúna a ello en una descripción que aglutina “lo diferente” al aqueo: uso de pieles y empleo del arco.²⁶⁴ Y aun así, el elemento no pudo desaparecer del todo: “La Dolonía” se conserva como uno de los cantos más viejos del ciclo troyano, pero no es el único; en su conjunto, la *Iliada* utiliza cerca de veintiséis símiles en donde los leones atacan al temeroso ganado para describir la agresión de los dirigentes con la milicia popular de cualquier bando.²⁶⁵ En efecto, el transcurrir de las décadas fue eliminando, en la mayor parte de los casos, el uso explícito de pieles para trasladarse al ámbito alegórico; por ello, en las escenas planteadas por los símiles, los paladines aqueos y troyanos casi nunca son comparados con cazadores humanos, sino con las bestias que asolan a sus presas y a los propios hombres.

²⁶⁴ Homero, *Iliada*, III. 15-20.

²⁶⁵ Homero, *Iliada*, V. 134-143 y 159-162: Diomedes león atacando a las ovejas y vacas troyanas. Homero, *Iliada*, V. 297-302: Eneas león al defender el cadáver de Pándaro. Homero, *Iliada*, V. 554-560: los dánaos, Creto y Ortíloco, muertos como leones luchando. Homero, *Iliada*, VII. 255-257: Ayante Telamonio y Héctor como iguales, leones carnívoros. Homero, *Iliada*, X. 485-488: Diomedes, salvaje león devorador de ovejas y cabras tracias. Homero, *Iliada*, XI. 113-121 y 172-178: Troyanos crías de cierva y vacas, Agamenón león grandioso que infunde temor hasta en Héctor. Homero, *Iliada*, XI. 473-481 y 548-555: Ayante, león rapaz, acude en auxilio del herido Odiseo. Homero, *Iliada*, XII. 41-50: Héctor, león que nunca tiembla ni teme a nada, aunque esta bravura acabará por matarlo. Homero, *Iliada*, XIII. 198-202: Líderes aqueos, Anfímaco y Menesteo, leones cazando cabras troyanas. Homero, *Iliada*, XV. 271-280, 579-595 y 630-640: Troyanos leones carnívoros que asustan a la hueste griega asimilada con vacas, cuyos pastores, Antíloco Nestórida y Perifetes, están faltos de experiencia militar. Homero, *Iliada*, XVI. 823-828: Patroclo y Héctor luchando como jabalíes y leones enfrentándose. Homero, *Iliada*, XVII. 61-69, 108-113 y 656-667: Menelao como un león montaraz en busca de la mejor vaca troyana, Euforno Priamida. Homero, *Iliada*, XVII. 520-524 y 542-543: Automedonte, feroz león que logró derribar al buey Areto y lo devora.

Ante dichas eventualidades, nosotros proponemos que esta evolución, del uso explícito de pieles al símil de las bestias, fue posible debido a la importancia y extensión de este tipo de prácticas que podemos apreciar en los restos iconográficos de murales y cerámica suntuaria de los reinos aqueos. Seguramente, ante la incapacidad de cualquier índole para seguir cazando animales peligrosos, convirtió el vistoso uso de pieles en una costumbre genuinamente extranjera y que, con el paso de los años, se avistaría como vituperable o propio de salvajes.



Figura 11. Daga de bronce con escena de caza de león en oro, electro, plata y una aleación negra de bronce (NM 394) de la tumba de pozo IV; 23,7 cm de ancho.
Círculo funerario A, de Micenas, siglo XIV a. C.
Museo Nacional de Atenas, preparado por G. H. Norrie.



Figura 12. Dos guerreros o divinidades enlazan por el cuello a leones. Sello en piedra dura, calcedonia y rodeada de oro.
Hallado en Myrsinochorion.



Figura 13. Boceto de una gema proveniente de un vaciadero de las excavaciones de Kakovatos.

La cacería de leones es uno de los temas más representados en el continente griego. Micenas se lleva casi todo el crédito al respecto, uno de los más bellos ejemplos se encuentra representado en una daga hallada en el Círculo A (fig. 11). De igual forma, cerca de Pilos, en el complejo de Myrsinochorion, se encontraron joyas en cuyos grabados aparecen hombres con faldas cortas asiendo a un par de leones por la melena y el rabo. Un poco más hacia el norte, en la tumba de Kakovatos, una amatista muestra a un guerrero que se enfrenta a un tosco león en actitud de cacería²⁶⁶ (figs. 12 y 13).

Algunas composiciones pudieron basarse en las tradiciones orientales, donde estaba fuertemente extendida la costumbre del rey, montando en su lujoso carro de bronce, disparando flechas a leones liberados de sus jaulas. Además, en la epopeya se mencionan estos actos a manera de símiles en el marco celebrativo de combates. Uno particularmente significativo lo encontramos fuera del ámbito bélico y referente al llanto de Aquiles por el deceso de Patroclo:

El Pelida entonó un reiterativo llanto, poniendo sus homicidas manos sobre el pecho de su compañero en medio de entrecortados sollozos, como un melenudo león al que el cazador de ciervos hurta a escondidas sus cachorros del espeso bosque y que al llegar más tarde se aflige y recorre muchas cañadas, rastreando las huellas del hombre con la esperanza de hallarlo, pues una punzante ira lo domina.²⁶⁷

Las circunstancias dolorosas de la bestia se encuentran estrechamente ligadas a los sentimientos del Eácida, quien dejó a merced de Héctor a su más entrañable compañero y sin poder hacer algo para salvarlo. Las acciones que a continuación maquila Aquiles son comparadas con las de la fiera ante la pérdida de sus cachorros. Una situación que, a su manera, se repite en muchas ocasiones a lo largo del poema y que citamos en la página anterior: los máximos dirigentes suelen compararse con leones montaraces –y toros en menor medida- en detrimento de los cazadores humanos asimilados con el enemigo. De esta forma, la empatía hacia las bestias tiene una clara causalidad fundamentada en el símbolo de la autoridad real que gobierna y da sentido a los centros de poder y que a continuación fundamentaremos.

²⁶⁶ Vermeule, *op. cit.*, pp. 161-163.

²⁶⁷ Homero, *Iliada*, XVIII. 316-323. Por supuesto, el poeta dramatiza los sentimientos del león en aras de empatarlos con la pérdida de Aquiles.

En el símil del león afligido, los cachorros no son masacrados –como Patroclo- sino “secuestrados”, “hurtados” por los hombres. Esta situación podría ser tomada como anómala teniendo en cuenta que la caza de leones estaba extendida en los palacios aqueos del continente²⁶⁸ y hasta en Oriente Próximo. El connotado filólogo, Martin L. West, compara las lágrimas felinas de Aquiles con las derramadas por el rey Gilgamesh ante la muerte de su amigo Enkidu. Ambos combatientes “sufren como leones” debido al secuestro que los cazadores hicieron de sus cachorros.²⁶⁹ Independientemente de los préstamos orientales a la poesía homérica, es clara la concordancia de símbolos de poder y autoridad encarnados por estos animales en particular.

En Mesopotamia y posteriormente en Asiria, los cachorros de león eran capturados en estado salvaje y los criaban al interior de los complejos palaciegos –la arqueología ha descubierto la presencia de grandes jaulas con abundantes restos de leones y, en menor medida, de toros y jabalíes-. Cuando las crías alcanzaban edad suficiente, eran liberados durante la celebración de fiestas religiosas donde el rey y los guerreros más prestigiosos de la élite militar se montaban en sus carros de guerras para matarlos.²⁷⁰ La filóloga inglesa, Maureen Alden, concluye que el público jonio de Homero conocía las costumbres de sus vecinos gracias a las buenas comunicaciones establecidas tanto con asirios como con mesopotámicos. De esta forma, los griegos entenderían perfectamente los préstamos tomados de la epopeya del Gilgamesh para incluirlos en la narración de Aquiles –dando por sentado, además, que las escenas serían propias del periodo homérico, sin ningún tipo de herencia del pasado aqueo-.

Nosotros diferimos de las conclusiones expuestas por Alden y proponemos otra interpretación: los griegos aqueos del continente debían conocer y ejercer estas prácticas de crianza y caza religiosa. La iconografía de los palacios no podría simplemente reproducir a

²⁶⁸ Maureen Alden, “Lions in Paradise: Lion Similes in the *Iliad* and the Lion Cubs of *Il.* 18.318-22”, en *The Classical Quarterly. New Series*, Cambridge University Press, vol. 55, no. 2, diciembre 2005, p. 337. La paleontología demuestra la proliferación de leones en la Edad de Bronce; particularmente en Tirinto. Hacia el siglo IV a. C., parecen haberse extinguido en el sur de Grecia.

²⁶⁹ Martin Litchfield West, *The East Face of Helicon. West Asiatic Elements in Greek Poetry and Myth*, Oxford, Clarendon Press, 1997, pp. 345-346.

²⁷⁰ Estas costumbres fueron transmitidas de los asirios a los persas Aqueménidas, quienes construyeron numerosos jardines dedicados a albergar una cantidad considerable de animales peligrosos y exóticos a manera de zoológicos. Cfr. Alden, *op. cit.*, p. 342

diestra y siniestra la cacería de leones y remarcar la monumentalidad de los mismos de manera pasiva y fuera de contexto. Debido a la concordancia de símbolos de poder, debieron tomarse prestados ciertos elementos y aunque, ciertamente, la dimensión de los centros de poder griegos era considerablemente menor a los emplazados en Oriente y el despliegue de recursos difería casi impresionantemente entre una y otra entidad; ello no impidió la activa presencia de leones, su reproducción y propagación ideológica dotaba de sentido a la autoridad aquea. Las pruebas son suficientes para afirmar que al menos en Micenas, Tirinto y Pilos existían rituales referentes a la crianza y/o caza de leones que, seguramente, servían para legitimar a la figura real. Y la tradición, por su parte, recuerda que Aquiles, siendo criado por el centauro Quirón, se divertía capturando cachorros de leona.²⁷¹ En cambio, en época homérica –cuando, según Alden, supuestamente se concretarían los préstamos literarios y mitológicos- tenemos un claro descenso económico, una mínima interacción regional y una generalizada pérdida de especializaciones necesarias para cazar y capturar cachorros de león –sin olvidarnos de que los embates ocasionados por las invasiones de nuevos pueblos indoeuropeos afectaron también a Oriente-. Los símiles, entonces, son reminiscencias de antaño que se consolidaron de tal manera que lograron sobrevivir aun cuando la sociedad homérica no tenía presente los procesos específicos para ejecutar exitosamente las prácticas.

La conquista de Creta brindó nuevas perspectivas ideológicas y reforzó las existentes. No sólo los ámbitos administrativo, material, religioso y artístico se vieron beneficiados por la dominación, también el del pensamiento se vio afectado. De manera paralela que griegos, hititas, egipcios, asirios y demás pueblos orientales edificaron sus ideologías de poder, los cretenses no fueron una excepción a la regla. Desafortunadamente, los estudios sobre este aspecto son bastante limitados debido a que su escritura no ha podido ser descifrada, dejándonos únicamente con vestigios iconográficos de los cuales sólo podemos especular en función de su localización, materiales y posibles mensajes que intentaban transmitir. Bajo esa línea, nos encontramos con símbolos reales tales como el grifo: una criatura fantástica alada, con cabeza de águila y cuerpo de león (fig. 14). Las representaciones de este singular animal nos las encontramos en sellos y artefactos de oro,

²⁷¹ Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, III. xviii. 6.

ágata y piedras preciosas esparcidas por toda la isla de Creta, particularmente en el emplazamiento de Cnossos. Desconocemos si existían ciclos mitológicos en torno a esta hermosa criatura, pero al menos es evidente que fungía como protectora del rey: la disposición simétrica en los murales de la sala de trono en Cnossos, apuntan una suerte de resguardo o analogía de lo que implicaba la soberanía entre los cretenses.²⁷² Sin descartar, además, la hipótesis de que el semblante del león fuera tomado como préstamo oriental durante el auge de la independiente civilización minoica debido a la pujanza que el símbolo tenía en las cortes vecinas. Los cretenses, a diferencia de los aqueos, sí desconocían este tipo de animales por sus limitaciones geográficas y, entonces, pudieron haber creado una imagen bastante idealizada de la bestia.



Figura 14. Sala de Trono, Cnossos. Vista de los grifos y lirios flanqueando el asiento del rey.

Las invasiones aqueas a suelo cretense concluyeron con la destrucción de diversos emplazamientos, donde el palacio de Cnossos sufrió serias afecciones. Una vez consumado el dominio sobre la isla, no obstante, muchos centros de poder fueron reconstruidos seguramente para asentar a las nuevas familias que controlarían el sitio conquistado. En ese sentido, resulta bastante emblemático que el símbolo del grifo no sólo continuó sino que se

²⁷² Bennet, *op. cit.*, pp. 12-13.

apropiaron de él y fue reproducido tanto Micenas como en Pilos y en gran parte de los dominios de ambos reinos y con la misma función que tendría en la isla. De esta forma, la interpretación generalizada sugiere que, al estar el hombre siempre como figura central y aferrando las cuerdas enlazadas en los cuellos de las bestias, se transmitiría un mensaje de poder puesto que el rey, claramente, estaba sometiendo los grifos.²⁷³ La adopción de estructuras ideológicas vigentes propias de territorios subyugados es una constante en diversas civilizaciones históricas y más cuando éstas guardan estrecha relación y pueden complementarse entre sí.

Las expresiones de poder típicas del continente se fusionaron con las persistentes de la isla y así, nos topamos con una mayor variedad de símbolos sincréticos encargados de justificar la existencia de una nueva élite dirigente. Ante el pequeñísimo núcleo de población griega en Creta, rodeada por población indígena derrocada, era necesario fundamentar su presencia.²⁷⁴ Una de las obras por antonomasia que refleja este sincretismo es el sarcófago de Hagia Triada: el material, su monumentalidad, las escenas plasmadas en él y su funcionalidad aluden a un sector sociopolítico bastante claro. La dinámica en torno a la jerarquización social minoica no tenía reflejo en la muerte, es decir, los enterramientos de nobles y gente del pueblo era exactamente igual y en clara contraposición con los aqueos, quienes sí marcaban las fronteras a través de la monumentalidad de la última morada.

Justamente, el sarcófago de Hagia Triada constituye una innovación en suelo cretense. El objeto albergaba únicamente a siete connotados individuos en vida –seguramente, aqueos-. La identidad del nuevo grupo dominante se transmite visualmente, se apropia de antiguos símbolos de poder típicamente minoicos, tales como los famosos cuernos de la consagración, la flor de lis y la doble hacha, en aras de manifestar el nuevo orden político-social aqueo de forma física y conscientemente dirigido a la población

²⁷³ Martin P. Nilsson, *Historia de la religión griega*, trad. de Atilio Gamero, Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1961, p. 30.

²⁷⁴ Feuer, *op. cit.*, pp. 525-527.

sometida.²⁷⁵ Dicho de otra manera, la hibridación cultural que se percibe en las cuatro caras del sarcófago establece un claro vínculo con el pasado minoico al mismo tiempo que afirman el dominio aqueo. Los antiguos símbolos rodean a una serie de personajes claramente continentales, quienes ejecutan una ceremonia fúnebre típicamente griega: tenemos la presencia de cantores portando instrumentos musicales como los frescos de Pilos, las élites dirigentes están montadas en carros de bronce y a punto de celebrar los tan famosos juegos fúnebres que sobreviven hasta Homero en aras de aglutinar a la nobleza como un todo identitario. El mensaje no podría ser más claro: hay una nueva élite que impone sus usos y costumbres, pero para que la dominación sea más efectiva, manifiestan continuidades respecto al antiguo poder real de Minos.

El símbolo como pauta de fronteras determinadamente excluía a la población no privilegiada; la imposición de la élite dirigente jugaba también con elementos religiosos para proteger la estructura que les daban sentido. No sería descabellado que, inclusive, existieran prácticas rituales y culturas exclusivas de la nobleza y el *wánax* en aras de reforzar los contrastes con el innoble. Sin embargo, las pocas fuentes al respecto nos impiden ir más allá de lo abordado. Ahora bien, resulta sumamente evidente la integración de usos extranjeros sin prejuicios aparentes, una cuestión fundamentada en la actitud que los griegos del continente tuvieron hacia el extranjero en función del contexto internacional bajo el cual se sumaron y que, a continuación, desarrollaremos.

²⁷⁵ Brendan Burke, “Materialization of Mycenaean Ideology and the Ayia Triada Sarcophagus”, en *American Journal of Archaeology. The Journal of the Archaeological Institute of America*, vol. 109, no. 3, Julio 2005, pp. 411-418.

3.3. De cantores y gestas. El recuerdo de la épica griega primitiva.

Llegaron ambos a las naves y tiendas de los mirmidones
y lo hallaron deleitándose con la delicada forminge
de hermoso acabado y argétea clavija en lo alto. [...] Y con ella alegraba su alma cantando hazañas de hombres
y solo frente a él sentado estaba en silencio Patroclo
esperando a que el canto acabara el Eácida.

Homero, *Iliada*, IX. 185-191.

Si a partir del belicismo se aglutinan la mayoría de los elementos que definen la identidad noble, será a través de la poesía que éstos alcancen lecturas idealizadas para, posteriormente, difundirse. La propagación necesita medios adecuados para llevarse a cabo y, en efecto, éstos existieron. La construcción de caminos y la utilización del carro como medio de transporte, hicieron de los viajes una práctica frecuente entre aquellos sectores sociales favorecidos. El intercambio cultural se volvió una experiencia habitual para este grupo minoritario de la sociedad, movilidad que terminó por integrar de forma natural a todas las regiones del Mediterráneo oriental. En ese sentido, la hibridación cultural de los reinos aqueos no fue una situación exclusiva o ajena al común de las civilizaciones contemporáneas. Diversos especialistas han planteado la existencia de una cultura común e internacional entre las diferentes élites dirigentes de cada entidad política mediterránea,²⁷⁶ situación de la que se desprende una fuerte postura orientalizante en torno a la investigación de la poesía micénica;²⁷⁷ donde los estudiosos se encargaron de fundamentar puntos concordantes entre griegos, hititas/hurritas, asirios, babilonios, sumerios y egipcios, en relación a la epopeya y la mitología.²⁷⁸

Las activas y promovidas comunicaciones entre griegos y extranjeros permitieron la adopción consciente e inconsciente de usos y costumbres, y la poesía no tendría por qué ser una excepción a la regla. Sin embargo, nos parece incorrecto tratar de forzar los sólidos fundamentos orientales en los endeble pilares griegos. Aunque las élites gobernantes

²⁷⁶ Gómez Espelosín, *Memorias...*, pp. 54-56.

²⁷⁷ El uso de “poesía micénica” corresponde al homólogo de “griego micénico”.

²⁷⁸ M. L. West, “The Rise of the Greek Epic”, en *The Journal of Hellenic Studies*, The Society for the Promotion of Hellenic Studies, vol. 108, 1988, p. 152. En 1853, Adalbert Kuhn fue el primero en incursionarse en el análisis comparativo entre los Vedas y la épica homérica. Con el paso del tiempo, diversos especialistas se dedicaron al estudio de la fraseología y la estilística del “lenguaje poético indoeuropeo”.

buscaron ser reconocidas como iguales, no por ello copiaron e impusieron formas a diestra y siniestra; los préstamos serán adaptados a las necesidades locales y “confederales” de los centros de poder. A lo largo del presente apartado, iremos señalando aquellos distintivos manifiestamente irrefutables en torno a la influencia de civilizaciones colindantes y remarcando las especificidades generadas por y para la nobleza griega.

Hasta hoy no se ha encontrado poesía escrita en el mundo aqueo. Webster arduamente defiende que la ausencia no concluye inmediatamente la inexistencia. La plasmación física pudo realizarse en materiales perecederos como papiro y/o pieles, o bien, estos documentos se almacenaban en otras dependencias del palacio que, desafortunadamente, fueron destruidas.²⁷⁹ Los archivos reales de Hattusas, por ejemplo, se clasificaban en “literarios” y “no literarios”; el primer grupo caracterizado por textos historiográficos, narraciones semi-históricas, himnos, plegarias, mitos y epopeyas; en el segundo, estarían todos aquellos documentos administrativos, catálogos de envíos, listas de personas y objetos, cartas y protocolos judiciales.²⁸⁰ La variedad del contenido, así como del personal dedicado a plasmarlo, provocó que su ubicación se hiciera en diferentes instancias de todo el reino. Al respecto, Homero, poeta que desconoce la escritura, conserva un interesante recuerdo de antaño:

Glauco engendró al intachable Belerofonte. A éste belleza y amable valentía los dioses le otorgaron. Mas Preto maquinó contra él maldades en el ánimo, porque era muy superior a él, y lo desterró del pueblo de los argivos, a quienes Zeus había sometido al cetro de Preto. [...] Lo envió a Licia y le entregó unos *signos funestos*, muy mortíferos, grabados en *doblada tablilla*, y le mandó mostrárselas a su suegro, para que así pereciera.²⁸¹

Los “signos funestos” son una clara reminiscencia de aquellas transcripciones consagradas a la mensajería. La escritura no era prisionera de los registros administrativos y económicos. Francisco J. Pérez nos aclara que *pínaki ptuktô* significa “tablilla doblada”, es decir, dos partes cerradas o selladas dirigidas a un destinatario específico. A partir de esta información, deducimos que los escribas no eran los únicos capacitados para descifrar los

²⁷⁹ Webster, *op. cit.*, pp. 23-24.

²⁸⁰ José Virgilio García Trabazo, *Textos religiosos hititas. Mitos, plegarias y rituales*, Madrid, Editorial Trotta, 2002, pp. 33-34 (Biblioteca de Ciencias Bíblicas y Orientales, 6).

²⁸¹ Homero, *Iliada*, VI. 155-170.

“signos funestos”.²⁸² Si el mensaje iba cerrado o sellado era porque Belerofonte, un guerrero especializado, *podía* leer la sentencia a la cual, Preto lo estaba condenando.

La poesía oriental rara vez menciona la escritura en sus poemas y, sin embargo, su plasmación fue compuesta de esta forma. Webster rastrea la praxis entre las frecuentes transcripciones empleadas como forma de comunicación y, su paso versificado a la narración. En ese sentido, las correspondencias hurritas indican que, cuando *Hassu* dictaba un mensaje a un escriba, éste lo trasladaba a una tableta de piedra o arcilla para, consecuentemente, llevarla con un heraldo, quién a su vez comunicaba el mensaje a otro escriba y así llegaba a su destinatario. En la composición poética, *Hassu* emitía su comunicado directamente al heraldo, quien lo repetía palabra por palabra a su receptor.²⁸³ La formalidad era simplificada y conglomerada en escenas típicas para facilitar la recitación y la improvisación de los cantores.

A las inconsistencias temáticas en los cantos que nos fueron transmitidos, igualmente, se les han atribuido una causa histórica. La veracidad en torno a la procedencia de los contingentes enunciados en el “Catálogo de las Naves” se ha estudiado desde diferentes perspectivas. Ahora bien, estos debates no nos conciernen para nuestros objetivos, únicamente nos interesa resaltar la efectiva importancia momentánea que Homero le otorga a reinos que, posteriormente, brillan por su ausencia. Las fuerzas beocias, que abrazaban a las ciudades de Eleón, Hila y Peteón, aportan cincuenta naves, constituyendo así, la segunda región más poderosa de todo el catálogo.²⁸⁴ Los reinos de Aspledón y Orcómenos brindaban treinta naves y sus exaltados dirigentes ya no vuelven a aparecer en la narración. Asimismo, Homero utiliza para los focideos el epíteto de “pedregosa Pitón”.²⁸⁵ La conclusión es demasiado clara: reinos que antaño dominaban amplias regiones continentales y que, seguramente, en las gestas contemporáneas sus guerreros eran activos partícipes de victorias, ahora casi desaparecen. La destrucción de

²⁸² Francisco Javier Pérez en Homero, *Iliada*, Madrid, Abada Editores, nota 132, p. 1125.

²⁸³ Webster, *op. cit.*, p. 73. Acciones que no son ajenas a la poesía homérica. Constantemente observamos cómo esta eventualidad se repite a lo largo de los cantos.

²⁸⁴ Homero, *Iliada*, II. 494-510. Aunque las ciudades no han podido localizarse, sí son nombradas por algunas tablillas de Tebas.

²⁸⁵ Homero, *Iliada*, II. 511-526. “Pitón” es el nombre prehelenico de Delfos, cuyo registro apenas sobrevive en la tradición.

numerosos emplazamientos de Beocia y la Fócida impidieron la continuidad de sus aportaciones a las gestas, únicamente en el Catálogo, los versos más antiguos de Homero,²⁸⁶ sobrevive la mención de su ancestral gloria.

Los estudios lingüísticos también aportan lo propio. La *Iliada* y la *Odisea* están plagadas de arcaísmos dialectales: el grupo eólico, integrado por el tesalio, el beocio y el lesbio, comparten fuertes interrelaciones originarias aún con las distancias territoriales que las apartan; el dialecto ático tiene primitivas ligaduras con la cultura de la Edad del Bronce, y, el arcadio-chipriota como evolución del griego micénico se dio recíprocamente en ambas regiones.²⁸⁷ Al periodo homérico lo distingue la localización de sus alcances: eran mundos cerrados, no recorrían grandes distancias tanto por mar como por tierra, ya que no tenían los medios ni el conocimiento para ampliar sus fronteras. Zonas como el Ática, Arcadia y Chipre quedaron aisladas de las invasiones y sus habitantes no buscaban perder la salvaguarda que les brindaban. Entonces, la única explicación que justificó la extensión intercontinental de raíces lexicales fue la ardua, efectiva y asequible comunicación de historias locales a grandes niveles. La mezcla de narraciones propias de cada centro de poder se cristalizó en el lenguaje poético, mismo que heredarían los supervivientes de este periodo y reproducirían de generación en generación.

3.3.1. El proceso creativo: los poetas de la corte.

“A todos aquellos que siempre conmigo en mis salas gustáis
el purpureo licor de los nobles y escucháis al aedo...”

Homero, *Odisea*, XIII. 7-8.

¿Quiénes y cómo eran estos individuos? Especialmente en los murales sobrevive el eco de cantores engalanados con prendas lujosas e insertados en un ambiente distinguido. Su aparición, formación, desarrollo y tinte nobiliario no surge de la noche a la mañana ni se encausa de manera espontánea. Así como ocurre con la totalidad de expresiones artísticas indoeuropeas, los orígenes de la poesía micénica están en los cantos populares acerca de las

²⁸⁶ Bocchetti, *op. cit.*, pp. 57-60.

²⁸⁷ Palmer, *op. cit.*, p. 146.

cosechas, del trabajo, procesiones ceremoniales, el matrimonio, la guerra y el duelo en los funerales; cantos que contaban con fórmulas, símiles, máximas y una métrica sencilla.²⁸⁸ Cuando el sector social dominante decidió aprehender toda esta expresión cultural como medio para manifestar lo que *eran y debían ser*, la forma y el fondo adquirieron un tinte cortesano. Obviamente, no descartamos la reproducción de canciones entre los aldeanos, artesanos y personal dependiente de cada instancia reinante. En ellas, también se reproducirían patrones de conducta, enseñanzas, factores de unión, códigos reprobables, modelos aspiracionales... en fin, elementos que, desgraciadamente, no alcanzamos a dilucidar y que tampoco podemos afirmar si de una u otra manera, seguían y/o adaptaban las guías que los nobles propagaban. Aun con la mezcla posterior a la caída de los reinos, el componente aristocrático imprime, en gran medida, sus paradigmas; por ello, se torna casi imposible saber cómo los campesinos y trabajadores subyugados percibían su realidad.

¿Cuándo nace la épica? Aunque no hay datación exacta, su origen se explica como una característica inherente entre los pueblos indoeuropeos e indoiranios. Específicamente con los griegos, se suele establecer el siglo XV a. C. como consenso.²⁸⁹ No ahondaremos en las discusiones, solamente daremos por válida una primitiva existencia del género épico, en donde la música se volverá un componente indispensable para su ejecución.

El instrumento musical por antonomasia será la lira de cuerdas. Pudo haber prevalecido un modelo universal que fue trabajándose hasta consolidarse; o bien, cada reino pudo optar por estilos propios. En el *tholos* de Menidi, en el Ática, se localizaron los restos de una lira de marfil con ocho cuerdas; con las mismas divisiones, se encontró una de bronce en Amiclas, palacio dependiente de Esparta.²⁹⁰ Iconográficamente, queda el retrato de un instrumento de siete cuerdas en el famoso sarcófago de Hagia Triada, realizado bajo el yugo aqueo –hacia el 1300 a. C. para ser precisos-. Con la misma antigüedad, una lira de siete cuerdas está representada en una píxide, hallada en el *tholos* de Kalami, al oeste de

²⁸⁸ Rodríguez Adrados, *Historia...*, p. 17.

²⁸⁹ West, “The Rise...”, p. 151. La majestuosidad de la epopeya homérica, únicamente se explica por el trabajo de siglos y siglos, donde cada generación aportaba lo suyo en el camino hacia el refinamiento. El hecho de que la tradición jonia haya sido la más persistente, no significa que ahí haya nacido.

²⁹⁰ Vermeule, *op. cit.*, p. 357 y Bowra, *op. cit.*, p. 128. Aunque también se descubrió una flauta de hueso en Micenas, cuyo empleo pudo destinarse a las festividades religiosas.

Creta. Y, por supuesto, la imagen más célebre al respecto se sitúa en el palacio de Pilos, cuyo cantor sostiene un instrumento de cinco cuerdas.

La épica homérica distingue a dos tipos de poetas: en un primer grupo, topamos a Femio y Demódoco, aedos profesionales que innegablemente pertenecen al periodo oscuro y, donde el mismo Homero, estaría incluido. En un segundo grupo, identificaríamos a los principales guerreros que combaten en los suelos de Ilión: Héctor, Paris, Odiseo y, claro está, Aquiles. El Pelida descansa en su tienda a causa de su cólera contra Agamenón, sereno e inspirado, canta las gestas de sus antepasados acompañándose de la lira, mientras Patroclo, lo escucha atentamente.²⁹¹ El propio Heracles queda incluido en este círculo, quien aprendió “a cantar al son de la lira [y cuyo maestro fue] el teban Lino”.²⁹² Precisamente, este núcleo de poetas parece hacer eco de la realidad: donde los propios guerreros celebraban cantando las hazañas de sus padres y, al mismo tiempo, insertaban las propias en aras de igualarse con ellos.

Con todo, son pocas las menciones que apuntarían a la actividad “guerrero-poética”, por parte de todo el ejército profesional. Pensar que todos los guerreros se profesionalizaban en el arte del canto, quizá es demasiado descabellado. Innegablemente, deberían tener nociones sobre ciertas técnicas narrativas, de canto, del empleo del emergente verso hexámetro, así como de acordes y escalas.²⁹³ No obstante, la dedicación bélica sería la principal obligación; el hecho de que Heracles haya asesinado a su instructor con el propio instrumento musical,²⁹⁴ deja muy en claro la personalidad principal que distingue a estos sujetos.

Es más factible, entonces, imaginarnos a los guerreros aqueos como Aquiles: instruidos en el canto, pero aportando más al contenido de las historias que a la formación estilística de las mismas. En ese sentido, las clases poéticas bien podían ser parte integral de la educación del noble o bien, buscadas por gustos particulares. De una u otra forma, al

²⁹¹ Homero, *Iliada*, IX. 185-191 e Higino, *Fábulas mitológicas*, CVI. 1.

²⁹² Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, II. iii. 9.

²⁹³ Bowra, *op. cit.*, p. 128 y Vermeule, *op. cit.*, pp. 357-358.

²⁹⁴ Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, II. iii. 9.

menos parece haber sido una actividad relativamente frecuente entre las élites dirigentes. La lira del *tholos* de Menidi se encontró al lado de armas de bronce y un casco hecho con colmillos de animales. La tradición, nuevamente, recuerda que Agamenón delegó a un aedo el cuidado de su esposa, la reina Clitemnestra; un individuo que también era diestro con las armas y seguramente ostentaba un rango político significativo.²⁹⁵

Homero nos ofrece muchísimas descripciones de relatos a través de anécdotas recordadas. Néstor, Odiseo, Diomedes, Glauco, Patroclo, Fénix, Menelao y Agamenón, son tan sólo algunos ejemplos de individuos que exponen historias en las cuales ellos mismos participaron o bien, memorias que heredaron de sus progenitores y ahora reproducen con todo lujo de detalles. Estas narraciones se vuelven historias en sí mismas y hasta exceden los requerimientos del contexto que los trajo a colación en primer lugar.²⁹⁶ En el canto IX de la *Iliada*, por ejemplo, Fénix busca que Aquiles acceda al perdón ofrecido por Agamenón, sellando la nueva alianza a través de regalos ostentosos; la negativa del Pelida lo orilla a relatar la larga historia de su vida y cómo es que arribó al reino de Ftía, todo para terminar con la sentencia: “según nos enseñaron antiguas gestas de hombres heroicos, cuando a alguno invadía un violento rencor, a los regalos era sensible y aplacable con ruegos”.²⁹⁷ Grandes episodios como el anterior no pueden ser meras improvisaciones del poeta, se insertan como versiones anecdóticas, pero su fundamento es rescatado de otras canciones, por eso están completamente estructurados.

A su vez, cada reino debía contar con versiones propias en torno a una misma empresa panaquea. El intercambio debía darse por mediación de delegados políticos que viajaran en calidad de diplomáticos, actividad recíproca que permitía tanto la exteriorización de hazañas locales como la retroalimentación de gestas interregionales.²⁹⁸ Los reyes locales y sus acompañantes serían los protagonistas y sus hazañas estarían

²⁹⁵ Homero, *Odisea*, III. 267-271: “Tenía junto a ella a un aedo a quien, presto a embarcar para Troya, el Atrida prolijo encargó de velar por la reina. [El destino] llevó al cantor a una isla desierta y dejólo convertido en despojo y botín de las aves”.

²⁹⁶ Kirk, *op. cit.*, p. 113.

²⁹⁷ Homero, *Iliada*, IX. 524-526.

²⁹⁸ Webster, *op. cit.*, p. 135.

plenamente descritas, explotando y enfatizando elementos particulares.²⁹⁹ En la poesía oriental se conservan numerosos textos acerca de un mismo relato, elaborados en diversos sitios y en distintas fechas; sin embargo, todos los documentos tienen un claro eje articulador que estructura las localidades presentes.³⁰⁰ En ese sentido, por mucho que cada instancia palaciega enarbolara versiones propias, al final, el tinte cortesano, los códigos de conducta y cada línea de pensamiento que encauzaran los poetas, se conservarían bastante semejantes. La particularidad, pues, parte de la homogeneidad.

3.3.2. “Por y para guerreros”: el mensaje poético.

“Aprendí a ser valiente en todo momento
y a luchar entre los primeros troyanos, procurando
la gloria mayor de mi parte y la mía propia”

Homero, *Iliada*, VI. 463-465.

Los protagonistas de la poesía micénica eran guerreros diestros, astutos y excelentes dirigentes. A diferencia del héroe homérico posterior, estos aqueos literarios se encontraban considerablemente más cercanos a la realidad. El público del siglo VIII a. C. estaba plenamente consciente de que ninguno de ellos había participado activamente en la historia que contaban los relatos. El sector aristocrático se jactaba de descender de Aquiles, Odiseo, Áyax, Menelao y demás grandes personajes; sin embargo, el retrato que pintaban las canciones se notaba muy lejano, conscientemente se *sabía* que aquella era *otra* realidad: paladines asimilados dentro de la “cuarta estirpe divina de los héroes que se llaman semidioses, más justa y virtuosa [que la anterior] raza que nos precedió sobre la tierra sin límites”.³⁰¹ La idealización de aquellos guerreros concluyó en la personificación de seres semidivinos y con capacidades sobrehumanas. Un *áristos* del siglo VIII a. C. podía enorgullecerse de descender de Agamenón, pero todos los escuchas eran plenamente conscientes de que nadie podía, literalmente, igualar a los grandes héroes de la tradición.

²⁹⁹ Kirk, *op. cit.*, p. 134.

³⁰⁰ Webster, *op. cit.*, pp. 78 y 129.

³⁰¹ Hesíodo, *Trabajos y días*, 159-161. Aunque la Edad de los Héroes no tiene metal alguno como inherente distinción, el bronce de las armas también pertenecía a estos hombres. La diferencia entre los guerreros de la Edad de Bronce hesíodica y los héroes de la presente, radicaba en el comportamiento: mientras los primeros eran soberbios sedientos de batallas, los segundos eran más justos y virtuosos.

Siguiendo este cauce interpretativo, nosotros proponemos que los personajes de la poesía micénica no debieron alcanzar ponderadas adjetivaciones. Todo apunta a que los protagonistas no se jactaban de ser inmortales, hijos de dioses, ni realizadores de hazañas que fueran más allá de lo efectivamente sustentable. La gran diferencia con los escuchas de Homero es que, aquí sí, el público se identificaba intensamente con las narraciones porque las acciones del ejército profesional alimentaban continuamente su contenido; los oyentes se veían en estos actores porque los conocían personalmente. Todos aquellos padres, hermanos, compañeros, hijos y hasta ellos mismos aparecían si sus acciones habían sido dignas de cantar. En ese sentido, la poesía micénica debió proyectar la imagen que el grupo dirigente se hacía de sí mismo,³⁰² y para ello, no sería extraño que se valieran de recursos poéticos que obviamente exageraban, idealizaban y alababan ciertos aspectos, pero a nosotros nos parece inverosímil que el enaltecimiento alcanzara magnitudes exorbitantes a razón de la cercanía para con el público y, además, por ciertas escenas presentes en el relato de Homero. En esa línea, por ejemplo, Aquiles, completamente desgraciado ante la noticia de la muerte de su entrañable Patroclo y, en consecuencia, ardiendo en deseos de venganza, ni siquiera contempla la idea de lanzarse inmediatamente, y sin armadura, al campo de batalla en busca de Héctor.

Otra de las escenas emblemáticas y que clarifican perfectamente la idea anterior, está constituida en el enfrentamiento de Aquiles contra Héctor del canto XXII de la *Iliada*. El desarrollo de los acontecimientos nos hace suponer que el acto no sufrió mayores modificaciones desde su creación. Al inicio, Atenea y Apolo se presentan en calidad de apoyo, pero en contraste con el resto de los anteriores combates, la participación de los dioses se reduce al mínimo, interviniendo una sola vez. La nula mediación divina que decidirá el destino de ambos dirigentes se hace notar inmediatamente. El combate se convierte en todo un espectáculo de habilidades entre dos “iguales”: dos hijos de reyes, dos

³⁰² Si se nos obligara a separar la “leyenda” del “mito” en el relato homérico, justamente sería en las narraciones aqueas cuando el contenido de las hazañas guerreras se apegarían más a la definición de “leyenda”. En efecto, los poetas de la corte partían de sucesos históricos, relativamente contemporáneos, a su vez, éstos iban tildándose de elementos “fantásticos” y se transmitían de forma oral al menos entre los miembros del grupo dirigente de cada palacio. Con todo, sería imposible despojar el contenido poético de todo elemento mítico como mencionábamos en *supra*, p. 14-15 y 32.

lawagetas... la victoria de Aquiles y la muerte de Héctor se presentan como actos plenamente humanos.

En época homérica, la excelencia del guerrero en el combate fue uno de los primeros factores que comenzaron a subrayar la existencia de un nuevo grupo dominante: los *áristoi*. La capacidad, la astucia y la destreza reconfiguró el reconocimiento de los “iguales” en esta sociedad oscura basada en el mérito y en la constante revalidación del mismo. En el periodo aqueo ocurre todo lo contrario: si un aldeano demostraba cierto dominio en el manejo de las armas, ello no se traslucía en mayores privilegios –de ningún tipo-; recíprocamente, si un noble se mostraba torpe en tareas bélicas, seguramente lo delegaban al sector administrativo, pero no le retiraban su condición dentro de la jerarquía social. Si el mérito no definía la posición en la estructura palaciega, entonces, ¿cuál era la motivación para ser extraordinarios en la guerra? Los privilegios del don-contradón abordados en el capítulo anterior son una parte que fomenta el cumplimiento de obligaciones; la otra se transmite a través de la poesía bajo un mensaje de gloria y triunfo del reino.

En las tablillas de Cnosos, Pilos y Tebas³⁰³ se localiza el nombre de *Eteokles*, “aquél cuya gloria es verdadera”; en efecto, no tenemos que esperar hasta época oscura para ver el surgimiento de una noción de “recuerdo eterno”. Desgraciadamente, no podemos saber qué patrones configuraban esta idea, sobre todo si tenemos en cuenta la enorme huella que los griegos homéricos impregnaron al respecto. Con todo, el renombre imperecedero micénico adquiere sentido en la medida que lo aunamos a la monumentalidad de los palacios y sepulcros nobiliarios; esa necesidad de dejar una marca en aras de distinguirse de los “otros” y parangonarse con los antepasados explicaría que la poesía tuviera ese tinte glorioso. De igual forma, las odas sobre el triunfo del reino no serían poca cosa, el éxito de cualquier empresa se transformaría en ricos beneficios para el grupo dominante. El botín se repartiría entre todo el ejército profesional sin mayores diferencias y, en caso de conquista, el reino ampliaría su territorio: nuevas parcelas y áreas de influencia a cuyo cargo estaría la propia nobleza.

³⁰³ P 602, A 385, 395 en Gray, *op. cit.*, pp. 44-45.

Patroclo es el principal combatiente que supedita la gloria personal a la empresa común. La constante muerte de guerreros y el continuado avance troyano van desesperando al Menecíada, quien arde en deseos de adentrarse a la lucha. A diferencia de Aquiles, su fiel compañero se preocupa más por el deceso de sus semejantes que por ser reconocido y alabado en gestas posteriores. Las heridas de Diomedes por el dardo, Odiseo por la pica, Agamenón por la lanza, Eurípilo por la flecha y Macaón por la saeta,³⁰⁴ orillan a Patroclo a suplicar por el préstamo de la armadura del Pelida y así, darle un respiro a los aqueos. Recordemos que la vestimenta permitía el inmediato reconocimiento del dirigente que la portaba. El Menecíada está consciente que, de salir victorioso, la gloria correspondería al dueño de la armadura; Aquiles lo sabe y le remarca apartar el estrago de las naves e irrumpir en medio con poderío porque “así *ganarás para mí una gran honra y gloria* de todos los dánaos, y entonces la bella muchacha me devolverán y además me procurarán espléndidos regalos”.³⁰⁵ A Patroclo no parece interesarle que no haya gloria para él, ya que su objetivo es salvar a los guerreros y triunfar sobre Troya: en efecto, éste es uno de los deberes ensalzados que la poesía transmitía a los *e-ge-ta*.

La responsabilidad en cuanto a la defensa de recursos también va de la mano con lo anterior. En ese sentido, las armas de Sarpedón y Aquiles son defendidas encarnizadamente, porque “afrenta y descrédito” caerían sobre los dirigentes si los rivales se hiciesen con los distintivos que identificaban a los excelsos guerreros caídos. Nuevamente, remarcamos que este planteamiento se encuentra en un campo idealizado, alimentado por la solemnidad de la poesía cortesana; concretar esto en acciones dependía de las circunstancias del enfrentamiento, datos que, por supuesto, no llegaron a nosotros.

La compleja estructura que sostenía a cada reino era un arma de doble filo; su enrevesada composición era, al mismo tiempo, su mayor fortaleza y su principal debilidad. Si el entramado se fracturaba, podía ocasionar un perfecto destrozo en efecto dominó, convirtiéndose en el blanco perfecto para golpes de Estado o asedios externos. En aras de

³⁰⁴ Homero, *Iliada*, XVI. 25-27. De manera similar, Néstor se lamenta por la disputa entre Aquiles y Agamenón, ya que ponen en riesgo la unión de las tropas; esta situación, obviamente, beneficiaría los objetivos de los troyanos. Cfr. Homero, *Iliada*, I. 254-259.

³⁰⁵ Homero, *Iliada*, XVI. 80-86.

prevenir estos incidentes, las gestas rememoraban importantes episodios, sobre los cuales se impregnaban valores y fomentaban la identidad del grupo. En efecto, los cantos “por y para guerreros” implicaban el reforzamiento de lazos políticos a través de un sentido de pertenencia o identidad. El poeta de Pilos, un guerrero engalanado con ropas de calidad, de tez bronceada y larga melena es la representación gráfica de lo que Aquiles es a la representación poética. Y, aunque más tosca, breve e imperfecta; la poesía micénica alimentó el contenido de los temas que fueron posteriormente cristalizados en arcaizantes conjuntos métricos y transmitidos de generación en generación.

Capítulo 4. Dinamismo identitario: inclusión y exclusión de los “otros”.

El Dardánida Príamo se quedó mirando a Aquiles, admirado de lo alto y bello que era; al verlo se parecía a los dioses.
Y Aquiles admiraba a su vez al Dardánida Príamo, al contemplar su noble aspecto y al oír sus palabras.

Homero, *Ilíada*, XXIV. 629-632.

Los mecanismos de identidad que hemos estado abordando fueron exclusivos del sector nobiliario de los palacios. Estos personajes contrastaron sus usos y costumbres con un “otro” en aras de ratificar qué elementos eran propios y cuáles totalmente ajenos. La concreción de este “otro” que no pertenecía al círculo se llevó a cabo en dos niveles perfectamente delimitados, pero, al mismo tiempo, movibles. Recordemos que, el dinamismo de las identidades permitía la inclusión y exclusión de miembros acorde a las necesidades del grupo dominante. Ahora bien, ¿quiénes eran estos “otros”?

En primer lugar, englobamos a los *da-mo* y los *do-e-ro*; si los criterios de linaje, riqueza y privilegios identificaban a las élites reinantes, era de esperar que existieran personajes que carecieran de los mismos. Las diferencias, además, se plasmaron en el ámbito de la religión, por ello, ahondaremos sobre el único elemento que aparece de manera bastante recurrente: el símbolo del león, un distintivo con correlaciones orientales y que fungía como pauta de fronteras entre unos y otros. Seguramente, existieron muchas expresiones socialmente exclusivas, pero la ausencia de fuentes con respecto a la religión se percibe con mayor fuerza a diferencia de los aspectos económicos, políticos y hasta sociales. Desgraciadamente, sobre las divinidades sólo atisbamos borrosos nombres que no van más allá de las ofrendas que se les otorgaban y, por ello, únicamente nos centraremos en el símbolo mencionado.

En segundo lugar, este “otro” era el extranjero. En la “Arqueología” de la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Tucídides afirmaba que los griegos de antaño no reconocían al extranjero como el bárbaro peyorativo imperante del periodo clásico.³⁰⁶ Las reflexiones del ateniense no estaban tan desencaminadas porque, efectivamente, en la época de los

³⁰⁶ Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, I. iii. 3-4.

palacios el noble aqueo podía identificarse más con el noble hitita, egipcio, asirio o troyano que con el innoble campesino sometido. Empero, esta situación no descartó la existencia de contrastes con el de fuera en momentos cruciales y bajo criterios muy específicos.

No está de más remarcar que, los “otros”, adquirieron sentido en la medida en que se creó un discurso que los calificaba como tales, las diferentes acotaciones de la identidad nobiliaria griega conceptualizaron el “ser” de los individuos que se encontraban fuera del círculo. Justamente, esos discursos enarbolados constituyen nuestro objetivo, es decir, nuestra meta no es investigar a detalle las vicisitudes tanto de las masas populares como de los extranjeros, sino que, partiendo de ciertas generalidades históricas, pretendemos analizar las actitudes de las noblezas frente a sus contrastes y cómo es que fueron moldeados a partir de sus necesidades.

4.1. Los estratos inferiores: *da-mo*, *do-e-ro* y la milicia popular.

Igual que a una manada de vacas o a un gran rebaño de ovejas
asaltan dos fieras en la oscuridad de la negra noche,
cuando llegan de repente durante la ausencia del guardián,
así se dieron a la fuga los aqueos sin coraje.

Homero, *Ilíada*, XV. 323-326.

Las tablillas de Pilos dividen los dominios de su reino en dieciséis distritos administrativos, los cuales, a su vez, estaban integrados por aldeas. Todo parece indicar que el término empleado para identificarlas era el de *da-mo*; no obstante, John Chadwick afirma que esta designación era maleable acorde a las circunstancias y que podía referir, al mismo tiempo, tanto a las secciones territoriales como a los campesinos habitantes –el primer gran sector de las clases inferiores-. A cada *da-mo* se le asignaban pequeñas cantidades territoriales de *ke-ke-me-na ko-to-na* que, literalmente significaba, “tierra abandonada”, “desértica” o “dejada fuera de la distribución”.³⁰⁷ Como ya señalamos en el segundo capítulo, el rey y el segundo al mando recibían cantidades importantes de *te-me-na ko-to-na*, y a la burocracia junto con el ejército proporcional se les proporcionaban parcelas de *ki-ti-me-na ko-to-na*, es

³⁰⁷ K N C 59, E 845; PY Ea 136, Eb 846, Ep 301 en Chadwick, “The Mycenaean...”, p. 184 y Chadwick, *El mundo...*, pp. 105 y 148.

decir, “tierra sagrada” y “tierra ocupada” respectivamente. A continuación iremos desglosando las relaciones sociales que se encontraban implícitas en todo esto.

El adjetivo que calificaba a cada una de las parcelas no era una mera circunstancia casual, pues en función de la fertilidad del suelo se dividieron y delegaron. En ese sentido, la tierra que estuviera en peores condiciones y, por ende, fuera más difícil de cultivar, probablemente de origen fuera calificada como “desértica” e incluso hasta eran suelos “abandonados”. Ante el crecimiento del área de influencia de los diferentes centros de poder, estos espacios se fueron integrando y los destinatarios no podían ser más que el sector inferior de la población: las masas campesinas. Evidentemente, una vez que empezaban a trabajar, las tierras dejaban de tener esta connotación pero de origen hay una frontera clara que define quiénes sí estaban en una posición de privilegio.

Los campesinos estaban obligados a tributar la mayor parte de sus cosechas quedándose sólo con el mínimo indispensable para la manutención de sus familias y, aunque las cantidades eran proporcionales a la productividad de sus tierras, las deudas fueron relativamente frecuentes y estaban celosamente registradas en las tablillas.³⁰⁸ Si bien el aparato administrativo pretendía controlar la totalidad de la producción, el seguimiento dado sobre las masas se nos muestra más incisivo que con la burocracia, misma que, de hecho, se encargaba de acecharlos para que cumplieran.

El segundo gran sector que conformaba a las clases inferiores de los palacios era los *do-e-ro*. Aunque diversas interpretaciones han querido ver en ellos al sector esclavo, ciertamente no lo eran. El propio Chadwick explica que la libertad y la esclavitud eran conceptos propios de la Atenas clásica, donde ambos términos tenían un pleno significado y eran totalmente opuestos entre sí. En la sociedad aquea, estrictamente hablando, sólo el rey era “verdaderamente libre” puesto que el destino de cada individuo estaba en sus manos.³⁰⁹ Siguiendo esa línea, no podríamos aplicar estas categorías tajantemente porque las relaciones sociales iban más allá de eso, o sea, sería absurdo decir que en este aparato

³⁰⁸ Palmer, *op. cit.*, pp. 93-94, Lejeune, *op. cit.*, p. 110, Gómez Espelosín, *Historia...*, p. 35 y Pomeroy, *Historia...*, pp. 58-59.

³⁰⁹ Chadwick, *El mundo...*, p. 107.

político-social todos eran esclavos y, de todos ellos, unos lo eran “menos” que otros por la ostentación de privilegios; a su vez, sería incorrecto separar a la sociedad aquea para introducir en el esquema a un sector que presuntamente sí era esclavo. Dicho esto, únicamente precisaremos que los *do-e-ro* estarían en la categoría menos privilegiada de toda la estructura y, en consecuencia, en la posición más baja de la escala social porque, en efecto, el punto de partida que separó a unos individuos de otros fue la disponibilidad de tierras así como las características de las mismas. Las aristocracias de la Antigüedad se definieron por la posesión de grandes territorios –en proporción con sus entidades políticas– y la sociedad aquea no fue una excepción a la regla. Las cantidades y la productividad de los terrenos asignados tanto a nobles como campesinos responden a su condición jerárquica al interior de la estructura palaciega... ¡y ni qué decir de los *do-e-ro*! La delegación de parcelas *te-me-na* y *ki-ti-me-na ko-to-na* implicaba un verdadero privilegio y afirmaba la nobleza del individuo. En el resto de las civilizaciones del Bronce Reciente, estos aspectos de la estructura económica y las connotaciones político-sociales que traían consigo eran bastante similares; en apartados subsiguientes precisaremos las diferentes implicaciones presentadas ante esta situación.

Los *do-e-ro* estaban conformados principalmente por mujeres y niños. Las tablillas de Pilos llegan a registrar cerca de seiscientas trabajadoras dedicadas a la producción textil, sirviendo en el baño, en la elaboración del lino, como tejedoras y moliendo grano, entre otras actividades. La mayoría estaban vinculadas al palacio y recibían raciones de comida. Paralelamente, también existían *do-e-ro* al servicio de los dioses y de la nobleza, encargadas de desempeñar todo tipo de tareas domésticas.³¹⁰ Resulta significativo que en las tablillas aparezca el lugar de origen de la mayoría de estos personajes; con lo cual se ha establecido como convención que los *do-e-ro* eran fruto de la compra o el saqueo.³¹¹

³¹⁰ Pomeroy, *Historia...*, p. 59 y Gómez Espelósín, *Historia...*, p. 35. Para pequeños atisbos sobre las actividades de las mujeres *do-e-ro* en el contexto palaciego y presentes en la epopeya *vid* Homero, *Odisea*, IV. 123-126, 133-135.

³¹¹ Chadwick, *El mundo...*, p. 110 y Finley, *La Grecia Antigua...*, pp. 233-234. Los lugares de origen registrados son: *Mi-la-to*, *Lam-no*, *Kni-do* y *A-swi-ja*, o sea, Mileto, Lemnos, Cnido y Asia, respectivamente. Aunque en las tablillas existentes no se ha podido leer ninguna palabra que sea posible traducir como “compra” o “venta”, así como algún tipo de pago en plata, oro o alguna denominación monetaria, los reinos aqueos efectivamente se sumaban a las redes comerciales regionales y ultramarinas.

La poesía homérica nos presenta en la despedida de Héctor y Andrómaca un eco referente a la obtención de mujeres *do-e-ro* a través del saqueo. La hija de Eetión expresa sus preocupaciones ante la posible muerte de su marido, y éste certeramente le responde:

Cuando algún hombre aqueo vestido de bronce te lleve llorosa y de tu libertad se apodere [...] en Argos, a las órdenes de otra mujer habrás de tejer las telas, tal vez vayas por agua a la fuente Meseida o Hiperea, muy contrariada porque sobre ti pesarán estrecheces. Y quizá si llorar te ve alguno, dirá al ver tu llanto: “Fue mujer de Héctor, el más valiente de todos los troyanos domadores de caballos, luchando delante de Troya”. De este modo hablarán y tendrás una pena profunda por perder a quien pudo librarte de tu servidumbre.³¹²

La lectura del pasaje nos genera diversas problemáticas ante la yuxtaposición de nociones de “libertad” y “esclavitud”, por ello, debemos desmenuzarlo poco a poco. En primer lugar, es claro que Andrómaca se lamenta a causa de tres razones: por la idea de verse sometida, por el desempeño de tareas denigrantes para ella y por la pérdida de estatus social. El nacimiento de la propiedad privada en época oscura, la plena autonomía del *oikos* y la evolución social de las comunidades hasta la constitución de la *pólis*, crearon y alimentaron una palpable conciencia de “libertad”, enfrentándola con la condición de aquellos hombres sometidos que nunca funcionarían como “jefes familiares” de un *oikos* y mucho menos desempeñarían las incipientes exigencias político-sociales que estaban suscitándose. De igual forma, las mujeres esclavas del periodo oscuro jamás podrían llegar a ser esposas legítimas y, en consecuencia, parir potenciales varones libres. Precisamente, la primera aflicción de Andrómaca es propia de la contemporaneidad de Homero.

No obstante, el segundo y tercer disgusto se encuentran bastante relacionados y apuntan con mayor presteza al periodo aqueo. Si bien negamos la existencia de la esclavitud al interior y exterior de los palacios, sí remarcamos la fuerza que tenía la jerarquía social en la conciencia de sus habitantes y cómo ésta se veía reflejada en la repartición de obligaciones y privilegios. Para una noble de la talla de Andrómaca, debía ser despreciable perder su estatus y ser amargamente recordada como la fiel esposa de Héctor, *lawagetas* de Troya. Y, encima de todo, obligada a desempeñar tareas que sólo las *do-e-ro* de las tablillas se encargaban de realizar. La esclavitud homérica, en adición, era un sometimiento de tipo patriarcal que para nada constituía el peor escenario de ese periodo

³¹² Homero, *Iliada*, VI. 454-458.

porque, incluso, las actividades físicas de una mujer libre y una sometida casi no guardaban diferencia alguna. Y así, ante la inexistente noción de “libertad” marcada por el poder absoluto del *wánax*, la jerarquía social señalada desde el nacimiento y la valoración del trabajo manual entre mujeres nobles y *do-e-ro* fungen como factor de diferenciación que da sentido al lamento de la Andrómaca de la Edad de Bronce.

¿Y los varones? En todas las tablillas encontramos el registro de hombres cuyos oficios eran especializados: bronceistas, orfebres, plateros, porquerizos, vaqueros, remeros, mayordomos, ruederos y albañiles, entre muchos otros. La mayoría de ellos, salvo en escasas excepciones, se encontraban en las mismas condiciones económicas que las mujeres previamente señaladas. Dada esta información, entonces, ¿podemos afirmar la existencia de hombres *do-e-ro*? La respuesta es problemática porque su designación como *a-pi-qo-ro*, término comúnmente traducido como “sirvientes”, no arroja certeza alguna sobre la posición social a la cual se adscribirían;³¹³ por ejemplo, no tenemos manera de saber si el orfebre del *wánax* tendría mayor reconocimiento público o condiciones de privilegio que el ruedero de cualquier *e-ge-ta*. Aunado a esto, desconocemos el lugar de origen o la etnia que pudiesen haber tenido y que pudieran fomentar alguna que otra hipótesis, en ese sentido, tampoco es claro si algunos de estos personajes pertenecían a noblezas relegadas o de poca monta. Finalmente, no debemos perder de vista que debido al activo carácter bélico de la poesía que sobrevivió a la caída de los palacios, estos individuos aparecen sólo como sobras desempeñando sus funciones, sin especificar el peso social que tendrían al interior de la estructura. Dadas estas desafortunadas condiciones, lo único que podemos plantear a manera de hipótesis es que este sector también era relegado como contraste porque todos ellos no dejaban de desempeñar un trabajo manual, sus condiciones recuerdan mucho a las mujeres *do-e-ro*, carecían de cualquier tipo de tierras y estaban celosamente controlados por la burocracia.

La estructura político-social que hemos venido exponiendo, junto con sus relaciones de poder e identidad, no constituye un esquema definitivo y totalmente estático. Nuestra investigación ha dado por sentado la existencia de una serie de familias pertenecientes a la

³¹³ García Iglesias, *op. cit.*, p. 146 y Chadwick, “The Mycenaean...”, p. 171.

nobleza en contraste con las masas carentes de privilegios. Aunque la línea divisoria entre los extremos inferior y superior seguramente fue radical, ello no debió impedir la existencia de cierta amalgama entre, por ejemplo, nobles relegados e innobles artesanos privilegiados. Las aspiraciones o apropiaciones de algunos mecanismos identitarios por parte de estos sectores escapan a nuestro conocimiento. Las únicas herramientas que nos quedan son los contrastes extremos y, a todo esto, aún podemos añadir una tarea que, con relativa frecuencia, desempeñaban las masas campesinas y que, afortunadamente, sobrevivió en la tradición: la guerra y su papel como milicia popular.

Los registros en las tablillas sobre las levadas no aportan más que números, pero claramente no adquieren la misma preponderancia que los integrantes del ejército profesional. Por su parte, los cantos homéricos presentan un serio problema al yuxtaponer a la milicia popular de época aquea con los *polloi* del periodo oscuro. Nunca debemos perder de vista que los valores contemporáneos a los aedos delimitaron en gran medida la personalidad de los personajes de los que se hace alusión, ya sea continuando, enfatizando o cambiando las versiones originales en función de sus necesidades históricas. Empero, este dilema constituye, al mismo tiempo, un beneficio porque justifica las supervivencias sobre las percepciones hacia el “otro”. En efecto, la casi uniformidad que presenta el sector renegado de ambos acontecimientos históricos resulta significativamente importante porque así observamos cómo aquellos juicios de contraste tienen mayor validez, son más persistentes, duraderos y muy poco cambiantes en comparación con aquellos mecanismos internos que definen a los integrantes de un grupo determinado.

De ahí que, podamos identificar los juicios del periodo aqueo en función de la autoridad absoluta ejercida por el *wánax*. Una escena emblemática al respecto queda constituida a través de una alegoría enunciada por el adivino Calcante. Asolados por la plaga de Apolo, se buscan respuestas en aras de expiar la falta que tiene tan encolerizado a los dioses. Calcante conoce el designio, pero antes de pronunciarlo en voz alta, solicita la protección de Aquiles ya que sus palabras podrían sulfurar al *wánax* de Micenas, porque: “poderoso es un rey cuando se enoja con un *hombre inferior*: incluso si en el mismo día

digiera la ira, mantiene el rencor aún más tarde, hasta satisfacerlo, en su pecho”.³¹⁴ El Testórida enfatiza la condición del *chôretas anér*; la antigüedad de *chôros* –designación clásica para las aldeas circundantes de la *polis*- posiblemente se remonta hasta la época de los palacios debido a que en las tablillas encontramos el uso del sustantivo *ko-ro*³¹⁵ para aludir a las “aldeas” –desconocemos si la referencia abrazaba a los habitantes, al territorio o a algún tipo de unidad administrativa-.

Ahora bien, las condiciones sociales que rodean al Calcante homérico claramente lo colocan al interior de la nobleza palaciega; en ese sentido, el adivino sería una autoridad religiosa respetada y que podía hacer valer su opinión con todos los individuos supeditados a él. El rey de Micenas, sin embargo, jerárquicamente se encontraba en un estadio superior y, por ello, no resultaba fácil plantarle cara al máximo dirigente de la expedición. Precisamente, para enfatizar el carácter dramático de toda la escena, el poeta implanta en el Testórida la condición de “hombre inferior, de *chôretas anér*, pero no porque éste sea un aldeano sino para sumergir a su público con un tono lúgubre y plantear la posibilidad, aunque fuese hipotética, de lo que ocurriría si el *wánax* realmente se molestara con un “hombre inferior”.

Los hombres del pueblo aqueo no podían plantarles cara a las autoridades más importantes del reino y, por ello, debieron contar con órganos intermediarios en los cuales podían expresar sus congojas. El amparo no se solicitaba abiertamente esperando que alguien respondiera, porque las relaciones de poder en una sociedad fuertemente jerárquica no permitían esta posibilidad. Siguiendo esa línea, Leonard Palmer identifica una suerte de queja colectiva por parte del *da-mo* respecto a algunas parcelas que les hacían falta.³¹⁶ La institución sobre la cual recaerían las demandas sigue sujeta a numerosas hipótesis. Con todo, lo que muchas de éstas tienen en común en la continuidad argumentativa y retroactiva que los mismos griegos ya hacían sobre los órganos característicos de sus *poleis*, estos son, la *Ecclesia* y la *Gerousia*. La tradición incluía en sus relatos ambas instituciones como si su antigüedad efectivamente se remontara tan al pasado y los especialistas modernos han

³¹⁴ Homero, *Iliada*, I. 80-83.

³¹⁵ PY Eq 146 en Chadwick, “The Mycenaean...”, p. 258.

³¹⁶ PY Ea 803 en Palmer, *op. cit.*, p. 93 y Chadwick, “The Mycenaean...”, p. 184.

buscado fundamentarlo utilizando al griego micénico, pero sin resultados concluyentes.³¹⁷ Únicamente los estudios en torno a la evolución de la figura política del *qa-si-re-u* parecen brindar mayores fundamentos a este respecto.

Los *qa-si-re-u* o *pa-si-re-u* micénicos eran jefes locales de cada *ko-ro*, es decir, eran la autoridad más cercana al pueblo y, justamente por ello, ejercían labores de supervisión agrícola, artesanal y hasta militar.³¹⁸ Los documentos no aportan más datos y la causa probable debió ser por la poca importancia política que tenían respecto al palacio y, paralelamente, la gran relevancia al interior de las comunidades. Las múltiples tareas que se les adjudicaban han sido motivo de confusión por la estricta división del trabajo característica de este tipo de sociedades. Empero, esta diversidad podría explicarse si tenemos en cuenta que el *qa-si-re-u* era el primer intermediario entre las masas campesinas ante algunas o todas las autoridades superiores. En ese sentido, este personaje fungiría como una especie de protector o representante de los aldeanos ante delegados de mayor rango en caso de que hubiese sido necesario.

La inherente relación entre *qa-si-re-u* y *da-mo* configuró ciertos aspectos de la epopeya, tales como la escena de Calcante. El adivino no busca amparo de Aquiles azarosamente, lo elige debido a las condiciones que lo caracterizaron: mientras que Agamenón siempre conservó la esencia de la autoridad real característica del *wánax* –y por esa razón entra en constante conflicto con los *basileis* homéricos-, el caso del Pelida fue más fluido por el protagonismo que adquirió. La personalidad rebelde, iracunda y contradictoria del Eácida tuvo como base la mezcla de diferentes autoridades históricas: desempeñaba el papel de *ra-wa-qe-ta* micénico al mismo tiempo que constituía un claro *áristos* de mérito que lo posicionaban como indiscutible *qa-si-re-u/basileús*. La evolución de esta última figura, que pasa de ser un funcionario menor dentro de la burocracia aquea a

³¹⁷ PY An 261, 616 en Ruipérez, *op. cit.*, p. 105. La *ke-ro-si-ja* y los *ke-ro-ta* aparecen como unidades meramente artesanales dedicados a las diferentes ramificaciones del trabajo con metales y textiles.

³¹⁸ Al igual que los *ke-ro-ta* el *qa-si-re-u* tendría obligaciones relacionadas con el trabajo del bronce, tanto en la supervisión de su realización como en la distribución de todo tipo de materiales para ello. Cfr. Maria Iacovou, “From the Mycenaean *Qa-si-re-u* to the Cypriote *Pa-si-le-wo-se*: the *Basileus* in the Kingdoms of Cyprus”, en Deger-Jalkotzy, *op. cit.*, p. 327 y Francisco Javier González García, “*Qa-si-re-u* micénico y *Basileús* homérico. Continuidad y discontinuidad en la concepción griega de la realeza” en *MINIUS X, Revista do Departamento de Historia, Arte e Xeografía*, España, Universidade de Vigo, vol. 10, 2002, p. 73.

la autoridad más importante de las comunidades oscuras, aglutinaría la personalidad de Aquiles. Su condición de héroe epónimo en la *Iliada* permitió estas constantes mezclas acorde a las necesidades del público, convirtiéndolo así, en una figura bastante enriquecida pero constantemente ambigua.

La concepción de los otros como muchedumbre, multitudes o masas descontroladas se encuentra claramente atestiguada en Homero y es factible que estas tildes negativas tengan sus antecedentes en la época de los palacios, donde las jerarquías y las diferencias se encontraban fuertemente fundamentadas. En eventos tan comunes como la convocatoria a la asamblea o para esgrimir las armas se ponen de relieve las condiciones que unen a los dirigentes en contraposición a la hueste desordenada, alborotada y ruidosa.³¹⁹ Cuando Agamenón empieza “por llamar por su nombre a cada guerrero sin gritar”,³²⁰ es evidente que alude a los paladines, ya que las diferencias se manifiestan de forma inmediata: indirectamente, “los soldados a pie” son tomados como un todo sin linaje que necesita de fuertes vituperios para prestar atención.

La frontera que separaba a los dirigentes de la hueste rebasaba las condiciones económicas, políticas y sociales, ya que también contaban con un fundamento religioso: las divinidades designaba quiénes habían nacido para comandar y quiénes para obedecer, es decir, las condiciones que rodeaban al individuo desde el momento mismo en que nacía, eran asumidas como algo “dado por naturaleza”. Justamente, en boca de Odiseo es donde mejor observamos estas separaciones:

A cada rey y sobresaliente varón que encontraba, con amables palabras lo retenía, deteniéndose a su lado: "¡Infeliz! No procede infundirte miedo como a un cobarde; sé tú mismo quien se siente y detenga a las demás huestes. Pues aún no sabes con certeza la intención del Atrida. Ahora nos prueba, mas pronto castigará a los hijos de los aqueos. ¿No hemos escuchado todos en el consejo qué ha dicho?

Mas al hombre que veía y encontraba gritando, con el cetro le golpeaba y le increpaba de palabra: "¡Infeliz! Siéntate sin temblar y atiende a los demás, que son más valiosos. Tú eres inútil y careces de coraje: ni en el combate nunca se te tiene en cuenta ni en la asamblea. De

³¹⁹ Homero, *Iliada*, II. 86-95 y XII. 265-268: Los dos Ayantes animaban “a unos con melosas palabras, y con insultos infamaban al que veían de la lid distraído en exceso: ¡Amigos! Para todos los argivos, el eminente, el mediado y el peor –porque no todos los hombres somos iguales en el combate-”. Es pertinente traer a colación que el término *laós*, referente a la “hueste”, muy rápido adquirió connotaciones peyorativas; de esta forma, luego empezó a emplearse como sinónimo de “multitud” y “muchedumbre”. Cfr. Pabón, *op. cit.*, pp. 363-365.

³²⁰ Homero, *Iliada*, IX. 9-12.

ninguna manera seremos reyes aquí todos los aqueos. No es bueno el caudillaje de muchos; sea uno solo el caudillo, uno solo el rey, a quien ha otorgado el taimado hijo de Crono el cetro y las leyes, para decidir con ellos en el consejo.³²¹

Precisamente son estas inherencias las que se reflejan en el carácter que, *de facto*, ya traen consigo los hombres: mientras que la nobleza, y particularmente los dirigentes, son ordenados y valerosos, los “otros”, asumidos como “hueste”, pierden el control muy fácilmente y en todo momento necesitan estar acompañados de un superior que los guíe y aplaque. En ese sentido, la epopeya está plagada de símiles donde el no-noble, aqueo o troyano, siempre es comparado con el rebaño y los paladines con el pastor que lo controla o bien, con la bestia que lo atemoriza.³²²

Tersites es “el hombre más indigno llegado al pie de Troya”³²³ y es el único no-noble de quien se hace una mención personal. Bajo este personaje se fueron aglutinando toda una serie de condiciones peyorativas que explícitamente contrastaban con los diversos grupos dominantes que tuvieron vigencia a lo largo de las diversas épocas históricas que rodearon a la epopeya homérica. La delimitación de sus características fue tan uniforme y se continuó por mucho tiempo debido a que Tersites fungía como paradigma de todo aquello que era despreciable; en ese sentido, resulta imposible conocer el momento preciso en que fue creada su imagen... ¿cuántos juicios peyorativos hacia el “otro” no suelen caer en discursos comunes? Y, ¿cuántas de estas características no son trasladadas de un sector étnico/social a otro? No pretendemos afirmar indiscriminadamente que lo acontecido en tal o cual circunstancia es igualmente válido para otra. Justamente a lo largo de los capítulos precedentes hemos fundamentado el carácter sumamente jerárquico de la sociedad aquea así como sus mecanismos compartidos, mismos que excluyen al innoble y, de la mano con ello, adquiere connotaciones totalmente contrarias y, por ende, vituperables.

³²¹ Homero, *Iliada*, II. 188-206. Además de esta sentencia, Menelao afirma que “sólo los hijos de Zeus, poseedores de cetro, son capaces de gobernar, los viles no dan tales hijos”, Cfr. Homero, *Odisea*, IV. 63-64.

³²² Homero, *Iliada*, V. 134-143, 159-162; X. 485-488; XI. 113-121, 172-178, 558-565; XIII. 198-202; XV. 271-280, 579-595, 630-640; XVI. 581-585; XVII. 61-69, 108-113, 459-461, 656-667, 755-759; XX. 323-327, 630-640, 650-667 y XXI. 22-25. “Un símil es una metáfora ampliada y simplificada. La metáfora expresa lo que no puede decirse plenamente mediante una afirmación directa”, cfr. Bowra, *op. cit.*, p. 82.

³²³ Homero, *Iliada*, II. 216.

El Tersites aqueo es aquél que no toma el cetro para hacerse escuchar y ni siquiera duda en arrebatarlo, porque dentro de su accionar imprudente se está dando por sentado que los campesinos integrantes de la leva no tienen derecho a hablar bajo absolutamente ninguna circunstancia. El azote de Odiseo y la reacción aprobatoria de la tropa bien pueden aterrizar en los acontecimientos de la época de los palacios sin dejar de ejemplificar, también, la época oscura; unos se rigen por criterios de linaje y otros por el mérito y, aun así, el resultado es el mismo: castigar a quien osa levantar la voz sin tener criterios directos que lo permitan o intermediarios que lo respalden. Aunque la percepción es abiertamente nobiliaria, se muestra la situación de inferioridad bajo la cual se asume la milicia popular, imposibilitando el cuestionamiento del orden del mundo. Las decisiones ejecutadas por los soberanos quedaban amparadas por la divinidad y reaccionar ante ellas se interpretaba como una directa crítica hacia las fuerzas que dotaban de sentido a la realidad. Ahora bien, no deja de ser evidente que la élite plantea una imagen idílica de la hueste, quienes los temen y admiran al mismo tiempo por su superioridad “dada por naturaleza”.

Tersites recibe el adjetivo de *aîschistos*, un calificativo que refiere a la vergüenza, la deshonra, la injuria, la fealdad, la torpeza, la indecencia y la infamia... seguida de la sentencia de Odiseo: “aunque seas brillante orador, no pretendas disputar con reyes”.³²⁴ El “buen consejo”, la palabra sabiamente emitida dotaba de reconocimiento al griego de época oscura, pero aquí es tomado como un accesorio sin importancia ya que el linaje determinaba el derecho de hablar y ser escuchado. Por esta razón, Tersites presenta características indeseables a la vista porque la mera abstracción de su ser no basta, se vuelve absolutamente necesario que su condición de “hombre inferior” tenga una comprobación física e inmediatamente lo identifiquen como tal.

El dinamismo de las identidades juega en este punto acorde a las necesidades del grupo rector que lo configura. En ese sentido, se maneja un doble discurso perfectamente notable en la epopeya: por un lado, la milicia popular queda excluida de los mecanismos

³²⁴ Homero, *Iliada*, II. 216 y 246-256. Este adjetivo puede tener sus antecedentes en el griego micénico *ai-ki-a2-ri-jo*, registrado en una lista de sirvientes *a-pi-ko-ro* (el equivalente al *do-e-ro* masculino, señalado anteriormente) y que Chadwick y Baumbach lo interpretan como calificativo descriptivo, *vid* PY En 50 en Chadwick, “The Mycenaean...”, p. 168.

compartidos entre la nobleza en situaciones bastante específicas y en aras de servir como punto de contraste. Por otro lado, sin embargo, veremos la exaltación de todo el contingente panaqueo, integrado como una unidad e independientemente de sus integrantes porque, en esta ocasión, el “otro” ahora es un enemigo común. Al final del presente capítulo concluiremos con este segundo aspecto.

4.2. El extranjero... ¿semejante o diferente?

Todo el Egeo, uncido en su carro, es parte integrante de Oriente Próximo como nunca más se dará ni siquiera en los tiempos del Oriente helenístico. Todas las civilizaciones de Oriente Próximo, a pesar de los choques, viven en el mismo plano, abiertas unas a otras.

Fernand Braudel, *Memorial del Mediterráneo*.

Los griegos de época arcaica y clásica se vieron en la necesidad de unirse ante el embate del cada vez más peligroso imperio persa. La conquista de las ciudades jonias constituyó una amenaza latente que orilló a muchos a hacer causa común y, en el trascurso de los acontecimientos, se fue creando un discurso que remarcaba la clara superioridad griega frente al “otro” invasor. La oposición entre civilización y salvajismo, entre ciudadanos y esclavos, entre griegos y bárbaros es algo que no encontraremos, al menos de manera tajante, en los acontecimientos del periodo aqueo.

La hibridación cultural de Oriente Próximo alcanzó su culmen a inicios del Bronce Reciente, es decir, entre los siglos XVIII y XVII a. C. Este periodo fue sumamente dinámico, plagado de enfrentamientos bélicos, tratados de paz, forjamiento de alianzas, reconocimiento de “iguales”, intercambios comerciales y lazos familiares entre las élites reinantes de cada instancia política. A este rico y conflictivo mundo se sumaron los aqueos del continente y de Asia Menor en aras de ser identificados como “pares”. En ese camino adoptaron modos extranjeros a causa de la evidente similitud política, social y económica que los unía: las cortes nobiliarias, el aparato monárquico y la intensa jerarquía que obligaba el trabajo de las masas campesinas. De ahí que, en un primer momento, la actitud griega hacia el “otro” extranjero abiertamente demostraba curiosidad y admiración. Por

supuesto, las semejanzas no implicaron la ausencia de contrastes significativos. Además, el “respeto” hacia el oriental tampoco descartó la presencia de grandes enfrentamientos armados; aunque parezca contradictorio, esta actitud respondía a la dinámica de inclusión y exclusión dentro de las relaciones diplomáticas entabladas por todas las potencias extranjeras y que abordaremos en lo que resta del capítulo.

4.2.1. De *hermanos e hijos*: reconocimiento de “iguales”.

Como eres un Gran Rey, y no uno de segundo rango,
tienes que leer con atención mis cartas, contestarlas correctamente
y actuar en consecuencia, como se espera de los grandes reyes.

KH, 188.

A partir de la domesticación del caballo y la invención del carro de guerra, muchos pueblos pudieron establecer y acrecentar sus dominios por medio del uso de las armas: hititas,³²⁵ hurritas,³²⁶ hicsos,³²⁷ asirios³²⁸ y griegos; afectando a cretenses, egipcios y babilonios, civilizaciones que, obviamente, nunca fueron pacíficas, pero sus modos de hacer la guerra y

³²⁵ El reino de Hatti suele remontarse hasta el 1600 a. C. a manos del mítico Gran Rey: Labarna. Ciertamente, los orígenes parecen estar caracterizados por diversos enfrentamientos al interior de la nobleza, teniendo como principal problema la imposición de una familia real que proporcionara a los futuros dirigentes. En ese sentido, estaríamos suponiendo la existencia de una organización política de pequeños Estados. De ahí que los intentos de unificación fueran inestables y marcados de disputas civiles. Cfr. Heinrich Otten, “Hititas, hurritas y mitanios”, en Cassin, *op. cit.*, pp. 94-95.

³²⁶ La palabra “hurrita” sirve para calificar al pueblo y su lengua; la entidad política se identifica como el “reino de Hurri” o el “reino de Mitanni”. En el siglo XXII a. C. los hurritas formaron pequeños principados en el norte de Siria, en la Alta Mesopotamia y el sudeste de Anatolia. En el último tercio del XVI a. C. fueron unificados en Mitanni. En las fuentes egipcias eran conocidos como Naharina, en las asirias como Hanigalbat y en las hititas como el País de los Hurritas. Desde el tercer milenio podemos referir una organización política hurrita, con sus dioses y cultura material, *vid* Damanville, *op. cit.*, pp. 314-316.

³²⁷ Los egipcios siempre tuvieron la ventaja de estar geográficamente aislados tanto por el Mediterráneo al norte como por los desiertos colindantes al este y al oeste. Sin embargo, la mejora y aumento de comunicaciones marítimas y terrestres facilitó la progresiva infiltración de semitas orientales que, cuando tomaron el poder, recibieron la denominación de *Heka hkasut*, “jefes de los extranjeros”, los hicsos. Entre el 1730-1720 a. C. se hacen con el Delta y cincuenta años después toman Menfis, consiguiendo controlar el reino y asumiendo la titulación faraónica. Cfr. Jean Vercoutter, “Egipto hasta finales del Imperio Nuevo”, en Lévêque, *op. cit.*, pp. 142-143 y Gómez Espelosín, *Memorias perdidas...*, p. 55.

³²⁸ Los asirios fueron creciendo alrededor de lo que en un futuro sería la capital de su reino: Assur. Hacia el año 2000 a. C. ya contaba con importantes santuarios y estaba amurallada. La posición geográfica de sus asentamientos fueron la clave de su florecimiento y destrucción. A lo largo de los dos milenios siguientes, perderán y ganarán territorios, someterán reinos y serán dominados por otros hasta que el escenario cambie por las nuevas invasiones de pueblos indoeuropeos, *vid* Amélie Kuhrt, *El Oriente Próximo en la Antigüedad, c. 3000-330 a. C.*, trad. de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 108-110.

quizá hasta el acento ideológico de la misma no estaba impresionantemente desarrollado y marcado como en los primeros. De esta forma, se fueron entablando relaciones diplomáticas y generando tensiones cada vez más acentuadas hasta desembocar en confrontaciones encarnizadas. Los nuevos escenarios orillaron a que las diferentes élites políticas fueran, sobre todo, dirigencias militares; no en vano las dinastías XVIII y XIX del ahora “Imperio” Nuevo egipcio serán calificadas como expansionistas y belicosas. De manera general, podemos observar el ambiente propicio para la creación de verdaderas aristocracias guerreras que fomentarán sus símbolos de reconocimiento e identificación por medio de la escritura y el arte. Aunque los estudios suelen excluir a griegos y troyanos por la poca certeza de sus localidades e importancia en los conflictos, nosotros iremos desglosando las diferentes formas de reconocimiento en función de sus apariciones en los documentos orientales.

Los asentamientos hallados en Hissarlik confirman la existencia de un reino mucho más antiguo que los del continente griego y contemporáneo al de Hatti. Las recientes excavaciones dirigidas por Manfred Korfmann³²⁹ confirmaron que el núcleo poblacional de los famosos “troyanos”³³⁰ se desarrolló como un importante y crucial emplazamiento comercial entre los siglos XVII y XIII a. C. debido a las peligrosas corrientes de la región que impedían el fácil paso de ida o vuelta y gracias a la fortuna de sus defensas naturales. De esta forma, la legendaria Troya crece de forma independiente gracias al Monte Ida y los ríos Escamandro y Simunte. Justamente por su vocación al mar, los intereses que se vieron afectados fueron los griegos y no los del Imperio hitita (fig. 15).

³²⁹ Los trabajos de Heinrich Schliemann fueron continuados por su colega Wilhem Dörpfeld, quien dividió en nueve capas los diferentes estratos arqueológicos de la ciudadela, esto es, del 3000 a. C. hasta el 85 d. C. Las 47 fases intermedias fueron establecidas a raíz de las excavaciones dirigidas por el norteamericano William Blegen en la década de 1930. Finalmente, en los últimos años del siglo XX y bajo la tutela de Korfmann, se encontraron segundas fortificaciones en lo que pudo ser el complejo aldeano y el puerto principal en la bahía de Besika, y así, las dimensiones reales del legendario reino de Ilión aumentaron diez veces más de lo que se creía. Si tomamos en cuenta los diferentes resultados, podemos asegurar que las Troyas VIIh y VIIa tuvieron vigencia durante la Edad del Bronce Reciente, en los siglos XVI y XIII a. C. respectivamente. Para el seguimiento de los descubrimientos, *vid* Carlos Moreau, *La Guerra de Troya. Más allá de la leyenda*, Madrid, Oberon, 2005, pp. 109-115.

³³⁰ Michael Siebler, *La Guerra de Troya. Mito y realidad*, trad. de Lluís Miralles de Imperial, Barcelona, Editorial Ariel, 2002, pp. 15-16 y 127. El origen étnico de los troyanos es desconocido. Las influencias culturales al respecto del trazado de la ciudadela, el estilo de sus muros de adobe y un único sello con escritura luvita no son concluyentes para decantarnos por una hipótesis. Con todo, el desarrollo político, social y económico-administrativo debió ser bastante similar al de sus vecinos orientales; la arquitectura de la Troya VI utiliza muros de adobe que abundaron en Anatolia, la península del Sinaí y hasta en Egipto.

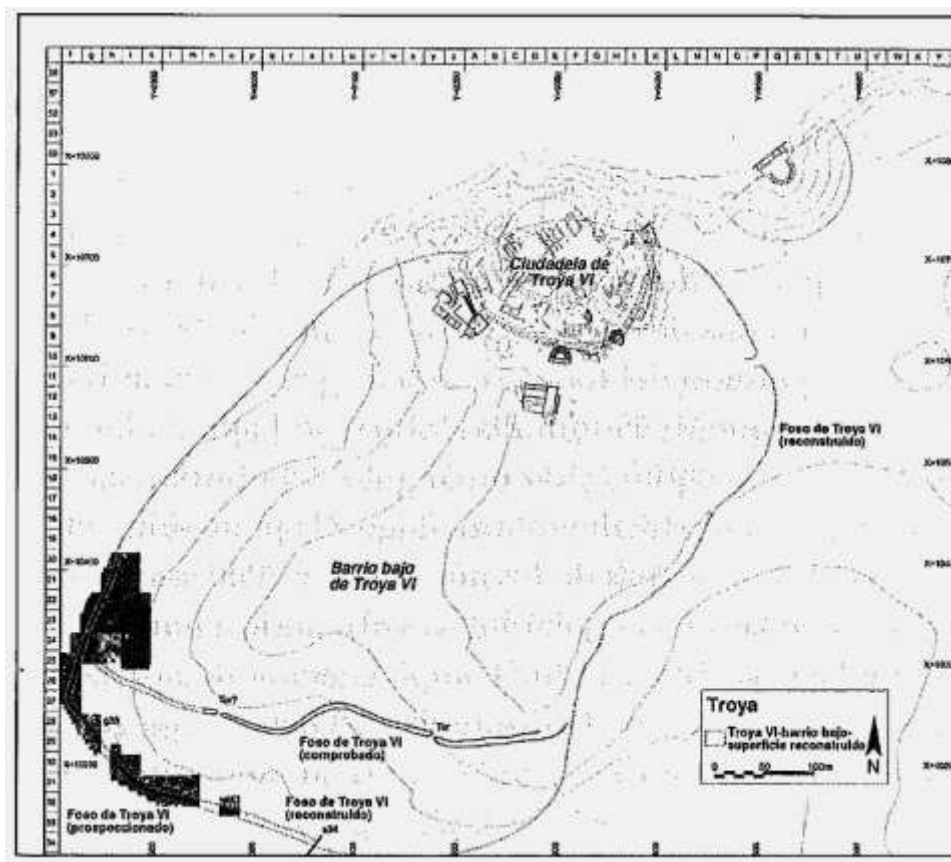


Figura 15. Plano de la ciudadela de Troya VIIa, a partir de las excavaciones de Manfred Korfmann.

Con todo, podemos asegurar que en un principio griegos y troyanos mantuvieron alianzas comerciales, a juzgar por los centenares de vasos y objetos de clara manufactura miniana hallados en la Troya VIh. Los de Ilión, como pago, posiblemente ofrecían plata, textiles púrpuras y caballos –las minas, las máquinas para hilado y tejido, así como el epíteto de la epopeya lo fundamentan-.³³¹ Y, precisamente, la gran familiaridad con que los poetas describen el reino de Príamo bien pudo deberse a las intensas relaciones diplomáticas mantenidas por muchísimo tiempo antes del asedio.

Las enormes dimensiones de Troya sobrepasaban fácilmente cualquiera de los reinos aqueos, pero ni aun éstos se acercaron a los impresionantes dominios hititas, mitannios, asirios y egipcios. La grandeza de Hatti y “las dos tierras”, principalmente, fundamentaron el hecho de que pudieran estipular las formas de integración y exclusión al círculo de noblezas influyentes del Próximo Oriente a través de una serie de mecanismos

³³¹ Rodríguez Adrados, *Introducción...*, p. 217 y Vermeule, *op. cit.*, p. 319.

diplomáticos determinados, en buena medida, por el tipo de ideología real vigente en cada civilización. Al cabo de unos cuantos años, las generalidades se consolidaron como modelos típicos a tal punto que observamos una perceptible homogeneidad en cuanto a las formas de reconocimiento.

La fraseología política de los tratados orientales aludían la posición jerárquica de cada uno de los soberanos en cuestión: el calificativo de “hermano” implicaba igualdad política, el de “hijo” denotaba una condición de sometimiento parcial o total, y el de “padre” afirmaba la subordinación hacia un superior. Estas designaciones estaban estrechamente complementadas con la titulación de “Gran Rey” o “pequeño rey”, siendo el primero un “hermano” y el segundo un “hijo”. La terminología es explícitamente de carácter fraternal porque, al ser reconocidos como familia, estaban obligados a responder a las exigencias correspondientes a su posición de igualdad o inferioridad.³³²

Estas metáforas eran tan corrientes que se entendían perfectamente y se aceptaban como verdaderas relaciones consanguíneas, pero única y exclusivamente confería al núcleo de la familia real de cada entidad. Los sistemas jerárquicos que posicionaban a los reyes orientales en la cima y los articulaban como la única fuente de poder que dotaba de sentido a todas las instituciones políticas, económicas, sociales y religiosas era una cuestión, hasta cierto punto, uniforme entre las potencias que nos legaron documentos para constatarlo. Amen a ello, el reconocimiento de “hermanos”, “hijos” y “padres” nunca fue hacia el Estado o el aparato gubernamental, sino hacia el rey en turno como tal. De ahí que los tratados tuvieran que renovarse cada vez que una de las partes moría;³³³ esta acción implicaba la capacidad de poder o no validar y reconocer al siguiente soberano.

Ahora bien, ¿qué criterios los antiguos identificaban a un “óptimo monarca”? Cada civilización desarrolló características exclusivas de sus figuras regias, sin embargo, y de manera general, todos idealizaron las cualidades bélicas, la fuerza, el porte físico, la

³³² Liverani, *Mito y política...*, pp. 76-77 y Moreau, *op. cit.*, p. 81.

³³³ De nueva cuenta, recordamos lo dicho en *supra*, p. 68, los reyes, como individuos, no son los que valen, sino toda la capacidad de movilización de recursos y entera potestad sobre sus súbditos. En estos casos, el soberano funge como representante de todos los habitantes bajo su mando y, de forma implícita e indirecta, ellos también entran en las cláusulas de los contratos. Cfr. Mauss, *op. cit.*, p. 75.

acertada comunicación con las deidades, la sabiduría política y su ascendencia divina.³³⁴ De ahí que no sea causal la constante enunciación del linaje en la epopeya, una condición heredada de antaño y que dota de respeto hacia el “otro” extranjero. Con todo, estos elementos que se esperaban de un rey para ser identificado como “igual” y reconocido como “hermano” eran meras formalidades que se superponían a las urgencias que verdaderamente determinaron la diplomacia: la capacidad para movilizar recursos y las amenazas que pudieran implicar sus dominios. Justamente, el crecimiento de pequeños reinos provocó en unos la gustosa aceptación y, en otros, una irritación mal contenida: asirios³³⁵ y griegos se vieron involucrados en estas dinámicas sobre las cuales volveremos más adelante.

Los “hermanos” estaban obligados, hasta cierto punto, a ayudar al “otro” de cualquier forma que se solicitara; en caso de no responder o incluso actuar totalmente contrario a ello, los pactos y hasta la propia identificación como “iguales” podía romperse completamente, pasando de la fraternidad a la abierta hostilidad. Curiosamente, la epopeya guarda ecos al respecto: la bien amurallada Troya había forjado alianzas con instancias vecinas, a cuyos dirigentes reconoció como “iguales” y, ante la llegada de los aqueos, estos aliados se vieron obligados a participar en el conflicto. El equilibrio de fuerzas desembocó, aunque parezca paradójico, en relaciones ambiguas e inestables entre Héctor y los paladines extranjeros. El desgastado combate parecía no rendir frutos y el *lawagetas* de Ilión es vituperado por no demostrar estar a la altura de su talle y, con ello entiéndase, el cumplimiento con sus aliados. En ese sentido, al Priamida no se le va a juzgar por su pericia en el combate, sino por el abandono de sus “hermanos” en momentos cruciales de la batalla, o bien, por la pésima toma de decisiones ante la muerte de un “igual”.³³⁶ Así, por

³³⁴ La activa política exterior orilló a la profesionalización bélica del monarca, así como cierta instrucción letrada y estadista para la elaboración de tratados de paz y alianzas, *vid* Kuhrt, *op. cit.*, pp. 88-90.

³³⁵ HDT, 138 y KH, 188 en Mario Liverani, *Relaciones internacionales en el Próximo Oriente antiguo, 1600-1100 a. C.*, trad. de María José Aubet, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2003, pp. 64-65: El Rey de Hatti se negaba a reconocer al ascendente asirio: “Es cierto, derrotaste con tus armas [al rey de Hurri] y ahora eres un Gran Rey. Pero ¿por qué me hablas en términos de hermandad?”. Y tiempo después, obligado por las circunstancias a reconocerlo, no deja de tratarlo de forma condescendiente: “Como eres un Gran Rey y no uno de segundo rango, tienes que leer con atención mis cartas, contestarlas correctamente y actuar en consecuencia, como se espera de los grandes reyes”.

³³⁶ Homero, *Iliada*, V. 471-496 y XVII. 140-168. Sarpedón le recuerda a Héctor que llegó en calidad de aliado, no porque tuviera algo en contra de los aqueos y le recrimina su mala dirigencia: “Contra los dánaos no peleará ni un solo licio en defensa de la ciudad, ya que ninguna gratitud han recibido por luchar con

ejemplo, cuando Glauco se percata de que Héctor no llevó a término su tratado con Sarpedón, éste se ve tentado a regresar a su patria y acompañado de sus tropas por la falta de formalidad del troyano.

La inclusión no estaba reservada al mero ámbito del documento, ya que para hacerlo efectivo en la práctica se exigían una serie de acciones que sólo un soberano a la altura podía cumplir. En primer lugar, estaba el intercambio de regalos que, a su manera, también comportaba una dinámica de don-contradón. La riqueza del obsequio tenía como finalidad poder reflejar el amplio despliegue de recursos del cual era capaz el monarca en cuestión.³³⁷ Y, de la mano con ello, la posesión de numerosos presentes igualmente demostraba la clara pertenencia a los círculos políticos orientales y la posibilidad de ampliar el número de aliados. En ese sentido, el lujoso regalo adquiriría un valor todavía más alto cuando era reutilizado, se convertía en un verdadero símbolo de *status* y en aumento del prestigio, porque explícitamente se le estaba demostrando al “otro” que, previamente, había cimentado contratos recíprocos con un regente igual de poderoso que ellos dos.³³⁸ Menelao se adscribe a esa conducta al querer obsequiar a su huésped, Telémaco, una hermosa crátera de plata con remaches en oro, adquirida en Sidón por el rey Fédimo, quien se la otorgó cuando el Atrida emprendió el regreso a Esparta después del asedio de Ilión.³³⁹

Estos reconocimientos eran bastante importantes puesto que constituían verdaderas legitimaciones del poder real. Así, por ejemplo, cuando los hicsos impusieron su dominio en Avaris y posteriormente en Menfis, adoptando la titulación faraónica, rápidamente mandaron obsequios lujosos para buscar la aceptación de las que, en ese entonces, conformaban instancias poderosas en el exterior: el rey de los keftiu y el *hassu* de Hatti.³⁴⁰ El escenario conflictivo del Bronce Reciente demandó el establecimiento de tratos

denudedo y sin tregua contra los enemigos ¿Cómo ibas tú a salvar entre el tropel a un guerrero menor, cruel, si a Sarpedón, tu huésped y compañero (*hetairos*), dejaste para despojo y botín de los argivos? Él, que tantos servicios prestó a la ciudad y a ti mismo estando vivo”. Para las diferentes reacciones ante el deceso del hijo de Zeus *vid* Homero, *Iliada*, XVI. 532-536 y 548-551.

³³⁷ Moreau, *op. cit.*, p. 81.

³³⁸ Liverani, *Relaciones internacionales...*, pp. 219-220.

³³⁹ Homero, *Odisea*, IV. 614-619.

³⁴⁰ Gómez Espelosin, *Memorias perdidas...*, pp. 66-67. Una tapa de alabastro en Cnossos lleva inscrito el nombre de Khian, el primero o tercer monarca hicsu, quien, a su vez, mandó otros suntuosos objetos a Oriente Próximo, como un vaso de obsidiana a la corte hitita.

recíprocos, ya que se requirió de cierta paz en aras de hacer efectivo y duradero el ejercicio de poder. La grandeza de los hititas, por ejemplo, no se debió sólo a las conquistas perpetuadas por sus grandes generales, sino también al acertado reconocimiento del “otro” que, directamente, se traducía como soberano aliado.³⁴¹ Los propios egipcios se vieron obligados a sumarse a estos tratos generalizados; su inicial aislamiento geográfico, la rápida superioridad material frente a sus vecinos y, claro está, la divinización en vida del faraón propiciaron la formación de una radical cosmovisión centralizada donde el extranjero, fuera un sometido o un aliado, era considerado siempre sumamente inferior:

La llegada en paz de los príncipes de Keftiu [=minoicos] y de las islas del Gran Verde [=aqueos], postrados y con la cabeza inclinada por la fama de su Majestad [=Thutmosis III] porque habían oído de sus victorias en todos los países extranjeros. Portaban sus bienes en la espalda, a cambio de darles el soplo anhelado de la vida.³⁴²

Todo aflujo de bienes –fuesen tributos, objetos provenientes del comercio o regalos- se tomaban como un intento de obtener el inestimable “don de la vida” otorgado por el faraón. Para la mentalidad egipcia “la recompensa de la vida” consistía en la preservación de



Figura 16. Keftiu en la Tumba de Senenmut, arquitecto y uno de Los principales funcionarios de Hatshepsut.

posiciones regias extranjeras siempre y cuando los gobernadores sometidos acataran las obligaciones del *per-aa*. En las tumbas de Senenmut, Useramon, Rekhmire, y Menkheperreseneb (figs. 16-19), los keftiu aparecían inclinados, presentando sus “tributos” y rindiéndose ante los pies de los

reyes egipcios. Esta propaganda política empleaba dos vías: mientras que los jeroglíficos hacían énfasis en la supuesta sumisión, la iconografía los personificaba clamando la benevolencia del faraón, cediendo hasta sus infantes en calidad de rehenes con tal de que el

³⁴¹ La aplastante derrota sobre el reino de Mitanni comandada por Shuppiluliuma I tal vez no habría sido posible si, previamente, no hubiese mandado regalos para consolidar alianzas con las entidades vecinas: “Entre nosotros los reyes, uno escribe al otro para recabar ayuda”, *vid* CTH 40-53, 153-154 y KH, 191 en Damanville, *op. cit.*, pp. 316-323 y Liverani, *Relaciones internacionales...*, pp. 33-34 y 76.

³⁴² Para la inscripción en la tumba de Rekhmire *vid* ARE, II, 256-257 en Wise Bauer, *op. cit.*, p. 255.

hijo de Ra se apiadara de ellos. En la práctica, no obstante, sólo los verdaderamente subyugados corrían el riesgo de sufrir las iras del rey.³⁴³



Figura 17. Keftiu en la Tumba de Useramon, visir durante la primera parte del reinado de Thutmosis III.

Cabe añadir el contexto histórico que rodeaba la erección de las tumbas aludidas. En primer lugar, sólo la procesión que aparece en la tumba de Senenmut (fig. 9), coincide con el momento independiente de los minoicos. Años antes de que los aqueos terminaran por incendiar los

palacios de la isla, sería bastante probable que, apelando a la usanza del don-contradón, los minoicos solicitaran auxilio de los egipcios. Aunque no tenemos manera de saber si hubo respuesta por parte de Hatshepsut, los keftiu –ya dominados por los griegos- siguen apareciendo. Los regalos enviados obedecían al claro objetivo de consolidar alianzas entre dos nuevos gobernantes: el *wanax* de Micenas o Pilos y el nuevo “señor de las dos tierras”. No sería nada raro que, en este contexto, los aqueos delegaran en los minoicos la tarea de guías o embajadores. Algunas interpretaciones modernas aluden a la supuesta confusión de los escribas egipcios al respecto de griegos y cretenses, pero los registros de ambos pueblos está perfectamente atestiguada en la documentación faraónica.



Figura 18. Keftiu en la Tumba de Rekhmire, visir de Thutmosis III y Amenhotep II.

³⁴³ Antonio Pérez Largacha, *Historia antigua de Egipto y del Próximo Oriente*, 2ª ed., Madrid, Akal, 2007, p. 277 (Akal Universitaria, Serie Historia Antigua, 254). No es casual que para todos aplique la misma fórmula: “Cada tierra viene a él, inclinándose, con sus príncipes cargados con sus provisiones... vienen a él, con sus bienes en la espalda, para pedir la paz con su Majestad a cambio de su dulce soplo de vida” *vid ARE*, II, 819 y 820 en Liverani, *Relaciones internacionales...*, pp. 225 y 246.



Figura 19. Jefes de los minoicos representados en la tumba de Menkheperraseneb (TT 86). Los jeroglíficos señalados indican la denominación de “keftiu”.

Precisamente, después de sacudirse el yugo de los hicsos, el reino egipcio se convierte en un verdadero Imperio que alcanza las costas meridionales de Asia Menor, bajando por Siria y terminando en el Éufrates. En los *Annales* de Thutmosis III figuran los reinos de Assur, Kush, Alashiya, Tanaja/Danaja, Genebtu y todo el suroeste asiático como entidades sometidas.³⁴⁴ La propaganda política mezcló aliados y “vasallos” de manera indiscriminada, empero, el trato externo es sumamente diferente entre unos y otros. Mientras los de Kush eran identificados con “simios” por su torpeza lingüística a la hora de comunicarse con los “verdaderamente humanos”,³⁴⁵ los chipriotas y griegos recibían presentes suntuosos por parte de los faraones debido a la extensión de sus dominios y a la necesidad de forjar alianzas ante la intensificación de problemas con el reino de Hatti.

Los reyes egipcios no imposibilitaron la existencia de un reconocimiento mutuo. El discurso de inferioridad/superioridad respondía a la mentalidad interna del país: el faraón era hijo de Ra y consustancial a Horus, cuya única fuente de poder venía de los dioses, no de los soberanos vecinos y, en esa línea de pensamiento, eran los extranjeros quienes

³⁴⁴ ARE, II, 408, 446 y 514 en Abraham Malamat, “Siria y Palestina en la segunda mitad del segundo milenio”, en Cassin, *op. cit.*, pp. 158-159. Recuérdese que hacia el 1430 a. C. –momento aproximado del registro de los *Annales*- los griegos del continente estaban consolidando su dominio en la isla de Creta.

³⁴⁵ Liverani, *Relaciones internacionales...*, pp. 46-47. La lengua como factor de distinción y pauta entre el salvajismo y la civilización era empleado por los egipcios, quienes identificaban su lengua como la única plenamente “humana” debido a los condicionantes religiosos que daban sentido a su realidad.

estaban realmente sometidos a la benevolencia del *per-aa*. Conscientemente, muchos bienes externos son registrados como tributo y las reciprocidades en nombre del faraón ni siquiera se mencionan,³⁴⁶ como si no necesitaran de más aliados que los dioses mismos. En la práctica, sin embargo, forzosamente necesitaron de bastante ayuda ante las amenazas del reino hitita en la frontera asiática.

El itinerario de Amenhotep III no tendría sentido fuera del contexto que hemos estado analizando: en su recinto funerario aparecen enlistados los emplazamientos de Amnisos, Festos, Cidonia, Micenas, Tebas [griega], Kato Zakro, Methana, Messana, Nauplio, Citera, Ilios, Cnossos, Amnisos y Licto. En seis de estos lugares se han encontrado objetos suntuarios que llevan inscrito el nombre de “Hekawaset Amenhetep” y su esposa, la reina “Tiyi”; siendo Micenas el que resguardaba mayores cantidades.³⁴⁷ Fuera de la curiosidad que Amenhotep III pudiera albergar del mundo más allá del Delta y si él, personalmente, pisó tierra foránea o delegó, en su lugar, a embajadores; claramente, la expedición tenía serias pretensiones diplomáticas y que iban desde el Egeo hasta Babilonia. Desafortunadamente, no hay más fuentes al respecto, pero, al menos, pensamos que sería absurdo que el faraón, o sus delegados, llegara en calidad de dominante y obligando al “otro” a rendirle culto y obediencia; el reconocimiento de “pares”, entonces, nos parece por demás implícito en el itinerario.

Las relaciones de hospitalidad fueron bastante comunes entre las noblezas asiáticas. La llegada de extranjeros nobles implicaba toda una celebración acompañada de grandes banquetes y era fortalecida con la entrega de regalos suntuosos. Las formas registradas en la documentación hitita, la que mejor ejemplifica estos actos sociopolíticos, casi en nada se diferencian del protocolo enunciado en los versos homéricos al respecto del viaje de

³⁴⁶ Amenhotep III envía una cantidad gloriosa de regalos a Kadashman-Enlil, rey casita de Babilonia [estado aliado ante las amenazas hititas]: cuatro lechos, diez sillas y una cabecera, todas de ébano con abundantes incrustaciones de marfil y oro; así como pago en oro a los monarcas de Mitanni y Nínive. Cfr. EA, 5, 16 en Francisco Javier Martín Valentín, *Amen-Hotep III, el esplendor de Egipto. Una tesis de reconstrucción histórica*, Madrid, Alderaban, 1998, p. 203 (El Legado de la Historia, 1).

³⁴⁷ Gómez Espelosín, *Memorias perdidas...*, p. 68 supone que la repetición de Amnisos podría indicar el viaje de ida y vuelta.

Telémaco por el Peloponeso.³⁴⁸ Los códigos diplomáticos no sólo obligaban la fastuosidad en la bienvenida del noble extranjero, sino que garantizaban protección o inmunidad en caso de que éste viniera buscando refugio. Precisamente, diversos nobles rebeldes asiáticos que buscaban sacudirse el yugo del rey de Hatti, terminaban en la corte del rey de Ahhiyawa, quien protegía la integridad de los mismos.³⁴⁹

Los obsequios suntuosos entablados entre reyes, implícitamente, reconocían la importancia política del soberano extranjero y su capacidad para movilizar grandes cantidades de recursos. Con todo, las relaciones se intentaron reforzar mediante enlaces matrimoniales en aras de enfatizar y justificar la implicación personal del calificativo de “hermano” y los compromisos sobreentendidos: ayuda mutua en caso de ataque, no traicionar y no perjudicar a la otra parte de cualquier forma posible y, claro está, el reconocimiento legal de la autoridad foránea.

Los egipcios formaron lazos matrimoniales con nobles cretenses; en Abydos, por ejemplo, se conservan diversos frescos con escenas del salto del toro, el laberinto y motivos florales y geométricos de clara inspiración minoica.³⁵⁰ Las iniciativas de Ahmose I ejemplifican la mirada que los faraones tendrán hacia el Egeo en momentos cruciales para su historia: primero necesitando un reino aliado en el Mediterráneo tras sacudirse el yugo de los hicsos y, tiempo después, fuerzas de contrapeso que los ayuden a lidiar con el engrandecimiento de los soberanos de Hatti, Mitanni y Assur. Este contexto histórico bien pudo haber fundamentado el contenido referente al célebre mito de fundación de la Argólida: Dánao, gemelo de Egipto y ambos hijos del mítico faraón Belo y la náyade Anquinoe, llega al continente y su estirpe es la que, posteriormente, queda al mando de la zona desplazando la descendente de Argos.

³⁴⁸ Homero, *Odisea*, I. 309-313. El propio Telémaco le dice a Mentos [que es tan sólo la personificación de Atenea]: “Quédate un poco que después de bañarte y haber esparcido tu mente puedas ir a tu nave gozoso con un buen regalo de gran precio que yo he de entregarte”.

³⁴⁹ Liverani, *Relaciones internacionales...*, p. 108.

³⁵⁰ Pérez Largacha, *op. cit.*, pp. 268-269. Los egipcios se sumaron a la dinámica matrimonial a mediados del siglo XVI a. C. por iniciativa de Ahmose Nebpeptyre, quien termina por expulsar a los hicsos de Menfis y empieza una política de alianzas defensivas en aras de consolidar la autonomía política de los egipcios.

La importancia de lo que llegaron a significar los matrimonios entre “iguales” se confirmó, paradójicamente, por los diferentes conflictos que desató. Los ejemplos son numerosos,³⁵¹ pero más que casos específicos, nos interesa resaltar que la negativa o el repudio de consortes, así como el incumplimiento de lo que estas relaciones demandaban, se tomaban como serias ofensas y hasta abiertas declaraciones de guerra.

En ningún momento debemos perder de vista que estas situaciones fueron posibles gracias a los códigos comunes de conducta nobiliaria: todas las aristocracias guerreras de Oriente Próximo presumían un linaje rimbombante, se les adjudicaban tierras y trabajadores a su servicio, el caballo y el carro de guerra eran símbolos exclusivos de su condición político-militar –no es casualidad que sea precisamente en Hattusas, en donde un hurrita, Kikkuli, escribiera el primer manual histórico al respecto-. El prestigio social estaba a todas luces reconocido. La aceptación del extranjero con el fin de preservar la propia existencia y beneficiarse al mismo tiempo de las ventajas que venían acompañadas, fue lo que determinó en gran parte la visión que se tenía de él.

4.2.2. Un ajedrez oriental: juego de poderes en las fronteras.

Esta atroz aflicción que se adueña de mi corazón y mi ánimo
cuando un hombre pretende menospreciar a su igual
y quitarle la recompensa por ser superior en el mando.

Homero, *Iliada*, XVI. 52-54.

Durante toda la Edad de Bronce sucedieron fuertes enfrentamientos en las zonas fronterizas porque éstas nunca pudieron estar cien por ciento definidas. Los reyes orientales se valían de estelas que plantaban en lugares estratégicos en aras de delimitar algunos territorios; sin

³⁵¹ Los faraones de la dinastía XVIII sellaron intercaladas alianzas defensivas con los reyes de Mitanni o de Hatti, dependiendo de la amenaza que considerasen más urgente. Esta situación claramente los enemistó por momentos e incluso afectó a terceros: los babilonios. Durante la restauración de Babilonia se presentaron roces por la negativa de Amenhotep III a ligar a alguna mujer de la corte con Kadeshman-Enlil y, en su lugar, lo hace con el ascendente rey asirio. La ofensa fue tomada airadamente porque, para los babilonios, este pueblo bárbaro llegado del norte estaba afectando seriamente sus dominios. Cfr. Urk IV, 1738; EA IV, 23, 1-12 en José Manuel Galán Allué, “Capítulo VII: El Reino Nuevo I: La construcción del Imperio”, en José Miguel Parra Ortiz (coord.), *El Antiguo Egipto. Sociedad, Economía, Política*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2009, p. 360 y Martín Valentín, *op. cit.*, pp. 200-203.

embargo, más que fronteras políticas uniformes, debemos hablar de zonas de influencia que, por su ambigüedad, terminaban siempre por causar conflictos.³⁵² Precisamente por esta razón, el corredor del actual Líbano siempre fue una arena concurrente que, indirectamente, también definía el curso de la diplomacia.

Ahora bien, no es lugar para adentrarnos en las diferentes alianzas y traiciones efectuadas por las diferentes cortes nobiliarias orientales, que, a decir verdad, su número desbordaría abundantes páginas por la complejidad geopolítica de los tratados y de las surcadas acciones para evadirlos. Sin embargo, no debemos dejar de apuntar que, todos los reinos, en algún momento trabaron acuerdos de paz y fueron mutuamente reconocidos, enviando regalos suntuosos y enlazando matrimonialmente a las familias reales, pero, paralelamente, los intereses propios conllevaron a una serie de deslealtades evidentes entre todas las fuerzas involucradas.

Del atormentado juego geopolítico puede concluirse una clara animadversión entre hititas y egipcios. Si bien, ambos Imperios forjaron diversos pactos de paz y las propias familias reales estuvieron emparentadas a cierto nivel, eso no impidió que directa e indirectamente se agredieran en razón del control territorial. Las extensiones del reino hitita efectuadas por el gran conquistador Shuppiluliuma I, y las propias de los dominios egipcios a iniciativa de los faraones de las dinastías XVIII y XIX, venían acompañadas con un precio: constantes rebeliones y ataques en las fronteras. A esa línea de conflictos se suman babilonios, mitannios y asirios por la colindancia de sus asentamientos. De esto, entonces, se deriva una política exterior dinámica, llena de abiertas hostilidades y disfrazadas amistades. En ese sentido, los diferentes reinos involucrados, fuesen grandes o emergentes, moverán sus piezas en aras de beneficiarse a sí mismos; el crecimiento de los asirios, por ejemplo, fue posible gracias a la clara animosidad entre hititas, hurritas y egipcios,³⁵³ pero

³⁵² Gómez Espelósín, *Memorias perdidas...*, p. 53 y Pérez Largacha, *op. cit.*, p. 293. Sin dejar de lado los confines míticos propios de cada civilización desarrollados en Liverani, *Relaciones internacionales...*, pp. 59-61.

³⁵³ La reconquista del Delta a manos de Kamosis y Ahmosis no sólo fue la pauta para la expulsión de los hicsos, sino para el adiestramiento militar de la nobleza egipcia que terminará por extender su influencia hasta el litoral de Siria. Las campañas victoriosas de Thutmosis III y Amenhotep III sellaron una paz momentánea entre Egipto y Mitanni, gracias a la cual los primeros pudieron acceder a las rutas comerciales y beneficiarse de ellas, mientras que los segundos reagrupaban fuerzas para derrotar a sus acérrimos archirrival: los hititas.

no fueron los únicos que aprovecharon los enfrentamientos de terceros, a ese cuadro se sumaron los aqueos, el reino de Ahhiyawa.

Uno de los primeros textos que registra a los Ahhiyawa procede del reinado de Arnuwanda I, inicios del siglo XIV a. C. De forma explícita, el documento deja ver que el *wánax* había sido reconocido como “igual” hacia tres o cuatro generaciones, esto es, desde la soberanía de Muwatalli I o su predecesor, ya que se recuerdan intercambios de regalos suntuosos, las bien ejecutadas obligaciones de hospitalidad por parte del *hassu* cuando un familiar del rey de Ahhiyawa llegó a Hattusas, así como los rituales dirigidos por parte del *wánax* cuando peligraba la salud del Gran Rey.³⁵⁴ La presencia de un nuevo “igual”, entonces, se llevó a cabo a mediados del siglo XV a. C., es decir, cuando el esplendor griego empieza a manifestarse con la posesión de una poderosa flota naval y con la conquista de la civilización minoica. Ambos elementos dieron como resultado el control de todo el Egeo, consolidando a los griegos del continente como una potencia más en el Mediterráneo Oriental. Su surgimiento llegaría a oídos de la corte real en Hattusas e inmediatamente se efectuarían los protocolos debidos de reconocimiento mutuo.

Ahora bien, la mención de estas primeras relaciones se hace con un firme propósito: recordarse al *wánax* sus obligaciones como “hermano”. El texto de Arnuwanda I abordaba la rebelión surgida durante el mando de Tudhaliya I/II (padre o abuelo de Arnuwanda I), que reinó aproximadamente entre 1450-1420 a. C.³⁵⁵ Un tal Madduwatta, gobernante de alguna entidad en la Anatolia occidental, es expulsado violentamente de sus dominios a instigación del “hombre” Attarissiya de Ahhiya. Aunque no sabemos con certeza qué posición jugaba este tal Attarissiya, su registro apunta que era un individuo poderoso en

Desgraciadamente para los hurritas, a los tronos de Hatti y Asiria suben dos excelsos conquistadores: Shuppiluliuma y Assu-uballit, respectivamente. Tushrata de Mitanni solicita auxilio de su “hermano” el faraón, pero Amenhotep IV/Akhnaton jamás responde y el legendario reino de Hurri termina por caer para jamás levantarse nuevamente, *vid* Pérez Largacha, *op. cit.*, pp. 282-283.

³⁵⁴ AhT 22 (CTH 571.2) y AU IV, X en Denis Page, *History and the Homeric Iliad*, Berkeley, University of California Press, 1966, pp. 7 y 26.

³⁵⁵ El inicio del Reino Nuevo hitita es bastante confuso. Se sabe que Muwatalli I fue víctima de una conspiración a manos de dos importantes miembros de la familia real, quienes colocaron a Tudhaliya en el trono. Sin embargo, las acciones adjudicadas al nuevo soberano a veces parecen apuntar a un “nuevo” Tudhaliya; de ahí la designación “I/II”. Cfr. Eric H. Cline, *La Guerra de Troya*, trad. de Javier Alonso López, Madrid, Alianza editorial, 2014, p. 88-89 (El libro de bolsillo, H32) y Bryce, *El reino...*, p. 161-162.

Anatolia, donde había establecido una base de operaciones, a cuya disposición tenía un respetable ejército de infantería y un par de cientos de carros.

A causa del ataque, Madduwatta recibe apoyo de Tudhaliya, pues le permite establecerse al interior de su corte y luego le cede la gubernatura del País de Zippasla y del Río Siyanti, dos de sus estados vasallos. La movida fue estratégica, el *hassu* se aseguraba la lealtad de su nuevo vasallo,³⁵⁶ quien no tenía ningún tipo de lazo político con los gobernadores colindantes y seguía siendo acosado y perseguido por Attarissiya. Aunado a ello, el Gran Rey aumenta las fuerzas militares de Madduwatta para asegurar su defensa y frenar el empuje que, en esos momentos, tenía el vecino reino de Arwaza.³⁵⁷ No obstante, y para desgracia de Tudhaliya I/II, su protegido tenía ambiciones propias que rápidamente le llevaron a violar las condiciones establecidas por su señor “padre”. La traición de Madduwatta consistió en la ilegal adjudicación de territorios contiguos, súbditos de Hatti, alentó la rebelión de los vasallos inconformes, engañó a los contingentes militares para emboscarlos y restar sus fuerzas, entabla una alianza matrimonial con la hija del rey enemigo, Kupanta-Kurunta de Arzawa y, para rematar, el ahora conjurador se reconcilia con sus antiguos enemigos, los aqueos, para que juntos asesten un golpe bajo a los hititas.³⁵⁸ De esta forma, y hasta su muerte, Madduwatta se hace con el País de Alashiya [=Chipre] y mantiene su alianza con la potencia griega.

³⁵⁶ Cuyas obligaciones son claras: “Cualquiera que sea un enemigo para el padre de Mi Sol y para el País de Hatti debe ser un enemigo también para ti, Madduwatta. Y como yo, el padre de Mi Sol, lucharé resueltamente contra él, tú también le combatirás resueltamente, Madduwatta, y tus hijos igual”. Estas fórmulas fueron constantes en las relaciones de dependencia de los siguientes reyes hititas. Cfr. AhT 3, CHT 147 en Bryce, *El reino...*, p. 170.

³⁵⁷ El Reino de Arzawa, ubicado en la Anatolia occidental, tenía como núcleo poblacional a los luvitas. Las Cartas de Tell el-Amarna revelan la intensa correspondencia entre Amenhotep III y los reyes de Arzawa, quienes eran reconocidos como “hermanos” y las alianzas fueron selladas con matrimonios entre la nobleza, *vid* Pérez Largacha, *op. cit.*, pp. 286-287 y 293.

³⁵⁸ AhT 3, CHT 147, 1-3: “Attarissiya, el gobernante de Ahhiya, te expulsó de tus tierras, Madduwatta. Luego te acosó y siguió cazándote. Y él continuó buscando la terrible muerte para ti, Madduwatta, él pudo haberte matado pero tú, Madduwatta, huiste hacia tu padre, mi Majestad, y mi Majestad, tu padre, te salvó de la muerte. [...] Mi Majestad te protegió junto con tus esposas, tus hijos, tu ejército y tus carros [...] y mi Majestad te alimentó cuando tenías hambre”. El documento, originalmente, se había datado durante el reinado de Tudhaliya IV y su hijo Arnuwanda III, a finales del Reino Nuevo hitita, pero después, fue reasignado a los inicios, durante el periodo de los primeros reyes con esos mismos nombres. La justificación obedece a criterios lingüísticos, *vid* Bryce, *El reino...*, p. 168-169 y 458.

Meses después, la soberanía de Tudhaliya I/II será nuevamente puesta a prueba. Un considerable grupo de estados vasallos e independientes al oeste de Hatti lanzarán una afrenta para ganar territorio a expensas del Gran Rey. Por desgracia, poco se conoce de este conflicto, sólo que después de un largo desgaste, Tudhaliya I/II termina por imponerse y se lleva a Hattusas un rico botín de guerra. Precisamente, como parte de éste, se encontró en 1991 una espada de bronce, cuya inscripción en acadio –la lengua franca de la época- reza: “Cuando Tudhaliya, el Gran Rey, destruyó el país de Assuwa, dedicó estas espadas al dios de la tormenta, su señor”.³⁵⁹ La manufactura del arma es casi indiscutiblemente micénica y el hecho de que se encontrara en Hattusas, haciendo referencia a este conflicto, ha dado pauta a dos hipótesis generales: o los griegos combatieron en calidad de aliados y “hermanos” de los hititas, o, en cambio, apoyaron la revuelta en busca de un beneficio.³⁶⁰

Fuese de una u otra forma, el registro sobre los Ahhiyawa se diluye por completo. No sabemos si el reconocimiento de “iguales” se mantiene o si, por el contrario, los aqueos se convierten en serios enemigos. Con todo, su regreso se marca a propósito una nueva rebelión en el reconquistado territorio de Arzawa, encabezada por Uhhaziti y su hijo, Piyama-Kurunta, y que fue ganando fuerza al unírseles otros vasallos y la estrecha colaboración de los poderosos reyes de Ahhiyawa y Egipto. El conflicto duró bastante tiempo hasta que terminó con la definitiva sumisión de Arzawa: cerca de sesenta y cinco mil de sus habitantes son trasladados a Hatti en calidad de prisioneros y repartió el territorio entre el resto de los vasallos que habían permanecido fieles. Si los datos son correctos, entonces el antiguo reino debió quedar casi enteramente despoblado y privado de sus conexiones geopolíticas; hecho que resulta probable ya que ésta será la última mención de Arzawa. De este enmarañado aprieto, destacamos la participación de la corte de Ahhiyawa, quienes alojaron “en las islas”, en calidad de huéspedes, a Uhhaziti y sus seguidores en numerosas ocasiones, protegiéndolos a pesar de las advertencias del Gran Rey, Mursilli II, sobre lo que ello implicaría. Ante la negativa del entonces *wánax*, las fuerzas del *hassu* destruyeron el País de Millawanda/Mileto.³⁶¹

³⁵⁹ Cline, *La Guerra...*, p. 91.

³⁶⁰ Cline, *La Guerra...*, p. 92.

³⁶¹ AhT 1A=1B *Annals of Mursilli II* CTH 61, 25.

Pocos años después, durante el reinado de Muwatalli II, a comienzos del siglo XIII a. C., fue recibida una carta enviada por el rey de Ahhiyawa. Aunque no poseemos el documento original, sí contamos con la traducción al hitita de su contenido. El tema principal era la propiedad de un grupo de islas al frente de la costa egea de Anatolia que, parece ser, estaban dentro de la jurisdicción aquea pero fueron arrebatadas por un Gran Rey anterior –Mursilli II o Shuppiluliuma I-. Pese al daño de la carta, se alcanza a vislumbrar la realización de un pacto matrimonial entre el bisabuelo del *wánax* de Ahhiyawa y una princesa de Arzawa, años antes del enfrentamiento contra Tudhaliya I/II, las islas fueron transferidas por el rey de Arzawa al de Ahhiyawa como parte de la dote. Aunque los hititas reclamaron toda dominación de los territorios vencidos, el bisnieto del *wánax*, y ahora rey, pretendía apelar a la diplomacia para hacerle entender al *hassu* que esos territorios ya habían cambiado de jurisdicción en el momento mismo en que empezó la lucha con Arzawa.³⁶²

La ausencia de menciones y enfrentamientos entre Ahhiyawa y Hatti, así como el buen trato de las formas presentes en la carta, parecen indicar que entre ambos soberanos había cierta concordia y tal vez hasta “reconocimientos” mutuos. La petición del *wánax* debió emanar a propósito de una estabilidad entre sus relaciones; el papel que sus antepasados habían jugado en contra del Gran Rey seguramente frenó siquiera la posibilidad que, de forma amable, le fuera solicitado al *hassu* consultar la demanda.

Con todo, hacia mediados del siglo XIII a. C., el Gran Rey, Tudhaliya IV, entra en conflicto con Shausha-muwa, soberano asirio. Entre ellos había ciertos parentescos consanguíneos y, por tanto, el trono de Hatti corría peligro por una amenazante usurpación. En aras de dirimir las fuerzas de sus enemigos, Tudhaliya IV solicita de favor a sus “hermanos” que suspendan sus relaciones comerciales con Asiria. Desgraciadamente para él, únicamente los griegos se niegan y a iniciativa del *wánax* en turno persisten los negocios sin aparente gesto dubitativo. Este escenario justamente es el que explica la erosión en una de las tablillas de Hattusas a propósito de la petición:

³⁶² AhT 6, CTH 183 en Cline, *La Guerra...*, p. 92-94.

Y los reyes que son mis iguales en rango son el Rey de Miizrii [=Egipto], el Rey de Kuraanduniaš [=Babilonia], el Rey de Aššur [=Asiria], y el rey de Ahhiyawa. Si el Rey de Egipto es amigo de mi Majestad, él debería ser tu amigo. Pero quien sea enemigo de mi Majestad, él deberá ser tu enemigo. Desde que el Rey de Asiria es enemigo de mi Majestad, él deberá, entonces, ser tu enemigo. Tus mercantes no deberán ir a Asiria, y tú deberás prohibirle a sus mercantes que entren a tus tierras, él no deberá pasar por tus dominios. Pero si él entra en tu reino, atrápalo y mándalo a mi Majestad [=Tudhaliya IV].³⁶³

El nombre del rey de Ahhiyawa aparece borrado de la lista debido a su negativa ante lo demandado por su “hermano”. Y en esa línea, poco tiempo después, la misma prohibición comercial se lanza ahora hacia el *wanax*: “No deberás permitir la entrada de ningún barco de Ahhiyawa (al igual que al rey de Asiria)”.³⁶⁴ Aunque los hititas nunca fueron tan centralistas como los egipcios, si una potencia recientemente emergente amenazaba sus fronteras y estabilidad, no dudaban en mostrarse excluyentes. Con esto, además, podemos darnos cuenta del motivo por el cual el nombre del faraón nunca fue borrado de los documentos oficiales: enemigo indirectamente declarado, pero cuya historia milenaria, junto a los extensos dominios de su reino y el amplio despliegue de recursos del cual era capaz, impedían que los soberanos de Hatti se precipitaran a desconocerlos abiertamente.

La postura ante los aqueos, sin embargo, fue totalmente contraria al caso egipcio. Pese al poderío sobre el Egeo, no poseían las credenciales históricas de las que sí se jactaba la familia milenaria del faraón. Además, la constante volubilidad de las alianzas con Ahhiyawa traía más conflictos que beneficios. Por estas razones, suponemos que los hititas se rindieron a sus pretensiones de paz y los aqueos son declarados enemigos definitivos y, en consecuencia, relegados de la condición de hermanos.

Durante todo el siglo XIII a. C. la autoridad del soberano hitita va decreciendo notablemente; numerosos estados “vasallos” forman frentes comunes para sacudirse el yugo, ayudados, además, por instancias más fuertes e independientes. En el continente griego se localizaron sellos de oro y materiales preciosos de procedencia casita, asiria, chipriota y egipcia.³⁶⁵ Estos objetos seguramente llegaron en calidad de presentes de

³⁶³ AhT 2, CTH 105, 13.

³⁶⁴ CTH 105, 15 en Eric H. Cline, “A Possible Hittite Embargo against the Mycenaeans”, en *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Franz Steiner Verlag, no. 1, 1991, p. 5.

³⁶⁵ Doce sellos son de procedencia casita y llevan inscrito el nombre del dios Marduk. Once son de origen asirio, tres de ellos con manufactura chipriota. Uno es propio del reino egipcio y catorce tienen una

reconocimiento e incluso pudieron pactarse alianzas; tengamos en mente que, después de los obsequios dados con Amenhotep III, los griegos pudieron vislumbrar la oportunidad de aliarse con una potencia poderosísima y así, ganar terreno en Asia Menor ante los múltiples conflictos que asediaban al Gran Rey.

Al respecto de lo que hemos venido analizando, no podemos dejar sin mencionar las dos posibles alusiones a Egipto y los egipcios en las tablillas de Lineal B: la primera, *mi-sa-ra-jo*, puede estar relacionada con el término semítico empleado para aludir a Egipto, *Misraim* [o el *Miizrii* hurrita], constatable en los documentos escritos en acadio y proto-sinaítico en Ugarit. La segunda, *ai-ku-pi-ti-jo*, hace eco del posterior *aegyptios*, la derivación del nombre de “Menfis” con que históricamente sería reconocido el reino más grande de África.³⁶⁶ Ambas designaciones se encuentran registradas como el lugar de origen de hermosas copas de oro y plata. Si bien el intercambio de regalos ya llevaba tiempo efectuándose, no debemos perder de vista que estos registros datan de mediados de siglo XIII a. C., es decir, muy cercanas a uno de los acontecimientos más emblemáticos de la Edad de Bronce: la batalla de Kadesh protagonizada por Muwatalli II y Ramsés II. El forjamiento de alianzas, entonces, debió ser sumamente crucial ante el consecuente desgaste de dos de los reinos más poderosos de la época.

Kadesh es el enfrentamiento más famoso, pero no es el único. La atención dirigida hacia el corredor del actual Líbano fue el momento oportuno para nuevas rebeliones en las fronteras de los dominios de Hatti. Entre los disturbios se encuentra el acontecimiento bélico por excelencia del mundo griego: la Guerra de Troya, motivo de cantos y alabanzas sin fin y que por siglos fue tan sólo considerado como fruto de la imaginación de un genio extraordinario. Contrariamente, al interior de la lucha entre aqueos y troyanos convergerán diversos mecanismos de inclusión y exclusión históricos, propios de griegos y orientales.

elaboración mucho más antigua, llegados de Babilonia, pero que se conservaron por su valor material y simbólico, *vid* Delaporte, *op. cit.*, pp. 121-123.

³⁶⁶ KN Db 1105 en Chadwick, “The Mycenaean...”, p. 168 y Gómez Espelósín, *Memorias perdidas...*, p. 72.

4.2.3. La Guerra de Troya: historicidad de contrastes.

Mientras Héctor estuvo vivo y duró la cólera de Aquiles,
la ciudad del soberano Príamo estuvo libre de saqueo.
Pero cuando de los troyanos murieron todos los mejores
y muchos argivos habían sucumbido y sólo quedaban algunos,
y cuando la ciudad de Príamo fue saqueada en el décimo año
y los argivos se marcharon en las naves a su patria,
entonces Posidón y Apolo tuvieron la resolución de asolar los muros.

Homero, *Iliada*, XII. 10-17.

Después del sometimiento de Arzawa, el *hassu* Tudhaliya I/II, traslada cerca de diez mil soldados, seiscientos tiros de caballos y gran parte de la población, junto con sus animales y posesiones, a Hattusas. Además, divide el territorio en pequeños estados vasallos para controlarlos mejor y evitar un nuevo levantamiento. De estas jurisdicciones, sólo sobrevivió intacta la región de Wilusiya, cuyo reino era Taruisa.³⁶⁷ Al igual que *wánax* evolucionó en *ánax*, Wilios/Wilusiya se transformó en Ilión –una asociación que no carece de fundamento, pues hay que tener en mente la existencia de la digamma en las lenguas de origen indoeuropeo-.

Aproximadamente, un siglo y medio más tarde, una carta enviada a Muwatalli II por parte del rey del País del Río Seha, ubicado al sur de la Tróade, alude un ataque hitita en contra de Kukunni, rey de Wilusa: “[Así dice] Manapa-Tarhunta [rey], tu siervo: Di a Su Majestad, mi padre: En este momento todo está bien en el país. Kassu vino aquí y trajo las tropas de Hatti. [Y cuando] volvieron para atacar Wilusa, yo estaba enfermo”.³⁶⁸ No sabemos los motivos del enfrentamiento, pero enseguida y de manera expresa se redacta un tratado de alianza defensiva con Alaksandu de Wilusa, hijo de Kukunni, fechado alrededor de 1280 a. C. Las formas y las obligaciones presentes en el documento nos indican la condición de vasallaje por parte de Alaksandu:

Si tú oyes algunas palabras malvadas sobre rebelión (que impliquen) ya sea a un hombre del País del Río Seha o a un hombre de Arzawa [regiones absorbidas a manos de Shuppiluliuma I] y tú conoces el rumor a tiempo... escribe de ello inmediatamente a Mi Sol... Si yo, Mi Sol, soy requerido al campo de batalla en el país, ya sea desde Karkisa, Masa, Lukka o Warsiyalla [regiones absorbidas a manos de Shuppiluliuma I], entonces tú deberás marchar a mi lado, con soldados y carros. O si yo envío a algún comandante desde

³⁶⁷ *Annals*, 13, 21, 22, 36 en Bryce, *El reino...*, pp. 162-165.

³⁶⁸ Cline, *La Guerra...*, p. 95.

este país para hacer guerra, entonces tú debes presentarte al campo regularmente a su lado [...] También las siguientes campañas de Hattusa son obligatorias para ti: los reyes que son de igual rango que Mi Sol, el Rey de Miizrii [=Egipto], el Rey de Kuraanduniaš [=Babilonia], el Rey de Aššur [=Asiria]: si, consiguientemente, alguno marchase contra mí o si de entre ellos se promoviese rebelión contra Mi Sol, y yo escribiese pidiendo infantería y carros tuyos, deja a la infantería y a los carros venir inmediatamente en mi ayuda [...] Tú protege con benevolencia a Mi Majestad como yo acudí en tu ayuda, y maté a tu enemigo por ti. Si te surge otro enemigo no te abandonaré, igual que ahora no te abandono.³⁶⁹

A juzgar por la actitud del Gran Rey, parece evidente que el enfrentamiento de Wilusa no se dio por un acto de rebeldía de sus “hijos” sino por un agente externo que trató de someterlos. Por desgracia, no se menciona topónimo alguno sobre la identidad de los agresores, aunque, ciertamente, estamos cerca de la cronología adjudicada a las Guerra de Troya comandadas por los míticos Heracles y Agamenón que problematizaremos más adelante. De momento, es preciso señalar que la obligación de los troyanos para con Muwatalli II se presentó a ocasión del gran enfrentamiento de la Edad de Bronce: Kadesh. El Gran Rey movilizó enormes contingentes terrestres para hacer frente a las fuerzas de Ramses II y, justamente, los hititas contaban a los *derden*,³⁷⁰ los posibles dárdanos de Homero, entre sus aliados.

Con todo, la sumisión de Wilusiya causó más conflictos que beneficios. Bajo el mando de Hattusili III, por ejemplo, tenemos una revuelta encabezada por el noble troyano relegado Piyamaradu, quien buscó la forma de destronar al entonces regente de Taruisa, Walmu. El movimiento fue apoyado directamente por el rey de Ahhiyawa. Algunos especialistas identifican al rebelde con el Príamo de Homero y posiblemente exista una efectiva correlación entre ambos. Recordemos que Eneas se encuentra “siempre irritado con Príamo porque no solía honrarlo entre los guerreros”,³⁷¹ al ser descendiente de Anquises Dardánida. La rivalidad entre dos casas reales debió ser un elemento bastante frecuente y aunque la tradición no haya guardado recuerdo específico sobre ello, los conflictos

³⁶⁹ AhT 1 B, CTH 61. II en Bryce, *El reino...*, p. 281 y Wise Bauer, *op. cit.*, pp. 296-297.

³⁷⁰ Los dárdanos descendían de Crisa y Dárdano; provenían de Arcadia, huían del diluvio sucedido en la región hasta que logran establecerse en Troya. Fundan la ciudad, demarcan los límites y construyen templos a los Olímpicos para resguardar los objetos sagrados con los cuales parten del continente en aras de garantizar la protección de los dioses *vid Saco de Troya*, Fragmento 1= Dionisio de Halicarnaso, *Arqueología romana*, I. lxviii. 2 y Homero, *Iliada*, II. 816-819.

³⁷¹ Homero, *Iliada*, XIII. 459-461 y II. 816-819. Héctor mandaba sobre los troyanos, mientras que Eneas conducía a los dardanos.

sucedidos en la frontera y testificados en los documentos hititas pueden, ciertamente, apuntar a ello.

Los enfrentamientos causados por Piyamaradu se extendieron bastante tiempo, hasta el gobierno del siguiente *hassu*, Tudhaliya IV, quien, posiblemente desesperado ante los cada vez más frecuentes conflictos fronterizos, entabla lazos matrimoniales con la familia del *wánax* o *lawagetas* de Ahhiyawa, Tawagalawa, e inmediatamente los vuelven a reconocer como “hermanos” en aras de solicitar su cooperación para dejar fuera de escena al rebelde Piyamaradu.³⁷² La insistencia y las acciones hititas por reestablecer a Walmu probablemente se debieron a la fidelidad que éste demostraba hacia el Gran Rey y, en línea con ello, estaría la causa de su deposición y la negativa de los griegos aun con la renovación de su alianza a través del pacto matrimonial. En efecto, los aqueos hicieron caso omiso de las peticiones hititas de paz; y, en su lugar, protegieron a los rebeldes aliados de Piyamaradu, dándoles asilo en Millawanda –que fungió como base de operaciones- y en las “islas”. Si los sucesos hubiesen acaecido ochenta o setenta años antes, los aqueos no se habrían mostrado reticentes a las peticiones ya que el Imperio de Shuppiluliuma era muy fuerte y, en paralelo, los aqueos aun no consolidaban sus bases en Asia Menor. Hacia la segunda mitad del siglo XIII a. C., sin embargo, los tiempos habían cambiado para beneficio de los griegos. La inestabilidad del poder central de Hattusas quedaba reflejada en las rebeliones de sus fronteras y en escisiones significativas, como la separación del país de Lukka,³⁷³ los probables “licios” de Homero y uno de los principales aliados de los troyanos en el conflicto que narran los poetas.

³⁷² “Kuwalanaziti guarda los documentos que yo hice para Walmu. Ahora mira, él los está llevando para ti, hijo mío. ¡Examínalos! Ahora, hijo mío, mientras que tú protejas el bienestar de Mi Sol, yo, Mi Sol, confiaré en tu buena voluntad. Ahora, hijo mío, envíame a Walmu y lo instalaré como rey otra vez en Wilusa. E igual que anteriormente era el rey de Wilusa, permite que lo sea nuevamente”. Cfr. KUB XIX 55 y XLVIII 90, en Bryce, *El reino...*, p. 380-381. El autor afirma que el “hijo mío” respondía al lazo familiar previamente establecido. Y además, menciona los estudios filológicos que se han realizado en aras de corroborar la asociación de Tawagalawa con el nombre micénico *E-tewo-ke-le-we*, el Eteocles de la tradición.

³⁷³ Siebler, *op. cit.*, pp. 103-105 y 111 y Pérez Largacha, *op. cit.*, p. 289. El componente étnico de los lukka era el luvita. Desconocemos si llegaron a constituir un reino, ya que no figuran ni reyes ni tratados con estas comunidades. En ocasiones, eran nombrados como *hapiru*, uno de los términos por excelencia utilizados para referirse a aquellas poblaciones marginales de Anatolia que no tenían una estructura monárquica ni un centro de poder; dedicados, por ello, a la rapiña y la destrucción. En una de las cartas de Tell el-Amarna, el rey de Alashiya [=Chipre] se quejaba con Akhnaton de la presencia de piratas lukka y, para tiempos de Ramsés III, los lukka figuran como uno de los Pueblos del Mar.

La resolución del conflicto es bastante escabrosa ante el estado de las fuentes. Aunado a ello, podemos suponer que a causa de las constantes rebeliones en el oeste, muy cerca de Hattusas, los hititas decidieran darle prioridad a esta zona y permitiendo el triunfo de la rebelión de Piyamaradu y su, ahora “hermano”, el rey de Ahhiyawa. Ahora, ante la aparente concordia entre ambos, ¿podemos hablar de un serio enfrentamiento que constituyera el fondo de la Guerra de Troya? Por un lado, las razones podrían ser diversas y más si tenemos en cuenta la actitud ambiciosa de los griegos que los orilló, en un primer momento, a alentar las rebeliones de pueblos anatolios para buscar un beneficio. Por otro, debido a que ningún documento hasta el momento nombra la lucha,³⁷⁴ se ha descartado del todo su existencia en favor de las hipótesis sobre préstamos de cantos orientales que fungieran como base de los poemas homéricos.³⁷⁵ No obstante, se deja de lado la apuntada situación política de hititas y egipcios a mediados y finales del siglo XIII a. C.: unos sufriendo por constantes levantamientos fronterizos en cada costado y los otros, lidiando con la cada vez más creciente invasión de los Pueblos del Mar. Además, no hay que descartar la finalidad de estos documentos, estrechamente ligada a los intereses y la participación de sus gobernantes... la simple curiosidad no podría registrar un conflicto extranjero al cual no sumaron sus fuerzas.

Los trabajos arqueológicos descubrieron la presencia de dos grandes catástrofes que acabaron con dos estratos históricos de la ciudadela troyana. En primer lugar, hacia el 1300 a. C., algunos bloques de la superestructura de la Troya VIIh cayeron junto con algunas habitaciones del palacio. El amor de Schliemann interpretó esto como la gran Guerra de Troya, pero años más tarde, el connotado arqueólogo Carl Blegen lo adjudicó a un fuerte terremoto, puesto que el palacio no presentaba ni restos de ataques ni incendios o saqueos. Ahora bien, los recientes descubrimientos mencionados, liderados por el alemán Manfred

³⁷⁴ Los estudios de Calvert Watkins han sugerido la presencia de un prototipo anatólico de la *Iliada* en dos versos de un texto ritual hitita escritos en luvita: “Y cantan cuando vinieron de la escarpada Wilusa”, un lenguaje que recuerda bastante al epíteto de “la escarpada Ilión”. El segundo verso reza “Cuando el hombre vino de la escarpada Wilusa”. Desafortunadamente, la escasez del hallazgo no permiten justificar la existencia de lo que él llamó, una “Wilusiada”. Cfr. Cline, *La Guerra...*, p. 101-102. Bryce, *El reino...*, p. 441.

³⁷⁵ Gómez Espelósín, *Historia...*, p. 46. La hipótesis en torno a la Guerra de Troya como invención literaria, sostiene que a partir de elementos históricos recordados de la época, tales como la fama de una esplendorosa Micenas y un próspero reino en Ilión con el que se mantenían relaciones desde hace muchísimos años, en conjunción con el enriquecimiento narrativo brindado por todos aquellos relatos orientales sobre guerras gloriosas, se “inventaría” la fastuosa empresa aquea hacia Ilión.

Korfmann, no sólo extendieron las dimensiones del reino, sino que comprobaron la existencia de avanzados sistemas defensivos en el puerto de Hissarlik, en la costa de Besika, que controlaría el paso del estrecho.³⁷⁶ En ese sentido, la justificación de invasión en aras de apoderarse del emplazamiento está bastante fundamentada; empero, ¿qué nos cuenta la tradición?

Los griegos hacían énfasis en la expedición a manos de Agamenón de Micenas y, sin embargo, ello no borró el eco de una incursión precedente a manos de Heracles en contra del rey Laomedonte. Si partimos de Homero, todo comienza a raíz de los trabajos de fortificación en Ilión encargados a los dioses Posidón y Apolo y, una vez terminada su tarea, Laomedonte se niega a “pagar el precio estipulado”. La ira del Agitador de la Tierra era comprensible y para hacer pagar el insulto, envía un monstruo marino que asola la región; por su parte, Apolo lanza una peste contra los troyanos.³⁷⁷ A causa de la yuxtaposición de épocas, este hecho se asoció como un claro reflejo de la condición de los *thetes* de época oscura, pero independientemente del giro interpretativo, lo que nos interesa es que el hecho sobrevivió. Ante la desgracia, Heracles ofrece su ayuda a Laomedonte a cambio del obsequio de dos caballos inmortales y de estirpe divina. Como es de esperarse, el hijo de Anfitríon arremete contra la bestia marina y logra vencerla, pero, nuevamente, el rey se niega a cumplir el acuerdo. La venganza no tarda en llegar, Heracles reúne un poderoso contingente compuesto por los guerreros aqueos más connotados del momento y logran saquear la ciudadela de Troya.

En este resumen del mito podemos destacar, al menos, tres cuestiones fácticas: primeramente, el monstruo marino de Posidón representaría las enormes olas que asolarían la región ante los movimientos sísmicos señalados por Blegen. En el siglo XIV a. C. la línea costera se encontraba mucho más cerca de la ciudadela que en la actualidad y, por ello, un terremoto de intensas magnitudes bien pudo provocar el salvaje movimiento del

³⁷⁶ Moreau, *op. cit.*, pp. 110-111. La ciudadela estaba emplazada en una acrópolis de más de veinte mil metros cuadrados y estaba sólidamente fortificada. El núcleo de los habitantes campesinos se encontraba en las faldas y abarcó cerca de 200 mil metros cuadrados. Una segunda muralla y un doble foso era la protección que en conjunto tenía el reino de Ilión.

³⁷⁷ Homero, *Iliada*, XX. 145-148 y V. 642. Hesíone, hija de Laomedonte, iba a ser devorada por el monstruo marino y, por ello, el rey promete los caballos de inmortales de Tros.

oleaje hasta constituir auténticos maremotos; no debemos olvidar que Posidón, además, era el dios que “hacía temblar la tierra”. Aunado a ello, no dejemos de lado que este tipo de catástrofes suelen ser el perfecto caldo de cultivo para enfermedades virales atribuidas antiguamente a Apolo.³⁷⁸ En segundo lugar, el presente prometido por Laomedonte es una clara referencia al don-contradón cuyos valores contractuales tienen validez tanto al interior de las estructuras palaciegas aqueas como en la diplomacia entre noblezas extranjeras; como hemos visto, las faltas a estos usos generalizados podían ser motivo de serios conflictos. Y, en tercer lugar, los animales ofrecidos por el rey de Troya son corceles con linaje divino, uno de los regalos por antonomasia de la Edad de Bronce en cualquiera de las latitudes orientales y cuya sacralidad apuntamos en el capítulo anterior.

La versión transmitida por Homero está en gran parte modelada por la figura de los *thetes* y la perfecta constitución de los dioses; aunque desconocemos la “versión aquea” de Posidón y Apolo, al menos podemos asegurar la presencia de fuerzas divinas de antaño capaces de mover la tierra, provocar oleajes y mandar pestes como motivo de “castigo” hacia quienes habían osado trasgredir las costumbres nobiliarias. En ese sentido y, dicho de otra forma, la expedición comandada por Heracles históricamente estuvo enmarcada por los estragos sufridos en Ilión, recordados a su manera por la tradición y comprobados por la arqueología. A partir de estos datos, interpretamos que, tanto la debilidad de Troya como la lejanía de las fuerzas hititas, animaron a los griegos del continente a organizar, de menos, una expedición de saqueo.³⁷⁹ Independientemente de la veracidad en torno a la violación de los códigos de conducta por parte del “otro”, ya se anota un claro elemento de contraste que definirá el “ser” de ciertos extranjeros en contraposición con el “ser” de los nobles aqueos.

De esta forma, tres generaciones más tarde, Agamenón de Micenas comandaría un segundo ataque a causa del rapto de Helena de Esparta. Justamente, un elemento presente

³⁷⁸ Moreau, *op. cit.*, pp. 107-108.

³⁷⁹ E. Cline y T. Bryce reconstruyen los sucesos acaecidos en la región de Wilusa en aras de fundamentar los intereses de hititas y aqueos sobre el reino de Troya. Ambos encuadran al menos tres guerras libradas en la zona a lo largo de los siglos XV-XIII a. C.: el conflicto de Arzawa que arrastró a Wilusiya e involucró la ayuda indirecta de los aqueos durante el reinado de Tudhaliya I/II en *supra*, p. 164. El conflicto de Kukunni, vasallo del Gran Rey y regente de Wilusa, donde posiblemente se imbricó el mítico saqueo de Heracles, *vid supra*, p. 167-168. Así como la nueva usurpación encabezada por Piyamaradu en contra del regente Walmu en *supra*, p. 169-169. Cfr. Trevor Bryce, *The Trojans and their Neighbours*, Nueva York, Routledge, Taylor & Francis Group, 2006, p. 109-111, *El reino...*, p. 162-165 y 278-283 y Cline, *La Guerra...*, p. 84-86.

dentro de la ideología de las realezas del Bronce Reciente –y que vemos repetido en ambos acontecimientos- es el de la guerra con un fuerte componente ordálico. La violación de juramentos, el incumplimiento de obligaciones religiosas o bien, el cuestionamiento del orden del mundo defendido y mantenido por la élite dirigente, atraía un castigo sobre los infractores aprobado y/o motivado por las divinidades. En el ámbito exterior, la superioridad de los dioses defensores de la causa violada triunfaría sobre aquellos protectores de los violadores de pactos.³⁸⁰

En línea con lo anterior, la tradición nos presenta dioses iracundos y torpes apoyando al bando troyano. Aun con la perfecta delimitación de las divinidades homéricas, podemos señalar a Ares como una de las entidades que, con mayor certeza, conserva características aqueas. El hijo de Zeus y Hera no sólo es un dios de la guerra, sino que lo es también del desenfreno, la ira y la total irracionalidad que identifican al combatiente imprudente en pleno campo de batalla. Uno de sus epítetos es “Enialios” y una diosa vinculada a él es “Enio”: deidades cuyo origen posiblemente provenga de la época de los palacios al tener constancia de ambos nombres en las tablillas de Pilos.³⁸¹ Desde antiguo, estas tres figuras estuvieron asociadas al descontrol en el campo de batalla y no debe ser casual que aparezcan protegiendo a los transgresores de juramentos. Precisamente, el veleidoso y malnacido Ares se comporta igual que los humanos que resguarda: Atenea se queja enfurecida de que, en un primer momento, le había prometido ayudar a los guerreros aqueos para que al final, cambiara de capa descaradamente.³⁸²

No perdamos de vista que los juramentos constituían un verdadero compromiso sagrado entre dos partes que, voluntariamente, se sometían a cumplirlo y respetarlo. Desde los orígenes de los pueblos primitivos existen historias que narran el advenimiento de usos y costumbres, así como de los castigos en que incurren aquellos personajes que osan

³⁸⁰ Pérez Largacha, *op. cit.*, p. 276.

³⁸¹ Francisco Javier Pérez en Homero, *Iliada*, pp. 1122-1123, notas 107 y 117, Homero, *Iliada*, V. 330-33, 590-595 y XV. 603-617.

³⁸² Homero, *Iliada*, V. 825-834 y XXI. 412-414. El temperamento inconstante de Ares Enilao y su incumplimiento a los pactos simboliza perfectamente la inestabilidad de la realidad, la fuerza que permanentemente saca de control al *statu quo*, pero que es necesaria, si no “el orden” no tendría razón de ser. Las naturalezas opuestas como medio de aprehender la realidad son comunes en el pensamiento mitológico. Cfr. Canfora, *op. cit.*, pp. 22-23.

rebelarse o incumplir con ello y, en esos casos, los actos se convertían en verdaderos sacrilegios que exigían ser depurados, demandando el restablecimiento de los escenarios que, previamente a las faltas, habían sido reconocidos por las divinidades:³⁸³ “¡Zeus soberano! [...] Haz sucumbir al divino Alejandro, para que los hombres venideros se estremezcan de hacer mal al que aloje a un huésped y le ofrezca amistad”.³⁸⁴

Las faltas religiosas, precisamente, servirán como elemento de contraste entre aqueos y troyanos. En efecto, los infractores casi siempre son los enemigos y, por ello, Menelao exige que sea Príamo quien sancione el juramento ante el duelo individual que tendrá con Paris, porque sus hijos son “insolentes y desleales”.³⁸⁵ Por su parte, el más respetado de los enemigos, el Priamida Héctor, llega a sucumbir ante su arrogancia y abiertamente descalifica el certero augurio enunciado por el adivino Polidamante; como consecuencia de ello, no puede escapar del combate ante Aquiles y que concluirá con su inevitable muerte. Efectivamente, Héctor está obligado a asumir el castigo de su insolencia al haber desacreditado las advertencias que las divinidades habían colocado en boca del respetado hijo de Páanto.³⁸⁶

Y, por supuesto, no podríamos dejar sin aludir a Paris Alejandro, el cobarde por excelencia del bando troyano. Al respecto resulta interesante traer a colación la conformación física del personaje: su femineidad y delicadeza no son propias de un guerrero que se desvive en la lucha y, a ello, se le suma su semblante extravagante cuando se atreve a presentarse en el combate, cubierto con pieles, un arco y flechas... todo esto, claramente, desemboca como la idónea naturaleza del “otro” despreciable. Ahora bien, estos aspectos señalados son propios de épocas posteriores, de cuando el valor y el extranjero eran vistos con tintes exóticos; ya hemos mencionado cómo muchas características propias de Paris las compartían los guerreros del periodo palaciego.

³⁸³ Pérez Largacha, *op. cit.*, pp. 293 y 276 y Nilsson, *op. cit.*, pp. 78-80.

³⁸⁴ Homero, *Iliada*, III. 351-354.

³⁸⁵ Homero, *Iliada*, III. 58-75, 94, 252, 256, 264-301; IV. 234-239; V. 70-71 y XXII. 260-267. El duelo entre Alejandro y Menelao se trasluciría en amistad y lealtad por parte de toda la hueste, recordando así el peso de las autoridades respecto al establecimiento de alianzas. En el ritual, el Atrida corta unos pelos de las cabezas de los corderos, mismos que son repartidos entre los dirigentes de ambos bandos y juran ante Zeus que el primero en “violiar los juramentos sea sometido”... pero el troyano lo incumple. De esta forma, a lo largo del poema, son los extranjeros quienes faltarán constantemente a su palabra.

³⁸⁶ Homero, *Iliada*, XII. 230-250 y XXII. 37-130.

Entonces, ¿existe un contraste a partir de lo “correcto” por parte de los griegos aqueos? Sí, y precisamente se constituye por la violación de juramentos. Héctor insulta atropelladamente a su hermano, en numerosas ocasiones, por ser la causa que llevó a Troya a un conflicto que parece interminable; más que la cobardía, a Héctor le enerva que su hermano transgreda su palabra a la menor oportunidad,³⁸⁷ porque el incumplimiento de un pacto sagrado directamente percibe al “otro” como un ser inferior y vituperable.

Cabe mencionar que los aqueos no escapan a esta debilidad y, sin embargo, se alzan sobre los troyanos al redimir sus faltas y reconocer la ausencia de prudencia o la ofuscación que llenó sus mentes. De esta forma, el máximo dirigente de la expedición acepta haberse equivocado al descalificar los vaticinios de Calcante y que, consecuentemente, lo llevaron a ofender a Aquiles, orillando el combate a muertes innecesarias y en una prolongación del enfrentamiento.³⁸⁸

Las supervivencias luego de la caída de los palacios fueron muchas, y el valor sagrado de los pactos y juramentos fue una de ellas. Las continuidades a este respecto son más claras porque nunca perdieron vigencia, todo lo contrario, se mantuvieron y consecuentemente enriquecieron con los nuevos patrones de conducta y valores de las sociedades del periodo oscuro. De ahí que, al mismo tiempo, nos sea imposible ir más allá de los sentidos originales aqueos.

La tradición estuvo encantada de narrar raptos de mujeres hermosas, pero si sólo el de la hija de Zeus culminó en una guerra impresionante se debe a condiciones históricas que explican perfectamente la expedición hacia el suelo de Ilión. Evidentemente, no sólo la justificación religiosa alentaría la reunión de fuerzas y el desgaste de recursos que implicaría un enfrentamiento hacia ultramar. Debemos tener en consideración el dominio de los mares iniciado desde el siglo XVII a. C. por parte del reino asentado en Wilusiya/Wilusa. La vocación hacia el norte del Mar Egeo no fue motivo de queja por parte de hititas o egipcios, ya que sus zonas de control estaban considerablemente más alejadas.

³⁸⁷ Homero, *Iliada*, III. 21-57 y VI. 280-285.

³⁸⁸ Homero, *Iliada*, I. 106-120 y XIX. 158-160, 260-265.

En cambio, las fuerzas navales y los intereses comerciales, primero de minoicos y luego de aqueos, seguramente chocaron en ciertos momentos. Las alianzas comerciales efectuadas entre los tres se vinieron abajo a causa de los griegos, quienes aprovecharon los desastres naturales que asolaron primero a Creta –con la erupción del volcán de Tera- y luego a Troya –los fuertes terremotos que derribaron parte de sus impresionantes murallas-, en aras de asestar un fuerte golpe a sus “semejantes” y así, hacerse con sus emplazamientos.

La concreción del ataque sobre Troya fue datado por los propios antiguos entre los siglos XIII y XII a. C. Duris de Samos, instruido tirano, fechó la caída en el 1234 a. C. Heródoto fijó la fecha tradicional del 1250 a. C. El médico e historiador Ctesias de Cnido y el ilustre geógrafo Eratóstenes de Cirene, lo hicieron en torno al 1183 a. C. El *Marmor Parium*, una suerte de crónica labrada en mármol, señala el incendio de Troya el 5 de junio de 1209 a. C.³⁸⁹ El recuerdo del conflicto deja de parecer un suceso anecdótico o construido a partir de otras historias cuando comparamos la temporalidad brindada por la arqueología. En efecto, la Troya VIh y la VIIa cayeron en ese rango proporcionado.

De igual manera que el dirigente aqueo, el troyano es admirado porque comparte los mismos códigos de identificación que la nobleza de los palacios. En diversas ocasiones, los paladines griegos temen por el destino del combate, ya que reconocen la pujanza del enemigo. Cuando Néstor intercala “a los cobardes para forzar a cada uno a pelear incluso contra su voluntad”,³⁹⁰ directamente está separando la milicia del círculo que identifica a la nobleza rectora. El innoble como cobarde es un tema que sale a colación en diversas ocasiones y que perfectamente podemos datar en estos momentos a manera de contraste con las noblezas griegas y troyanas, tengamos en cuenta que, en época oscura, la falta de valor en el campo de batalla no sólo desacreditaban al individuo, sino que era motivo perfectamente justificable de expulsión de la comunidad.

Sin embargo, el dinamismo de las identidades orilla a que, en ocasiones precisas, la milicia popular sea incluida intencionalmente en aras de destacar la unidad de las tropas

³⁸⁹ Moreau, *op. cit.*, p. 115.

³⁹⁰ Homero, *Iliada*, IV. 299-300.

aqueas, en contraposición de lo variopinto de las fuerzas troyanas. Las innumerables tribus que aparecen al lado del bando de los Priamidas hablan distintas lenguas, donde los carios y los sintis son calificados como “barbarófonos”. El resto del apoyo hacia Troya va desde aquellos cuyas riquezas son típicas de los reinos aqueos, hasta unidades de menor rango que, por su calidad de sometimiento, estaban obligados a proporcionar recursos humanos para la guerra: licios, tracios, pelasgos, cícones, peonios, paflagonios, halízones, frigios y meonios.³⁹¹ Así surge una contundente separación entre ambas tropas en aras de diferenciar la unidad griega frente al caos enemigo:

Como cuando las olas del mar en resonante playa se elevan una tras otra a impulso de Céfito; que en el ponto se encrespan primero, y luego al romper en la orilla resuenan con fuerza, y contra las rocas se alzan avanzando encorvadas y escupen espuma de mar; así las falanges de dánaos entonces marchaban una tras otra sin parar a la guerra; y órdenes daba a los suyos cada caudillo; en cambio los otros iban callados, y se diría que cuantas huestes los seguían no tenían voz en el pecho, tan en silencio marchaban por miedo a los jefes; y en todos brillaba al marchar el variopinto armamento que vestían. Los troyanos, en cambio, cual infinitas ovejas en el aprisco de un hombre muy rico al ordeñar su blanca leche balan sin cesar al oír el gemido de sus corderos, por el ancho ejército así se alzaba el griterío troyano; pues no era de todos igual el clamor ni en un solo idioma, sino en lenguas mezcladas, pues eran guerreros de muchos lugares. Movía Ares a unos y a otros la ojizarca Atenea.³⁹²

El uso de los símiles no sólo responde a motivos de memorización y embellecimiento poético, sino que también funcionan como refuerzo en la identificación de unos y otros. Si nos pudiéramos objetivar, claramente sólo el ejército profesional tenía los recursos necesarios para armarse con vestiduras de bronce; la hueste, si acaso, tendría una que otra protección pero estaría hecha con materiales de baja calidad y, por ende, muy lejos del bello armamento de sus dirigentes. Y, sin embargo, la milicia popular también es incluida en uno de los epítetos por antonomasia del ejército nobiliario griego: “los aqueos de bronceas grebas”. La materialidad que distingue a la soldadesca que va a pie no sólo es diferente, también ya apuntamos las tildes peyorativas en torno a su carácter voluble y desordenado, pero en esta ocasión se resalta su temple porque la totalidad de las tropas están siendo

³⁹¹ Homero, *Iliada*, II. 129-133, 804, 816-875; *Odisea*, VIII. 294. Pándaro, arquero, hijo de Licaón, mandaba a Zelea. Dos adivinos dirigían Adrestea. Tribus de pelasgos que habitaban Larisa, jefes Hipótoo y Pileo. Acamante y Píroo conducían a los tracios. Eufemo jefe de los cícones. Pirecmes jefe de los peonios, eran arqueros. Pilémes conducía a los paflagonios. Odio y Epístrofo jefes de los halízones. De los misios era Crómide y el augur Énnomo. Frigios por Forcis y Ascanio. Meonios por Mestles y Ántifo. Carios por Nastes, de “bárbara lengua, que poseían Mileto y el monte, de espeso follaje, de los Ftiros”.

³⁹² Homero, *Iliada*, IV. 421-434.

comparadas con el enemigo. Un “otro” que es variopinto, desordenado, irrespetuoso, dirigido por Ares.

Los cretenses fueron los primeros en unirse a la red de intercambios entre las diferentes potencias de Oriente Próximo. Una vez que los griegos lograron conquistar la isla e implantar su dominio en la misma, se sumaron a la hibridez característica de las realezas orientales. La relativa tardanza de los aqueos para constituirse como potencia, a diferencia de lo que le llevo a egipcios e hititas, orilló a que nunca alcanzaran el protagonismo de los más grandes conflictos del Bronce Reciente. Esta situación igualmente explica que no existan contrastes peyorativos entre griegos y extranjeros porque, a diferencia de los albores del siglo V a. C., son los aqueos quienes buscan posicionarse a la par adoptando usos y costumbres externas y comandando una política exterior agresiva, en ningún momento defensiva. Hasta cierto punto, ellos son los “bárbaros” para los orientales, fueron realezas que crecieron para convertirse en motivo de amenaza.

La realidad interior y exterior de los reinos aqueos justificaban el hecho de que simplemente no existían las condiciones para crear un discurso semejante al que observamos en boca de los griegos de época clásica. La nobleza como criterio de contraste, la ideología real presente en todas las civilizaciones, la necesidad de sumarse al mundo ricamente híbrido de oriente junto a la necesidad de ir ganando terreno en la periferia, fueron el caldo de cultivo perfecto para que dirigentes troyanos y aqueos fueran descritos como verdaderos “semejantes”, fueran admirados por la presencia de excelsos guerreros, pero, al mismo tiempo, fueran relativamente relegados como contraste cuando la ocasión poética lo demandara... al fin y al cabo, los troyanos eran enemigos que habían trasgredido un juramento sagrado y los dioses apoyaban las causas justas.

4.3. Apropiaciones identitarias ante la caída de los palacios.

¿Por qué sitios viajaste errabundo? ¿A qué tierras llegaste
y qué pueblos has visto o ciudades de buena vivienda,
ya habitados por hombres malvados, groseros, injustos
o benignos al huésped, con sano temor de los dioses?

Homero, *Iliada*, X. 234-239.

La destrucción y el abandono de los palacios aqueos inician hacia el 1200 a. C., un periodo de transición que introduce la denominada “edad oscura”. Dicho apelativo responde al supuesto carácter miserable que se solía atribuir a la vida y las formas de organización de los sobrevivientes e invasores asentados en el continente. La historiografía moderna trazó un cuadro claramente negativo desde el momento de la desaparición de los reinos hasta el surgimiento de la *polis*. Esta época intermedia fue interpretada en términos de ruptura y discontinuidad con respecto al anterior esplendor material y cultural.³⁹³ Sin embargo, el paso de un periodo a otro, en el vasto territorio heleno, no fue abrupto ni decadente y tampoco uncausal y uniforme. La inestabilidad que afectó a Oriente en general y a los griegos en particular, se prolongó durante más de un siglo, teniendo un sinfín de desarrollos. Con todo, debido a los motivos de la presente investigación, sintetizaremos el proceso a partir de la velocidad de la caída de los reinos y su relación con la evolución de los mecanismos identitarios.

Los reinos inmediatamente destruidos fueron Pilos, Gla y Orcómenos, así como diversos palacios emplazados en las Cícladas y Creta. Los edificios fueron incendiados hasta sus cimientos y las tumbas *tholoi* saqueadas casi en su totalidad en torno a los años 1200 y 1150 a. C.³⁹⁴ Aunque a los dorios se les atribuía la destrucción de la civilización aquea, ciertamente, debieron haberse presentado más condiciones que permitieran el derrumbamiento de estructuras tan organizadas, completas y poderosas. Al respecto, nuevos estudios han propuesto la presencia de fracturas internas acontecidas en diversos campos. Así como las constatadas inconformidades en el seno de la familia real debilitaron al vigoroso reino de Hatti, no sería descabellado que en algunos reinos aqueos sucedieran

³⁹³ Gómez Espelosín, *Memorias perdidas...*, p. 95; *Historia...*, p. 51.

³⁹⁴ Blázquez, *op. cit.*, p. 239.

problemas similares. Las usurpaciones siempre acarrearán problemas a todos los individuos dependientes del reino y más cuando no se concretaban rápidamente. En ese sentido, la nobleza, los pequeños administradores, los artesanos, los sirvientes y campesinos sufrirían fuertes estragos en estas situaciones si tenemos en cuenta que el palacio era la principal fuente de poder y redistribución de recursos.³⁹⁵

La temporalidad de las tablillas de Lineal B no sobrepasa al 1200 a. C. probablemente por la imposibilidad de seguir manteniendo a la clase administrativa.³⁹⁶ Paralelamente, observamos una impresionante diversificación de la artesanía suntuaria – recordemos la uniformidad característica de los siglos precedentes- y, no sólo ello, sino que la calidad material baja y las formas son considerablemente más simples.³⁹⁷ Si tenemos en mente el control absoluto ejercido por el Estado hacia todas las actividades productivas, estas eventualidades señaladas constituyen, entonces, un claro signo de debilitamiento; mismo que, de haberse prolongado, causaría un efecto dominó catastrófico al interior.³⁹⁸ Ahora bien, una vez afectados, los reinos estarían propensos a ataques, siendo el blanco perfecto para los intereses de agentes externos. En estas circunstancias, antes incluso que tribus invasoras, debemos pensar en los vecinos... porque si algo caracterizaba a los griegos eran sus constantes disputas.³⁹⁹ Esta rivalidad nos recuerda al notorio desgaste de época clásica que terminó por minar las fuerzas de las *poleis*, preparando así, el escenario idóneo para que Filipo II saliera beneficiado. En el siglo XII a. C. fueron los estados colindantes y luego los “dorios” quienes terminaron por asestar los golpes de gracia a los reinos mencionados.

³⁹⁵ Dickinson, *op. cit.*, pp. 78-79.

³⁹⁶ Michael Wood, *En busca de la guerra de Troya*, trad. de Silvia Furió, Barcelona, Editorial Planeta, 2013, p. 265. La excepción a la regla sería Pilos, ya que sus últimas tablillas registran un doble asedio, por tierra y por mar, a juzgar por el amplio despliegue de tropas terrestres y navales. Aunadas a las ofrendas en honor de Posidón y Zeus, posiblemente como los actos finales ante el empuje de los invasores. Aunque, claramente, desconocemos los motivos del registro ritual.

³⁹⁷ Blázquez, *op. cit.*, p. 243.

³⁹⁸ Eric H. Cline, *1177 a. C. El año en que la civilización se derrumbó*, trad. de Cecilia Belza, Barcelona, Editorial Planeta, 2015, pp. 154-155. La inestabilidad política provocada por las conjuras en el seno de las familias reales, la consecuente falta de protección en los campos y talleres artesanales, junto a la deserción de pobladores también aquejó a los orientales en estos mismos años.

³⁹⁹ Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, Epítome, VI. 12-14. Peleo es expulsado del reino de Ftía por los hijos de Acasto, Arcandro y Arquíteles. La edad termina por consumir al anciano padre de Aquiles y su nieto, Neoptólemo, se ve envuelto en una situación similar a la de Odiseo, Telémaco y Orestes. Tras varias luchas, logra destruir a los enemigos de su abuelo y recuperar el palacio de Ftía.

Los centros de poder que resistieron durante más tiempo los estragos fueron Tebas, Volos, Micenas y Tirinto. Seguramente, también debieron lidiar con conflictos internos de diversa índole, no obstante, los gravámenes no impidieron la defensa hacia enemigos externos. De hecho, sus ciudadelas muestran reconstrucciones y ampliaciones de murallas, fosos y puertas de entrada; mismas que, aunadas a una lógica estabilidad, les regalaron unas décadas más de vida. Por una parte, podemos destacar el caso de los tirintios,⁴⁰⁰ quienes fundan un conglomerado urbano a extramuros y su población, sorprendentemente, se duplica. El nuevo recinto era monumentalmente más modesto, pero su artesanía suntuaria nada envidiaba la de antaño y, aunque la prosperidad sólo perduró cuarenta años,⁴⁰¹ en estos momentos se convirtieron en el reino más poderoso del continente. Por otra parte, la morada de Agamenón se mantuvo en pie hasta el 1100 a. C. y, curiosamente, los signos de invasión quedan eclipsados frente a los de empobrecimiento material.⁴⁰² A razón de ello, no sería raro que la soberanía se desmoronara: el *wánax* y el *lawagetas* serían víctimas de conspiraciones o bien, mutuamente se aniquilarían, como bien se nos retrata en el asesinato del Atrida a manos de su segundo al mando, Egisto.⁴⁰³ Estos enfrentamientos y carencias internas terminaron por minar al reino más opulento del continente.

El especialista estadounidense Eric Cline concluye que durante estos convulsos tiempos, las víctimas son, al mismo tiempo, victimarios. Desertores y aventureros griegos se suman a las filas de las tribus invasoras para, a su vez, violentamente asentarse o simplemente agredir otros territorios en busca de un cuantioso botín. Al respecto de la primera eventualidad destaca la isla de Chipre: el antiguo reino de Alashiya es atacado por los aqueos y se establecen a las faldas de sus ruinas. Las continuidades no sólo se reflejaron

⁴⁰⁰ Blázquez, *op. cit.*, p. 239 y Wood, *op. cit.*, pp. 260-261, 264 y 277. Tirinto parece haber sufrido destrozos importantes a causa de un sismo que sacudió la ciudadela y derribó parte de sus murallas. Estos movimientos y los que azotaron a Troya no estuvieron aislados entre sí; la zona del Egeo ha sido propensa a terremotos por situarse en medio de la unión de la placa africana-euroasiática. Los palacios vecinos como Micenas y Araxos sufrirían daños menores pero importantes para la defensa de sus territorios.

⁴⁰¹ El lugar es violentamente agredido y posteriormente abandonado. Cfr. Jan Paul Crielaard, "The 'Wanax to Basileus Model' Reconsidered: Authority and Ideology After the Collapse of the Mycenaean Palaces", en *The "Dark Ages" Revisited. Acts an International Symposium in Memory of William D. E. Coulson*, Tesalia, University of Thessaly Press, vol. 1, 14-17 de junio de 2007, p. 88.

⁴⁰² Dickinson, *op. cit.*, p. 119. Aunque no desaparecen de manera abrupta, las armas y la cerámica disminuyen considerablemente su calidad y cantidad hasta que, definitivamente, dejan de producirse.

⁴⁰³ Homero, *Odisea*, III. 303-304; IV. 528-537 y 542-547.

en las nuevas edificaciones y en las inscripciones en arcadio-chipriota,⁴⁰⁴ sino que extendieron sus horizontes implantando la ideología del *wánax* y el entramado de mecanismos identitarios a su alrededor. En torno a la segunda circunstancia, resalta el falso relato de Odiseo: en aras de hacerse pasar por un noble cretense caído en desgracia inventa una historia personal que debía tener alto grado de veracidad. El contenido del pasaje relata un típico declive palaciego:

Mas todo [el próspero palacio] devastó Zeus el Cronión –eso quiso, sin duda-: él me incitó a ir con unos piratas muy vagabundos a Egipto, un largo camino, para que yo pereciera; y en el río Egipto detuve las naves de dos curvaturas. Entonces, cierto, yo ordenaba a mis compañeros queridos junto a las naves quedarse, allí mismo, y cuidar de las naves, y envíe exploradores que fueran a hacer unas rondas; mas éstos, a su insolencia cediendo, siguiendo su impulso, muy prestos, los bellísimos campos de los hombres egipcios asolaban, raptaban mujeres e hijos pequeños, y a los hombres mataban; pronto a la urbe llegó el griterío. Los de la urbe, oyendo el clamor, al mostrarse la aurora llegaron, y la llanura toda llenose de peones y carros, y del fulgor del bronce.⁴⁰⁵

Los falsos compañeros del cretense Odiseo son derrotados por las fuerzas faraónicas y obligados a trabajar las tierras en calidad de sometidos de manera similar a lo relatado por las fuentes egipcias. Precisamente, una de las hipótesis en torno al destino de los aqueos es su integración a los llamados “Pueblos del Mar”⁴⁰⁶: tribus concedoras de las artes navales que asediaron el Delta y registradas en la “estela de la victoria” de Merneptah, en Karnak. Del conglomerado, hay quienes débilmente identifican a los *ekwesh* y los *denyen* con los “aqueos” y “dánaos” de Homero,⁴⁰⁷ pero debido al fin propagandístico del escrito, seguramente no se prestó atención a las semejanzas y diferencias de los invasores ya que el objetivo era magnificar la figura del faraón y parangonarla con la de sus precedentes. Con todo, al menos podemos asegurar que la inestabilidad de muchas entidades políticas animó la deserción y consecuente integración a las tribus errantes.

⁴⁰⁴ Cline, *1177 a. C....*, p. 33-45, Gómez Espelósín, *Memorias perdidas...*, pp. 102-104; *Historia...*, p. 52 y Wood, *op. cit.*, p. 272. Teucro, el hijo de Telamón, fue hasta Chipre, donde fundó Salamina; Agapenor, el dirigente de los arcadios fundó Pafos en Chipre; Antíloco, hijo de Anfiarao, marchó a Panfilia y Cilicia y funda Malos, el adivino Mopso funda otra Malos en Siria Palestina, *vid* Higino, *Fábulas mitológicas*, VIII. 6. Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, III. xiv. 3. Estrabón, *Geografía*, XIV. v. 6 y Pausanias, *Descripción de Grecia*, I. xxxiv. 3.

⁴⁰⁵ Homero, *Odisea*, XVII. 424-437.

⁴⁰⁶ Burkert, *op. cit.*, p. 32. “Los Pueblos del Mar” fue un tópico introducido por el egiptólogo francés Gaston Maspero a finales del siglo XIX a raíz de las interpretaciones en torno a las invasiones registradas por los documentos egipcios, quienes se ven afectados por pueblos provenientes del “Gran Verde” [=Mediterráneo] o “de las islas”; a quienes se les atribuía la causa del declive de todas las entidades orientales.

⁴⁰⁷ Gómez Espelósín, *Memorias perdidas...*, pp. 97-99. La asociación no es concluyente porque como característica de los *ekwesh* se apunta la circuncisión, una práctica semita, no griega; y los *denyen* tienen mayor relación lingüística con los “danuna”, los “dene” y los “danunios” del norte de Ugarit y Cilicia.

Por último, aquellas zonas que nunca fueron invadidas y tampoco sufrieron graves conflictos internos fueron las regiones del Ática, Arcadia y Eubea. En Lefkandi se conservan vestigios de un edificio de considerables dimensiones que constituye uno de los primeros *heroon* –santuario en honor a un héroe-, y que servía de sepulcro para un guerrero y una mujer. Los individuos estaban provistos con un riquísimo ajuar integrado por objetos lujosos orientales, armas de hierro, puntas de lanza, ánforas de bronce y cuatro caballos sacrificados para acompañarlos... la única diferencia de esta sepultura con una típicamente aquea es la abundancia de hierro.⁴⁰⁸ En ese sentido, Lefkandi constituye la mejor prueba física en torno a la evolución de los mecanismos identitarios. Una típica nobleza guerrera aquea, capaz de darse el lujo de ser enterrada con objetos de alto valor porque su contexto se lo permite y, además, para legitimar su rango al interior de su sociedad.

La prosperidad de estas últimas entidades políticas fue posible debido a la existente comunicación con las todavía potencias egipcia, asiria y babilónica. Sin embargo, mantener las redes comerciales era una tarea cada vez más peligrosa por el aumento de la piratería y el bandolerismo; únicamente los dirigentes capaces de movilizar amplios recursos podían reclutar y costear una tripulación con posibilidades de éxito. En estas endeble condiciones, las relaciones personales se reforzaron mediante la vieja usanza del don-contradón; donde las primeras manufacturas de hierro constituían objetos de prestigio.⁴⁰⁹ Justamente, la abundancia de estos materiales en el sepulcro de los dirigentes de Lefkandi respondía a la integración de innovaciones identitarias entre las élites vigentes.

La nueva escasez de recursos orilló al abandono de los últimos palacios aqueos, desintegrando por completo a la élite dirigente e imposibilitando el mantenimiento de oficios especializados y comunicaciones a larga distancia. Y, sin embargo, el colapso no implicó un desmoronamiento irreversible con el pasado, no hay un “borrón y cuenta nueva”. Esta última fase, junto al reacomodo geopolítico ocasionado por las invasiones, fue

⁴⁰⁸ Blázquez, *op. cit.*, p. 239 y Pomeroy, *Historia...*, p. 76. El poblado de Nichoria, en el extremo sudoccidental del Peloponeso, fue reconstruido hacia el 1050 a. C. después de su abandono en el 1200 a. C., a causa de los disturbios que azotaron a Pilos. Mantuvieron escasos contactos con Oriente y su población difícilmente rebasó los 200 habitantes, no obstante, es una excepcionalidad de continuidad en una zona que fue totalmente asediada por los dorios.

⁴⁰⁹ Dickinson, *op. cit.*, pp. 242 y 247.

un proceso evolutivo que iba de las grandes y complejas estructuras a jefaturas menores, a través de las cuales se desarrollarán e integrarán las nuevas generaciones.⁴¹⁰ Ahora bien, si la identidad aquea se estructuraba a partir del *wánax* y la nobleza que lo rodeaba, compartiendo usos y costumbres exclusivos contrastantes con el no-noble... ¿qué ocurre, entonces, cuando ya no existen las condiciones materiales para mantener a un rey absoluto y su cortejo nobiliario? ¿Cómo se efectúan las supervivencias?

Durante todo el tiempo que abarca la edad oscura podemos aterrizar nuestras reflexiones finales en tres cruciales momentos que titularemos: trabajo, mérito y linaje. Los tres escenarios fueron experimentados en distintos momentos por los griegos del continente, de Asia Menor y las islas del Egeo entre los siglos XI y VIII a. C. El presente esquema surge ante la falta de certeza cronológica en cuanto a la evolución de los rubros y la gran diversidad de desarrollo regional previamente señalada.

En el primer escenario, los supervivientes habían huido de antiguas comodidades, arrastrando consigo sentimientos de enorme pérdida y desorientación. Estas sensaciones fueron debilitándose con las nuevas generaciones, empero, el recuerdo de un pasado esplendoroso integrado por guerreros notables sobrevivió. No debemos dejar de lado la necesidad de entablar un lazo con el pasado para dar sentido a la emergente realidad. Así, la memoria fue atesorada y repetidamente exaltada a través de una herramienta que no necesitaba más que del ingenio del hombre: la poesía. La pérdida de la escritura propició el perfeccionamiento de las narraciones a través de la oralidad y, gracias a eso, no sólo las técnicas estilísticas se mejoraron sino que el propio contenido se enriqueció por la suma extensión de los cantos, es decir, las gestas que celebraban las victorias de reyes y nobles se vuelven completamente de dominio público y, como consecuencia, los hombres comienzan a apropiarse del contenido, volviéndolo *suyo* y revistiéndolo, consciente e inconscientemente, con los nuevos valores y juicios de *su* presente.

Los poetas se vuelven difusores y conformadores de identidad debido a la autoridad⁴¹¹ con que los reviste la misma comunidad: Femio afirma que los aedos no

⁴¹⁰ González García, *op. cit.*, p. 72.

⁴¹¹ Finley, *El mundo...*, p. 22. Los individuos creían implícitamente al narrador porque en la imaginación mítica siempre subyace un acto de creencia; sin esto, el mito perdería su base.

aprenden sino que cuentan con la guía e inspiración de los mismísimos dioses y Odiseo funge como garante cuando reta a Demódoco a cantar sobre el episodio del caballo de Troya y, de relatarlo “tal cual fue”, se confirmaría su verdadera inspiración divina.⁴¹² Ingenio y veracidad era el requisito de las narraciones que exigía al poeta seleccionar correctamente los pasajes, aquellos que fueran atractivos para su público y en cuyos episodios pudieran identificarse. En ese camino se descontinuaron temas obsoletos, muchos otros se “tergiversaron” en función de los nuevos valores de la comunidad y algunos más fueron creándose como fruto del ingenio de los poetas.

El recuerdo de la civilización aquea está cada vez más perdido y con el paso de las décadas se va borrando de la memoria colectiva todas aquellas condiciones que permitían su existencia. Los protagonistas de los poemas, por ello, se fueron transformando en figuras magnificas, lejanas y extraordinarias... se convierten en “héroes”.⁴¹³ La delimitación que adquirieron no podemos sintetizarla en forma de manual porque su variedad fue impresionantemente amplia; asimismo, su conformación no estuvo restringida a una época y lugar determinados, lo cual enriquece y, al mismo tiempo, complica el estudio histórico de los mismos.⁴¹⁴ Aunque las discusiones escapan a nuestro estudio, nos interesa remarcar que algunos personajes delimitaron su “heroicidad” en detrimento de los valores sostenidos por las sociedades del periodo oscuro.

Retomando la categorización que propusimos, este primer escenario histórico está caracterizado por el trabajo obligado de todos los integrantes de la comunidad a causa del abandono de las viejas estructuras y el empobrecimiento generalizado. Frente a la carencia, se exalta la pericia de aquellos destacados en actividades productivas. Odiseo, rey de Ítaca, descendiente de Laertes, protegido de Atenea, excelso guerrero y astuto en el consejo, se jacta de ser capaz de realizar todo tipo de actividad campesina, pastoral y manual. El

⁴¹² Sobre la presencia de Femio *vid* Homero, *Odisea*, I. 152-155, 325-327, 345-349 y XXII. 344-349. Sobre Odiseo y Demódoco, “a quien dio la deidad entre todos el don de hechizaros con el canto”, puesto que los “aedos no saben nada” *vid* Homero, *Odisea*, VIII. 42-45; XXII. 479-481 y 484-486; *Ilíada*, II. 484-486.

⁴¹³ Palaima, *op. cit.*, pp. 54-55. Los estudios filológicos han intentado rastrear las raíces prehelénicas del término *hierós*, en cuya realidad, sería un título para “señor” o “noble”.

⁴¹⁴ Para un completo estudio que recopila todas aquellas propuestas teóricas en torno a la heroicidad griega, así como los diversos esquemas y clasificaciones en torno a la variedad de las figuras heroicas *vid* Bermejó, *op. cit.*, p. 132-138.

ejercicio de su poder se encuentra idealizado, ya que representa al rey por excelencia de los siglos X y IX a. C. Las cualidades que le son adjudicadas contrastan notoriamente con los gobernantes de antaño e impregnan a la totalidad de la tradición, hacia la cual los escuchas se identifican y se reconocen mutuamente.

En estos acontecimientos, cuando los jefes aldeanos y destacados aún no se reconocían como diferentes y, mucho menos, constituían un grupo social, la ausencia de jerarquías imposibilitará la existencia de un “no-noble”. De ahí que, los contrastes ahora sí se centren en el extranjero a causa del aislamiento de las comunidades. Mientras que el lenguaje como criterio de etnicidad y cohesión comienza a adquirir fuerza, el foráneo adquirirá características cada vez más exóticas, hostiles y salvajes. Los limitados horizontes fueron el motor idóneo para que seres monstruosos se magnificaran en los relatos: titanes, centauros, cíclopes, amazonas y, quizá, mujeres como Medea y Circe adquirieron forma en este contexto.⁴¹⁵ Asimismo, la idealización del pasado se auxiliaba del elemento salvaje, de un “otro” extranjero, para magnificarlo; de ahí que Néstor recuerde a los hombres más poderosos de la tierra, los que se atrevieron a batirse con bestias [centauros] y que violentamente las aniquilaron.⁴¹⁶ La delimitación de todos estos elementos no finaliza aquí; con el paso de las décadas se van configurando aquellos factores propios en aras de identificar los ajenos. Precisamente, la culminación se observará cuando abordemos los mecanismos forjados en el tercer escenario, es decir, hacia finales del siglo IX a. C.

El segundo escenario histórico estuvo caracterizado por la gradual distinción de varones extraordinarios. Si bien el hecho de despuntar sobre otros es algo que ocurrió en cualquier latitud espacial y temporal, aquí será la jactancia sobre ello y los privilegios materiales, sociales y políticos que la acompañarán. Obviamente, la destreza sobre aquellas actividades valoradas en época oscura descollará a los individuos; éstas fueron: el trabajo, la guerra y la prudencia en el consejo. La característica competitividad entre los griegos

⁴¹⁵ Nilsson, *op. cit.*, p. 71. Bernabé Pajares, *Fragmentos de épica...*, pp. 27-28; *Mitos hititas. Entre Oriente y Occidente*, Madrid, Ediciones Akal, 2015, pp. 183-210 (Akal/Oriente, 14). Algunas divinidades orientales similares a los Titanes se encuentran presentes en los mitos hititas de influencia hurrita, como el *Canto de Ullikummi*, donde se narra el destronamiento de éste por parte de Tesub, el paralelo Zeus según algunos; y en poemas babilónicos como el *Enuma Ellish*. Por tanto, o bien son divinidades importadas o son creadas en el contexto del aislamiento de época oscura. En todo caso, no hay rastros de culto hacia estas divinidades.

⁴¹⁶ Homero, *Iliada*, I. 260-268 y 271-272.

orilló a los mismos destacados a reconocerse a sí mismos como tales: los *áristoi*, los “mejores”. Odiseo enfatiza que la lucha es donde los fuertes se criban, donde adquieren honor, fama y valor sobre la tierra por muchas generaciones;⁴¹⁷ se jacta porque no existe “otro mortal que compita [con él] en destreza, ya se trate de hacer una hoguera, de hender leños secos, de trinchar o de asar o escanciar el licor”⁴¹⁸ y Menelao elogia la prudencia al hablar de Pisístrato, el hijo de Néstor.⁴¹⁹ El reconocimiento público y la inmortalidad en la memoria constituyen ahora mayores recompensas porque las riquezas materiales son mínimas.⁴²⁰ Si los héroes son asimilados como aquellos seres que habían logrado superarse a sí mismos, forzosamente, empezaría a existir un patrón de diferenciación social. En ese sentido, el naciente grupo irá adquiriendo preponderancia sobre el resto de la comunidad; misma que se reflejará en la capacidad de ejercicio de poder y en la implícita potestad de moldear los ideales a partir de sus acciones.

“Ser siempre el mejor” como norma para mantener el título de reconocimiento público y legitimidad política, exigía de los jefes muchísimo más que antaño. Las distancias jerárquicas entre el grupo de *áristoi* y el rey homérico, el *basileús*, son mínimas. El dirigente únicamente es un *primus inter pares* a quien sus iguales dotan de sentido y no a la inversa; el constante vituperio que Aquiles hace del mando de Agamenón es el ejemplo más claro al respecto. El Pelida lo nombra “devorador de bienes que reinas entre nulidades”⁴²¹ porque en este contexto, el Atrida como *basileús* abusa de su poder. La nueva autoridad debe “demostrarse” ante los demás para que lo sigan y lo respeten; la sentencia “reinas entre nulidades” implica que la tropa que coloca a Agamenón en la cima está conformada

⁴¹⁷ Homero, *Odisea*, XXIV. 506-509. Agamenón recalca lo mismo en Homero, *Iliada*, V. 528-532 y X. 214-217.

⁴¹⁸ Homero, *Odisea*, XV. 320-323. La misma jactancia se observa en el momento en que Odiseo construye hábilmente y sin problemas su propia balsa en Homero, *Odisea*, V. 241-263. Y cuando relata cómo construyó, con sus propias manos, su lecho nupcial en Homero, *Odisea*, XXIII: 187-204.

⁴¹⁹ Homero, *Odisea*, IV. 204-211.

⁴²⁰ Dickinson, *op. cit.*, p. 141. Los estudios arqueológicos llevados a cabo en el continente y en las costas de Asia Menor confirman una notoria uniformidad económica en todas las viviendas del siglo X a. C.

⁴²¹ Para el vituperio y las razones del mismo *vid* Homero, *Iliada*, I. 149-171 y 225-244. Aquiles no es el único que se enfrenta a Agamenón, en otra ocasión, Diomedes se opone agresivamente a las indecisiones del Atrida y, contrariamente al caso de Tersites, los guerreros le aplauden y Néstor se admira por sus certeras palabras en Homero, *Iliada*, IX. 31-55. Mientras tanto, en el regreso del Laértida, sus compañeros en armas le juegan dos malas pasadas, primero, al decidir arribar a la Isla del Sol y cazar el ganado de Hiperión; segundo, al destapar el odre de los vientos otorgado como regalo por Eolo, el rey de la isla Eolia. Las imprudencias, claramente, las cometieron los camaradas, pero en la práctica demuestran que Odiseo es un claro jefe de época oscura, incapaz de imponerse como un típico *wanax*. Cfr. Homero, *Odisea*, X. 19-49. XII. 277-283 y 339-351.

por cobardes y, por ello, el Atrida se da el lujo de actuar despóticamente, generando caos entre los guerreros: donde “igual parte lleva quien se queda quieto que el que mucho pelea, igual honra alcanza el cobarde que el intrépido; y lo mismo murió el perezoso que el que mucho bregó.”⁴²² La cólera de Aquiles, el tema que inspira al poeta, es la queja por la violación de todos aquellos valores que reconocen al mejor de los *áristoi*. El canto se vuelve una oda a las virtudes originadas en el seno de las comunidades del periodo oscuro. El héroe que prefiere morir combatiendo para lograr la inmortalidad en la memoria, aquél que constantemente demuestra ser el mejor sin temor en su ánimo, representa nítidamente los valores que definen a los nuevos hombres. El rey de Micenas, en cambio, encarna el antiguo mandato del que ya no se sabe nada, pero que, implícitamente, define la autoridad vituperable del momento.

El mérito reducía bastante al linaje como garantía para las nuevas generaciones;⁴²³ por eso, Héctor y Aquiles externan su preocupación por el futuro de sus hijos, esperando que sean excelsos combatientes y cuenten con derecho a gobernar.⁴²⁴ El joven e inexperto Telémaco, en Ítaca, vive frustrado porque el mando no es hereditario y, desgraciadamente para él, su juventud no le permite sobresalir frente a los expertos pretendientes. Por su parte, Glauco se sorprende de que Diomedes quiera saber quiénes fueron sus padres porque “como el linaje de las hojas, así el de los hombres [...] nace uno y otro perece”.⁴²⁵ En estas sociedades donde todos están obligados a trabajar y luchar, el linaje pasa a segundo plano; si bien podía generar respeto al interior de la comunidad, ello no desembocaba en una

⁴²² Homero, *Iliada*, IX. 318-429 y XVI. 52-59. Aquiles se lamenta porque Agamenón se atrevió a menospreciarlo como “igual” al quitarle la merecida recompensa. En ese sentido, se sobreentiende que el rey de Micenas actuó despóticamente tan sólo por ser superior en el mando.

⁴²³ En el ambiente de los banquetes palaciegos queda registrado el hecho de que cada noble recibía su “porción” de carne o botín. Esta “parte”, *ai-sa* en griego micénico, era otorgada por el rey en función de la posición político/social del noble aqueo. De esta forma, sostenemos que la condición privilegiada –legada en la práctica por el soberano–, en teoría era adjudicada a una condición “por naturaleza”; tengamos en cuenta que el *wanax* era el máximo intermediario entre hombres y dioses y, por lo tanto, a aquellos que reconocía como parte de su círculo eran, implícita e inmediatamente, colocados en una situación de privilegio por nacimiento... ahora bien, ante la ausencia de un soberano dispensador de privilegios, ahora las “partes” son legadas a los mortales en igualdad de condiciones porque, curiosamente, el término evolucionó en *aísa*, el “destino” que abraza a todos por igual: *ai-sa wa-na-ka-tei*. Cfr. PY Eq 1426 en Chadwick, “The Mycenaean...”, p. 169 y Sergent, *op. cit.*, pp. 439-440.

⁴²⁴ Para la congoja de Héctor y Aquiles *vid* Homero, *Iliada*, VI. 476-481; *Odisea*, XI. 526-540. En una situación similar, el Priamida estimaba a un “hombre del pueblo” y era su “caro compañero de banquete” únicamente porque sobresalía en el ejercicio de las armas. Cfr. Homero, *Iliada*, XVIII. 575-577.

⁴²⁵ Homero, *Iliada*, VI. 144.

extensión de privilegios políticos y sociales para aquél que sólo se jactara descender de Zeus o de un varón previamente respetado y reconocido como *áristos*.

El nuevo sector social dirigente y respetado se va consolidando y, en ese camino, van apropiándose de los mecanismos identitarios que aún sobreviven en la poesía. La hospitalidad, por ejemplo, se convierte en una de las costumbres por excelencia junto con los protocolos que la acompañan: ofrecimiento de comida y bebida al foráneo reconocido como “igual”, y una vez discutidos los pormenores de su visita, se le aloja por varios días en caso de ser necesario y se le despide obsequiándole uno o dos presentes de gran valor a manera de “sellar y preservar” el trato entre iguales.⁴²⁶ De igual forma, la celebración de banquetes y juegos renovaban o inauguraban ante la presencia de los dioses el lazo que unía al nuevo grupo dirigente; en el momento mismo en que el reconocido como “igual” fuera incapaz de demostrarse física y materialmente ante sus semejantes, era excluido de estas prácticas y entraba en la categorización social de “los muchos”.

Los nuevos valores sociales ahora fijarán sus elementos de contraste en el *thes*, un individuo cuyas faltas le habían acarreado la expulsión de su comunidad: la cobardía, la holgazanería, el asesinato y el adulterio. El desprecio hacia estos individuos no se oculta, por el contrario, inmediatamente se asume que son embusteros, buscando bienes sin esfuerzo y que por nada del mundo podrían cumplir con la obligación social de la hospitalidad. El *thes* constituye el nuevo “otro”, un ser totalmente desprotegido y que por sí mismo, no vale nada. El *oikos* era el centro a cuyo alrededor estaba organizada la existencia, las obligaciones y responsabilidades, las relaciones sociales y las relaciones con los dioses, el respaldo y la protección en tierras extranjeras, el refugio que habla por el individuo y con el cual se forjan los lazos de hospitalidad; el destierro era la condición más

⁴²⁶ Homero, *Odisea*, I. 88-95 y XXI. 212-216. Las prerrogativas del don-contradón abordadas anteriormente también aplican en estos contextos: el Odiseo homérico promete, a un campesino y un pastor, parcelas y esposa si lo ayudan con la matanza de los pretendientes; por lo cual, busca forjar con ellos un lazo pactando con regalos. En esa línea, Menelao se consterna cuando su mayordomo, Eteones, sugiere cerrarles las puertas a Telémaco y Pisistrato, hijo de Néstor. La hospitalidad es un valor social casi obligatorio, faltar a ella acarrearía hasta graves consecuencias a nivel político, social y religioso. Cfr. Homero, *Odiseo*, III. 487-490; IV. 25-36; V. 34-40; VII. 177-181; *Iliada*, III. 204-208; VI. 215-231 y IX. 196.

temida porque cortaba los lazos que le daban total sentido a la vida.⁴²⁷ En este escenario, los propios esclavos están por encima del *thes* ya que ellos cuentan con la protección del jefe del *oikos*.⁴²⁸ Evidentemente, sobre el “mendigo” recaen todos aquellos juicios peyorativos propios de los antiguos no-nobles; los calificativos contrastantes se enriquecen con los nuevos elementos que definen a los griegos destacados de este momento.

Las cargas despreciables que acompañan a la figura del *thes* sirven también como recurso poético en aras de engrandecer a ciertos *áristoi* de mérito. Fénix y Patroclo, por ejemplo, narran que llegaron a Ftía en calidad de desterrados, el primero inculpaado por adulterio y, el segundo, por un asesinato imprudente. Además de la benevolencia de Peleo al acogerlos sabiendo su condición, se destaca el triple esfuerzo que éstos se vieron en la necesidad de demostrar para, una vez más, integrarse al círculo de los *áristoi*.⁴²⁹ El falso personaje de Odiseo también entra en esta categoría: al hacerse pasar por un noble cretense caído en desgracia se ve en la necesidad de demostrar que sabe trabajar y luchar. Asimismo, la única forma que tiene el Laértida para reestablecerse como rey en Ítaca es asesinando a los pretendientes porque, nuevamente, está obligado a manifestar que es el mejor varón de la isla, de hecho, el héroe ni siquiera se pregunta por la posibilidad de llegar campantemente a las salas de su palacio y retomar el control porque, encima de todo, la Asamblea constituida por los varones de la comunidad no tiene peso alguno en la toma de decisiones porque simplemente son “los muchos”, los *polloi*.⁴³⁰

⁴²⁷ Finley, *El mundo...*, p. 67-68, 70-71 y 124. Para el desprecio hacia los *thetes* en la epopeya vid Homero, *Odisea*, III. 348-350; XVIII. 1-39; XI. 489-491 y XX. 377-379, para enfatizar lo deplorable que es el Hades, Aquiles afirma que preferiría ser un *thes*, es decir, contrasta su condición con las figuras en vida más despreciadas porque son “mendigos errabundos y ansiosos, tragadores pedigüños de pan y de vino, ignorantes de trabajos de guerra y de paz, pesos inertes en la tierra”. Además, cfr. Homero, *Odisea*, XIV. 124-126: Eumeo los tacha de “hombres errantes y faltos de todo que llegan siempre contando embusteras historias; no hay forma de que digan la verdad”. En Homero, *Odisea*, XVII. 219-228, 376-377 y 382-387, los pretendientes se refieren a ellos como “gorriones, pobres asqueantes, aguadores de festines [...] Seguro rehúsan al trabajo [...] ¿No hay aquí vagabundos bastantes y angustiosos mendigos que vengan a aguar los banquetes? [...] ¿Quién va a buscar ningún hombre de fuera si no es ya a los que tienen un arte en servicio de todos, ya adivino, ya médico o ya constructor de viviendas o inspirado cantos que recree con su canto? Son éstos los varones que vas a buscar hasta el fin de la tierra; mas ¿quién llama a un mendigo que venga a estrujarle los bienes?” y en Homero, *Iliada*, XXI. 441-457, Posidón le recuerda a Apolo las penurias que ambos sufrieron en condición de *thetes* construyendo las murallas de Ilión.

⁴²⁸ Homero, *Odisea*, XVIII. 319-336 y XIX. 65-69. Los esclavos de Ítaca insultan a los mendigos sin dudarlos.

⁴²⁹ Homero, *Iliada*, IX. 447-484 y XXIII. 83-90. Claramente, al propio Odiseo, en calidad de vagabundo, le pasa lo mismo. Cfr. Homero, *Odisea*, XIV. 315-317.

⁴³⁰ Homero, *Odisea*, II. 229-241. Mentor enfatiza cómo el pueblo se queda mudo, sin alzar su voz ni hacer frente a los pretendientes que devoran los bienes del *oikos* de los Laértidas.

Los nuevos códigos de conducta, poco a poco, se fusionarán al grupo que los detenta, permaneciendo en el imaginario griego hasta época helenística. En ese sentido, por ejemplo, el adjetivo referente a la “valentía” y “destreza”, *agathós*, evoluciona para definir lo “bueno” y lo “correcto” y, posteriormente, se vuelve una particularidad inherente de la aristocracia; mientras que, la “cobardía” y el “inútil”, *kakós*, pasa a distinguir lo “malo” e “incorrecto” y, consecuentemente, se impregna al grupo fuera de los *áristoi*.⁴³¹ Aunque los mecanismos identitarios irán puliéndose en detrimento del nuevo grupo dirigente, con ello no pretendemos afirmar que las barreras de “lo griego” se cierran en torno a los aristócratas como si el lenguaje y todo tipo de prácticas religiosas no incluyeran a los *polloi*. Nuestra afirmación, más bien, refiere a que las características que van identificándose como típicamente “helenas” hasta quedar enunciadas en la obra de Heródoto, estuvieron fuertemente condicionadas y delimitadas por los valores de la aristocracia que surge en estos tiempos.

Finalmente, el tercer escenario histórico desarrollado a finales de época oscura terminará por consolidar al grupo rector de unas comunidades cada vez más grandes. Desde mediados del siglo IX a. C. los artículos de lujo comienzan a aumentar en los ajuares funerarios de algunas regiones, se confirma una mejora en las construcciones y un aumento poblacional ante la prosperidad económica.⁴³² En el ámbito social, los *áristoi* forjan lazos matrimoniales entre ellos mismos y sus hijos, haciendo del linaje una característica nuevamente válida y que, en poco tiempo, se sobrepondrá al mérito como requisito para integrarse al grupo aristócrata y ocupar las plazas políticas. Evidentemente, estos individuos contaban con la capacidad material para imponerse sobre los demás y, en respuesta a su supeditación práctica, lo hicieron también en la ideológica, haciéndose descendientes de héroes y dioses e impregnando en *su* sangre la capacidad hereditaria de las cualidades altamente valoradas en aras de legitimar su posición privilegiada.

Telémaco “hereda” la forma de hablar de su padre y, únicamente por su estirpe, goza de la protección de Atenea; mientras que, los sirvientes de Alcínoo, descubren la

⁴³¹ Pomeroy, *Historia...*, p. 88.

⁴³² Dickinson, *op. cit.*, p. 219.

majestuosa belleza de Odiseo, propia de un rey, cuando lo asean.⁴³³ El porte de los Laértidas responde a esta condición que “por naturaleza” posee el linaje aristocrático: la *kalokagathía*, “lo bueno” y “lo bello” heredado de los padres. Concomitantemente, las nuevas generaciones aristocráticas citaban los mitos genealógicos como un factor esencial de autodefinition e identidad, unos enraizados en la tradición conocida y otros integrándose como innovaciones en aras de explicar la presencia de griegos de alta cuna tanto en el continente como en tierra extranjera. En ese sentido, el contenido de la epopeya homérica fue delimitándose para forjar un sentido de pertenencia espacial y temporal, ordenando el pasado y el paisaje que fungía como su hogar; de ahí que, la académica italiana, Carla Bocchetti, afirme que el “Catálogo de las Naves” sea una construcción poética de la identidad cultural griega, donde se aglutinan todos los antiguos héroes que, a su vez, cohesionan los ideales aristocráticos.⁴³⁴

El contraste hacia los otros, los “feos” y los “malos” *thetes* continúa; sólo que ahora la red se amplía hacia los “injustos nobles” y al extranjero “salvaje”. El título de *áristos* ya no necesita ganarse, pero los que se niegan a respetar a sus iguales, los que ensucian el ideal de concordia entre los “bien nacidos” son castigados por las divinidades en el arte narrativo. La *Odisea* es una oda hacia los “buenas costumbres” que condena las insolencias de los aristócratas cuando no se muestran a la altura de su talle. Los pretendientes al trono de Ítaca tienen un destino trágico porque se atrevieron a abusar de la hospitalidad ofrecida por el *oikos* de Odiseo: “censuro a aquel hombre que albergando a algún huésped se excede en su celo y lo mismo al que muestra por él desamor, porque en todo hay medida”.⁴³⁵ Por ello, los poetas pintan a los pretendientes como crías de cierva, ternos cervatos, ocas muertas y vacas que cobardemente planean el asesinato de su anfitrión.⁴³⁶ Bajo esa línea, Homero no nos presenta la matanza como el acto de un típico rey injusto, todo lo contrario, el Laértida cumple con su deber restaurando la paz en la isla.

⁴³³ Homero, *Odisea*, III. 122-15, 371-379 y VI. 200-210.

⁴³⁴ Bocchetti, *op. cit.*, pp. 29-30, 42 y 59-60. Aunado a ello, los periplos empleados como puntos de referencia para los emergentes marineros, establecerían la unidad étnica y territorial de los lugares descritos.

⁴³⁵ Homero, *Odisea*, XV. 69-71.

⁴³⁶ Homero, *Odisea*, IV. 333-340, 660-674; XVII. 126-131; XIX. 537-553; XII. 299-301 y 402-404. Bowra, *op. cit.*, pp. 58-59, sostiene que, a causa de estos nuevos detrimentos de heroicidad, escenas como la mutilación del cadáver de Héctor por parte de Aquiles fueron eliminadas. La promesa en Homero, *Iliada*, XXIII. 20-21, se cumpliría a juicio de la autora; en la versión original, pues, sí habría una venganza ejemplar por parte de Aquiles puesto que, la escala de valores heroicos aqueos, eran bastante distintos de los oscuros.

La apertura de las comunicaciones desde finales del siglo IX a. C. permitió la interacción con parlantes de griego de tierras más lejanas, así como con otros grupos étnicos. El contacto con los extranjeros, teóricamente, no se volvía hostil si el “otro” cumplía con deseadas características físicas y morales: se debía respetar a los dioses, los códigos de hospitalidad, las tierras tenían que cultivarse, los animales domesticarse, la base del alimento exigía el pan, el vino y la carne, además de estructurarse bajo la ley de los ancestros. Aquél que no se regía bajo estos parámetros era encasillado en el sector de los dioses o de las bestias. En los viajes de Odiseo se retrata perfectamente al “otro”: Circe y Calipso se alimentan de ambrosía y néctar porque son diosas; los lotógrafos eran extraños comedores de flores que trastornaban la mente de los hombres; los Cíclopes, bestias con aspecto terrible que se rigen sin ley actuando sin pensar en los demás y que nada siembran, no labran los campos, desconocen todo trabajo manual y violan los códigos hospitalarios; los gigantes lestrigones comedores de hombres; las Sirenas, magas que hipnotizan a los hombres hacia su isla para que mueran por inanición; el monstruo Escila, con doce patas y seis larguísimos cuellos, devorador de humanos y animales; y, finalmente, los fenicios embusteros, mentirosos y rompedores de juramentos.⁴³⁷

El salvajismo del foráneo fue alimentándose de las cualidades determinadas como negativas por parte del grupo dirigente de cada comunidad griega en época oscura. El culmen de “lo bueno” y “lo malo” enrolaba todo aquello que se fue exponiendo desde la época de los palacios, recuperado por los griegos homéricos y sirviendo de base para la aristocracia del siglo VIII a. C. El panhelenismo enunciado por Heródoto abraza usos y costumbres griegas fundamentadas en la excelencia de la *areté* y en la ética competitiva del *agôn*, concepciones sumamente enraizadas en los valores del periodo oscuro y, a su vez, legitimadas por la exclusividad que distinguía a la nobleza aquea y que la hacía enfrentarse entre sí en aras de superarse a sí misma.

⁴³⁷ Homero, *Odisea*, V. 77-80, 91-94; IX. 83-85, 90-103, 105-115, 125-129, 187-192, 219-226, 256-257, 353-370, 478-480; X. 112-124; XII. 39-56, 73-100; XIV. 288-296 y XV. 414-481.

CONCLUSIONES.

“Tomad alimento y gozad, y después,
cuando hayáis comido, diréis quiénes sois;
porque la estirpe de vuestros padres no se halla perdida,
antes bien vuestra raza es de reyes, alumnos de Zeus
poseedores de cetro, pues tales hijos no engendrarían los viles”.

Homero, *Odisea*, IV. 60-64.

La herencia de la cultura aquea fue más incisiva de lo que parece. La configuración de la identidad helena no tuvo que esperar hasta el siglo V a. C. para comenzar a pensarse; los lazos de unión entre las comunidades griegas venían desarrollándose desde los propios reinos de antaño. La continuidad de estos mecanismos nobiliarios en época homérica permitió a los helenos dar sentido a su realidad a través de ese nexo con el pasado.

Como primeras conclusiones podemos afirmar la existencia de una identidad que únicamente reconocía a los sectores sociales privilegiados de los reinos aqueos –sin negar la presencia de otros mecanismos, pero que escapan de nuestro alcance ante la ausencia de fuentes-. El potente crecimiento económico y la estructuración escalonada orillaron a una fuerte diferenciación entre unos miembros y otros. Claramente esta situación los alentó a emparentarse mutuamente y, al mismo tiempo, su prominencia vino acompañada por la formación de usos, costumbres y valores comunes. Ahora bien, este visible reconocimiento no implicó que todos fueron netamente “iguales”; la jerarquización interna abiertamente distinguía y posicionaba a los individuos en el lugar que le correspondía. De esta forma, fue mediante el *wánax* que se estructuraron las relaciones de poder e identidad. El rey era la fuente primordial de derechos y obligaciones; si en el imaginario colectivo la nobleza se asumía como sector diferenciado, no era sino hasta que el soberano físicamente la dotaba de privilegios y confirmaba la posición ensalzada de estos individuos. En efecto, los lazos consanguíneos y las relaciones de don-contradón eran los primeros agentes que identificaban al “nosotros” en detrimento de los “otros”. Unas formas que, además, intentaban garantizar el óptimo cumplimiento de las obligaciones en las tareas administrativas y guerreras.

En línea con lo anterior, debemos precisar las responsabilidades asumidas por el sector nobiliario. Al estar encargados del buen funcionamiento del reino, como representación del *wánax*, se intentaba evitar que debilitaran la estructura mediante el mal ejercicio de sus delegaciones o, peor aún, conspirando en aras de derrocar a la familia real. Una inquietud que no estaba reservada solamente para el grupo administrativo, sino también al que conformaba al ejército profesional. Estas preocupaciones se pudieron subsanar durante varias décadas a través de la conformación de un discurso identitario que no exclusivamente legitimaba la potestad de un grupo específico de la población, sino que, a su vez, hermanaba a este mismo con un fuerte sentido de pertenencia. La creencia sobre los “orígenes comunes” cimentaron la creación de linajes y, a su vez, éstos consintieron el privilegio de ostentar lujos tales como cerámica suntuaria, joyas, telas finas, armas y armaduras costosas y consumo de alimento exclusivo; así como la monumentalidad de las ciudadelas, en donde se construían los palacios, el hogar de los nobles y la familia real, quedando rodeados por impresionantes fortificaciones y los enterramientos solemnes, los *tholoi*, a los que sólo podían aspirar unos cuantos afortunados y, finalmente, a través de la práctica de actividades cortesanas como la equitación, los banquetes, la cacería y los juegos fúnebres, esta última de especial preponderancia al tratarse de una celebración solemne que unía a la nobleza ante el deceso de una figura respetable.

Ahora bien, la persistencia del elemento bélico fue manifiestamente expuesta en nuestro trabajo a causa de dos eventualidades. En primer lugar, por la misma importancia que los reinos aqueos colocaban en el belicismo, la constante disputa con los vecinos ocasionó que sus integrantes nunca dejaran la profesionalización de las armas. Además, el mismo ambiente “imperialista” fue algo que caracterizó a los reinos orientales y, bajo cuyos elementos, se alimentó o creó, dependiendo del caso, una ideología real guerrera y conquistadora. Por ello, los símbolos exponenciales tuvieron como base al carro de guerra, al caballo, a leones y toros por su ferocidad, y dioses y guerreros fueron engalanados con un armamento impresionante. Sin embargo, y en segundo lugar, también es preciso remarcar que la exaltación del ejército profesional no debió ser el único; desconocemos otras configuraciones a causa del contenido que sobrevivió en la epopeya. En efecto, los aedos homéricos cantaban las hazañas de notables combatientes que se convirtieron en

héroes; sobre las tareas económico-administrativas no hay ni un mínimo eco debido a que, en esta ocasión, las supervivencias fueron imposibles de efectuarse a razón de la caída de los palacios. El ambiente inseguro y lleno de enfrentamientos, una vez desaparecida la organización previa, debió propiciar y alimentar la continuidad de cantos bélicos.

Los factores que pudimos esbozar, entonces, conformaron la “cultura micénica”, aquello que solamente *pertenecía* al grupo nobiliario y que explícitamente lo propagaron en su contemporaneidad y en expresiones verbales como la poesía. En efecto, las gestas de los aqueos celebraban las acciones de sus participantes y eran el medio perfecto para extender valores, ideales y lograr unir a los individuos que se veían reflejados o motivados por ellos. En ese sentido, pudimos rastrear que en parte del contenido de las proezas originarias, se promovía la lucha por el éxito del reino, ya que, de conquistarse nuevos territorios, inmediatamente los beneficiados serían los miembros que integraban la nobleza porque con la ampliación de recursos, adquirirían mayores privilegios y prestigio regional.

En ese camino de reconocimiento se necesitó de un “otro” para diferenciarse y definirse en contraposición. El Estado jerárquico, legitimado material e ideológicamente, da sentido a la existencia de fuertes fronteras entre un sector social y otro; por ello, el contraste por antonomasia fue el innoble, concretamente, las figuras del *da-mo*, *do-e-ro* y *a-pi-ko-ro*. De este conglomerado, los primeros estaban asignados a las peores tierras y eran obligados a tributar la mayoría de sus recursos; los segundos y terceros, en cambio, dedicaban toda su energía a servir a los burócratas e integrantes del ejército profesional. Su carencia de privilegios debida a su ausencia de linaje, les imposibilitaba participar o expresar su opinión sobre los asuntos internos o de la guerra –en caso de expedición-. Para redondear esto, concluimos que su condición de inferioridad era interpretada como algo “dado por naturaleza”, de ahí que, el grupo élite estructurante de su identidad, proyectara en las acciones y actitudes de los no-nobles lo que para ellos era considerado como indeseable, despreciable y nada digno de un “nacido para mandar”.

El “otro” extranjero, constituido por el noble oriental, fue visto, en cambio, con mejores ojos debido a la solemnidad y riqueza que los rodeaba. El dominio político y

económico del Próximo Oriente por parte de hititas, egipcios, mitannios y demás, orilló a los griegos del continente a querer integrarse en esta red de poderes. En ese sentido, no sólo adoptaron usos y costumbres extranjeras sino que establecieron pactos con ellos, sellados mediante el intercambio de regalos. Aunque desconocemos qué tratos pudieron entablar y si incluso forjaron lazos consanguíneos a través del matrimonio, al menos es segura la actitud receptiva hacia el foráneo. Ahora bien, los enfrentamientos armados no descartaron la pauta de contrastes y, sin embargo, éstos nunca llegaron a ser como los establecidos por los griegos de época clásica con los persas. Posiblemente, los aqueos tuvieron una visión peyorativa de aquellas tribus colindantes a sus reinos, como quizá los relatos de Néstor sobre los epeos en las fronteras de Pilos ponen en relieve, sin embargo, esto se queda como línea especulativa ante la casi total ausencia de fuentes al respecto.

A grandes rasgos, esto podemos concluir sobre los mecanismos identitarios efectuados en los reinos más influyentes del continente, cuya uniformidad privó sobre las particularidades. Pero, ¿qué ocurre una vez caída la estructura palaciega? En esta nueva realidad, donde ya no hay un estado que sustente la existencia de jerarquías y, por ende, de contrastes groseros entre un grupo y otro... ¿cómo se dan las continuidades? Vimos cómo la apropiación del pasado para explicar la realidad impidió que se olvidaran del todo los paradigmas de antaño. Si bien ya no había nobles ni reyes absolutos, los protagonistas se convirtieron en héroes y ciertas facultades que antiguamente eran propias de individuos poderosos, ahora pasaron al ámbito divino. Precisamente, a muchos elementos se le dieron continuidad y, a su vez, se fueron mezclando con las nuevas idealizaciones, las propias de la realidad emergente. De esta forma, el mérito en el trabajo, en el campo de batalla y en el habla pública fueron delimitando el carácter de unos guerreros descendientes de los dioses.

El “otro” que en tiempos pasados era identificado como el innoble, va reclasificándose; primero en el *thes* que no cumple con las mínimas expectativas exigidas por su comunidad y luego por los *polloi*, es decir, aquellos “muchos” que estaban fuera del círculo de los *áristoi*. Paralelamente, se agudiza la diferencia con el extranjero que no era parlante de griego a causa del aislamiento que en algún momento tocó a cada una de las comunidades del periodo homérico, tanto en el continente como fuera de él; de esta forma,

se fomentaron las imágenes salvajes y monstruosas del habitante de tierras lejanas. Los patrones considerados como deseables, tales como el cultivo de las tierras, el consumo de pan y vino, el regimiento de la vida siguiendo normas sagradas o tradicionalistas, el respeto hacia el huésped, el cumplimiento de las formas de hospitalidad y la honra hacia los dioses, constituyeron el filtro perceptivo hacia el extranjero. En la epopeya, quienes no cumplían con alguna de estas características eran las bestias, los monstruos, los dioses y los fenicios. Aunque los aedos no van más allá, es sumamente claro que estos primeros atisbos de diferenciación con el no parlante de griego irán alimentándose hasta desembocar en los juicios efectuados sobre los persas.

Los puntos clave sobre la conformación de identidades –esbozados en el primer capítulo- se comprobaron en ambos periodos históricos, unos con mayor certeza y otros provistos con especulaciones. En aras de articular nuestros resultados podemos afirmar que aqueos y griegos homéricos forjaron un pasado común, los primeros a través de las hazañas y conquistas de sus ancestros y, los segundos, dando continuidad a antiguas genealogías e inventando nuevas, creando *mythoi* colectivos de ascendencia y legitimando la afirmación de “descender de una misma raza”. Paralelamente, en ambos acontecimientos se propagó una cultura representativa mediante todo el entramado de historias que justificaban sus usos, costumbres e ideales. La asociación en catálogos escritos y luego en orales, los impulsó hacia “las tierras de origen”; de ahí que, en época oscura, los territorios emplazados en la periferia helena fueran avistados como sumamente lejanos, exóticos y hasta peligrosos. Este sentimiento de pertenencia a un lugar, a una comunidad y a un pasado se reforzó con la representación de castigos divinos hacia aquellos que no respetaban las normas de conducta y solidaridad del grupo; el mismísimo saqueo y quema de Troya, así como la muerte de los pretendientes de Penélope, se presentan como castigos ejemplares hacia aquellos que osan violar las reglas de la hospitalidad, una institución sumamente valorada y que reconocía al “igual” en ambas fases históricas.

Las identidades no son estáticas ni inmutables, tienden al cambio y enriquecimiento de sus formas. Estas transformaciones ocurren gradualmente en las “sociedades metafóricas” aludidas por Hernando, aquellas que emplean símbolos y signos que no

pertenecen a su realidad para explicarla y posicionarse en ella. La identidad como mecanismo de supervivencia, donde los individuos se acomodan a una forma de vida y consolidan sus paradigmas, es imposible que desaparezca a menos que todos los hombres que la detentan sean aniquilados por completo. En ese sentido, el fin de la civilización micénica no implicó el fin de los mecanismos identitarios propagados por la nobleza, éstos sólo se reconfiguraron y fueron apropiados por una mayor cantidad de personas. Las narraciones presentes en estas historias sobrevivieron porque brindaban una suerte de seguridad al fungir como lazo explicativo del pasado y, por ende, de su presente. El enriquecimiento de los héroes protagónicos perseguía estos objetivos y, posteriormente, la apropiación efectuada por los emergentes *áristoi* buscará el mismo fin.

Aunque los ciudadanos de las *poleis* arcaicas desconocían el esplendor y el funcionamiento de los palacios aqueos, la constitución de su “helenidad” estuvo sumamente influida por aquella identidad nobiliaria que logró pervivir y alimentó buena parte de los nuevos códigos de conducta aristocráticos. Si bien “los mejores” se fueron ganando la preeminencia social gracias al mérito, a la demostración de sus capacidades en el campo de batalla y en el consejo de sus comunidades, rápidamente el linaje vuelve a implantarse como inherente factor de reconocimiento. La necesidad de legitimar su posición como algo “dado por naturaleza”, orilló a la preservación y alimentación de genealogías, y, especialmente, al establecimiento de vínculos identitarios con aquellos héroes recordados por la épica. Efectivamente, los personajes de Homero y sus costumbres características no se “inventaron” en los siglos VIII y IX a. C., sino que se fueron continuando, adaptando y reconfigurando de aquellas formas expuestas por los originalmente nobles protagonistas del relato épico.

El nacimiento de la *polis*, sumamente aristocrática en el fondo, identificará los valores de sus miembros mediante la práctica de la excelencia, la *areté* y la *kalokagathía*, unos modos conductuales enarbolados como inherentes a los *áristoi*, se fusionaron con el “ser heleno” izado por los griegos del periodo clásico... la base y el fundamento de todo este proceso llevaba décadas y décadas configurándose.

TABLA CRONOLÓGICA.

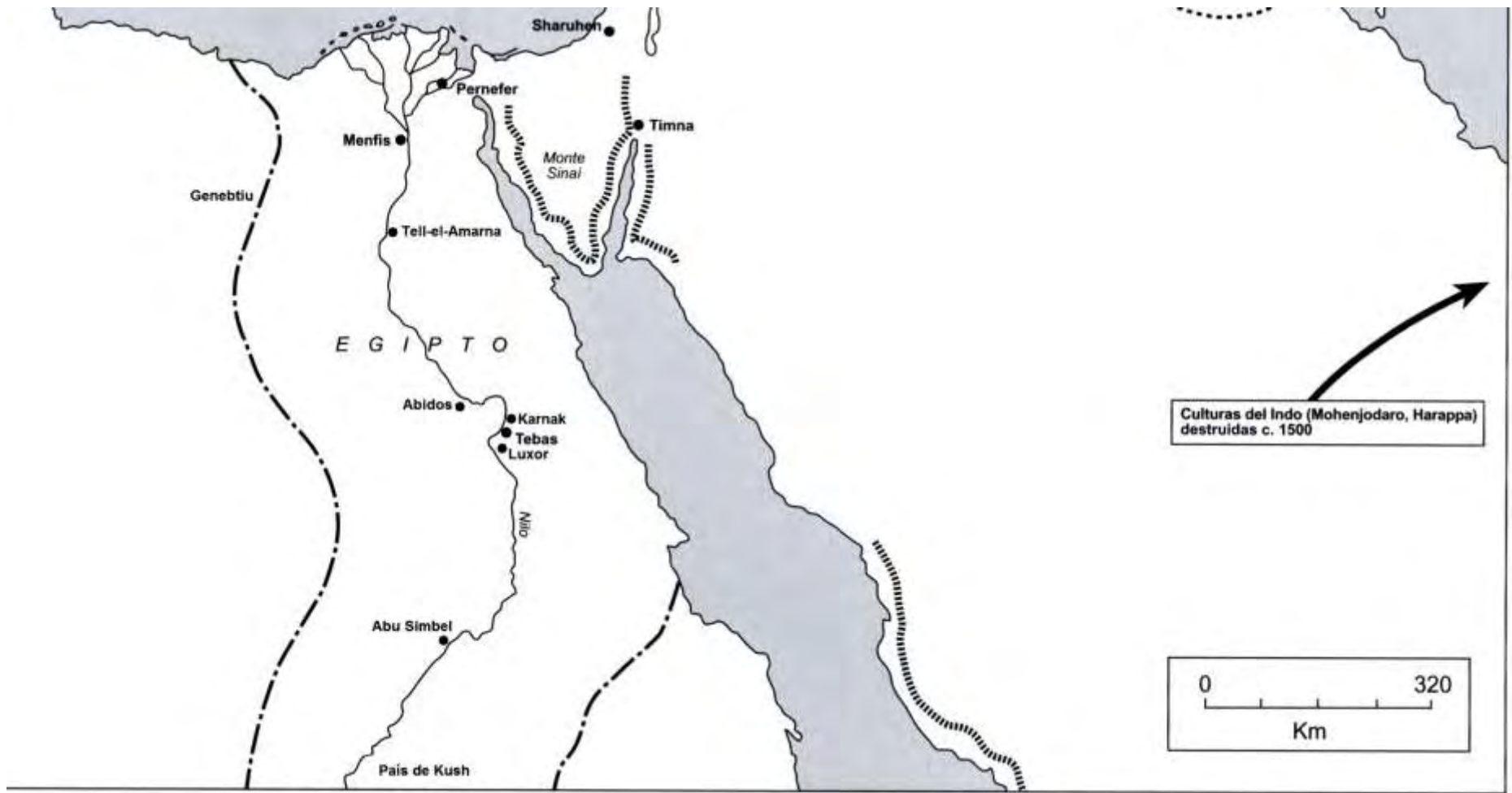
a. C.	EGIPCIOS	HITITAS	CRETENSES	GRIEGOS AQUEOS	TROYANOS
6000	Predinástico (5500-3500)			Asentamientos de “pelasgos” (6000)	
5000			Neolítico (5000-2700)		
4000					
3500	Época tinita (3500-2700) Dinastías I-II				
3000	Reino Antiguo (2700-2460) Dinastías III-V		Minoico Antiguo I (3000-2800)		Troya I (3000-2350)
2500	Primer Periodo Intermedio (2460-2040) Dinastías VI-X	Llegada de pueblos indoeuropeos al norte de Asia Menor (2200-2000)	Minoico Antiguo II (2800-2500) Minoico Antiguo III (2500-2200)		
2000	Reino Medio (2050-1785) Dinastías XI-XII		Minoico Medio I (2200-2000) Primeros palacios	Incursiones de pueblos indoeuropeos (2100-1900)	Troya II (2350-2230) Troya III/IV (2230-1700)
1900		Primeros estados denominados <i>hattili</i> (1900-1680)	Minoico Medio II (2000-1750) Desarrollo de la escritura Lineal A	Primeros contactos con Creta y Oriente Próximo (1900)	

a. C.	EGIPCIOS	HITITAS	CRETENSES	GRIEGOS AQUEOS	TROYANOS
1850					
1800	Segundo Periodo Intermedio (1785-1680)		Minoico Medio III (1750-1600)		
1750	Dinastía XV y XVI de hicsos (1730-1580)				
1700	Dinastía XVII (1680-1580)	Reino Antiguo Labarna I (1680-1650)			Troya VI (1700-1280)
1650		Hattusili I (1650-1620) 1a campaña contra Arzawa Mursilli I (1620-1590) Hantili I (1590-1560) 2a campaña contra Arzawa			
1600	Imperio Nuevo (1580-1314) Dinastía XVIII Ahmosis I (1580-1558) Amenhotep I (1557-1526)	Zidanta I (1560-1550) Ammuna (1550-1530)	Minoico Reciente I (1600-1450)	Tumbas de Fosa Vertical (1600)	
1550	Thutmosis I (1526-1512) Thutmosis II (1512-1479)	Huzziya I (1530-1525) Telepinu (1525-1500) Periodo de inestabilidad. 6 gobernantes (1500-1450)	Terremotos en Akrotiri y erupción del volcán de Tera (1500)	Tumbas tholoi (1500) Conquista de Creta (1500-1450)	
1500	Hatshepsut (1479-1458)	Muwatalli I (¿? -1450)	Primera destrucción del palacio de Cnossos (1500)	Lazos con Muwatalli I Desarrollo de la escritura Lineal B (1450)	
1450	Thutmosis III (1458-1425) Amenhotep II (1426-1400)	Tudhaliya I/II (1450-1390) 3a campaña contra Arzawa (conquista) Traición de Madduwatta	Minoico Reciente II (1450-1400) Segunda destrucción del palacio de Cnossos (1450)	Posible participación en la revuelta de Arzawa	Revuelta de Arzawa (1430-1420)

a. C.	EGIPCIOS	HITITAS	CRETENSES	GRIEGOS AQUEOS	TROYANOS
1400	Thutmosis IV (1400-1390) Amenhotep III (1390-1352) Alianza con Tarhundaradu, rey de Arzawa Amenhotep IV/Akhnaton (1352-1336)	Arnuwanda I (1390-1380) Tudhaliya III (1380-1370) Independencia de Arzawa Shuppiluliuma I (1370-1322) Reconquista de Arzawa	Minoico Reciente III (1400-1250) Reconstrucción del palacio de Cnossos (1400)	Nuevos palacios y murallas (1400)	Troya VIIh (1350-1300) Destrucción por terremoto
1350	Neferneferuaton (¿Nefertiti?) (1338-1336) Tutankhamon (1336-1327) Ay (1327-1323) Horemheb (1323-1295)	Arnuwanda II (1322-1321) Mursilli II (1321-1295) Rebelión de Uhhaziti y Piyama-Kurunta Muwatalli II (1295-1272)		Participación en la segunda revuelta de Arzawa Primer saqueo de Ilión (Guerra de Heracles) (1300) Carta dirigida a Muwatalli II	Enfrentamiento de un enemigo contra Kukunni, padre de Alaksandu Renovación de sometimiento entre Muwatalli II y Alaksandu (1280)
1300	Dinastía XIX Ramsés I (1295-1307) Seti I (1294-1279) Ramsés II (1279-1213)	Mursilli III (1272-1267) Hattusili III (1267-1237)		Carta de Tawagalawa dirigida a Hattusili III Guerra de Troya (1250-1225)	Usurpación de Piyamaradu y destronamiento de Walmu (1267-1237) Troya VIIa (1260-1190/80) Atacada por un enemigo
1250	Merneptah (1213-1203) Amenmessu (1203-1200) Seti II (1200-1194) Saptah (1194-1188) Tausret (1188-1186)	Tudhaliya IV (1237-1209) Arnuwanda III (1209-1207) Shuppiluliuma II (1207-1200)	Tercera destrucción del palacio de Cnossos (1200)	Dejan de ser “hermanos” para los hititas	
1200	Dinastía XX Sethnakhte (1186-1184) Ramsés III (1184-1153)	Periodo oscuro (1190-1000)		Debilitamiento e invasión de centros de poder (1200-1100)	
1150	Ramsés IV-XI (1153-1069)				Troya VIIb1 (1150) Derrumbe por causas desconocidas
1100	Tercer Periodo Intermedio (1070/69-747) Dinastía XXI (1070/69-1044)	Llegada de los frigios a Asia Menor (1100-1000)			Troya VIIb2 (1100) Destrucción por terremoto o ataque

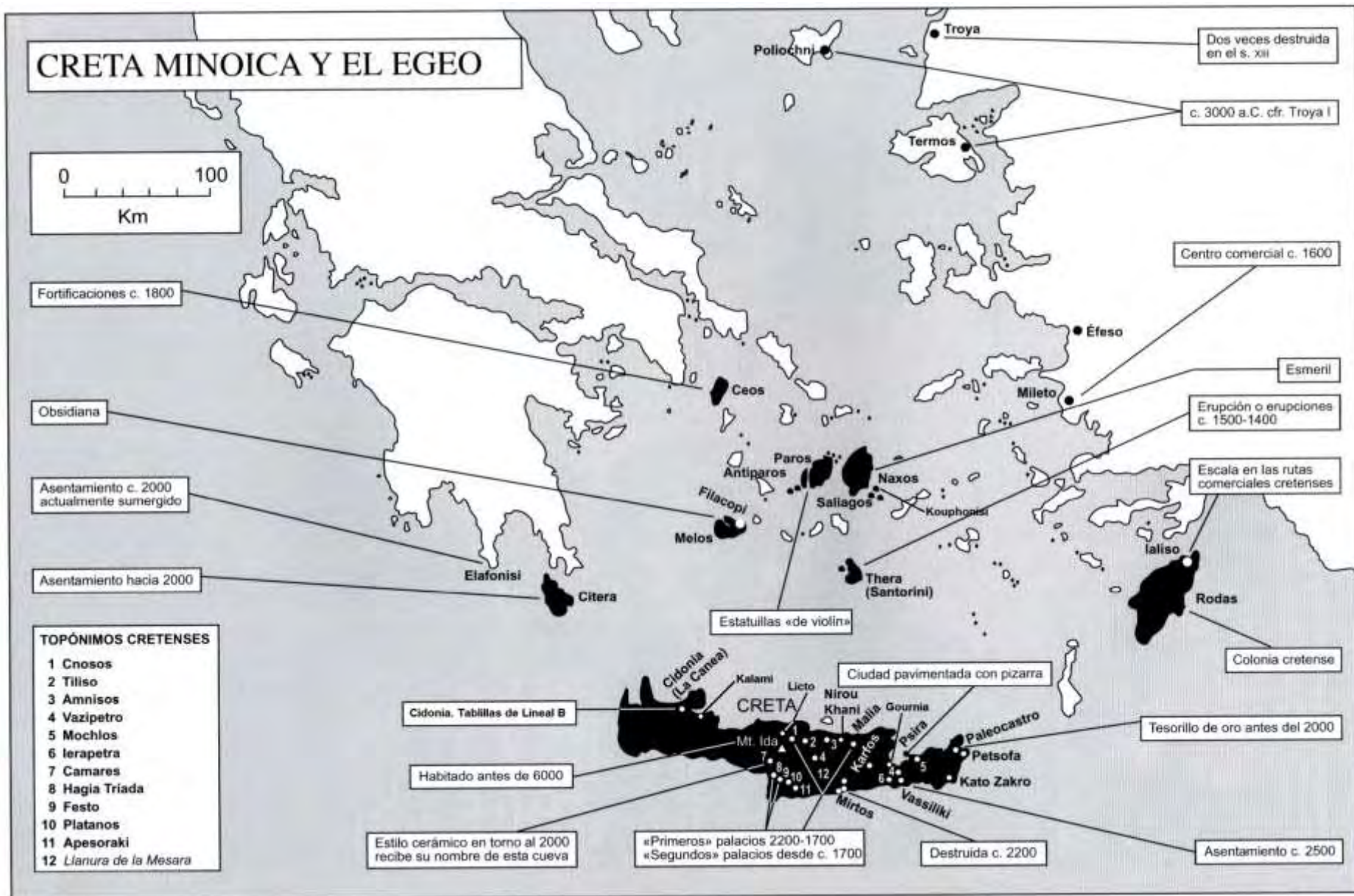
a. C.	EGIPCIOS	HITITAS	CRETENSES	GRIEGOS AQUEOS	TROYANOS
1050	Dinastía XXII en Bajo Egipto (946-925)	Invasión y conquista por Aurnasirpal II (884-858) Dominio de Asia Menor por Salmanasar III (858-824)	Subminoico (1020-1000)	Establecimiento de pequeñas aldeas. El surgimiento del <i>basileús</i> (1050) Esplendor de Nichoria (1050) Los dorios se establecen en la península y en las islas (1000) Esplendor de Lefkandi (1000)	Troya VIIb3 (1000) Derrumbe por causas desconocidas Abandono total
1000					
950	Dinastía XXII en Alto Egipto (870-730)	Auge del Imperio Asirio en Asia Menor bajo el mando de Sargón II (722-705)	Protogeométrico (900-700)	Incremento de la población (900)	Troya VIII (700-85)
900					
850	Dinastía XXIII en el Delta (756-722)			Consolidación de grandes grupos de aldeas (800) Juegos Olímpicos (776) Composición de la epopeya homérica (750-720) Aparición de las <i>poleis</i> (750-700)	
800					
750	Dinastía XXIV en Sais (740-714)		Geométrico en Creta central (700-750)		
700					

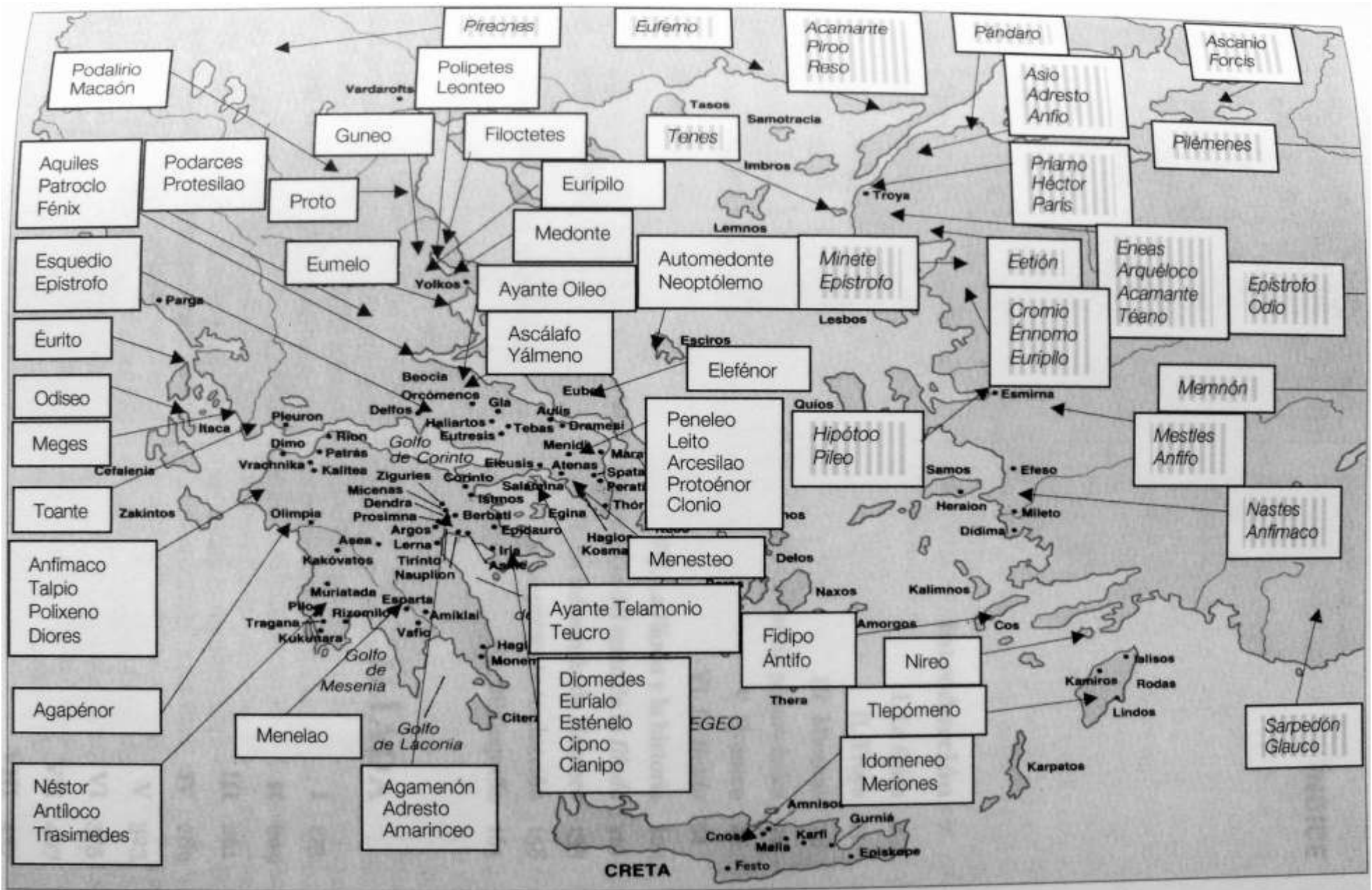
Mapas de Oriente Próximo en la Edad de Bronce⁴³⁸



⁴³⁸ Los mapas fueron extraídos de Michael Grant, *Atlas Akal de Historia Clásica. Del 1700 a. C. al 565 d. C.*, 3ª ed., trad. de Pedro López Barja de Quiroga, Madrid, Akal, 2009, p. 1, 2, 4, 5 y 7. Por nuestra parte, señalamos algunos emplazamientos ausentes en los mapas originales.

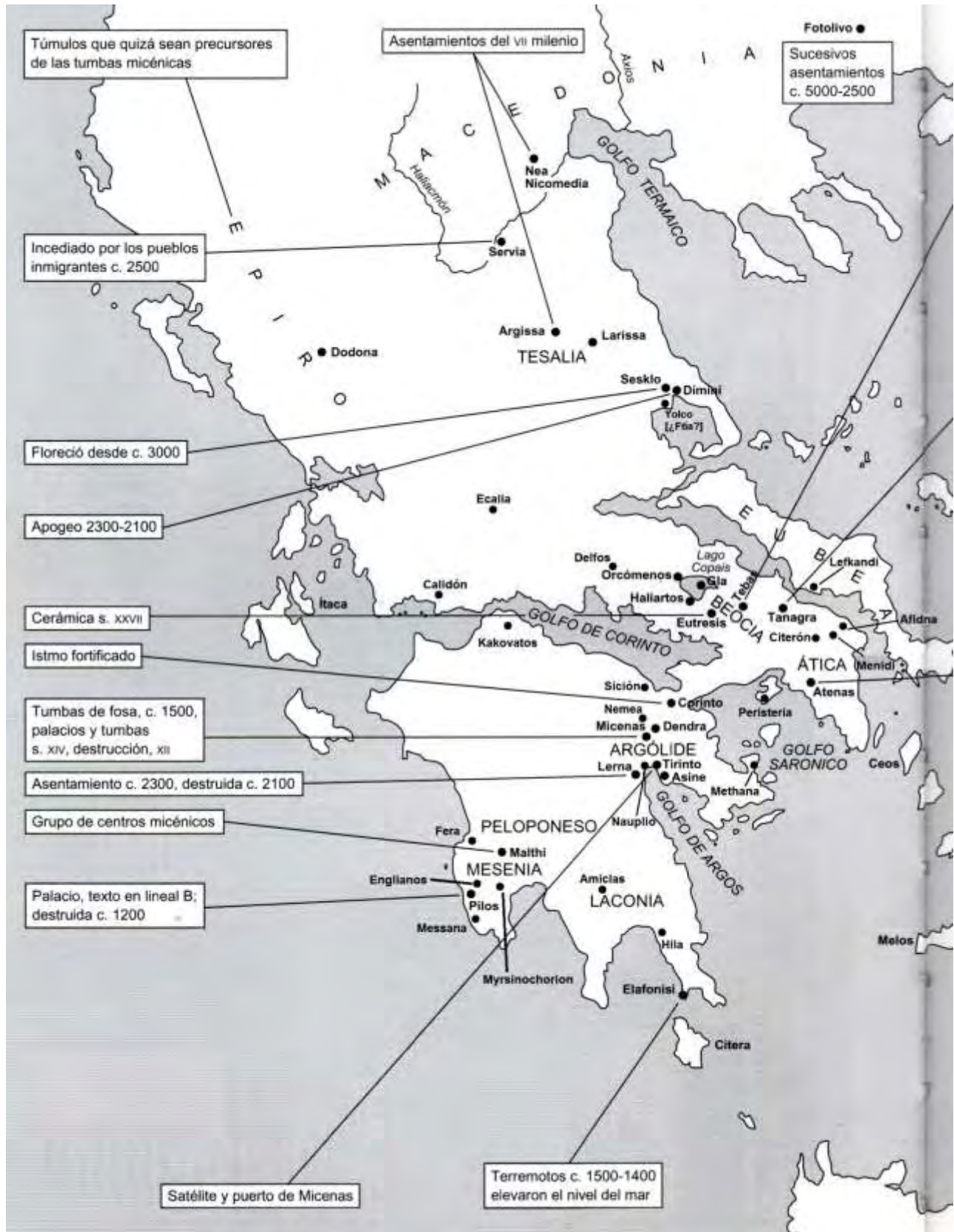






Mapa 1. Procedencia geográfica de los principales héroes de la *Iliada*.

Bando aqueo Bando troyano



BIBLIOGRAFÍA.

Fuentes primarias.

- Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, introducción de Javier Arce, traducción y notas de Margarita Rodríguez de Sepúlveda, Madrid, Editorial Gredos, 1985, 302 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 85)
- Apolodoro, *Biblioteca mitológica*, 2ª reimp., traducción de José Calderón Felices, Madrid, Ediciones Akal, 2010, 143 p. (Akal/Clásica, 13)
- Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, introducción, traducción y notas de Manuela García Valdés, Madrid, Editorial Gredos, 2008, 318 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 70)
- Bucólicos y Líricos Griegos*, traducción y notas de Rafael Ramírez Torres, México, Editorial Jus, 1970, 477 p. (Clásicos Universales “Jus”, 14)
- Fragmentos de épica griega arcaica*, introducción, traducción y notas de Alberto Bernabé Pajares, Madrid, Editorial Gredos, 1999, 414 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 20)
- Heródoto, *Historias*, traducción y notas de Carlos Schrader, Madrid, Editorial Gredos, 1989, 8 t. (Biblioteca Clásica Gredos, 130)
- Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 2ª reimp., introducción, traducción y notas de Paola Vianello de Córdoba, México, Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana – Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, CCCXCVIII-27 p.
- Hesíodo, *Obras y Fragmentos. Teogonía, Trabajos y días, Escudo, Fragmentos, Certamen*, introducción de Aurelio, Pérez Jiménez, traducción y notas de Alfonso Martínez Díez, Madrid, Editorial Gredos, 2010, XXXVII-328 p. (Biblioteca Básica Gredos, 3)
- Hesíodo, *Teogonía*, introducción, traducción y notas de Paola Vianello de Córdoba, México, Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana – Universidad Nacional Autónoma de México, 2011, CDXVII-34 p.
- Higino, *Fábulas*, introducción y traducción de Javier del Hoyo y José Miguel García Ruíz, Madrid, Editorial Gredos, 2009, 409 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 380)
- Higino, *Fábulas*, introducción, traducción y notas de Francisco Miguel del Rincón Sánchez, Madrid, Alianza Editorial, 2009, 315 p. (Biblioteca Temática, 8307)
- Homero, *Iliada*, 7ª ed., traducción de Antonio López Eire, Madrid, Ediciones Cátedra, 1999, 1034 p. (Letras Universales)
- Homero, *Iliada*, introducción, traducción y notas de Emilio Crespo, Madrid, Editorial Gredos, 2006, 586 p. (RBA Coleccionables, 1)
- Homero, *Iliada*, introducción, traducción y notas de Francisco Javier Pérez, Madrid, Abada Editores, 2012, 1189 p. (Clásicos de la Literatura)
- Homero, *Iliada*, 2ª ed., introducción y notas de José Alsina, Barcelona, Editorial Planeta, 1982, XXXIII-512 p. (Clásicos Universales Planeta)

- Homero, *Odisea*, 2ª ed., introducción de Albrecht Dihle, traducción y prólogo de Pedro C. Tapia Zúñiga, México, Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana – Universidad Nacional Autónoma de México, 2014, LXXXVII-418 p.
- Homero, *Odisea*, introducción de Carlos García Gual, traducción de José Manuel Pabón, Madrid, Editorial Gredos, 2000, 404 p. (Biblioteca Básica Gredos, 2)
- Homero, *Odisea*, 12ª ed., traducción de José Luis Calvo, Madrid, Ediciones Cátedra, 2001, 400 p. (Letras Universales)
- Mitos hititas. Entre Oriente y Occidente*, edición de Alberto Bernabé Pajares, Madrid, Ediciones Akal, 2015, 287 p. (Akal/Oriente, 14)
- Pausanias, *Descripción de Grecia*, introducción de Francisco Javier Gómez Espelós, traducción y notas de María Cruz Herrero Ingelmo, Madrid, Editorial Gredos, 2009, 4 t. (RBA Coleccionables, 141-144)
- Píndaro, *Odas: Olímpicas, Píticas, Nemeas, Ístmicas*, introducción y notas de Rubén Bonifaz Nuño, México, Bibliotheca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana – Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, CCCLIV-225 p.
- Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, introducción de Julio Calonge Ruiz, traducción y notas de Juan José Torres Esbarrach, Madrid, Editorial Gredos, 1990, 7 t. (Biblioteca Clásica Gredos, 149)

Bibliografía secundaria.

- Alcock, Susan E., Osborne, Robin (ed.), *Classical Archaeology*, 2ª ed., Chichester, West Sussex, Wiley-Blackwell, 2012, XVIII-529 p. (Blackwell Studies in Global Archaeology, 10)
- Alden, Maureen, “Lions in Paradise: Lion Similes in the *Iliad* and the Lion Cubs of *Il.* 18.318-22”, en *The Classical Quarterly. New Series*, Cambridge University Press, vol. 55, no. 2, diciembre 2005, pp. 335-342. [Consultado en formato PDF el 5 de mayo de 2016: <http://www.jstor.org/stable/4493342>]
- Anson, Edward M., “Greek Ethnicity and the Greek Language”, en *Glotta*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht (GmbH & Co. KG), vol. 85, 2009, pp. 5-30. [Consultado en formato PDF el 23 de agosto de 2015: <http://www.jstor.org/stable/20788284>]
- Bachhuber, Christoph. “The treasure deposits of Troy: rethinking crisis and agency on the Early Age citadel”, en *Anatolian Studies*, Ankara, British Institute at Ankara, vol. 59, 2009, pp. 1-18. [Consultado en formato PDF el 15 de marzo de 2016: <http://www.jstor.org/stable/27896786>]
- Beckman, Gary, Bryce, Trevor, Cline, Eric, *The Ahhiyawa Texts*, Atlanta, Society of Biblical Literature, 2011, 302 p. (Writings from the Ancient World, 28)

- Benveniste, Émile, *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*, revisión y notas de Jaime Siles, Madrid, Taurus Ediciones, 1983, 461 p. (Ensayistas, Serie Mayor, 200)
- Bennet, John, “Representations of Power in Mycenaean Pylos. Script, Orality, Iconography”, en *Archäologische Forschungen zwischen Nil und Istros. Phoibos Verlag Wien*, 2007, num. 65, pp. 11-22. [Consultado en formato PDF el 16 de marzo de 2016: https://www.academia.edu/784489/Representations_of_Power_in_Mycenaean_Pylos_Script_Orality_Iconography]
- Bermejo Barrera, José Carlos, González García, Francisco Javier, Reboreda Morillo, Susana, *Los orígenes de la mitología griega*, Madrid, Ediciones Akal, 1996, 429 p. (Akal Universitaria, Serie Interdisciplinar, 179)
- Blázquez, José María, López Melero, Raquel, Sayas, Juan José, *Historia de Grecia Antigua*, 4ª ed., Madrid, Ediciones Cátedra, 2015, 1131 p.
- Bocchetti, Carla, *La Geografía de la Iliada: una perspectiva cultural*, México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Filológicas, 2011, 138 p. (Supplementum III Nova Tellus)
- Bowra, Cecil Maurice, *Homero*, traducción de Marc Jiménez Buzzi, notas de Hugh Lloyd-Jones, Madrid, Editorial Gredos, 2013, 242 p.
- Burke, Brendan, “Materialization of Mycenaean Ideology and the Ayia Triada Sarcophagus”, en *American Journal of Archaeology. The Journal of the Archaeological Institute of America*, vol. 109, no. 3, julio 2005, pp. 403-422. [Consultado en formato PDF el 16 de mayo de 2016: <http://www.jstor.org/stable/40026119>]
- Burkert, Walter, *Religión Griega: arcaica y clásica*, traducción de Helena Bernabé, Madrid, Abada, 2007, 502 p.
- Buxton, Richard, *El imaginario griego. Los contextos de la mitología*, traducción de César Palma, Madrid, Cambridge University Press, 2000, 245 p.
- Bryce, Trevor, *El reino de los hititas*, traducción de José Luis Rozas López, Madrid, Editorial Cátedra, 2001, 494 p. (Historia Serie Menor)
- Cassin, Elena, Bottéro, Jean y Vercoutter, Jean (eds.), *Los imperios del antiguo Oriente. II. El fin del segundo milenio*, 25ª ed., traducciones de Mercedes Abad, Arturo Bodelón, Genoveva Dieterich y Jesús Sánchez Maza, México, Siglo Veintiuno Editores, 2004, 331 p. (Historia Universal Siglo XXI, III)
- Ceram, C. W., *Dioses, tumbas y sabios*, 2ª ed., trad. de Manuel Tamayo, Barcelona, Ediciones Orbis, S.A., 1985, 407 p. (Biblioteca de Historia, 1)
- Chadwick, John, *El mundo micénico*, 6ª ed., traducción de José L. Melena, Madrid, Alianza Editorial, 1993, 253 p. (Alianza universidad, 204)
- Chadwick, John, Baumbach, Lydia, “The Mycenaean Greek Vocabulary”, en *Glotta*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht (GmbH & Co. KG), vol. 3/4, 1963,

- pp. 157-271. [Consultado en formato PDF el 23 de febrero de 2015: <http://www.jstor.org/stable/40265918>]
- Cline, Eric, “A Possible Hittite Embargo against the Mycenaeans”, en *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Franz Steiner Verlag, vol. 40, no. 1, 1991, pp. 1-9. [Consultado en formato PDF el 31 de mayo de 2016: <http://www.jstor.org/stable/4436175>]
- , *1177 a. C. El año en que la civilización se derrumbó*, traducción de Cecilia Belza, Barcelona, Editorial Planeta, 2015, 352 p.
- , *La Guerra de Troya*, traducción de Javier Alonso López, Madrid, Alianza editorial, 2014, 187 p. (El libro de bolsillo, H32)
- Cottrell, Leonard, *El toro de Minos*, 11ª reimp., traducción de Margarita Villegas de Robles, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, 169 p. (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 138)
- Crielaard, Jan Paul, “The ‘Wanax to Basileus Model’ Reconsidered: Authority and Ideology After the Collapse of the Mycenaean Palaces”, en *The “Dark Ages” Revisited. Acts an International Symposium in Memory of William D. E. Coulson*, Tesalia, University of Thessaly Press, vol. 1, 14-17 de junio de 2007, pp. 83-111. [Consultado en formato PDF el 10 de enero de 2015: https://www.academia.edu/2379288/The_wanax_to_basileus_model_reconsidered_authority_and_ideology_after_the_collapse_of_the_Mycenaean_palaces_2011]
- Davis, Jack L., Bennet, John, “Making Mycenaeans: Warfare, Territorial Expansion, and Representations of the Other in the Pylian Kingdom”, en *Polemos. Le Contexte Guerrier en Egée A L’âge du Bronze*, Austin, Université de Liège, abril 1998, pp. 105-120. [Consultado en formato PDF el 4 de febrero de 2016: https://www.academia.edu/775228/Making_Mycenaeans_warfare_territorial_expansion_and_representations_of_the_other_in_the_Pylian_kingdom]
- Deger-Jalkotzy, Sigrid, Lemos, Irene S. (ed.), *Ancient Greece. From the Mycenaean Palaces to the Age of Homer*, Edinburgh, Edinburgh University Press Ltd, 2006, 695 p. (Edinburgh Leventis Studies, 3)
- Delaporte, Louis, *Los hititas*, traducción de Luis Pericot García, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1957, 281 p. (La Evolución de la Humanidad, 9)
- Dickinson, Oliver, *El Egeo. De la Edad de Bronce a la Edad del Hierro*, traducción de María José Aubet, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2010, 360 p.
- Eliade, Mircea, *Imágenes y símbolos*, traducción de Carmen Castro, Buenos Aires, Taurus Humanidades, 1999, 196 p.
- , *Mito y Realidad*, traducción de Luis Gil, Barcelona, Editorial Kairós, 2009, 217 p.
- Feuer, Bryan, “Being Mycenaean: A View from the Periphery”, en *American Journal of Archaeology*, Archaeological Institute of America, vol. 115, no. 4, octubre 2011,

- pp. 507-536. [Consultado en formato PDF el 10 de diciembre de 2014: <http://www.jstor.org/stable/10.3764/aja.115.4.0507>]
- Finley, Moses I, *El mundo de Odiseo*, 2ª ed., traducción de Mateo Hernández Barroso, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, 229 p. (Breviarios, 158)
- , *La Grecia Antigua. Economía y Sociedad*, traducción de B. D. Shaw y R. P. Saller, Barcelona, Editorial Crítica, 1984, 368 p. (Serie General: Estudios y Ensayos, 137)
- Flores Farfán, Leticia, *En el espejo de tus pupilas. Ensayos sobre alteridad en Grecia antigua*, México, EDITARTE, 2011, 117 p.
- Frazer, James, *La Rama Dorada. Magia y Religión*, 2ª ed., traducción de Elizabeth y Tadeo I. Campuzano, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, 860 p.
- García Gual, Carlos, *Introducción a la mitología griega*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, 293 p. (El libro de bolsillo. Sección clásicos, 1580)
- García Iglesias, Luis, *Los orígenes del pueblo griego*, Madrid, Editorial Síntesis, 1997, 303 p. (Historia Universal Antigua, 5)
- García Trabazo, José Virgilio, *Textos religiosos hititas. Mitos, plegarias y rituales*, Madrid, Editorial Trotta, 2002, 685 p. (Biblioteca de Ciencias Bíblicas y Orientales, 6)
- Gómez Espelosín, Francisco Javier, *Historia de Grecia Antigua*, Madrid, Ediciones Akal, 2001, 357 p. (Akal Textos, 30)
- , *Memorias perdidas. Grecia y el mundo oriental*, Madrid, Ediciones Akal, 2013, 318 p. (Akal Universitaria, Serie Historia Antigua, 341)
- González García, Francisco Javier, “Qa-si-re-u micénico y *Basileús* homérico. Continuidad y discontinuidad en la concepción griega de la realeza”, en *Minus. Revista do Departamento de Historia, Arte e Xeografía*, España, Universidade de Vigo, vol. 10, 2002, pp. 71-94. [Consultado en formato PDF el 10 de enero de 2015: https://www.academia.edu/1135724/Qa-si-re-u_mic%C3%A9nico_y_Basile%C3%BAs_hom%C3%A9rico._Continuidad_y_discontinuidad_en_la_concepci%C3%B3n_griega_de_la_realeza]
- Grant, Michael, *Atlas Akal de Historia Clásica. Del 1700 a. C. al 565 d. C.*, traducción de Pedro López Barja de Quiroga, Madrid, Ediciones Akal, 2009, 91 p.
- Gray, D. H. F., “Mycenaean Names in Homer”, en *Journal of Hellenic Studies*, The Society of Promotion of Hellenic Studies, vol. 78, 1958, pp. 43-48. [Consultado en formato PDF el 23 de febrero de 2015: <http://www.jstor.org/stable/628921>]
- Haskell, Halford W., “*Wanax* to *wánax*: Regional Trade Patterns in Mycenaean Crete”, en *Hesperia Supplements*, The American School of Classical Studies at Athens, vol. 33, 2004, pp. 151-160. [Consultado en formato PDF el 23 de diciembre de 2015: <http://www.jstor.org/stable/1354067>]
- Hall, Jonathan M, *Ethnic Identity in Greek Antiquity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, XVIII-228 p.
- Hamilakis, Yannis, “Food Technologies/Technologies of the Body: The Social Context of Wine and Oil Production and Consumption in Bronze Age Crete”, en *World*

- Archaeology*, Taylor & Francis, Ltd., vol. 31, no. 1, junio 1999, pp. 38-54. [Consultado en formato PDF el 2 de junio de 2016: <http://www.jstor.org/stable/125095>]
- Hartog, Francois, *Memoria de Ulises: relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*, traducción de Horacio Pons, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, 295 p.
- Hernando, Almudena, *Arqueología de la identidad*, Madrid, Ediciones Akal, 2002, 224 p. (Akal Arqueología, 1)
- Jardé, A., *La formación del pueblo griego*, traducción de Serafín Agud Querol, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1960, 319 p. (La Evolución de la Humanidad, 11)
- Jenkins, Richard, *Social Identity*, 3ª ed., Nueva York, Routledge, Taylor & Francis Group, 2008, X-246 p.
- , "The limits of identity: ethnicity, conflict and politics", en *Shedfield OnLine Papers in Social Research*, no. 2, noviembre 2000, 25 p. [Consultado en formato PDF el 14 de julio de 2014: https://www.sheffield.ac.uk/polopoly_fs/1.71447!/file/2jenkins.pdf]
- Kelder, Jorrit M., "A Great King at Mycenae. An Argument for the *Wanax* as Great King and the *Lawagetes* as Vassal Ruler", en *Palamedes. A Journal of Ancient History*, Polonia, University of Warsaw and Lockwood Press, vol. 3, 2008, pp. 49-74. [Consultado en formato PDF el 10 de octubre de 2015: https://www.academia.edu/218698/A_Great_King_at_Mycenae_An_Argument_for_the_wanax_as_Great_King_and_the_lawagetes_as_vassal_ruler]
- Kirk, Geoffrey Stephen, *Los poemas de Homero*, traducción de Eduardo J. Prieto, Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1986, 349 p.
- Kuhrt, Amélie, *El Oriente Próximo en la Antigüedad, c. 3000-330 a. C.*, traducción de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 2000, 493 p.
- Latacz, Joachim, *Troy and Homer: Towards a Solution of an Old Mystery*, traducción de Kevin Windle y Rosh Ireland, Oxford, Oxford University Press, 2004, XVII-342 p.
- Lévêque, Pierre (dir.), *Las primeras civilizaciones. De los despotismos orientales a la ciudad griega*, traducción de Eduardo Bajo Álvarez, Madrid, Ediciones Akal, 2012, 526 p. (Akal Universitaria, Serie Historia Antigua, 335)
- Liverani, Mario, *Mito y política en la Historiografía del Próximo Oriente Antiguo*, Edición y notas introductorias de Zainav Bahrani y Marc van de Mieroop, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2006, 254 p.
- , *Relaciones internacionales en el Próximo Oriente antiguo, 1600-1100 a. C.*, traducción de María José Aubet, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2003, 287 p.
- Lupack, Susan, "Redistribution in Aegean Palatial Societies. A View from Outside the Palace: The Sanctuary and the *Damos* in Mycenaean Economy and Society", en *American Journal of Archaeology*, vol. 115, no. 2, abril 2011, pp. 207-217.

- [Consultado en formato PDF el 23 de febrero de 2015: <http://www.jstor.org/stable/10.3764/aja.115.2.0207>]
- Marazzi, Massimiliano, *La Sociedad Micénica*, traducción de Manuel Bayo, Madrid, Ediciones Akal, 1982, 264 p.
- Martín Valentín, Francisco Javier, *Amen-Hotep III, el esplendor de Egipto. Una tesis de reconstrucción histórica*, Madrid, Alderaban, 1998, 366 p. (El Legado de la Historia, 1)
- Mauss, Marcel, *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, trad. de Julia Bucci, Buenos Aires, Katz Editores, 2009, 269 p.
- Molloy, Barry, “Swords and Swordsmanship in the Aegean Bronze Age”, en *Archaeological Journal of Archaeology*, Archaeological Institute of America, vol. 114, no. 3, julio 2010, pp. 403-428. [Consultado en formato PDF el 2 de junio de 2016: <http://www.jstor.org/stable/25684288>]
- Moreu, Carlos, *La Guerra de Troya. Más allá de la leyenda*, Madrid, Oberon, Grupo Anaya, 2005, 215 p.
- Nilsson, Martin P., *Historia de la religión griega*, traducción de Atilio Gamarro, Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1961, 385 p.
- Ong, Walter J., *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, traducción de Angélica Scherp, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, 190 p. (Sección de Obras de Lengua y Estudios Literarios)
- Pabón, José, *Diccionario bilingüe: manual de griego clásico*, 27ª ed., Barcelona, Vox, 2014, 717 p.
- Page, Denis, *History and the Homeric Iliad*, Berkeley, University of California Press, 1966, 350 p.
- Palmer, Leonard, *Mycenaeans and Minoans: Aegean Prehistory in the Light of Linear B Tablets*, Londres, Faber and Faber, 1961, 264 p.
- Parra Ortiz, José Miguel (coord.), *El Antiguo Egipto. Sociedad, Economía, Política*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2009, 558 p.
- Pendlebury, J. D. S., *Introducción a la Arqueología de Creta*, traducción de Margarita Villegas de Robles, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, 478 p. (Sección de Obras de Antropología).
- Pérez Largacha, Antonio, *Historia antigua de Egipto y del Próximo Oriente*, 2ª ed., Madrid, Akal, 2007, 495 p. (Akal Universitaria, Serie Historia Antigua, 254)
- Pinxten, Rik, “Identidad y conflicto: personalidad, socialidad y culturalidad”, en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals. Espacios de la interculturalidad*, núm. 36, 1997, pp. 39-57. [Consultado en formato PDF el 15 de julio de 2014: <http://www.raco.cat/index.php/revistacidob/article/viewFile/28022/27856>]
- Pomeroy, Sarah B., *Diosas, rameras, esposas y esclavas. Mujeres en la Antigüedad Clásica*, 3ª ed., traducción de Ricardo Lezcano Escudero, Madrid, Ediciones Akal, 1999, 279 p. (Akal Universitaria, Serie Interdisciplinar, 7)

- Pomeroy, Sarah B. *et al.*, *La Antigua Grecia. Historia política, social y cultural*, traducción de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Editorial Crítica, 2002, 554 p.
- Ramírez Batalla, Miguel Ángel, “La idea de la Romanidad en la Antigüedad Tardía (161-395)”, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, 2005, 247 p.
- Rodríguez Adrados, Francisco, *Historia de la Lengua Griega. De los orígenes a nuestros días*, Madrid, Editorial Gredos, 1999, 319 p.
- Rodríguez Adrados, Francisco *et al.*, *Introducción a Homero*, Madrid, Guadarrama, 1963, 558 p. (Textos universitarios, 5)
- Romero, José Luis, *De Heródoto a Polibio. El pensamiento histórico en la cultura griega*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1952, 144 p. (Colección Austral, 1117)
- Ruipérez, Martín y Melena, José Luis, *Los griegos micénicos*, Madrid, Hermanos García Noblejas, 1990, 267 p. (Historia, 16)
- Schliemann, Heinrich, *Ilios. The City and Country of the Trojans. The Results of Researches and Discoveries on the Site of Troy and Throughout the Troad in the Years 1871-72-73-78-79*, prefacio, apéndice y notas de Max Müller *et al.*, Nueva York, Harper & Brothers, Franklin Square, 1881, 800 p.
- Schon, Robert, “Redistribution in Aegean Palatial Societies. By Appointment to His Majesty the *Wanax*: Value-Added Goods and Redistribution in Mycenaean Palatial Economies”, en *American Journal of Archaeology*, Archaeological Institute of America, vol. 115, no. 2, abril 2011, pp. 219-227. [Consultado en formato PDF el 2 de junio de 2016: <http://www.jstor.org/stable/10.3764/aja.115.2.0219>]
- Siebler, Michael, *La Guerra de Troya. Mito y realidad*, traducción de Lluís Miralles de Imperial, Barcelona, Editorial Ariel, 2002, 159 p.
- Stieglitz, Robert R., “The Minoan Origin of Tyrian Purple”, en *The Biblical Archaeologist*, vol. 57, no. 1, marzo 1994, pp. 46-54. [Consultado en formato PDF el 29 de mayo de 2016: <http://www.jstor.org/stable/3210395>]
- Tarn, William y Griffith, Guy Thompson, *La civilización helenística*, traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, 272 p.
- Vermeule, Emily, *Grecia en la Edad del Bronce*, traducción de Carlos Villegas, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, 451 p. (Sección de Obras de Antropología)
- Vernant, Jean Pierre, *Los orígenes del pensamiento griego*, traducción de Marino Ayerra Redin, Madrid, Ediciones Paidós, 2011, 145 p. (Paidós Orígenes, 80)
- Vernant, Jean Pierre *et al.*, *El hombre griego*, traducción de Pedro Bádenas de la Peña, Madrid, Alianza Editorial, 1995, 340 p.
- Webster, T. B. L., *From Mycenae to Homer*, Londres, Methuen & Co. Ltd. Rowman and Littlefield, 1958, 333 p.
- West, Martin Litchfield, *The East Face of Helicon. West Asiatic Elements in Greek Poetry and Myth*, Oxford, Clarendon Press, 1997, 678 p.

- , "The Rise of the Greek Epic", en *The Journal of Hellenic Studies*, The Society for the Promotion of Hellenic Studies, vol. 108, 1988, pp. 151-172. [Consultado en formato PDF el 16 de junio de 2016: <http://www.jstor.org/stable/632637>]
- Wilson, John A., *La cultura egipcia*, traducción de Florentino M. Torner, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, 483 p. (Breviarios, 86)
- Wise Bauer, Susan, *Historia del mundo antiguo. Desde el origen de las civilizaciones hasta la caída de Roma*, traducción de Vanesa Casanova, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2008, 1004 p. (Magnum, 3)
- Wood, Michael, *En busca de la guerra de Troya*, traducción de Silvia Furió, Barcelona, Editorial Planeta, 2013, 375 p.